Felipe Serrano

LA FLOR DEL MAGNOLIO

RUBRIC

Felipe Serrano

LA FLOR DEL MAGNOLIO

RUBRIC

Felipe Serrano

LA FLOR DEL MAGNOLIO

RUBRIC

Para Petra, Lucía y Felipe.

Por el tiempo robado.

Por el tiempo compartido y vivido.

«Debido a que no sabemos cuándo moriremos, pensamos en la vida como un pozo inagotable. Sin embargo, todo pasa solo un cierto número de veces y, en realidad, muy pocas. ¿Cuántas veces más recordarás una tarde de la niñez, una tarde que se volvió una parte tan profunda de tu ser que no concibes la vida sin ella? Tal vez cuatro o cinco veces más. Tal vez ni siquiera eso. ¿Cuántas veces más verás salir la luna llena? Tal vez veinte. Sin embargo, todo parece ilimitado».

PAUL BOWLES

«No elegimos nuestros sentimientos. No escogemos ser las personas que somos. (…) No podemos escapar de quienes somos. A veces queremos lo que queremos, aunque sepamos que nos matará».

DONNA TARTT

«Uno no puede arrepentirse de lo que no tuvo opción».

PIEDAD BONNET

«Allí donde estuviera ella, estaba el paraíso».

MARK TWAIN

1

1989. Madrid

2

1959. Herencia (Ciudad Real). Madrid

3

1961. Madrid. Bruselas. Amberes

4

1976. Madrid

5

1977. Madrid

6

1977. Amberes. Bruselas. Madrid

7

1980. Madrid

8

1982. Madrid

9

1984-1987. Madrid

10

1991. Madrid. Bruselas. Amberes

11

1992. Madrid

Nota del autor

Galería de

personajes principales

Agradecimientos

BIOGRAFÍA

1

1989. Madrid

La cuchilla no era nueva. Había sido utilizada en varias ocasiones, pero, inevitablemente, acaba cortándose frente al espejo al escuchar la noticia en la radio. Trata de serenarse mientras se afeita, dejando como siempre a salvo su poblado bigote. Pero no consigue el sosiego que pretende. Metódico hasta la exasperación, Santos Senabre, cincuenta y seis años, comienza puntual la jornada a las 6 y 36 minutos de la mañana. Siempre a la hora de costumbre, ya puedan caer chuzos de punta o haber trasnochado. O haber pasado la noche en duermevela debido a la incruenta y sostenida lucha que mantiene con sus entrañas.

No extrañéis, dulces amigos, /que esté mi frente arrugada. / Yo vivo en paz con los hombres / y en guerra con mis entrañas, le gusta repetirse con palabras del poeta de *Campos de Castilla*.

Claro que esa esclavitud no es lo peor de su compleja y atormentada personalidad. «Un alma en pena», oyó que decían a sus espaldas cuando estaba en servicio. Para alguien que, como servidor público y representante de la autoridad, no tuvo más opción que acariciar el filo de la navaja, sin más remedio que bordear la ley para sobrevivir, unas veces por la parte de dentro y otras por la de fuera, que tuvo que bajar a los infiernos con pasmosa naturalidad, o que conoce lo peor de la condición humana, no es de extrañar que tenga que pagar esas facturas ahora, en el atardecer de su vida. Su mayor error fue pensar que, si había sido capaz de superar la muerte de su hija, podría con todo en la vida. Por duro que fuera. Cualquier persona, según pudo constatar en sus años de policía, y ahora como jefe seguridad de una joyería en la Gran Vía, está preparada, o debería estarlo, para ver morir a sus padres. Para lo que nunca encontrará explicación, ni alivio posible, es para dar sepultura a un hijo. «Celia, cariño, perdóname», se repite cada día con desconsuelo. «No hay, posiblemente, trance más duro, más doloroso e injusto en esta puta vida», piensa para sus adentros el exinspector Senabre, tan parco en palabras siempre. Pero cómo sobrevivir a una tragedia así, a una catástrofe de esa magnitud. A un vacío tan profundo y amargo. Cómo digerir esa ponzoña, por muy amarga y nociva que resulte. Sin remisión, sin tregua, sin

que la herida pueda restañar. Ni por dentro ni por fuera. Y esa llaga nunca dejará de supurar porque hay recuerdos, tan afilados como cuchillos, que se clavan donde más tormento pueden causar. Pero no un suplicio soportable o pasajero. El daño, el destrozo, deja huellas en el rostro y hasta en el alma. Las muescas de ese padecimiento son indelebles, como la marca de un cantero en el recio granito de cualquier azarosa existencia. Pudo alejarse del alcohol, o eso le gusta pensar, tras un esfuerzo titánico, pero no consigue espantar los fantasmas del pasado, mucho más persistentes que los efluvios etílicos. No hay manera. No sabe cómo hacerlo, es demasiado tarde. Sus pensamientos fluyen, incansablemente, con ese punto de amargura y quién sabe si de rencor. De impotencia, con seguridad. Tan solo lamenta que el valor, que sobradamente demostró frente a «los malos», como le gusta decir, no lo hubiera acompañado; «nunca es tarde», piensa, para meterse un tiro por la boca.

Y descansar.

Encontrar la paz y el sosiego, al fin.

Como Celia.

Pero lo que, de pronto, ocupa su atención hoy es algo distinto. Justo lo que viene temiendo desde hace siete años. El corazón se le desboca por momentos, aunque no conoce los detalles. Durante esos días, avanzado noviembre ya, todo el mundo habla y no para de la reciente victoria en las urnas, la tercera consecutiva, del socialista Felipe González, o de la sorpresiva caída del Muro de Berlín. Y ya sobre cuestiones más cercanas, la radio sigue contando la visita del alcalde Rodríguez Sahagún a Nueva York en busca de asesoramiento para luchar contra la contaminación en Madrid o de su recorrido por Central Park con el fin de traerse ideas para recuperar el parque del Retiro. «Tonterías. Esas cosas sin interés que cuentan los periodistas para rellenar entre un bloque de publicidad y otro». Santos escucha sin inmutarse, a la espera de que vuelvan a repetir la única noticia que le atañe y le importa. En la que le va la vida. La única que puede sacarlo de su ensimismamiento. Todavía es pronto, pero, por lo que han contado en la radio, sus incontenibles palpitaciones ya anticipan lo que ha de venir. La amargura, la pesadumbre, la terrible desazón por no haber sido capaz de arreglar aquel asunto cuando todavía estuvo en sus manos poder hacerlo. «Un policía en el que puedes confiar». Consiguió, primero, que confiara en él, garantizándole protección, y fue incapaz de cumplir su palabra. Llegó tarde y fracasó. Se prometió, luego, que no pararía hasta resolver el caso, pero la búsqueda se malogró. Se conjuró para encontrarla, como fuera y donde fuera, costara lo que costara, al precio que fuera, y no pudo hacer otra cosa que abandonar cuando de pronto se supo

viejo, sin serlo del todo aún. «Yo nunca dejo de trabajar, nunca descanso, estoy aquí porque quiero estar contigo». Pero abandonó y se dio por vencido, cuando se vio sin fuerzas para dar por resuelta la que, muy a su pesar, se había convertido en la única razón de su existencia. «No te preocupes, yo te protegeré». A este empeño le dedicó tanto tiempo como el que empleó, con el mismo resultado, «maldita sea», en buscar a su propia hija. «Nadie debería prometer nada que no pueda cumplir». Si hubiera un decálogo de leyes en la vida, esta debería figurar por derecho propio y estar esculpida entre las primeras. En el frontispicio de cualquier existencia. Apenas necesitaba una pizca de toda la comprensión, toda la indulgencia que ha mostrado hacia los demás, para salvarse a sí mismo y fue incapaz. «Todo está perdido, no hay nada que hacer», piensa Santos con ese cansino remordimiento que desde hace años corroe hasta los cimientos de su alma. Porque todo el mundo necesita algo a lo que asirse. A un clavo ardiendo, si fuera preciso, como suele decirse. Agarrarse a alguien para evitar la certeza del inevitable abismo. Y él, que creía haberlo conseguido, se encuentra en caída libre. Otra vez. Devastado por la realidad, como en tantas ocasiones, «demasiadas ya». De forma irremediable, como si el imán de la vida hubiera perdido el brillo y la fuerza que, engañosamente, lo mantuvieron entretenido durante algunos años. Pero no.

Menos mal que tiene a Adela en su vida.

No como a él le gustaría, pero la tiene.

¿La tiene?

Unos obreros —lo acaban de repetir en la radio, según le escucha decir a una voz amiga, y le duele más aún que si hubiera partido de alguien a quien no conoce— han encontrado unos restos mortales y él intuye a quién corresponden. Lo sabe. No necesita más. Porque conoce el sitio y porque tal vez fue ese el único lugar en el que, incomprensiblemente, no buscó con el ahínco y la determinación que debía. «Una vez policía, siempre policía…; ¡y una mierda!», se tortura pensando. «Tarde o temprano, los cadáveres arrojados al mar acaban volviendo a la orilla». Aunque pase mucho tiempo. Y ahora, por lo que se ve, el cadáver que un día fue ocultado, vilmente emparedado, tras el endeble tabique de un sótano, también termina por salir a flote. Aunque sea fruto del azar. Si es que el azar existe, claro. Instintivamente, al oír la noticia, Santos toca y acaricia ensimismado la gema del tamaño de una pequeña nuez que siempre tiene a mano. En el bolsillo derecho de su pantalón o en el de la chaqueta o sobre la mesilla de noche. El rubí que posee desde hace siete años y que utiliza a modo de talismán.

Siempre cerca, siempre en el recuerdo.

«Rubí».

Sala de fiestas destruida por un incendio

***El País,* 1 de agosto de 1976.** Un incendio destruyó en la madrugada del sábado la sala de fiestas Alazán, situada en los bajos de la finca número 24 del Paseo de la Castellana. Se especula con la posibilidad de que el incendio haya sido provocado y se cree que las autoridades han ocupado varias latas de gasolina, vacías, que los supuestos autores del atentado pudieron haber dejado abandonadas en un espacio ajardinado del patio de dicho inmueble. El siniestro se originó sobre las cinco de la madrugada y, aunque no ha sido calculado el volumen de pérdidas, se tiene la certeza de que los daños causados son cuantiosos.

El servicio del Cuerpo de Bomberos invirtió dos horas en sofocar las llamas, y en la centralita del Parque Central informaron a uno de nuestros redactores que las dotaciones destacadas al lugar del hecho se emplearon en las tareas de extinción desde las 5:36 hasta las 17:20 horas.

—Hola, Marinita. Cuánto tiempo sin saber nada de ti, qué cara te vendes —escucha la periodista sin atisbo de sorpresa al otro lado del teléfono.

—Hola, inspector. ¿A qué debo tanto honor? —le explica ella en tono burlón—. Ya iba siendo hora de que dieras señales de vida.

—¡Vaya! Veo que me has reconocido, después de tanto tiempo —añade con retintín el veterano expolicía.

—Claro, sobre todo porque nadie más me llama Marinita, y porque nunca olvido la voz de un hombre —replica, puntillosa, Marina Monforte con ese deje de autoridad que tanto espanta a los extraños.

—Veo que sigues rápida de reflejos… Como siempre, ¡vamos!

—Ya... Imagino que, después de tanto tiempo, no me habrás llamado para saludarme —inquiere certera—. Es más, o estoy muy equivocada o quieres sonsacarme con la noticia de esta mañana sobre el cadáver del local ese en el

Paseo de la Castellana… Tú seguiste ese caso muy de cerca, si la memoria no me falla.

—¡Qué cabrona! —se defiende Santos Senabre—. Veo que sigues teniendo buena puntería…

—Bueno, ya sabes. Especialidad de la casa —se revuelve con autosuficiencia la periodista.

—No, en serio —cambia de tercio Santos—, solo quería saber cómo estabas. Y, bueno, si de paso me cuentas algo, pues de puta madre. Si te llamo a ti es por algo.

—Pero es que, joder, esto es el mundo al revés. El poli llama a la radio para contrastar una información, cuando debería ser al contrario. No sé cómo decirte. Tú eres un tío listo, Santos.

—Sabes perfectamente que abandoné el servicio, ya no estoy en el cuerpo, y que si te llamo a ti es por algo. Siempre has sido mi preferida —remarca el expolicía en un tono con el que pretende embaucar a su interlocutora. Con «el tono rompe bragas», como le gusta decir a su amigo el siempre expeditivo Ángel Bueno.

—Pues no se me ocurre por qué. Al fin y al cabo, no tengo muchos más datos de los que ya me has escuchado en la radio. Seguro que tú sabes algo más.

— (…)

Santos guarda silencio, de forma deliberada, al otro lado de la línea. Hasta que la espera se hace tensa e insoportable para la periodista.

—¡Claro que sé más, como siempre! Algo más, no mucho —admite Marina—, que, naturalmente, me reservo para mi programa semanal. Espero tenerte entre mis numerosos oyentes —añade en tono de broma, para restarle gravedad a la conversación.

—Pues va a ser que no. Ni escucho la radio, ni leo periódicos, ni veo la tele. No me interesa. No me fío de los periodistas, son todos unos… Bueno, de algunas sí…

—Ya, eso se lo dirás a todas…

—Que no, en serio, sabes que siempre te he apreciado profesionalmente…

—¿Solo profesionalmente? —lo interrumpe cortante Marina.

—Bueno, ¿qué pretendes, que te diga lo buena que estás, lo atractiva que eres…?

—¡Tú sabrás! ¡Allá tú!

—Bueno, pues sí, estás de muy buen ver —admite Santos remolón— y además…

—Déjalo, Santos, tampoco hace falta que te esfuerces. Los piropos, chico, nunca han sido tu fuerte. Esto no es obligatorio, o te sale o no te sale.

—No, si no me cuesta nada decir lo que pienso.

—El domingo por la noche, después de los deportes, pones la radio y escuchas el resto de la información —cambia de tema Marina en tono serio.

—En el programa ese… *Crónica en negro.* ¿No se llama así?

—Veo que te lo sabes bien. ¿Seguro que no me escuchas?

—No. Seguro que no. ¡Lo que yo te diga!

—Pues deberías hacerlo.

—Que sí, mujer, que sí. Claro que te escucho, como todos los que hemos estado o están en este mundillo.

—¡Lo sabía! Sabía que tú también te encontrabas entre mis miles y miles de oyentes —se ufana la periodista en tono de burla.

—Oye, y hablando de todo un poco… ¿En esa radio tuya, al margen de lo que contáis a lo largo del día, no hay otro horario que no sea un domingo y de madrugada para poner un programa de sucesos tan bueno como el tuyo? Digo yo que habrá algún otro momento que sea menos inoportuno, salvo que te quieran joder, claro.

—Eso mismo pienso yo. Pero ahora llamas al lelo, al engreído de mi jefe, y se lo dices, y ya verás como te hace el mismo caso que a mí. Es decir, ninguno.

—Creo recordar que la última vez que hablamos no estabas muy contenta que digamos.

—Recuerdas bien. Tú siempre recuerdas bien, Santos. No hace falta que te las des de inocente.

—Siempre has sido una insatisfecha. Laboralmente, digo —precisa

obligado el expolicía.

—Claro, ¡no te jode! ¿Qué quieres, encima de que me han machacado, que les ría las gracias? Pues no. Estoy hasta los… hasta ahí mismo de mis putos jefes —se desahoga Marina.

—Ya sabes que cerca del poder se vive mejor.

—¿Y me lo dices tú, que eras un buen madero y que te apartaron del camino con malas artes? Si te parece, le vas a otra con ese cuento, que nos conocemos desde hace mucho, Santos.

—Ya, pero lo mío fue diferente. Fue un tema personal.

—No veo por qué. La forma de actuar de la jerarquía, en cualquier grupo de poder o empresa, es siempre la misma. Esto es muy sencillo: si eres de la cuerda del jefe, subes como la espuma, y si no, pues a otra cosa, mariposa.

—Anda, no te enfades y dime lo que quiero que me digas.

—Que no, Santos, que no. Si casi no sé nada más…

—¿Y si te invito a comer?

—Vale, pero si quedo contigo es solo por volver a verte. No esperes nada de mí. Yo no soy de esas.

—Ah, ¿sí? ¿De cuáles?

—De esas y punto. Y no me tires de la lengua, que me conozco.

—De ti siempre lo espero todo, es decir, lo mejor. Nunca has dejado de sorprenderme por tu forma de conseguir las noticias. No sé qué les darás a tus fuentes, y eso que pareces modosita.

—Pues lo mismo que a ti, bastante palique, algo de cariño, pero no demasiado, no te creas, que luego os equivocáis conmigo. Además de satisfacer vuestra vanidad, claro, que eso os encanta. ¡Pero qué simples sois los hombres! —se despide impasible la periodista.

—¿Todos?

—Todos sois iguales. Básicamente sí.

—Adiós, Marinita, hasta pronto.

—Adiós, Santos, que te zurzan.

El relato que, confidencialmente, traslada Marina Monforte a Santos Senabre resulta estremecedor. Doloroso y brutal. Incluso para un expolicía curtido en mil trances y peripecias, a cual más desagradable, violenta o macabra. La periodista, que con el paso del tiempo ha desarrollado una especial habilidad para no fiarse de nadie, lo emplaza a que escuche su programa semanal. Aun así, sigue pensando que Santos no es como los demás, porque se lo ha demostrado en muchas ocasiones y, por ser quien es, le adelanta algunos de los espeluznantes detalles que pondrá en antena. Por eso prefirió quedar en La Mallorquina, como solían hacer, y no a comer. Porque no había estómago que aguantara un relato así. «Si de verdad quieres invitarme a comer —piensa Marina imaginando los entristecidos ojos de Santos—, tendrá que ser otro día». Sabe que los detalles le dolerán y siente lástima por él. Una infinita pena que tratará de amortiguar cogiendo su mano con fuerza cuando note que no puede más. A nadie le gusta ser portador de malas noticias y, si no fuera porque se lo ha prometido, saldría huyendo de allí. Lo que sabe será un bombazo cuando lo cuente en su programa, pero también le gustaría pensar que la crueldad humana debería tener un límite. Y un castigo ejemplarizante. Aunque, claro, si los hechos ocurrieron de esa manera y alguien tiene que contar la noticia, mejor ella que no la competencia.

En 1989, dos años después del cierre del local como club de alterne, durante la rehabilitación del edificio de la Castellana donde el Banco Santander quiere establecer su cuartel general, los albañiles encuentran en el sótano unos restos humanos en muy mal estado. Los huesos de una mujer, una chica de unos 23 años en el momento de su fallecimiento y posterior ocultamiento, y con una estatura de 160 centímetros, según pudo certificar días más tarde el reputado antropólogo forense Ramón Pimentel. El cadáver estuvo en manos del doctor hasta que de sus tejidos y huesos no se pudo extraer ninguna conclusión más. Unos siete años, dedujo Pimentel, permaneció emparedada la joven en el hueco de una antigua carbonera tapiada con yeso de forma tosca. El sitio era fresco, con un tragaluz a la calle, pero sin que la claridad pudiera penetrar en aquella covacha de la muerte. Un cubículo seco y sin humedades, de 160 por 80 centímetros, oculto a la vista por una pila de leña de encina.

Con un pico, y tras notar la oquedad por el sonido distinto que ofrecía el muro, el operario más aguerrido comenzó a golpear en el endeble tabique. Hasta que, sin necesidad de descubrirlo hasta abajo, una alfombra enrollada de forma cilíndrica se precipitó a plomo delante de sus pies. Los albañiles, aturdidos tras el macabro descubrimiento, avisaron al encargado, el encargado

al jefe de obras y el jefe de obras al arquitecto, que fue el que llamó al 091. Los operarios, a sueldo de la empresa FCC, estaban empezando a despejar el camino para proceder, posteriormente, a la construcción de un gimnasio con piscina en el sótano. Unas obras ilegales, según denunciaría luego un concejal de Izquierda Unida en el Ayuntamiento de Madrid. El Banco de Emilio Botín-Sanz de Sautuola y García de los Ríos había adquirido, en realidad, los dos inmuebles contiguos. Los números 24 y 26. La finca, con no demasiada profundidad y cuya fachada debe respetarse según la normativa municipal, linda al sur con la calle Ortega y Gasset y al norte con Marqués de Villamejor. La condesa de Arcentales y el duque de Tovar son los propietarios. Una reja de fragua, pespunteada con vistosas glicinas, lilas y blancas a principios de abril y también en junio durante una segunda y más escasa floración, separa y delimita la acera de ambos inmuebles. En uno de los extremos, en la esquina de Alazán, hay un hermoso magnolio común. En torno a su tronco, bromearon, fumaron y pasaron algunos buenos ratos de conversación las chicas del club, cabaré y sala de fiestas primero, mientras el local estuvo abierto. Aunque la cosa cambió desde la desaparición de Rubí. Alguien quiso quitársela de en medio, borrar la sonrisa siempre fácil de su rostro, como quien pisotea una delicada flor.

Y nunca más se supo de ella.

Por más que con más empeño que acierto la buscaron.

Por más que lo intentaron.

A ninguno de los viandantes —que embutidos en sus impenetrables pensamientos pasan de largo— le interesa saberlo. Pero, si se detuvieran un instante, podrían comprobar cómo las fragantes y níveas flores del magnolio, verano ya, están siendo polinizadas por un ejército de escarabajos. El daño que causan a las flores cuando las visitan es considerable.

Cosas de la naturaleza.

Justo lo que hacen algunas personas con otras más débiles: causarles un daño considerable, cuando no irreparable.

Cosas no ya de la naturaleza, sino de lo peor y más abyecto de la condición humana.

«El lenguaje de los huesos». Nadie sabía hacerlos hablar, escuchar su callado mensaje, como el doctor Pimentel. «Todo un Sherlock Holmes de la Anatomía», como lo definió la periodista Marina Monforte, una vez que lo invitó a su programa. En la soledad de su laboratorio, el antropólogo y

biólogo forense, doctor además en Medicina, perdía la noción del tiempo y rara vez medía su trabajo en horas, sino en casos. Hacía años que su esposa había perdido la costumbre de preocuparse por él, ni tampoco se afanaba ya por hacerle llegar algo de comida cuando se demoraba. Sabía que una vez que se había enfundado en su bata, no siempre del todo blanca, el mundo se detenía para él. Y su mundo no era otro que el Anatómico Forense —primero en la calle Santa Isabel y más tarde en la Ciudad Universitaria—, al servicio de la Administración de Justicia, además de sus clases en la Facultad o el Museo de Antropología Médica, Forense y Criminalística —«mi Museo de los Horrores, con más de 1000 piezas y medio millar de cráneos»—, que era donde iba clasificando y depositando los numerosos tomos de su enciclopédica sabiduría. Policías y jueces confiaban ciegamente en él y todavía estaba por llegar el primer caso en el que alguno de sus informes hubiera sido refutado. En su tiempo libre, el poco del que disponía, tampoco era infrecuente encontrarlo en el laboratorio de entomología forense analizando cadáveres colonizados por insectos. Al fin y al cabo, «todo cuerpo lleva una fauna asociada» y el ciclo vital de los dípteros, coleópteros y lepidópteros que, como necrófagos, depredadores o parásitos, se alimentan de la materia orgánica en descomposición, puede resultar decisivo a la hora de establecer, entre otras muchas circunstancias, la data de la muerte o si, por ejemplo, el cadáver fue trasladado, dato con frecuencia esencial. «En los cadáveres también hay vida», solía explicar.

No tenía más patrimonio que ese, porque ningún otro había atesorado. Al estudio de los restos óseos esqueléticos, incluido su color, a la identificación personal de las víctimas, a la averiguación de la causa del fallecimiento, al estudio de la cavidad bucal y de todos los aspectos relacionados con cualesquiera individuos, a los residuos y micropartículas, a las manchas de sangre o de fluidos, a las sustancias tóxicas, además de a las larvas e insectos de la fauna cadavérica…, a todo esto venía dedicando Pimentel no ya lo mejor de su vida, sino su existencia entera. Y la liturgia era la de siempre: examinar las partes blandas, si las hubiera, y esqueletizar los restos para que una vez limpios y esterilizados puedan comenzar a decirle todo lo que alguien quiso ocultar. En ocasiones, los restos aparecían momificados y el proceso consistía en revitalizar los tejidos hasta obtener, por diversos cauces, unas huellas aceptables —en caso de que los criminales no las hubieran hecho desaparecer —, para poder identificar a la infortunada víctima. El estudio del cráneo, de sus senos frontales, siempre distintos, de su mandíbula y cavidad bucal —«la caja negra del cuerpo humano», como le gustaba decir a sus alumnos— y el minucioso estudio de cada centímetro de los restos que caían entre sus manos lo había convertido, sin pretenderlo, en el mejor colaborador de la Justicia. Con el paso del tiempo, Pimentel había llegado a la conclusión de que no había asesino, descuartizador o estrangulador, por muy sagaz que se creyera, que no dejara su «tarjeta de visita» en el cuerpo de la víctima. Sin saberlo, sin

pretenderlo, sin ni siquiera imaginarlo. Bastaba con un simple cabello, la huella de un cuchillo, el roce de una bala o la fractura sufrida en vida para poder identificar el cuerpo. Al doctor Pimentel también le gustaba explicar a sus alumnos que, en realidad, «los huesos son como un papel de calco en el que han quedado fielmente registrados cuantos acontecimientos han tenido lugar durante la vida de un individuo, especialmente aquellos traumatismos que han llevado a la muerte de la víctima». Y, en caso de duda, una vez identificado el cuerpo de aquel que había sido borrado del mundo de los vivos, el homicida o asesino debería saber que él mismo puede tener las horas contadas antes de caer en las garras de la Justicia. Con seguridad, desde luego, si los restos de la víctima acaban en manos de Pimentel. «La verdad y nada más que la verdad de los hechos a la luz de la ciencia», solía explicar, incluso sin venir a cuento, a cuantos jueces y policías se le ponían a tiro, una vez ganada la confianza porque no con todos se sinceraba. Sus investigaciones, en todo caso, siempre comenzaban con el mismo interrogante.

La misma pregunta, mientras sostenía o acariciaba los huesos del finado.

«Dime quién eres».

«Dímelo tú, o yo lo averiguaré».

«El lenguaje de los huesos».

INFORME FORENSE EMITIDO POR LA ESCUELA DE MEDICINA LEGAL AL ILMO. SR. JUEZ DEL JUZGADO DE INSTRUCCIÓN N.º 1 DE MADRID

PROCEDENCIA: Juzgado de Instrucción n.º 1 (MADRID)

Diligencias Previas: Ref. n.º 530/89

ENTRADA EN LAB. ANTROP. FORENSE: 29.VI.89

REF. LAB. A. F.: 209.96.1989

2.ª ENTRADA LAB. A. F. exhumación: 10.VII.89

INFORME DEL LABORATORIO DE ANTROPOLOGÍA FORENSE

El estudio realizado corresponde al cadáver de un sujeto de sexo femenino, cuya edad oscila entre los 20-24 años, hallado en un edificio en obras en el Paseo de Castellana, número 24, de MADRID, y enviado en dos remesas a este Laboratorio de ANTROPOLOGÍA FORENSE; primero el cráneo y dos vértebras cervicales, fémur derecho y parte del coxal derecho (29.VI.89) y segundo, el resto del cadáver exhumado (10.VII.89). Se procedió a la esqueletización del cuerpo, que estaba en avanzado estado de descomposición (putrefacción).

CONCLUSIONES

La ausencia de partes blandas, ligamentos y cartílagos en los restos encontrados indica que el cadáver llevaba en ese estado entre 6 y 8 años.

Determinación del sexo: el estudio del hueso coxal y los indicadores craneales presentan marcadores claramente femeninos. Así mismo, se observa una escasa robustez en el esqueleto postcraneal. Este sujeto debió ser de escasa robustez en general. Por la delgadez de los huesos del brazo y antebrazo, debió tratarse de persona que no realizó grandes ejercicios físicos durante su vida. Presenta ciertos caracteres que son propios de mujer y además el húmero izquierdo presenta perforación olecraneana, lo que es más frecuente en el sexo femenino.

Ítem más. En base a los rasgos más significativos observados en el cráneo, el cual presenta la frente vertical terminando en unos arcos superciliares aplanados que no sobrepasan la raíz nasal, el pequeño tamaño de la apófisis mastoides y la constitución menos robusta de la mandíbula, caracterizada por un mentón agudo, así como en la pelvis, la cual presenta un ángulo subpúbico obtuso de 110º, la escotadura ciática poco profunda y simétrica en forma de U, se concluyó que los restos óseos estudiados pertenecían a una mujer.

Signos identificativos de primera magnitud son los siguientes. Estimación de la edad: se ha comprobado el grado de desarrollo dental y el escaso nivel de atrición (desgaste), así como la superficie de la sínfisis púbica. Así mismo, se ha realizado el estudio del cierre de las suturas craneales y se estima que la edad del individuo oscila entre 20 y 24 años.

Ítem más. La unión epífiso-diafisaria de la clavícula aún no se había producido, lo cual indica que los restos pertenecen a una joven de esa edad, quedando este hecho confirmado por una radiografía de su dentadura, la cual mostró que los terceros molares no se encontraban aún completamente fuera de la encía, coincidiendo con un sujeto de entre 18 y 25 años, según las tablas

de maduración dentaria de Schour y Massler.

El método de Fully y Pineau para la determinación de la talla en un esqueleto completo estableció que la estatura de los restos óseos encontrados era de 159,6 cm +/- 2,015.

El cráneo del individuo presenta una fractura, posiblemente provocada por un traumatismo severo, en la porción occipital. Un estudio más exhaustivo ha revelado que dicha lesión se produjo *antemortem,* no descartándolo como posible causa de la muerte.

Se destacan diversos elementos hallados durante la exhumación de los restos, entre ellos se han conservado restos de tejidos y ropa del individuo (faldita corta, braguita de encaje, blusa, sujetador). Toda la ropa se encuentra muy deteriorada y al margen de los restos, como si le hubiera sido arrancada de forma violenta a la víctima. La blusa, por ejemplo, solo conserva dos de los botones. Y se espera el análisis de laboratorio con los resultados sobre la alfombra que envolvía el cadáver.

Firmado: Ramón PIMENTEL, doctor en Medicina Legal por la Universidad Complutense de Madrid y especialista en Antropología y Biología Forense.

El periodismo es, fundamentalmente, un trabajo de lobos solitarios, piensa desde hace años Marina Monforte. Aunque, en ocasiones, los depredadores actúen en manada y para dar caza a la presa tengan que intervenir varios miembros del hato. Y sabe, también, que ha de estar siempre disponible, como un bombero o una comadrona. Que uno vale lo que vale su última notica. Que quien tiene padrino se bautiza y está en mejores condiciones de garantizarse la subsistencia y medrar. Que el olfato y la intuición son tan importantes como saber juntar palabras. Que nadie, por muy intocable que se tenga, resulta ileso ante el veredicto de la desnuda verdad. Que hay que saber ser fuerte con los fuertes, pero débil con los débiles. Que no es verdad que la vida acabe colocando a cada uno en su sitio. No siempre. No en todos los casos. Que si la justicia existiera, la de los hombres, porque la divina está inédita, no habría tantos elementos que con frecuencia se van de rositas. Que el poder lo trastoca y corrompe todo. Que los poderosos son insaciables, nunca se dan por vencidos y nunca tienen suficiente, aunque lo parezca.

Y también sabe, Marina Monforte lo sabe después de tantos años de

«crónica sangrienta», que cualquiera es capaz de matar en una situación límite, por muy bueno que sea. Que el muerto no siempre es el bueno.

Y que matar es muy fácil, lo difícil es deshacerse del cadáver.

Borrarlo de la conciencia del homicida o criminal.

Hacerlo desaparecer para siempre.

«Necesito hablar con Adela». «Tengo que llamarla». «Solo ella podrá ayudarme, quitarme esta angustia».

Es en lo único que piensa ya Santos Senabre.

«Tengo que verla».

Necesitaba hablar con ella, sí. Aunque fuera mentalmente. Todos los días. A cada instante, pero sobre todo por la noche en la soledad de la cama cuando, desvalido, acurrucado como si fuera un ovillo, era incapaz de conciliar el sueño sin «contarle» cómo le había ido la jornada, sus angustias, sus anhelos. Aunque solo fuera mentalmente. Sus temores, acrecentados ahora, tras escuchar esa maldita noticia en la radio que aún le taladraba, inmisericorde, la cabeza.

«Unos obreros han encontrado unos restos mortales… Alazán… Castellana, 24… La policía se ha hecho cargo de la investigación».

Y era entonces, en el fragor de sus atormentados insomnios, en ese vaivén de pensamientos, en medio de tan mareante remolino, transpirando el tenue mador de su dolorosa ausencia, cuando acertaba a comprender la inmanejable pasión que lo seguía atenazando.

Piensa en ella, sin poder evitarlo, con la misma naturalidad con la que respira.

Le gusta imaginar su cuerpo menudo. Jugar a la adivinanza de su nacarada piel. Recorrer el paisaje de su rostro. Y solo así consigue aliviar la pena de su constante y cruel ausencia.

«El tiempo es un error, aunque el destino se vengó haciéndome coincidir contigo».

Por más que tratara de hacer como que durante un tiempo se olvidaba de ella.

«¿Estará con Diego ahora?».

Nunca dejaba de sobrecogerse cada vez que pronunciaba su nombre.

Por más que lo intentara.

«Adela».

«Unos obreros han encontrado unos restos mortales…».

2

1959. Herencia (Ciudad Real). Madrid

Pelo de mazorca. «Madre, he parido una mazorquita». Fue lo único que acertó a decir Engracia, recostada entre los surcos de la sementera cuando su madre, alarmada por la tardanza, llegó a la pequeña huerta familiar tras una angustiosa búsqueda. La piel clara, escasa y despeinada la cobriza cabellera, el brillo en los ojos de un fulgor indescriptible. La cara, polvorienta aún, nítidamente surcada por un reciente reguero de lágrimas. Engracia desdobla el pliegue de la saya y le enseña a su madre la cosita, apenas un gazapo, que acuna en su regazo. Las dos se llaman Engracia y no es el nombre lo único que comparten. El mismo color de pelo, el mismo genio, la misma determinación, la misma dulzura. Tapada con el pañuelo que siempre anuda a su cuello, la recién nacida llora con el estrépito de quien ha llegado al mundo para hacerse notar. La ya abuela empapa su moquero en la acequia principal donde desaguan algunas hijuelas del río Amarguillo no lejos de la sierra de La Solana. Y, con esa ternura que solo una madre es capaz de ofrecer, moja los labios de su sedienta nietecilla y borra los chorretones que ensucian también la faz de su hija. «Se llamará Aurora», madre. Y Engracia sonríe mientras trata de pensar cómo le explicará a Eladio, a su marido, el feliz alumbramiento de su hija sin un padre conocido.

Le puso Aurora, por la sonrosada luz de su rostro.

Y porque era el principio de algo muy hermoso.

Y porque nació resplandeciente y brillante.

Antes incluso que el sol.

Un regalo de Dios.

Como un rubí al amanecer.

Extramuros de Herencia, en la carretera de Puerto Lápice, el terreno es

mullido y fértil. Agradecido, como pocos, cuando el agua de la lluvia tiene a bien humedecer los campos. Las precipitaciones y aguaceros se hacen tanto de rogar que, cuando se descuelgan del cielo, son pura bendición. Un chaparrón, un simple chubasco suele ser el mejor de los regalos en el secarral manchego, siempre que no venga, claro, con esa fuerza que destroza campos y sembrados o venga acompañado del infernal granizo. Los Coloraos, que se han pasado la vida mirando al cielo de reojo, cultivan legumbres y hortalizas con singular primor. Lo vienen haciendo desde hace varias generaciones, aun a sabiendas de que no gozan de la suficiente buena fama en el pueblo como para dar salida a sus productos. Incluso a los frailes del convento les cuesta Dios y ayuda meter en la mollera de los herencianos que todos los vecinos son hijos del Sumo Hacedor, con independencia del color de sus cabellos. Los primeros Coloraos dignos de recuerdo plantaron moreras y criaron gusanos de seda como materia prima para la Real Fábrica de Tapices de Aranjuez y se transformaron en tintoreros por arte y gracia del añil y la cochinilla. Los hombres echaban sus peonadas donde podían y las mujeres cardaban, urdían los hilos, formaban estambres, tintaban y tejían cíngulos, ceñidores, ligas, estameñas, paños y pañetes, camelotes y telillas.

Cuando el negocio de la seda feneció, los Coloraos dejaron de cardar la lana y trocaron moreras y gusanos por los afanes del huerto y la azada, además de ponerse al servicio de las familias más pudientes para lo que pudieran necesitar y fuera menester. De los frutos obtenidos en sus tierras de labor comieron varios linajes sin que sus desprendidas aportaciones al concejo en forma de víveres para los más necesitados consiguieran mitigar su mala fama. Un sambenito que los penitentes Coloraos llevaron colgado de por vida sin más motivo que el de la envidia, cuando no la pura superstición. Ancestrales chismorreos, aventados por zopencos, empeñados en sembrar la idea de que atraían la mala suerte. Conseguido su propósito y sin fuerzas para litigar contra la estulticia y la sinrazón, las distintas generaciones de Coloraos vivieron su propio exilio interior. Sin importarles su granate condición.

Temidos, ridiculizados.

Pelirrojos.

Pero como de todo hay en la viña del Señor, no todos fueron detractores y maldicientes. No todos se comportaron así. Algunos, por puro interés, los mantuvieron a su servicio en sus campos, quinterías y alhajadas estancias. Y ellos, claro, se dejaron querer aun a sabiendas de que no lo hacían por aprecio. De esta guisa, los Coloraos se deslomaron bajo el inclemente sol manchego y quebrantaron sus fuerzas como sirvientes, por ejemplo, en la casa familiar de los Dueñas. Agricultores terratenientes dedicados, sobre todo, a las viñas y a

la elaboración de vino en su más que centenaria bodega. Además de viajantes e industriales para vender la cosecha en cualquier punto de España, incluida la Rioja. Parte de la recolección, una vez elaborado el caldo, es vendida en una pequeña tienda de la calle del Prado, en Madrid, además de en numerosos restaurantes de la capital. Buen vino el de los Dueñas, aunque fuera vendido a granel, tal y como podían atestiguar los solícitos parroquianos que puntualmente acudían al despacho capitalino para rellenar sus botellas y garrafas.

La casa familiar de los Dueñas está en las afueras de Herencia, pegada a la bodega, en la carretera que une Puerto Lápice con Alcázar de San Juan y Campo de Criptana, en pleno territorio cervantino. El matrimonio formado por Amador y Francisca tiene un único hijo, Álvaro, que es el que lleva el peso del negocio tras el duro y exigente aprendizaje que le ha inculcado el padre. Álvaro comenzó a estudiar Derecho en Madrid, es un decir, pero finalmente abandonó cuando comprendió que no necesitaba estudios para valerse en la vida si, como era el caso, podía pagar a cualquiera para estar a su servicio. La familia disponía de un piso en la calle Apodaca de Madrid, en el número 13, que es donde Álvaro hizo como que estudiaba mientras permaneció en la capital dando tumbos por doquier. Decepcionado porque su propio hijo, en el que tantas esperanzas y dinero habían depositado, fuera incapaz de acabar la carrera, en ocasiones no encontraba mejor forma de referirse a él que bajo apelativo de «el Señorito». El atinado apodo que tanto lo incomodaba y que para disgusto suyo también utilizaron sus amigos. Esperanzas frustradas y dinero dilapidado que no hicieron mella en él, ajeno por completo a la incomodidad de sus progenitores. En Herencia, los Dueñas cuentan con un pequeño ejército de personas a su servicio, fundamentalmente para las tareas del campo, de la bodega y de la almazara, pero también para las labores domésticas. Amador gobierna sobre los empleados relacionados con la actividad que le es propia y Francisca manda al resto del personal. Entre ellos, al matrimonio formado por Eladio y Engracia, conocidos también como los Coloraos. Su única hija, de nombre también Engracia, los ha bendecido ahora con el nacimiento de su nietecita Aurora. Una felicidad —la dicha nunca es completa en casa del pobre— que sería plena si el padre se hubiera atrevido a dar la cara haciéndose cargo de ambas.

Como para darle un apellido.

Como para cuidar de ellas y protegerlas.

Como haría cualquiera que tuviera entrañas y buenos sentimientos.

Alguien que no fuera un malnacido.

Eladio se desloma en el campo de los Dueñas y, cuando la actividad decae, trabaja con igual tesón en la vieja bodega o en el molino de aceite. Engracia limpia y cocina, además de otras labores propias de una casa innecesariamente grande y demasiado pulcra. Al servicio de los amos también se encuentra la joven Engracia, que ya muestra el mismo primor que la madre en las tareas habituales del servicio doméstico. Y además, por si no tuvieran bastante, disponen de una pequeña huerta familiar donde cultivan hortalizas y legumbres, incluso algún frutal, más por tradición que por necesidad. Además de su destino en manos ajenas, la joven Engracia ha heredado su rojiza cabellera y una serena belleza, desconocida para casi todo el pueblo, ya que rara vez tienen tiempo de salir a la calle, más allá de dar cumplimiento a los recados habituales. Su hermosura no ha pasado inadvertida, en cambio, para Álvaro Dueñas, libre de cargas y compromisos familiares a sus casi cuarenta años.

Álvaro está obsesionado con Engracia. Solo tiene ojos para ella y ni siquiera sus padres saben que uno de los motivos, acaso el más importante, por el que abandonó los estudios fue por estar cerca de la moza. No tan cerca como para que Francisca, su estricta madre, pueda sospechar, pero no tan lejos como para que los días se le hagan insulsos y eternos. Aunque algo debieron intuir cuando, ingenuamente, les dijo que para poder seguir estudiando con plena dedicación en Madrid, y desentenderse de las tareas domésticas, sería muy conveniente tener a Engracia a su servicio en el piso de Apodaca. Pero los padres, claro, no picaron y prefirieron arriesgarse a que permaneciera solo en Madrid, aun a sabiendas de que la vida de un estudiante con dinero siempre en el bolsillo es terreno abonado para que la carrera universitaria quedara, como así fue, en barbecho. No, en cambio, su vida social, que fue pródiga en excesos de todo tipo, en el bien entendido de que no hay desmesura mayor que la de la propia juventud. Definitivamente, Álvaro cuelga los estudios y, cuando sus juergas se lo permiten, da rienda suelta a su incipiente afición por la historia, el arte y las antigüedades. Pasa largas temporadas en Madrid haciendo acopio de cuantos cacharros, armatostes y trastos se le ponen a tiro, material que va acumulando, sin saber aún para qué, en un almacén de Vallecas. Y viaja con frecuencia a la casa familiar de Herencia, donde finge enfermedades o inventa pintorescas excusas para poder disfrutar de la presencia de Engracia. Demasiado niña aún, pero lo suficientemente mujer ya como para no quitarle el ojo de encima, anhelando con solazarse entre sus piernas y manosear sus diminutos pechos. Ajena a los requiebros de Álvaro, la chica lleva una existencia alegre y confiada. Responsable en sus tareas, y siempre obediente, para lo que quieran mandar, pero risueña y cariñosa con todos. Por indicación de Francisca, Amador ha advertido a su hijo de que, si

llegado el caso no pudiera aguantar los impulsos y arrebatos propios de un hombre en cuanto al sexo, siempre están esos sitios, «en Madrid debe haber muchos, aunque alguno también en Alcázar», donde puede satisfacer sus necesidades. Cualquier cosa con tal de no poner las manos sobre Engracia. Por muy suave, delicado y apetecible que fuera su cuerpo de niña, casi una mujer ya.

«Te la corto, si tocas a esa chica», le dijo Amador a Álvaro con un tono que no dejaba lugar a dudas.

Pero no se la cortó cuando, finalmente, la dejó embarazada tras engatusarla con requiebros. Los halagos y galanterías comenzaron en la cocina, aprovechando que era día de mercado y no había nadie en la casa. Continuaron en el amplio corralón empedrado y culminaron en la bodega, al fondo de la nave de tinajas. Detrás del jaraíz donde mediado septiembre comenzaba a pisarse la uva para obtener el gustoso mosto antes de fermentar y convertirse en vino. Y pasó lo que tenía que pasar. Avergonzada, la joven Engracia ocultó mientras pudo cómo crecía su tripa. Hasta que, pese a su delgadez, el abultamiento fue tan claro que tanto su madre como la dueña de la casa comprendieron lo que había acontecido. La madre lo supo antes cuando notó que a su hija no le venía la regla. Francisca se lo dijo a Amador y ambos callaron. Engracia no se lo dijo a nadie, ni siquiera a Eladio, y en vez de reprochárselo a su hija la trató desde entonces con mayor delicadeza y cariño. Quitándole parte de la carga y estrechándola entre sus brazos con más frecuencia de la habitual. Sin palabras, sin gestos impostados, únicamente con el amor que una madre es capaz de dar a una hija. Álvaro solo dejó de acosar a Engracia cuando supo por ella que la había preñado. Se quedó lívido, no dijo nada, no sintió nada, miró hacia otro lado y se marchó. Avergonzado y con cierto fastidio volvió a recalar en Madrid. Allí, en la capital, no tardó mucho en recuperar el ánimo. Bastaron un par de juergas y correrías nocturnas con sus amigotes para disipar su pena, si es que alguna vez la tuvo. A los pocos días supo que todo había pasado. Dejó de pensar en Engracia y en la criatura que estaba a punto de venir al mundo. Y al dejar de pensar en la que podía y debía haber sido su mujer comprendió que aquel episodio no había sido más que un percance. Un vulgar y pasajero accidente, como un sarampión que hay que pasar, de alguien inexperto en esas lides sentimentales. Estuvo enamoriscado, sí, pero sin secuelas ya de aquel contratiempo. Ni consecuencias ni, por supuesto, remordimientos o problemas de conciencia. «Ella se lo buscó, porque ya se sabe, quien evita la ocasión, evita el peligro», vinieron a decirle sus amigos, a modo de falaz consuelo.

Poco tiempo después de dar a luz, Engracia murió al no poder contener las hemorragias y, como consecuencia, tampoco pudo disfrutar de su hija. Los

Dueñas, es cierto, se desvivieron con la joven. Para que la vieran los mejores médicos, la llevaron primero a Alcázar y más tarde Madrid, sin conseguir evitar su fallecimiento. Para colmo de males, la abuela Engracia no pudo soportar la muerte de su hija y cayó en una profunda depresión. Nunca volvió a ser la misma y, por más que lo intentaba, tampoco podía cuidar y atender a su nietecita. La pequeña no era culpable de nada, ella lo sabía, o creía saberlo. Seguía siendo la misma cosita preciosa que prácticamente vio nacer en el huerto familiar, pero, al morir la hija de sus entrañas, ya no acunaba a su nietecita con el cariño necesario, ni le reía sus gestos y gracietas, ni evitaba sus desconsoladas llantinas, ni la aseaba con la frecuencia necesaria, ni peinaba su rojizo pelo, ni acariciaba su arrebolada carita. Ni la alimentaba como debía. Engracia había dejado de ser Engracia, y no era ya más que un espantajo. Ni sombra de la mujer que fue, mientras Eladio mascullaba una solución. La pequeña quedó provisionalmente a cargo de la familia Dueñas hasta que, armado de valor y atiborrado de aguardiente, Eladio se subió al autobús de línea y se plantó en Madrid, donde Álvaro pasaba grandes temporadas muy ocupado en no hacer nada. Y, en Apodaca 13, esperó el Colorao a que el Señorito volviera de sus correrías nocturnas para entregarle a la pequeña en un capazo. Extrañada por su presencia, y para evitarles el frío de la calle en un diciembre más gélido de lo habitual, la compasiva portera de la finca lo invitó a pasar, pero Eladio tan solo accedió a permanecer sentado en las escaleras del portal. El madrugón que se había dado para poder coger el autobús y el lejano murmullo procedente de la tele de la portera, con la retransmisión de la boda en Bruselas del rey Balduino con la española Fabiola de Mora y Aragón, lo sumieron en un profundo sopor. Hasta que oyó la puerta y, pese a la oscuridad de portal, reconoció al momento la silueta de la persona a la que tanto odiaba y por tantos motivos. Si no hubiera sido por Aurora, lo hubiera degollado allí mismo. Le hubiera rebanado el gaznate con su navaja barbera sin que le temblara el pulso. «Aquí tienes lo que es tuyo —le dijo Eladio—; si me entero de que no la tratas como a una hija, vuelvo y te corto el cuello, cabrón». De esta forma, con un añito de vida, llegó Aurora a aquel viejo Madrid de principios de los sesenta. Una ciudad alegre y confiada, aparentemente ajena al peso de la todavía firme, aunque algo agrietada ya, bota de Franco.

A sus cuarenta y un años, sin oficio ni beneficio, Álvaro tiene que reinventarse. El negocio familiar del campo ya no es lo que era, los aparceros se llevan muchos de los beneficios una vez que el padre se ha jubilado y, para colmo de males, el vino de la bodega cada vez se vende peor. Hasta el punto de verse obligado a cerrar el despacho de la calle del Prado y a buscarse la vida en un sinnúmero de aventuras empresariales. Cosas de poca monta y menos lustre hasta que decide dedicarse al comercio de antigüedades. Al principio con poco éxito, pero de forma floreciente a medida que pasa el

tiempo. Muchos de los cachivaches del almacén de Vallecas recobran una nueva vida en el viejo despacho de vino, un establecimiento demasiado pequeño para su desmedida ambición y por el que tímidamente se van dejando ver sus primeros e incautos buscadores de gangas y supuestos tesoros ocultos. El siguiente paso es fácil: abre una nueva tienda en el Rastro y empieza a ser don Álvaro, hasta el final ya de sus días. La historia de su éxito en los negocios es la de un marchante con buen olfato para los objetos de valor.

«Si te gusta la historia, vives en un país con un pasado tan floreciente y con unos acontecimientos tan singulares, tienes sensibilidad y buen gusto y amas el arte y lo antiguo y conoces el valor de lo que tienes en tus manos o puedes tocar, si por tus venas corre sangre fenicia y actúas con astucia, pues es lógico —piensa con frecuencia don Álvaro— que algún día te toque el premio gordo».

Desde el principio, muy al principio, cuando siente que el éxito del negocio es imparable, el marchante y anticuario adquiere en la calle uno de sus objetos más preciados: Milton Flores, un antiguo boxeador, un dominicano negro, que acabó de chulo de putas, y cuya fidelidad perruna nunca agradecería lo suficiente. Don Álvaro le dijo que necesitaba una persona de confianza, capaz de hacer cualquier cosa por él, lo que hiciera falta, y el que fuera temido púgil en su país no supo negarse tras haberlo sacado de la indigencia y la mala vida por culpa de su mala cabeza. «Llegado el caso, jefe —se puso serio Milton—, no me importaría volver a utilizar los puños si fuera preciso, pero solo una cosa le pido: no me obligue a mancharme las manos de sangre, porque ya me ocurrió alguna vez y no estoy dispuesto a que vuelva a suceder». «Se lo juro por mi madre, que en el cielo esté, que no volveré a pasar por eso, a sufrir ese remordimiento que me ha mantenido trastornado y me condenó a vivir en la calle», añadió. Pero don Álvaro no precisaba de ningún juramento. A la hora de contar con él confió más en su intuición para saber que así sería hasta el final. «Conozco a la gente con mirarla», solía presumir, aun a sabiendas de que en no pocas ocasiones había errado en sus presentimientos. Lo que Álvaro Dueñas desconocía entonces es que, andando el tiempo, la faceta como rufián del dominicano le resultaría muy útil para montar otro de los negocios que empezaba a barruntar ya en su magín.

Álvaro no supo qué hacer con Aurora hasta que un día, paseando por la plaza de Chamberí, encontró la que sería la mejor solución. Y el arreglo fue entregársela a las Siervas de María con el compromiso de volver a hacerse cargo de ella tan pronto como pudiera. «Ya se me ocurrirá algo», cavila

inquieto, sentado en un banco frente al convento.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—Muchas gracias, hermana, por haber podido encontrar un hueco en sus múltiples ocupaciones para poder atenderme. Como le he dicho a la portera, he conseguido un par de cosas, de poca utilidad en mis manos, pero de gran valor para ustedes, que me gustaría hacerles llegar.

—Le he atendido tan pronto como me ha sido posible. La hermana tornera me ha dicho que también estuvo usted aquí la semana pasada, pero es que además de nuestras labores habituales estábamos ocupadas con un imprevisto que nos ha surgido.

—¿Algo grave?

—No, no se preocupe, estamos rezando mucho a Dios para que oiga nuestras súplicas.

—Se lo agradezco de nuevo, madre superiora.

—No hay de qué. Es cierto que estamos muy atareadas, usted lo ha dicho. Ya sabe que llevamos una vida contemplativa pero muy activa. Además de orar, nos dedicamos también al servicio de los enfermos, a los que atendemos en sus domicilios, según nos mandó nuestra madre fundadora, María Soledad Torres Acosta. Como sabrá, hace diez años fue beatificada por Pío XII.

—Una labor abnegada, sin duda, la de ministras de los enfermos, como también se las conoce. «Estuve enfermo y me visitasteis», creo que es el lema de su congregación.

—Evangelio según San Mateo, capítulo 25, versículo 36. Le veo bien informado, don Álvaro. Lo que tal vez no sepa es que fuimos las Siervas de María las que a principios de siglo conseguimos, gracias a nuestro tesón, que se crease el título oficial de Enfermería en España. Hasta entonces, solo los practicantes y las matronas tenían una regulación legal. No fue fácil, pero con la ayuda de Dios podemos conseguir cualquier cosa que nos propongamos. ¿No cree?

—Sí, sí, por supuesto.

—En esa convulsa época, usted, que es amante de la historia, gobernaba Eduardo Dato y, paradojas de la vida, nuestro humilde beaterio fue fundado en esta plaza justo en la esquina, precisamente, del actual paseo de Eduardo

Dato.

—¡Qué casualidad! Muy interesante.

—Imaginaba que le agradaría conocer ese detalle. Sí, los enfermos son nuestra misión pastoral en esta vida. Y, si me permite la confidencia, además de dar alabanzas a Dios para que nos conceda un corazón agradecido y una caridad infinita para poder servirle en los pobres y enfermos, nuestras oraciones se dirigen ahora hacia el Vaticano para que nuestra madre pueda ser proclamada santa.

—*Ora et labora.* No tengo la menor duda de que así será. Siempre he tenido mucha curiosidad por saber cómo organizan ustedes su tiempo.

—Pues no hay ningún misterio. Para nosotras el día comienza a las 6:30, que es cuando nos reunimos en la iglesia para rezar el Ángelus. Invocamos al Espíritu Santo y luego tenemos una hora para nuestras oraciones personales. Asistimos todas las hermanas, salvo aquellas que salieron por la noche para atender a los enfermos. Todas juntas ya, hacemos también nuestras oraciones de Laudes y a continuación pasamos al refectorio para desayunar. Después, cada hermana se dirige a su oficio, excepto las de asistencia nocturna, que se van a descansar y a reponer fuerzas para la noche. A las 11:00 celebramos la eucaristía que concluimos con el rezo de la oración de Alabanza. A las 12:00 comemos todas juntas y, después de la comida, disfrutamos de media hora de recreo comunitario. A continuación, las hermanas de asistencia nocturna se retiran a descansar y las demás disponemos de un tiempo libre personal para el descanso, la lectura o el estudio. A las 15:00 suena la campana para el rezo del rosario y a continuación cada una sigue con sus obligaciones, solo interrumpidas por un pequeño descanso a media tarde para la merienda. A las 19:15 comienza el tiempo de oración privada delante del Sagrario y a las 19:45 la oración de Vísperas. Cenamos a las 20:00 y a continuación disfrutamos de otro recreo juntas. Las hermanas que cuidan a los enfermos en sus domicilios rezan Vísperas, cenan y se marchan. Allí, delante del enfermo, ellas rezan Completas y hacen sus oraciones personales. A las 21:00 las hermanas que permanecemos en casa rezamos juntas la oración de Completas y nos retiramos a nuestras celdas. Empieza el silencio. Y eso es todo… No sé si esto satisface su curiosidad.

—Sí, sí, por supuesto. Se lo agradezco mucho. Veo que no les sobra el tiempo.

—Desde luego que no. Hay tantas almas descarriadas y tanta tarea por hacer… El fervor de nuestras oraciones ha de ser constante y sin interrupción, según nos dejó dicho nuestra madre en una de sus máximas… Pero, dígame, ¿qué era eso tan urgente que me quería comentar?

—Bueno, urgente no.

—Usted dirá.

—La cuestión es que… Bueno, no sé si lo sabe, pero me dedico al mundo de las antigüedades. Al principio por pura afición y, desde hace un tiempo, también como negocio.

—Algo había oído. Le ruego que vaya directo al grano.

—Sí, sí, por supuesto. Se trata, además, de un asunto que nos interesa y mucho a ambos.

—Don Álvaro, siga, por favor.

—Antes de nada, si me lo permite, y como prueba de mi afecto por su congregación y por la tarea que hacen, les he traído un documento. Lo ha encontrado uno de mis colaboradores en nuestro almacén y he pensado que estará mejor en sus manos que en las mías.

ILMO. SR MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES.

Excmo. Sr.:

La que suscribe, Asistente General de la Congregació de Religiosas Siervas de María, Ministras de los Enfermos, en ausencia de la Rma. Madre General, tiene el honor de presentar a la aprobación de V.E. el adjunto Programa para la Enseñanza de la Profesión de Enfermera, con objeto de que las Hermanas de esta CoMunidad puedan sufrir el examen oficial del mismo y con ello poder obtener el Diploma que justifique estos conocimientos, á semejanza de Instituciones similares que vienen funcionando en Inglaterra, Alemania, y muy principalmente en Roma en la cual existe el actual Ambulatorio, que sirve para la enseñanza de Religiosas Enfermeras, bajo el patronato directo de S.Santidad.

Consideramos conveniente hacer á V.E. la aclaración de que el Programa adjunto, encierra un plan de enseñanza distinto del que existe para los Practicantes.

Esperamos nos otorgue la aprobación del adjunto Programa con lo cual

dará una vez más prueba de su celo por la enseñanza y por el bien de los enfermos.

Dios guarde á V.E. muchos años. Madrid a 19 de Febrero De 1915.

Fdo. Sor Fernanda Iribarren

—Pues no sabe la ilusión que nos hace y qué contentas se van a poner las hermanas cuando lo vean. No sé cómo habrá llegado hasta usted, pero no puede imaginar cómo se lo agradezco. Una de nuestras novicias, con estudios de Historia, había localizado una copia extractada del documento en la Hemeroteca Municipal. Lo encontró en la vieja *Gaceta de Madrid,* el actual *Boletín Oficial del Estado,* pero no teníamos ni idea de que existiera aún la solicitud original que dio lugar a la Real Orden según la cual, «además de consagrarnos al servicio de Dios y de la Iglesia, nos permitió dedicarnos al cuidado de los enfermos en asistencia esmerada, gratuita y preferentemente a domicilio», según suele recordar aún nuestra maestra de novicias.

—Me alegro de que sea de su agrado.

—Gracias a usted, siempre, don Álvaro. Pero hablaba, perdone la impaciencia, de un segundo hallazgo. ¿No es así?

—Bien. Hace unos días se me planteó la posibilidad de adquirir un objeto muy delicado, procedente del mercado negro, que puede resultar igualmente de su interés. Más incluso, si cabe, que esta instancia. Un intermediario de mi confianza, con el que trabajo habitualmente, me hizo saber que uno de los peristas con los que se relaciona decía tener una especie de urna de tipo religioso…

—¡No me diga que tiene usted en su poder la urna que contiene las reliquias de nuestra santa!

—Pues no sabría decirle, no tenía conocimiento de que un objeto así, de esa importancia, pudiera estar en unas manos tan poco piadosas.

—Mañana hará un mes que nos robaron la urna y seguro que usted no sabía nada.

—Pues no, la verdad es que no. No suelo frecuentar esta iglesia para escuchar la santa misa… ¿Y por qué habría de saberlo, si la noticia no ha trascendido? En el *ABC,* al menos, no he leído nada, ni nadie me lo ha

comentado tampoco. Y créame que en nuestro negocio este tipo de cosas se acaban sabiendo. Tarde o temprano se saben.

—Eso es cierto. Hemos preferido actuar con cautela, siguiendo la recomendación del Arzobispado y de nuestra propia Curia, a la que naturalmente también hemos consultado.

—O sea, que no lo han denunciado a la policía.

—No, no lo hemos hecho. Estamos organizando una serie de actos para conmemorar el aniversario del nacimiento de nuestra santa madre fundadora, hemos preparado también un triduo en su honor… En fin, que estamos tan consternadas que no sabemos cómo actuar. Me decía, ¡es que no salgo de mi asombro!, que usted cree tener nuestra urna en su poder.

—Así es. Eso creo.

—¿Y podría verla?

—De momento, no. Aunque naturalmente me he permitido traerle una foto para saber que estamos hablando exactamente del mismo objeto.

—¡Santo Dios! ¡Alabado sea el Señor!

—Veo que la reconoce.

—Le ruego, por favor, don Álvaro, que nos ahorre toda esta angustia y nos diga cómo podemos recuperar la urna… O que nos diga de una vez qué tenemos que hacer, cuánto…, por cuánto nos va a salir que las reliquias puedan volver a estar a los pies de la Virgen de la Salud, la patrona de nuestra congregación.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Confíe en mí, madre superiora, se lo ruego.

—Pero no le conozco de nada. Salvo el gesto de generosidad que ha tenido, entregándonos ese documento… Estoy muy confundida, se lo confieso.

—Eso no importa ahora. Sabe quién soy, a qué me dedico, dónde están mis negocios. Vivo cerca de aquí, en la calle Apodaca. Tiene que confiar en mí. Necesito que confíe en mí. No tiene ningún motivo para no hacerlo. Ya verá como se alegra.

—¿Y qué quiere a cambio?

—Bueno, eso no es importante ahora. Lo que realmente cuenta es que ustedes recuperen lo que es suyo.

—Dígame qué necesita o qué pretende a cambio de su gesto de generosidad.

—Tan solo un pequeño favor... A ver cómo se lo explico… Tengo a mi cargo, y sin forma humana de poder atenderla como es debido, a una criatura… Una hija, apenas un bebé, a la que quiero entregarles en adopción.

—¿Y su madre?

—Diríamos que falleció.

—¡No me mienta!

—¡No le miento! No se enoje conmigo. Es cierto.

—¿Y su familia?

—Soy soltero.

—O sea, la pequeña fue concebida fuera del sagrado vínculo del matrimonio.

—Así es.

—No.

—¿Cómo que no?

—Quiero decir que nosotras cuidamos a enfermos fuera de nuestro convento, pero no nos dedicamos ni al acogimiento ni a la adopción de menores. Para eso hay otras instituciones. Cometeríamos, además, una ilegalidad.

—Lo sé. Sin embargo, he pensado que mi hija estaría muy bien aquí, a cambio de que yo les devolviera la urna. Sobre todo teniendo en cuenta que la pequeña no sería la única menor que vive en este convento.

—¡Es usted un insolente! ¡Y un mentiroso!

—Tranquila, madre, sé de lo que hablo.

—¡Usted no sabe nada!

—¿Cómo que no? Yo lo sé todo.

—No sea prepotente, por favor. ¡Habrase visto desfachatez!

—Sé perfectamente que aquí residen otros menores. Niñas, para ser más exactos.

—¡Pero qué dice! ¿Está usted loco o qué?

—Estoy bien cuerdo, señora; digo, madre.

—Es posible que, de forma temporal, en verano generalmente, nos hayan visitado los sobrinos de las hermanas. Lo admito. Pero, más allá de eso, creo que usted delira. En todo caso, si desde la calle se oyen voces o gritos infantiles serán del colegio de los Maristas, aquí al lado, y no de nuestro convento.

—Puestos a delirar, me da por pensar que se estén asegurando ustedes su propia supervivencia para convertir a estas niñas en legas en un futuro no muy lejano. Mano de obra barata al servicio de Dios.

—Eso que está diciendo es una barbaridad, que no estoy dispuesta a consentir y menos en un lugar sagrado como este. Es intolerable, ¡salga de aquí inmediatamente o llamo a la policía!

—¿A la policía? No, no va a llamar a nadie. No nos conviene a ninguno de los dos. ¿Verdad que no, sor Blanca de Jesús?

—Es usted despreciable. Es…

—No se enoje, madre superiora. También he oído que, dentro de su piadosa y benemérita labor, utilizan el convento como centro de acogida para madres solteras, o para mujeres víctimas de abusos sexuales.

—No tendría por qué contarle esto, pero… Sí, de forma temporal. Es completamente cierto. Y le ruego, por favor, que no lo comente con nadie. Sin pretenderlo, podría hacer daño a mucha gente inocente.

—¿Y qué ocurre luego con esos niños?

—Es usted un ser abyecto, despreciable… ¡Que el Señor me perdone!

—Eso ya me lo ha dicho antes. No sabe cómo lamento estar haciéndola pasar este mal rato. No era mi intención, ni mucho menos.

—Si lo sé, no le hubiera recibido. Tengo la impresión de que es usted un lobo vestido de cordero.

—¡Tonterías!

—Es lo que pienso.

—Pero no olvide el motivo que me ha traído aquí. Todos salimos ganando. Y creo que ustedes más que yo, sinceramente.

—Es posible que tenga razón, pero hay algo que no me acaba de cuadrar. Tengo mis dudas. ¿O qué pretende? ¿Salir de aquí bajo palio?

—Eso es lógico, dudar es normal. Pero ya verá como cuando le anuncie a la comunidad la buena nueva de la urna todo vuelve a ser como antes.

—Hacía tiempo que no lo pasaba tan mal. Que no me disgustaba tanto. Tendré que rezar mucho y suplicar a Dios que me perdone estos momentos de ira.

—Vamos a ver, sor Blanca, no quiero que se enfade conmigo y más cuando estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo beneficioso, muy beneficioso diría yo, para ambas partes. Un acuerdo sin riesgos, sin hipotecas y sin quebrantar ninguna ley, ni humana ni divina.

—No sé. Yo no estoy acostumbrada a esto.

—Pues es muy sencillo. Usted no tiene que hacer nada. Mañana mismo, esta tarde incluso, si lo desea, puede tener aquí la urna con las reliquias de la santa y, naturalmente, a la pequeña.

—¿Y cómo dice que se llama la niña?

—No se lo he dicho aún. Se llama Aurora.

—Aurora Dueñas.

—Simplemente Aurora.

—Bonito nombre. ¿Y hasta qué edad se supone la dejará a nuestro cuidado?

—Hasta que encuentre a la familia adecuada para que pueda hacerse cargo de ella.

—Varios meses… e incluso años, me temo.

—Me temo que sí. No quiero engañarla. Esto no es algo de un día para otro. No depende solo de mí.

—Espero que todo salga bien, pero esto es una auténtica locura.

—Aunque no lo hemos comentado, doy por hecho que todo lo que hemos hablado aquí queda entre usted y yo. Nadie más debe conocer nuestro acuerdo.

—¿Acuerdo?

—Bueno, sí, llámelo como quiera. Arreglo, alianza, pacto de conveniencia, si lo prefiere…

—Eso da igual.

—Por cierto si, por algún motivo, en algún momento, la policía se interesara sobre el asunto del robo, imagino que ustedes no tendrían nada que declarar porque nada saben.

—Efectivamente. No sabemos nada, o casi nada.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere exactamente, si puede saberse?

—Hay algo, don Álvaro, que no le he contado y tal vez le convenga saber.

—¿Ah, sí?

—El día antes del robo tuvimos un incidente con una de las hermanas. Sor Amada no se encuentra bien desde hace tiempo. Los nervios, ya sabe. Hay días en los que está muy deprimida y otros, en cambio, denota una alegría impropia en un sitio como este. Se ha vuelto muy suspicaz, ha descuidado sus obligaciones, se aísla durante días, sufre delirios, asegura que oye voces... La han visitado varios especialistas y nos han recomendado que la traslademos a alguna institución religiosa especializada en este tipo de males. Pero es un asunto que, sinceramente, no sabemos cómo abordar. Ellos hablan de brotes psicóticos y nos dicen que la cosa puede empeorar. Salimos cada día a socorrer a enfermos fuera de nuestra comunidad, y a procurarles alivio espiritual, y nosotras en nuestra propia casa no somos capaces de encontrar sosiego para el alma de una de nuestras mejores hermanas.

—Entiendo.

—El caso es que sor Amada sufrió una crisis, diríamos, más intensa de lo que era habitual en ella, y cuál no sería nuestra sorpresa cuando la hermana tornera, lógicamente muy alarmada, nos contó que un barrendero había visto lanzarse a una monja por una de las ventanas que da a la plaza.

—¡Pero qué me dice!

—Imagínese el revuelo. Era noche cerrada aún, ni siquiera habían tocado para el Ángelus, cuando nos encontramos con este sobresalto.

—¿Pero qué ocurrió?

—Resulta que sor Amada lanzó a la calle algunos colchones que teníamos en el almacén para poder tirarse sin sufrir daño alguno. Salió corriendo como alma que lleva el diablo, hasta que una patrulla de la Policía Municipal consiguió localizarla, fuera de sí, cerca de la glorieta de Cuatro Caminos. Los agentes la trajeron de vuelta a casa y les dijimos que no se preocuparan, que hablaríamos con quien hiciera falta y que todo se debía al cansancio de la hermana, algo trastornada por su falta de sueño debido a su gran dedicación al cuidado de los enfermos fuera del convento. No parecieron muy convencidos pero el caso es que, como ellos tampoco sabían cómo actuar, la dejaron de nuevo a nuestro cuidado, si es que éramos capaces de garantizar por nuestros medios que no volviera a ocurrir un percance así.

—¿Y ahí acabó todo?

—No, no, a eso voy. Ya por la tarde, tras el incidente, la hermana me pidió permiso para quedarse orando en la iglesia durante toda la noche, como acto de contrición, y yo no pude negarme. Aparentemente, se había recuperado y estaba tranquila una vez que pudo volver a tomar su medicación. La dejamos al cuidado de una novicia, la que nos parecía más piadosa y avispada, pero esta chica debió quedarse dormida en uno de los bancos, aunque ella lo niega. Al día siguiente, durante el desayuno, sor Amada nos contó que había visto a un hombre merodeando en el interior de la iglesia. ¡Imagínese, dentro de nuestro convento! Un hombre muy fuerte, nos dijo. Un negro. No le dimos mayor importancia. Pensamos que, como está mal de los nervios y a veces ve cosas extrañas, pues que era uno de sus desvaríos. Otro más.

—¿Y la creyeron?

—Pues ni la creímos ni la dejamos de creer. El caso es que, como horas después echamos en falta la urna, nos dio que pensar.

—Un negro, dice. ¿Y cómo lo saben?

—No, no lo sabemos. Simplemente, llegamos a la conclusión de que tal vez en esta ocasión no fuera muy desencaminada.

—Se lo digo porque de noche, como suele decirse, todos los gatos son pardos, y tal vez se confundiera. Tanto en la extraña visita de ese hombre como en el color de su piel. Si era de noche…

—Demasiada casualidad, ¿no cree usted, don Álvaro?

—No sabría decirle. En todo caso, creo que han hecho bien en no ir contando nada a la policía; al fin y al cabo, yo les haré llegar en breve la urna. Asunto solucionado, pues.

—¿No conocerá usted, por casualidad, a algún negro tan grandote como el que vio sor Amada?

—Pues no, la verdad es que no. No, no me suena, ¡Madrid es tan grande!

—Ya.

—Aquí lo dejamos si le parece, tengo que marcharme ya. Esta tarde dispondrán de las reliquias y les acercaré también a la niña, según hemos acordado. Buenos días, hermana. Y gracias por todo.

—Buenos días, don Álvaro.

—Adiós.

—Alabado sea Dios y que el Señor, en su divina misericordia, nos proteja hoy y siempre.

—Amén.

Un año después, con su negocio funcionando como los relojes suizos de marca, a los que era tan aficionado, don Álvaro contrae matrimonio con Isabel Menéndez de Zúñiga. Prima de uno de sus compañeros de parranda, Isabel no tardaría mucho en darle el hijo que buscaba. En Alvarito, como se le conoció durante toda su vida, volcó Álvaro todos los afectos que tenía aparcados desde que se desentendió de Aurora y la dejó a cargo de las monjitas. No la percibe como hija propia, pero siente que tiene algún tipo de obligación hacia ella, si bien no sabe cómo resolver el embrollo. Y cada vez que lo piensa no puede evitar acariciarse su preciado cuello, aunque solo sea porque se tomó muy en serio la amenaza de Eladio. Al principio no fue así, admite, pero algo, algún extraño sentimiento, se ha ido gestando en su interior. Es raro, suele pensar con frecuencia, que una mocosa como aquella hubiera sido capaz de quitarle el sueño en alguna ocasión. Tiene mala conciencia, pero cada día que pasa está más lejos de poder encontrar una solución definitiva. A Isabel nunca le ha dicho nada. Alvarito es y seguirá siendo su único descendiente. Su digno heredero, si es que la vida no se le tuerce y no le depara algún inesperado revés.

En la tienda del Rastro pasa don Álvaro la mayor parte de su tiempo. Y cada día está más orgulloso de haber podido hacerse con uno de los mejores negocios. No es la zona más señorial de Madrid, lo sabe, pero sí la más auténtica, la más popular y la que tiene más sabor. En todo caso, cualquier lugar es bueno, piensa, porque lo único que de verdad importa es su buen nombre y el hueco que, con no poca resistencia, se ha hecho ya entre los anticuarios de la Villa y Corte. En plena Ribera de Curtidores, esquina con la calle Roda, se levanta majestuoso el edificio de las Galerías Piquer. Y la mejor tienda, con acceso directo desde la calle y también desde la zona comercial interior, es la de don Álvaro. El antiguo Corralón del Francés, paraíso de traperos, chamarileros, quincalleros y ropavejeros, dejó paso en 1950 a estas Galerías, nacidas con el efímero nombre de Isla de Cuba, aunque rápidamente tomaron el de la famosa cupletista.

Ojos verdes, verdes como la albahaca, verdes como el trigo verde y el verde, verde limón. Ojos verdes, verdes, con brillo de faca que se han «clavaíto» en mi corazón. «Pa» mi ya no hay soles, luceros, ni luna, no hay más que unos ojos que mi vida son. Ojos verdes, verdes como la albahaca, verdes como el trigo verde y el verde, verde limón.

Concepción Piquer López, doña Concha Piquer, no solo asistió a la inauguración junto al alcalde José Moreno Torres, sino que ella misma fue una de las promotoras del proyecto, según cuentan las crónicas de aquella época de color sepia y coplas inmortales. Unas canciones tan inmortales como el amor al que invocan. Las coplas y boleros que acunaron los sueños de tantas mocitas y, por qué no, de sus pretendientes y amantes. Canciones que resuenan como el aleteo de los mismos ángeles y que el pianista de Alazán, Carmelo Miranda, «pianista de oreja», toca como Dios. Ensimismado en sus aparentes cavilaciones, Carmelo nunca se cansa de acariciar el teclado tal y como haría con la espalda de una mujer. Con el mismo sentimiento, con la misma necesidad.

Entonces, Alazán tan solo era una concurrida y famosa sala de fiestas.

Te quiero más que a mis ojos, te quiero más que a mi vida, más que al aire que respiro y más que a la madre mía. Que se me paren los pulsos si te dejo de querer, que las campanas me doblen si te falto alguna vez. Eres mi vida y mi muerte, te lo juro, compañero; no debía de quererte, y, sin embargo, te quiero.

—Creo que me había hecho llamar, jefe.

—Sí, sí, adelante. Pasa, Milton, te estaba esperando.

—¿Alguna novedad con los traslados de material desde el almacén de Vallecas?

—No, jefe, ninguna novedad. Todo en orden.

—¿Recuerdas el trabajito que hiciste en el convento de las monjas? En la plaza de Chamberí.

—Sí, claro, jefe. ¿Cómo habría de olvidarlo? Ya se lo conté, ningún problema. Un trabajo muy bonito y muy limpio.

—¿Pero me lo contaste todo? ¿Absolutamente todo?

—Bueno, sí. Fue un trabajo sencillo. Como le dije, entré y salí limpiamente, con la urna esa, tal y como me pidió. Y el resto fue cosa suya, como siempre.

—Como siempre…

—No me costó mucho encontrar la urna, ya lo sabe, y luego aproveché para moverme sigiloso por todo el convento y fue entonces, como le conté, cuando encontré el dormitorio de las niñas, algunas muy pequeñitas. Usted mismo me felicitó por mi eficacia.

—Sin que te viera nadie, me dijiste…

—Sin que me viera… nadie… Sí…

—¿Estás seguro?

—Ninguna persona me vio. Se lo habría dicho.

—¿Y tú crees que las monjas son personas?

—¡Sí, claro! ¡Naturalmente que sí!

—Pues es que da la puta casualidad de que una de las hermanas, que estaba rezando en la iglesia, te vio pasar y se quedó con tu cara.

—¡Pero no puede ser!

—¿Ah, no?

—No. Yo lo único que vi fue un fantasma, pero me dio tanta vergüenza que no se lo quise comentar.

—¿Y cómo era esa fantasma?

—Pues iba vestido todo de blanco y tenía una mirada extraña, como extraviada. Como si estuviera aplatanada.

—¿Y no viste nada más?

—No, no vi nada más. Sentí tanto temor que salí corriendo. Me dio vergüenza y por eso no le dije nada. Con mis puños puedo enfrentarme a quien sea, no le tengo miedo a nadie, ya lo sabe, pero con estas cosas de fantasmas yo no me atrevo. En mi país, que la Virgen de la Altagracia me proteja, somos muy supersticiosos y, créame, con estas cosas no se juega. ¿Por qué, hice algo mal?

—No, no te preocupes, nada mal. Pero, por si acaso, durante un buen tiempo no te dejes ver por Chamberí, no vaya a ser que el fantasma se te aparezca de nuevo.

—Gracias, jefe, si no ordena nada más… Es la verdad, se lo juro. La putísima verdad.

3

1961. Madrid. Bruselas. Amberes

El negocio marcha. «A codazos, a patadas, a dentelladas, como cojones haga falta. Así es como uno necesita abrirse camino en la vida», piensa don Álvaro. Con destreza y sigilo, según convenga, evitando dar pasos en falso. Sin alharacas y en silencio, que ya habrá tiempo de hacerse notar. Su negocio es incipiente aún, pero ya tiene claras varias cosas. Sobre todo, que, llegado el momento, no dudará en diversificarlo para otear nuevos horizontes y que necesita salir del país para sacudirse el polvo y la caspa de una ciudad demasiado atada por las costuras de sus viejos ropajes. Le gusta pensar que no es más que un trapero de lujo, una suerte de arqueólogo de mercadillos, y ya sabe que el éxito de su empresa pasa por comprar muebles y objetos a personas que desconocen su valor. Su amor por el coleccionismo comenzó, sin él saberlo aún, durante la infancia, en su casa familiar de Herencia, donde su padre lo aficionó a coleccionar sellos, monedas, minerales, cajas de cerillas, vitolas, postales, tebeos, cajas, fotos, libros de aventuras, soldaditos de plomo, carteles, afiches de cine, cromos… Y todo ello debidamente catalogado e inventariado en cientos de fichas manuscritas. Es fácil de suponer, por tanto, que el coleccionismo sea para él una pasión y no un negocio. O no solo un negocio, al menos al principio. No solo una forma de amasar dinero, sino de sumirse en el placer de pasarse las horas muertas ordenando, clasificando, reparando los objetos si fuera preciso. Don Álvaro también sabe, lo supo desde el primer momento, que para encontrar un pequeño tesoro hay que tener tiempo y tomárselo con calma. Una especie de constancia obsesiva, difícil de entender para aquellos que viven ajenos a tanta acumulación compulsiva.

Cuarenta y dos años tenía don Álvaro la primera vez que estuvo en Bruselas. Nunca imaginó que un país con ese tiempo de perros pudiera llegar a cautivarle de la forma en que lo hizo. Desde hace años, en la capital belga se viene hablando de la necesidad de crear un mercado común y una unión política y, gracias a ese espíritu de integración, el desarrollo de la Comunidad Económica Europea parece imparable. Pero el motivo que lleva a don Álvaro

a Bruselas está bien lejos de los avatares políticos. Su único interés pasa por asistir a Brafa, una de las ferias de arte y antigüedades más importantes del mundo junto a la muy influyente de la ciudad holandesa de Maastricht. Sin complejos y con bastante desparpajo, salvo por la escasa fluidez con la que aún se maneja en francés, don Álvaro se mueve con soltura entre los acaudalados compradores, coleccionistas, restauradores, galeristas y amantes del arte y las antigüedades, en general. Ha descansado como un rey en el hotel Metropol, donde ha dado buena cuenta de un magnífico desayuno, suculento pero tal vez demasiado copioso, y tiene el ánimo bien dispuesto para dejarse sorprender con las propuestas de los expertos. Está feliz, no puede ocultarlo, y, aunque no viene con intención de comprar, sabe que muy posiblemente no podrá reprimir su deseo de volver a Madrid con la factura de alguna obra irresistible. Don Álvaro se regodea entre los maestros antiguos y, embelesado, se detiene ante las pinturas impresionistas, sin despreciar el arte moderno o el contemporáneo. Mobiliario, escultura, plata, porcelana, joyas, diseño, antigüedades clásicas, objetos asiáticos, africanos, oceánicos y latinoamericanos. Todo le interesa, todo tendría cabida en sus dos tiendas de Madrid, sobre todo en la del Rastro. Y prosigue su visita, mirando en las fichas y catálogos deteniéndose en lo que inexorablemente llama su atención: una pareja de saleros de plata del xvii, con punzones de la casa Augsburgo; una escultura en mármol del Imperio romano «Heracles Epitrapezios» I a. C.; un panel egipcio de 663-525 a. C.; un brazalete de serpientes de oro blanco con diamantes y esmeraldas; un torso sin rostro de Buda de la dinastía Qi; un Audi monoplaza de los años 30; una consola francesa del xviii, estilo Regencia, con mascarones y sátiros. Y tampoco hace ascos, todo lo contrario, a las obras pictóricas de cualquier época. De Jan Claesz, Rogier van der Weyden, Camille Pissarro, Marc Chagall, Giorgio de Chirico, Léonard Foujita, James Ensor, Fernand Léger, André Masson, Bernard Buffet, o algún dibujo de Hergé. Antes de volver al hotel, en el último instante, don Álvaro se detiene ante uno de los expositores a cuyo frente se encuentra Adrien Vanderbeken. El anticuario belga se dirige a él en español y lo anima a entrar. Por el puro placer de conversar, le dice. Y don Álvaro acepta encantado. Una vez dentro del *stand,* toman asiento y de los saludos de cortesía echan una parrafada sobre su pasión por las antigüedades y las cosas bellas. Una charla reconfortante entre dos desconocidos que comparten sus conocimientos y que, sin saberlo, inician en ese instante algo más que una relación comercial. Enterado de que don Álvaro ya había visitado el Museo de Bellas Artes, lo anima a que antes de volverse a Madrid se deje caer por el Museo de África Central, junto al magnífico parque de Tervuren, con su secuoya gigante, y el no menos bucólico bosque de Soignes. Los objetos etnográficos, principalmente del Congo, y los archivos del explorador Henry Morton Stanley, cuyas expediciones facilitaron la explotación del país a cargo del rey Leopoldo, desatan la imaginación de don Álvaro y lo devuelven por un instante a su Herencia natal y a aquellas interminables tardes del estío

entregado a la lectura de sus semanarios, folletines y libros de aventuras. Y sonríe pensando lo que pudo llegar a sufrir con el siniestro Kurtz, comerciante de marfil y diamantes, en el *Corazón de las tinieblas,* de Joseph Conrad. El anticuario no necesitaba visitar tan anacrónico museo para saber que Bélgica tiene una deuda histórica con el Congo, por la crueldad hacia los negros, por las atrocidades cometidas y por el saqueo de sus recursos naturales durante los más de cien años de gobierno colonial. Y todo ello con el apoyo inequívoco de la Iglesia católica, incapaz de levantar su voz para impedir los doloridos gritos de los negros cada vez que, ante cualquier señal de desobediencia, sus carnes eran desgarradas con el *chicotte,* una especie de látigo que condujo a la muerte a muchos líderes tribales y miembros de la población nativa. En Tervuren, en cambio, no encuentra don Álvaro ningún recuerdo sobre aquellas terribles matanzas. En ese momento, le da por pensar en Milton, el negrito dominicano que tiene a su servicio, y se propone que a partir de ahora lo tratará mejor, aunque no cree que deba tener demasiada queja, después de haberlo sacado de la calle.

La visita a Bruselas le abrió definitivamente los ojos. Hay acontecimientos en la vida de una persona, hechos aparentemente anodinos o pasajeros, que están llamados a desempeñar un papel determinante. Y lo primero que hizo el anticuario fue acercarse hasta el almacén de Vallecas para poner un poco de orden con la ayuda de Milton y de un par de operarios más. El dominicano notó que don Álvaro lo trataba con más aprecio y una mayor condescendencia, pero no supo a qué se debía ese cambio de actitud. En algo menos de tres meses, y trabajando a destajo, concluyeron su tarea a plena satisfacción del anticuario, una vez que la mayoría de los objetos fueron sometidos a un meticuloso proceso de restauración y, con frecuencia, de simulación y maquillaje. Únicamente descansaban los domingos y tan solo en una ocasión se vieron obligados a dejar de trabajar debido al violentísimo y muy trágico incendio que se había desatado en un local cercano dedicado a la fabricación de monturas para gafas. El fuego, que para ellos no tuvo más consecuencia que la de interrumpir su tarea debido al despliegue de bomberos y ambulancias, hizo recapacitar a don Álvaro. Hasta el punto de incrementar las medidas de seguridad para evitar que cualquier accidente o imprudencia, o incluso un robo, pudiera acabar con el material acumulado durante años. No podría soportarlo. Por eso, prohibió a los operarios que fumaran dentro del almacén y los conminó a ser especialmente cuidadosos con la utilización de sopletes, barnices y disolventes. Para la vigilancia nocturna contrató al sereno del barrio convencido de que con sus frecuentes rondas, y ataviado con su guardapolvo, su gorra y su chuzo, conseguiría espantar a cualquier malhechor que se acercara por su negocio con aviesas intenciones. Reforzada la seguridad del local y advertidos los operarios, el anticuario prosiguió con su tarea. Bajo su atenta mirada, los obreros descartaron muchas piezas de

almoneda y acabaron con la presencia de la temida carcoma. Y lijaron, pulieron, encolaron, decaparon, barnizaron, lacaron, abrillantaron y envejecieron cuantos muebles, enseres y objetos les iba poniendo a tiro el negro Milton por expresa indicación del entusiasmado anticuario. Culminada la tarea, se quedó con las mejores piezas, de tal forma que hasta la pequeña tienda de la calle del Prado y, sobre todo, a la de Galerías Piquer fueron a parar las auténticas joyas de la corona de don Álvaro. Tan satisfecho quedó que no tuvo por menos que aumentarles la paga acordada e invitarlos a un generoso cocido de tres vuelcos, «como Dios manda», regado con un buen morapio manchego, como igualmente ordena el Altísimo. Una amena celebración, con vivas a don Álvaro y brindis por sus éxitos presentes y futuros, en la barroca, castiza y muy taurina taberna Malacatín, en la calle de la Ruda, junto a la plaza de Cascorro, muy cerca de su tienda en la Ribera de Curtidores. Tan pantagruélico festín solo podía acabar como acabó. En la sala de fiestas Alazán, donde las camareras hicieron las delicias de los dos operarios y de Milton. Don Álvaro también disfrutó mirando a las chicas, claro que sí, singularmente a las más jovencitas, pero él de lo que realmente se encaprichó fue del local. «Algún día esto será mío», atisbó a pensar cuando el alcohol empezó a nublar sus entendederas.

En el momento de sacar la cartera para pagar las copas, el anticuario se dio cuenta de que aún guardaba un recorte del *ABC,* fechado el jueves 24 de febrero, el día siguiente del voraz incendio junto a su almacén de Vallecas.

Reparó en el titular justo cuando acababa de leer la noticia de tan luctuosa catástrofe.

LOS DIAMANTES DEL CONGO

Consecuencia de la anárquica situación en la que se debate el Congo desde hace muchos meses, ha sido la enorme baja en la antes riquísima producción del extenso país, principalmente en minerales. Paralizado el trabajo en las regiones mineras o muy disminuido, la baja afecta a productos de primer orden en el mercado mundial: plomo, estaño, oro, mercurio o diamantes.

Para reducir en parte los perjuicios que ocasiona esta grave crisis, investigadores y técnicos se han lanzado a buscar posibles sustitutivos de algunos minerales.

La necesidad hace milagros, y así como la ocupación japonesa del Sudeste asiático y de ciertas islas del Pacífico determinó una serie de ensayos en América que produjeron un avance decisivo en la obtención del caucho

sintético, ahora una de las más importantes compañías de explotación diamantífera en el Congo, la De Beers, controlada por un consorcio anglo-norteamericano, realiza fructíferos trabajos para fabricar en gran escala diamantes sintéticos. Así lo anunció recientemente en Londres el director de dicha entidad, Mr. Harry Oppenheim.

Hay que tener en cuenta que las minas del Congo suministraban más del ochenta y cinco por ciento de las materias abrasivas utilizadas para la producción de diamantes industriales. En los últimos años se habían establecido en las colonias europeas del centro y sur de África magníficas instalaciones en los yacimientos, que subsisten, aunque paralizadas en sus labores, y que serán aprovechadas por quienes acaben teniendo en su poder el suelo congoleño.

La manufactura de diamantes sintéticos es cosa que se viene persiguiendo hace tiempo con resultados variables. En la actualidad hay motivos para suponer que los ensayos realizados intensivamente han tenido éxito y que, si más adelante llega el valioso producto a escasear en el mercado, la compañía De Beers podrá contribuir eficazmente a superar las dificultades.

Por el momento, las existencias con que se opera bastan para cubrir la demanda durante más de un año, pero el porvenir es inseguro en el mejor de los casos y deben tomarse medidas que garanticen el abastecimiento de este comercio mundial. Aun cuando para casi todos sus empleos y aplicaciones el diamante sintético no puede ser nunca tan bueno como el natural, en calidad de sustitutivo resultará muy aceptable.

Se dice, y es cierto, que la pérdida de las riquezas del Congo sería una catástrofe para la economía europea, al menos en algunos de sus sectores y siquiera fuese en la parte que había de corresponder a los países de Europa, dentro de un régimen comercial aceptado por el nuevo Congo, libre e independiente.

Pero también es cierto que este país sufrirá la competencia de sus productos con otros elaborados fuera, cuando él reanude su producción normal. Entre ellas, la del diamante sintético. Estas competencias, al aumentar y abaratar la fabricación, provocan siempre el descenso de los precios. Es lo que les ha ocurrido con el petróleo a algunos países del Oriente Medio.

Toda la quincallería fue vendida al mejor postor. A un precio, naturalmente, mucho más elevado del que él tenía anotado en el momento de la adquisición. Su buena labia y su conocimiento del mercado fueron determinantes para que don Álvaro se desprendiera con pasmosa facilidad de

chatarras y baratijas. Mediante intermediarios convenientemente adiestrados en el arte del embeleco, muchas de las bagatelas cayeron en manos de sus competidores, que vieron empobrecidas así sus colecciones. La suya, en cambio, se agrandó de forma imparable adquiriendo el lustre y la fama que tan meteóricamente lo auparon al olimpo de los marchantes.

Una cómoda Luis XVI cubierta de mármol blanco; la cancela en hierro forjado y dorado de un convento de clausura de Carmona, en Sevilla, del siglo xvi; una pareja de vasos fenicios de alabastro, del siglo iv a. C.; un capitel de fachada realizado en piedra tallada del xviii; un tríptico mexicano del xvi en madera noble y plumas de colibrí representando escenas de la vida de Cristo; un bargueño del xvi, policromado y marmorizado, con cajones tallados y decorado con cadenetas y cabujones; un artesonado mudéjar completo del xiii, decorado con motivos vegetales, procedente de Toledo; una escribanía de madera de ébano y nácar con incrustaciones de oro, del xv, proveniente de la colección Lázaro Galdiano; la cabeza de un emperador romano en mármol blanco del ii-iii a. C.; una arqueta napolitana del xvi, realizada en carey con herrajes de plata; una pareja de jarrones de Sèvres de mediados del xviii, en azul intenso y rosa Pompadour con escenas bucólicas, angelitos y monstruos marinos; un bargueño mudéjar del xvi con incrustaciones de hueso y esmeraldas y cajones secretos; una pareja de globos terráqueos de 1733 cuya autoría corresponde a los afamados artesanos Adams y Senex; un diminuto revólver, cromado y burilado, fabricado por sistema del célebre armero parisino Casimir Lefaucheux escondido dentro de un Antiguo Testamento… Estas son algunas de las credenciales que empieza a exhibir don Álvaro para hacerse respetar entre los marchantes madrileños. En no demasiado tiempo deja de ser un don nadie, empiezan a lloverle los encargos por parte de coleccionistas y decoradores y aparecen de pronto los primeros buenos clientes, aquellos dispuestos a pagar lo que se tercie y a tocateja. Los únicos requisitos: que el objeto sea de su agrado, que don Álvaro se esmere en cumplir a rajatabla la inexcusable liturgia que conlleva una compraventa tan preciada, que los convenza de que la revalorización les resultará muy rentable en poco tiempo y que exista de por medio algún tipo de documento que avale la autenticidad de la pieza. Poco más.

Un policía nunca olvida su bautismo de sangre y fuego. Tampoco habría de hacerlo el joven agente Santos Senabre, de veintiocho años, muy afectado por lo que le tocó vivir aquella aciaga tarde del mes de febrero en la que tuvo que acudir de urgencia, en uno de los zetas, al pavoroso incendio desatado en la madrileña calle Uceda. Adscrito a la comisaría de Puente de Vallecas, fue de los primeros en llegar a la pequeña fábrica de armaduras de gafas, ubicada

en la planta baja de un edificio de tres alturas, en la que murieron abrasadas veinticuatro personas, diecinueve de ellas mujeres. Muchas de las víctimas no habían alcanzado la mayoría de edad. El policía ayudó en todo lo que pudo, sin conseguir desviar la mirada cuando los bomberos y sanitarios empezaron a sacar los cuerpos calcinados de aquellas pobres criaturas de entre dieciséis y dieciocho años. Una vez sofocado el incendio, el comisario de policía le ordenó que permaneciera a su lado para acompañar a las numerosas autoridades que empezaban a congregarse en el lugar del siniestro. Aún aturdido, Santos creyó reconocer al ministro de Trabajo, Fermín Sanz-Orrio; al director general de Seguridad, Carlos Arias Navarro; al presidente de la Diputación Provincial de Madrid, marqués de la Valdavia; y al alcalde, José Finat y Escrivá de Romaní, conde de Mayalde. Pero a Santos no le impresionó la visita de las autoridades. Más que frío, los gerifaltes franquistas lo dejaron indiferente; su único pensamiento era para las víctimas. Y también para sus desconsoladas familias, congregadas ya, entre alaridos de rabia y dolor, en torno a esa maldita calle Uceda, sin asfaltar aún. No tenía descendencia aún —acababa de casarse con Pilar Enciso, una funcionaria de su comisaría—, pero la idea, la estúpida idea, de que algún día pudiera perder a una hija de esa edad sacudió su cuerpo con un premonitorio calambrazo.

Siempre inquieto, don Álvaro sabe que necesita buscar nuevos horizontes para consolidar su negocio y no se conforma con haber visitado Bruselas. En Madrid controla ya buena parte del mercado de cierto prestigio, pero tiene la impresión de que solo estando al margen de los circuitos habituales, saliendo fuera, en definitiva, puede conseguir los objetos que le permitan diferenciarse de la competencia y obtener una mayor rentabilidad. «Un negocio distinto para un público diferente», que le permita despegarse de la feroz, aunque soterrada, rivalidad de los anticuarios tradicionales. Alguien le ha hablado de Amberes, destino que tiene pendiente desde hace tiempo. Como coleccionista de cosas antiguas, como amante de la historia y como español. La Amberes, católica y española durante años, por obra y gracia de los Tercios y de Felipe II. A don Álvaro tampoco se le escapa que esa ciudad portuaria también es, por derecho propio, el centro mundial del negocio de las gemas. Y que por ella pasan ocho de cada diez diamantes brutos y uno de cada dos tallados. Otro aliciente más, sin duda, piensa el anticuario, atraído por la pericia de los artesanos talladores y por las legendarias técnicas empleadas por estos lapidarios, judíos en su mayoría, procedentes de exóticos lugares. Y ambicioso, como es, el brillo de tan lucrativo negocio lo mantiene deslumbrado desde que era joven. Sabe que el más extraordinario portento mineral de la naturaleza lo reclama sin cesar y que él no podrá hacer nada para evitarlo. Y si, por azares de la vida, no pudiera comerciar con diamantes auténticos, como es su deseo, buscará a quien los pueda crear o imitar. Nadie puede luchar contra su destino.

En su taller de la calle San Bernardo, frente al histórico Paraninfo de la Complutense, sin apenas mirar al reloj, pasa las horas y los días el joyero Santiago Salgado. Segueteando, limando, esmerilando, soldando, puliendo, engastando, cincelando. Al contrario de lo que era habitual en otras joyerías, la del maestro Salgado, nieto e hijo de joyeros, tenía poco espacio para atender al público y una gran sala, a modo de taller, que era el alma, y también el corazón del negocio. Santiago no disfrutaba con la afable liturgia de atender al cliente con parsimonia y sosiego. Para este fin disponía de una empleada, de su entera confianza, porque lo había sido también de su padre mientras vivió. Una mujer entrada en carnes, que actuaba como si fuera enjuta; con la espalda siempre encorvada y en la que el tiempo apenas había dejado huellas dignas de mención, más allá de los achaques propios de la edad. Así era Águeda, alegre e ingeniosa en cualquier momento, dispuesta a sacar una sonrisa del más seco y estirado. Y estaba dotada, además, de una especial habilidad para llevar al cliente a su terreno, sin que él, naturalmente, vislumbrara que había sido ella la que con gran sutileza lo había conducido a decidirse por tal o cual pendiente o sortija. A Santiago, cuando era reclamado en la tienda, le gustaba decir que Águeda era la mejor alhaja de la Joyería Salgado. Los muestrarios y vitrinas disponían de una cantidad bastante limitada de objetos y piezas, incluida la alta relojería, porque en realidad el auténtico valor de ese negocio no estaba a la vista del cliente. Muchos de ellos lo sabían, como era sabido también en todo el sector. Su especialidad era el trabajo artesanal, a la vieja usanza: las piezas a medida. Cada joya era única y eso tenía un valor. Y un precio, para quien pudiera pagarlo.

La principal tarea de Santiago, por tanto, giraba en torno a su banco de trabajo, donde, generalmente, actuaba sobre piezas pequeñas, demasiado pequeñas como para trabajar sin gafas o lupas de aumento y que requerían precisión, habilidad y pulso firme. De la vista no andaba ya bien Santiago, pero para todo lo demás se manejaba casi como cuando era joven. Su mundo, al margen de Ángela, su mujer, y de su hija, Adela, se reducía a ese taller y a sus tradicionales herramientas: una luz potente; astilla para apoyar las piezas, con un tablero para recoger los pequeños trozos y limaduras de los metales que manipula, con el fin de poder recuperarlos después; buriles; martillo de soldar estaño; alicates de todos los tamaños y modelos; pequeños martillos y yunques; segueta o sierra fina; diversas tijeras de joyero; limas para cera, pulidoras y de precisión; taladro de mano o violín; embutidor o tas de embutir, de madera de boj y de acero; recipientes para la pasta de soldar; cazoleta para fundir; terraja para roscar hilos; mandril para dar forma y medida a los anillos y pulseras; calibre para anillos; hilera para adelgazar hilo de oro; crisol cerámico…

La otra especialidad de Santiago, en la que sus antecesores no habían profundizado, era el mundo de las gemas. En sus pocos ratos libres y por su cuenta, picando de aquí y de allá, se había convertido en gemólogo, el complemento ideal de su negocio. No como una inversión, sino como una necesidad, tras haber visitado un buen día el Museo Geominero. Con el tiempo vio tantas piedras y desarrolló tal pericia que, en la práctica, no necesitaba ninguna herramienta para comprobar su autenticidad. «El brillo adamantino no se parece al de ningún otro material» y esta sería la primera de las lecciones que enseñó a su hija.

En ocasiones lo acompaña Adela, quien a sus doce años ya muestra un gran interés por aprender. Santiago pensaba que al no tener descendencia masculina la continuidad del negocio, tal y como había sido concebido por su abuelo, estaba en peligro. Tarde o temprano se vería obligado a traspasarlo al mejor postor. Pero estaba equivocado. No contaba con que en Adela iba a encontrar a la mejor heredera, en todos los sentidos. Y lo supo cuando comprendió que tenía buena mano y que ni siquiera como aprendiz cometía graves errores o hacía que las piezas se rompieran. Comenzó a delegar en ella sin importarle que la creciente competencia de la producción en serie acabara haciendo inútil tanto esfuerzo y se vieran obligados a cerrar. El único inconveniente, y no menor, era que, desde bien niña, Adela tenía asma y la irritación de sus bronquios hacía poco aconsejable su presencia en el taller. Después de su primera gran crisis asmática, la familia aceptó lo inevitable: Adela debería evitar las materias, productos y agentes químicos del taller y, sobre todo, el polvo que contenía metales, especialmente dañino para sus vías respiratorias. Aun así, provista de una buena mascarilla y con su inhalador siempre a mano, Adela no estaba dispuesta a renunciar así como así a ese pequeño obstáculo. Cuando llegara el momento haría lo único que podía hacer para seguir cerca del camino que con tanto cariño y esmero le había marcado su padre y por el que ella misma había decidido transitar libre y voluntariamente: adquirir la mejor formación académica y cambiar el taller por el diseño y la venta de sus propias creaciones.

Una persona que sufre es capaz de todo. Y si el dolor infligido proviene de alguien querido, en quien se confía, el destrozo emocional está garantizado de por vida. Primero el dolor y más tarde la negación, la perplejidad, la incomprensión, los malos pensamientos y, al fin, la venganza. La necesidad imperiosa de sacar a pasear el monstruo que se fue gestando por culpa de aquella incomprensible acción. Erik Janssens creció en el Schipperskwartier, el barrio de los Marineros, el barrio Rojo de Amberes, junto al inabarcable e intrincado puerto de la capital de Flandes. Un lugar como otro cualquiera. Ni

mejor ni peor. Depende. Con sus mafias, dispuestas a todo con tal de imponer sus propias leyes; sus burdeles, unos más limpios que otros; sus prostitutas, más tiempo desnudas que vestidas; sus chulos, a cual más sádico y cruel, como si estuvieran en una competición de horrores. Un barrio muy animado, qué duda cabe, y más bien poco apto para que un niño pudiera crecer en unas condiciones, diríamos, aceptables. Pero allí y no en otro sitio fue donde dio sus primeros pasos el pequeño Erik, nieto e hijo de marineros, marinero él mismo si su destino no se torcía. Hasta que la Red Star Line cerró en 1935, el abuelo Janssens trabajó en la sala de máquinas de uno de los trasatlánticos de vapor de esta compañía naviera. La misma que, desde Amberes y en poco más de medio siglo, trasladó a más de dos millones de emigrantes, una cuarta parte judíos, hasta la isla de Ellis, en Nueva York, junto a la Estatua de la Libertad, antesala de la prometida tierra americana. Para entonces, el abuelo Janssens ya se hacía acompañar de su joven hijo, a quien legaría, como única posesión, la negra herencia de un trabajo casi tan áspero y grasiento como la propia vida. Cuando las chimeneas de la línea de la estrella roja dejaron de escupir su negro humo, cuando algunos de los buques encallaron, fueron desguazados o empleados para el traslado de tropas, los Janssens cambiaron de naviera, pero no de empleo. Nunca le dijo nada a nadie, pero el padre de Erik siempre tuvo claro que él, al contrario que su antecesor, no condenaría a su hijo a pasar el resto de su vida entre máquinas propulsoras, compresores, generadores, bombas de lubricación, fétidas aguas de lastre y calderas. Entre angostos talleres y pañoles. Y ruido, mucho ruido, además de un calor más propio del infierno. Aunque era un territorio habitualmente reservado a los hombres, la madre de Erik también llegó a enrolarse en algunos buques mercantes junto a su marido, a bordo de los cuales dieron varias veces la vuelta al mundo. La mujer tenía buena mano con los peroles y pucheros y era capaz de convertir la bazofia a la que estaban condenados en una comida medianamente apetecible. A falta de familiares directos que vivieran en Amberes, Erik solía quedarse durante largas temporadas con las esposas de otros marineros. Hasta que gracias a la mediación de uno de los jefes de la naviera Antwerp Overseas Shipping Cargo, que corrió con los gastos, el pequeño fue admitido en un colegio como interno. El centro en cuestión no era más que un burdo reformatorio, un correccional de menores, con profesores laicos y religiosos, donde la única ley educativa imperante era la de la férrea disciplina impuesta a golpe de latigazo. Un método de dudosa eficacia pedagógica habida cuenta de que, una vez alcanzada la mayoría de edad, los chicos salían de aquel centro como lobos enjaulados dispuestos a clavar sus fauces en el cuello de quien fuera para vengarse de tanta sevicia. El Instituto Mixto Príncipe Leopoldo, que así se llamaba aquella joya educativa, acogía en su seno a niños de toda clase y condición, convenientemente separados, eso sí, en distintas salas y pabellones para que los chicos y las chicas nunca pudieran coincidir. Ni en los comedores, ni tampoco en la capilla, la biblioteca o el patio de recreo. De mixto solo conservaba el nombre, junto a alguna foto de

una época anterior en la que sí se observaban actividades en común. En la práctica, los niños y niñas únicamente podían escuchar los gritos de sus juegos o lanzarse mensajes atados a una piedra a través del muro que los separaba, sin que nunca llegaran a coincidir. Si gobernar un centro así ya era una tarea harto difícil, qué ocurriría cuando las hormonas de aquellos asilvestrados jóvenes estallaran sin que mediara esa segregación, debieron pensar los sesudos rectores del Instituto. Al Príncipe Leopoldo llegaban niños y niñas procedentes de los tribunales correccionales de menores, muchos de ellos reincidentes; hijos de presos o toxicómanos, inmigrantes, alcohólicos o enfermos mentales, que no podían hacerse cargo de su tutela, y también otros, como era el caso de Erik, de familias con pocos recursos o dificultades de todo tipo. El objetivo, obvio es decirlo, era imponerles un estricto código moral y reeducar su conducta para que una vez cumplido el castigo impuesto, o alcanzada la mayoría de edad legal, pudieran manejarse «en libertad, conscientes de sus derechos y deberes, con decoro, humildad, respeto por las leyes humanas y divinas». Unos y otros, tanto los que habían incurrido en pequeñas faltas o delitos como los que eran incapaces de matar una mosca, salían de allí perfectamente capacitados para cometer cualquier atrocidad. Por muy indisciplinados que fueran, no eran ni peligrosos ni delincuentes, no hasta ese momento. El Instituto tenía su propia escuela de formación psicopedagógica para que los docentes pudieran atacar en las mejores condiciones el estudio de la compleja personalidad de los menores. Contaba con un centro de investigación educativa y psicotécnica, además, naturalmente, de un amplio catálogo de aparatos e instrumentos utilizados habitualmente en el laboratorio psicológico para medir las aptitudes físicas, perceptivas, sensoriales, motrices e intelectuales. El sistema educativo Príncipe Leopoldo era conocido en medio mundo sin que en ninguna de sus prácticas o manuales se admitiera el uso de la violencia como método para la reeducación de tan montaraz alumnado. Tantos años de estudio y sabiduría, convenientemente sufragados por entidades bancarias, pujantes empresas navieras, como la Antwerp Overseas Shipping Cargo, o por las bolsas de diamantes, además de por las caritativas almas amberinas que quisieran lavar sus conciencias, para prácticamente nada. No había más que ver cómo salían aquellos chicos de allí y cuánto tardaban en malgastar sus vidas o de ingresar en una prisión convencional para comprender el inmenso y baldío esfuerzo de tan benéfica tarea reeducativa.

Nadie podía vaticinar cómo hubiera sido el futuro de Erik en el Schipperskwartier. Lejos, con frecuencia, del cariño de sus progenitores y a cargo de familias que bastante tenían con alimentar una boca más. Nadie puede saber si hubiera sido un rufián más, de los que abundaban en el barrio. El hecho cierto es que muchos otros se ganaron bien la vida y tan pronto como pudieron volaron en busca de un destino más saludable. En ese mismo

barrio rojo convivían familias piadosas y trabajadoras sin que en ningún sitio estuviera escrito que estaban obligadas a transitar por el mal camino. Nunca se sabrá qué habría sido de Erik en ese entorno. Lo que es indudable es que, cuando alcanzó la mayoría de edad y salió de allí, de la manera que lo hizo, era como si se hubiera graduado, y con matrícula de honor, en una escuela de alta delincuencia. Por no citar el más grave y silenciado problema que corroía las entrañas del Instituto y que, a la postre, acabaría escandalizando a toda la sociedad belga y provocando, en definitiva, la clausura definitiva del centro.

Unos meses después de haber cumplido los dieciocho, y con la excusa de la tradicional fiesta de fin de curso, en la que se permitía el acceso de aquellos antiguos alumnos que quisieran recordar sus viejos tiempos escolares, Erik regresó al centro.

Volvió para saldar la vieja deuda que tenía pendiente con uno de los profesores.

Con el lascivo y seboso docente a cargo de las clases de gimnasia.

Con Hubert Jungers, cuyo inmaculado hábito religioso no fue un inconveniente, ni le supuso ningún freno moral, para toquetear y abusar a su antojo de los asustadizos chicos que por ignorancia, miedo, vergüenza, o por todo a la vez, no se atrevían a denunciarlo.

Muchos habían sufrido el zarpazo de sus garras, aunque, por fortuna, no todos habían quedado atrapados en aquel infecto y depravado círculo cuya resistencia sabía bien cómo vencer tras años de entrenamiento. Incluso es posible que sus compañeros supieran algo. El caso es que la vergonzante ley del silencio a todos alcanzaba como si fuera algo digerible. Algunos de los chicos, los más valerosos, o los más atemorizados, solo podían salir de aquel infierno colgándose del cuello o dándose a la fuga.

No había otra forma: la huida o el suicidio.

Sin que a nadie pareciera importarle.

Los chicos evitaban hablar entre ellos del asunto y, si llegado el caso reunían el valor para relatar aquel calvario a sus padres, o a los propios docentes, el manto de aquel oprobio hacía enmudecer también a los adultos. En alguna ocasión, cuando los chicos iban creciendo, Jungers había llegado a dar con sus huesos en la enfermería. A Erik tampoco pudo doblegarlo una vez que cumplió los quince y empezaba a tener la fuerza de un adulto. Con la excusa de que se había caído de una escalera, en unas ocasiones, o de que había tenido un accidente con la furgoneta del centro, en otras, el caso es que

al menos una o dos veces cada curso se veía obligado a dar explicaciones de ese tipo, que a casi nadie convencían.

Hasta que llegó su hora.

Hasta que Erik, que inicialmente lo apreciaba y de cuya confianza gozaba, dijo basta.

«Hasta aquí hemos llegado».

No fue una de esas decisiones largamente meditadas. No lo necesitó. Simplemente sabía que lo haría, solo faltaba conocer el día y la hora porque la cuenta atrás había comenzado y era imparable.

«Jungers está muerto y aún no lo sabe».

La condena estaba firmada y el verdugo preparado.

Aunque tuviera que esperar un tiempo.

Y el día soñado llegó, qué mejor ocasión, durante aquella animada fiesta de fin de curso a la que tenían por costumbre asistir los pocos padres que podían, muchos de los benefactores del Instituto —entre ellos los propietarios de la Antwerp Overseas Shipping Cargo—, además del cuerpo directivo y docente al completo. Al otro lado del muro que separaba las dependencias de los chicos y las de las chicas se había comenzado a preparar una fiesta similar para la semana siguiente. Aunque no era muy amigo de las féminas, desconocía el motivo, si Erik hubiera sabido que alguna de ellas había pasado por lo mismo que él no habría dudado en actuar de la misma forma que se disponía a hacer en la sección masculina del centro.

La voz de alarma la dio uno de los vigilantes que salió en su busca cuando el extrañado director le hizo notar la prolongada ausencia de Jungers, que debía intervenir al final del acto. Pero no hubo lugar a ninguna actuación suya. No allí al menos y no, con seguridad, de la forma prevista. Lo buscó en todos los lugares posibles, incluso en el pabellón de deportes, que era donde estaba, colgado de una de las canastas de baloncesto, aunque no dio con él hasta que no accionó el interruptor de los focos.

Colgado como un guiñapo.

Tras los saludos iniciales, engañosamente afectivos, Erik lo había ido

engatusando al inicio de la fiesta en el salón de actos para llevarlo a su terreno. El evento concluiría con la habitual comida de hermandad, coronada con los no menos tradicionales y retóricos discursos sobre las bondades de tan preclara y exitosa institución. «Tenemos que hablar. Te he traído algo que te gustará», le dijo. Un regalo que no olvidaría, y que solo le daría cuando estuvieran en la cancha. El orondo docente salió con sigilo del salón de actos como relamiéndose del gusto por la deferencia que había tenido con él uno de sus más adorables pupilos. Erik le dio alcance en el pasillo que concluía en el pabellón deportivo y, cuando estaban a la altura del vestuario, arremetió con uno de sus hombros contra él. Cargó con fuerza contra el fraile estampándolo contra las taquillas más próximas a la puerta. Con él ya en el suelo lo pateó con saña y cuando lo tenía vencido le ató las manos a la espalda con uno de esos nudos marineros que le había enseñado a hacer su padre. Cogió la escalera de mano del cuarto de la limpieza, la colocó bajo una de las canastas de baloncesto y volvió a por su presa, convertida en un fardo que arrastró por el pasillo. Solo faltaba rematar la faena, tal y como la había soñado desde hacía tiempo. Desanudó el cíngulo que rodeaba la cintura del hábito del fraile, le ató uno de los extremos al cuello, asió sus piernas por los tobillos para que no pateara, cargó con él, trepó con alguna dificultad por la escalera, lo colgó de la canasta, se apartó, y allí lo dejó, boqueando, hasta que dio los últimos estertores. Antes de marcharse, le levantó el hábito, asió sus genitales, se los cortó con el pequeño cuchillo que llevaba escondido y se los metió en la espumeante e inerte boca del sodomita.

Limpió el cuchillo manchado de sangre en el regazo de Jungers y, del mismo modo, se limpió las manos. Hasta casi hacerse daño de tanto restregárselas. Y se marchó por donde había venido, sin tiempo para quedarse a la comida de hermandad.

Ni un solo músculo de su cara se movió.

Erik Janssens ni se inmutó.

Al día siguiente, el periódico local *Gazet van Antwerpen* publicó que el padre Hubert se había suicidado por motivos desconocidos. Después de tantos años de lágrimas derramadas, en la oscuridad y en el silencio de la noche, algunas de sus víctimas lloraron, pero de felicidad. Sabían, o intuían, cuál había podido ser la causa del óbito, y solo tenían deseos de abrazar a quienquiera que hubiera tenido el valor de hacer lo que ellos habían sido incapaces. No conocían los detalles, pero podían imaginarlos. Los periódicos solo volvieron a hablar del Instituto Mixto Príncipe Leopoldo unos meses después para anunciar que la junta directiva había acordado el traslado del proyecto educativo a otra ciudad, de la que no se hacía mención, y la

demolición del centro, cuyo solar sería un pequeño parque.

Erik no pudo leer la noticia porque para entonces ya se había alistado en la Legión Extranjera.

Adscrito al Tercer Regimiento de Infantería de la Guayana Francesa, con base en la avenida de Francia, en Kourou, el soldado Hans Villems lució con escaso orgullo el escudo en el que podía leerse *legio patria nostra.* Aun así, se adaptó bien y rápido a la vida militar, pese a tratarse de una unidad de élite, la más condecorada de este singular cuerpo del Ejército galo. La dureza de los entrenamientos llevó a varios de sus compañeros a desertar, pero él tuvo claro desde el primer momento que contaba con la suficiente fuerza física y mental como para aguantar lo que le echaran. Las maniobras, los ejercicios y hasta la jungla, con todo podía sin rechistar. Tampoco hizo grandes amigos, cuando lo habitual era la camaradería, ni disfrutó como cabía imaginar de las bellas mujeres de piel tostada y caderas cimbreantes con las que tan escaso contacto tuvo. Ni en Kourou, la sede de su destacamento, ni en la capital, Cayena. Tenía un problema con las mujeres, algo fallaba en su relación con ellas, con el sexo en general, pero ni sabía explicar el motivo ni parecía que fuera a tratar de ponerle remedio a ese mal. Podía acostarse con ellas, como hacían sus compañeros en los burdeles de la zona, o con aquellas que se sentían atraídas por el uniforme, pero sin llegar a esa cima del placer de la que tanto oía hablar. El carácter taciturno era su mejor arma defensiva para no abrirse a los demás o para no tener que dar explicaciones.

Como era costumbre, el legionario Villems había utilizado un seudónimo para alistarse —declarándose natural de Holanda—, como hacían muchos de sus compañeros de armas. Para borrar las indeseables huellas de una vida pasada que, por los motivos más diversos, no querían recordar. Con altibajos y a duras penas cumplió con los tres años del contrato que había firmado y volvió a casa. Del departamento de ultramar francés regresó mucho más fuerte y maduro, pero no tan cambiado como había imaginado. Y volvió, claro, al Schipperskwartier de Amberes, el único sitio donde no desentonaba. A la vasta zona portuaria, acaso la única en la que sabía desenvolverse. Al lugar al que llegaban directos los marineros tras meses en alta mar, al lugar donde más fácil era ganarse la vida en el menor tiempo posible. La llegada de Hans Villems tampoco pasó inadvertida para los pequeños y grandes mafiosos de la zona. Tampoco para Gaston Vanhülle, el muy honorable y reputado mercader de diamantes, cuyos tentáculos también alcanzaban los bajos fondos amberinos. Con tantos intereses en juego, y asediado por tantos hampones rusos, italianos, albaneses o georgianos, que amenazaban con pisarle el terreno, Villems tardó menos de un mes en convertirse en el jefe de seguridad de Vanhülle, al frente de un pequeño pero bien adiestrado ejército de

entregados valentones.

De alguna forma, aunque vestido de civil, volvía a tener galones, recuperando al fin su auténtico nombre de Erik Janssens.

Como el rey de los paraísos artificiales que era, Guillermo Entralgo, Willy, siempre tenía a mano una pastilla para cada problema. No tanto para él, que en ocasiones también, sino para sus amigos y clientes, o para ambos al mismo tiempo. Al principio, muy al principio, solo sus más allegados, sus camaradas de correrías nocturnas, más tarde los amigos de sus amigos y así hasta atesorar una nutrida clientela, con frecuencia sin grandes estrecheces económicas. Pastillas para una cosa y la contraria que le hacían ganar mucho dinero destinado a financiar sus interminables partidas de póker o lo que se terciara. Pastillas para dormir o para permanecer despierto. Pastillas cuando al cliente no se le levantaba con las chicas, porque había bebido demasiado o porque la naturaleza no le había dotado del vigor suficiente. O pastillas cuando quería aguantar varios polvos seguidos durante mucho tiempo. Pastillas para todo. No había un problema, ni uno solo, que Willy no fuera capaz de solventar. Y, aun así, se tenía por un hombre legal y de principios. De hecho, para curarse en salud, nunca hacía una entrega, por muy frecuente que fuera el pedido, sin advertir al cliente mediante una especie de prospecto de los efectos de esas drogas, de sus peligros, de sus reacciones adversas y de la forma de actuar en caso de que algo no fuera bien. Y también de las consecuencias de las adicciones químicas y de sus posibles trastornos delirantes, alucinaciones, paranoias e, incluso, comportamientos esquizofrénicos. Bueno, en realidad, esto solo ocurrió al principio, cuando básicamente conocía a toda la clientela. Luego comprobó, con desagrado, que a nadie le importaba tanta literatura médica, tanta farfolla psicológica o psiquiátrica, porque si necesitaban un terapeuta ya se lo buscarían ellos por su cuenta. Guillermo tenía sus principios y, sobre todo, sabía muy bien lo que se traía entre manos. Primero porque sus padres regentaban una farmacia en la mismísima Gran Vía y, sobre todo, como profesor, al comienzo ayudante y luego titular, de Química Orgánica en la Facultad de Farmacia de la Complutense. El sueño de sus padres hubiera sido verlo ataviado con la bata blanca detrás del mostrador, pero rápidamente comprendieron que aquel esfuerzo había sido baldío. A Willy no le interesaba el contacto con la gente, casi diría que le desagradaba, y su único interés desde hacía años se circunscribía a las pruebas con reactivos. Le salían sarpullidos solo de recordar los veranos que se había visto obligado a trabajar de mancebo a las órdenes de su padre en la muy lucrativa farmacia familiar. En un futuro, más o menos cercano, la Farmacia Entralgo estaba condenada a cambiar el nombre por el de un nuevo propietario, ya que Willy únicamente era feliz entre las balanzas, hornillos eléctricos, recipientes, pipetas, ventiladores, extractores de gas, cápsulas de gelatina y demás útiles y

productos que almacenaba en su despacho de la Universidad, donde permanecía trabajando hasta bien entrada la madrugada. La chimenea instalada en su laboratorio, con vistas al parque de la Dehesa de la Villa, no paraba de soltar humo negro durante toda la noche. Cuando sus padres o algún compañero del departamento, o el propio vigilante de la Facultad, se interesaban por sus avances investigadores, él se limitaba a decir: «Nada importante, experimentos, fabrico productos adelgazantes y de limpieza, perfumes…». Nada importante. Pero claro que lo era para sus clientes, a quienes tenía expresamente prohibido acercarse por la Complutense. Al principio, él mismo se encargaba de la distribución; cuando el negocio fue más boyante no tuvo más remedio que buscarse como asistente al alumno más colgado que tenía. Francisco Biendicho se llamaba aquel angelito. Colgado por los efectos de las sustancias que tomaba y colgado en unos estudios que se le habían atravesado sin que existiera aún la mágica pastilla que a Biendicho le permitiera aprobar y pasar de curso sin estudiar.

Álvaro Dueñas, el Señorito, tenía otros amigos, todos de la misma pandilla. Marcial Menéndez, el Pirata, primo de su mujer y gracias al cual la conoció; Luis Ángel Galindo, el Empotrador; Lorenzo Sánchez, el Leguleyo; Andrés Messía, el Marqués; y Jesús Atanasio, el Demócrata, que acabaría de ministro de Adolfo Suárez con la UCD… Todos muy amigos, sí, pero ninguno como Guillermo Entralgo, Willy, a quien también conocían como el Químico de Dios. Nadie recordaba quién les había puesto los motes ni en qué noches de parranda habían surgido, el caso es que todos ellos hacían honor a su actividad e intereses. Menéndez, los negocios; Galindo, las mujeres; Sánchez, la toga negra; Messía, su título nobiliario; Atanasio, el poder y la política; y Entralgo, la fabricación de pastillas. Bueno, y el «Señorito» Dueñas, las antigüedades. De momento solo eso, si bien más tarde es el que haría más felices a sus amigos debido a sus otras actividades. Con Willy hizo buenas migas desde el primer instante. Desde que Álvaro hacía como que estudiaba Derecho y comenzó a coincidir con algunos de ellos en los bares de Moncloa. Y entre ellos estaba Guillermo, enjuto y parco en palabras, hasta el punto de que el Pirata decía que «no hablaba por no pecar». Pero no era cierto. Simplemente, no todos los temas le interesaban y no era infrecuente que en medio de una juerga tirara de libreta para apuntar una idea o una fórmula. En ocasiones, sus amigos solo eran capaces de sacarlo de su ensimismamiento pronunciando algunas palabras mágicas como «catalizadores, inhibidores, reactivos, precursores, componentes activos, excipientes…». Con frecuencia, a Álvaro Dueñas le gustaba acompañar a Willy a la tienda de Manuel Riesgo en la calle Desengaño, en la trasera de Gran Vía, no lejos de la farmacia de sus padres. En aquella tienda, «el paraíso de las drogas y los productos químicos» con más de 15 000 referencias, él se encontraba en la gloria. A modo de broma, a Willy le gustaba decir que él mismo, en vez de Entralgo,

debería apellidarse Riesgo, como el dueño de la tienda. «O por la actividad que desarrollas en la Facultad», apostillaba el Señorito. Como a finales del xix, el establecimiento conserva sus paredes cubiertas con los típicos cajones numerados con pequeñas placas de porcelana que dan nombre a cualquier producto químico, por rebuscado que parezca. Un lugar único en España, que Álvaro ya conocía porque tampoco era infrecuente que el químico que tenían contratado para elaborar el vino en su bodega de Herencia le hiciera algún encargo. O que él mismo necesitara algún producto para darle a sus muebles y cachivaches la pátina necesaria que hiciera parecerlos más antiguos y, por lo tanto, más valiosos, de lo que realmente eran. Pero Dueñas tenía otro motivo para acompañar a su amigo y ambos lo sabían. Cuando el anticuario se impacientaba, porque a Willy le gustaba traspasar el arco que da a la trastienda para entretenerse curioseando junto a los operarios, siempre tenía la opción de darse una vuelta por la calle Ballesta para comprobar si había alguna putilla nueva a la que no se hubiese trajinado ya por una coyunda de quince minutos. «Y el precio de la cama, aparte, que la *madame* también tiene que vivir». Y si no la había, siempre tenía ocasión de repetir con las que ya conocía. O consolarse con la Teticas o con la Angelines, que nunca fallaban y sabían cómo hacérselo. O si iba mal de tiempo, también tenía la opción de tomarse algo en alguno de los puticlubs repartidos por ese pequeño barrio chino de apenas cuatro calles donde —como no era oro todo lo que relucía— también las había desdentadas, con las tetas caídas y más colgadas que una paraguaya por culpa de la maldita droga. Eso, un completo con final feliz en uno de los hostales «si el material era bueno» o una copa con alguno de los bellezones, y «algo de tocar, muslo o pechuga», en Chevalier, Robinson, el Picnic, el bar Kiss, o el Sí Señor. Álvaro Dueñas, en todo caso, no se conformaba con disfrutar de aquellos momentos de placer, que también, algo que no llegaría a conseguir del todo con su esposa, Isabel Menéndez —algo mayor, según sus gustos—, sino que en su imaginario ya comenzaba a columbrar la idea de que él también estaría dispuesto a regentar un sitio con empleadas de este jaez. Bueno, no exactamente así. El lugar con el que sueña don Álvaro sería el más exclusivo, a la par que elegante y distinguido, de toda la ciudad.

«No como estos tugurios de la calle Ballesta y aledaños».

Lo nunca visto en Madrid.

4

1976. Madrid

Don Álvaro sabe que no hay una segunda vez para causar una primera buena impresión. Por eso se desvive por agasajar a su invitado. Es lo que viene haciendo, con singular pericia, desde hace tiempo y en ocasiones similares, con unos resultados magníficos. Sabe cómo caer bien cuando hace falta, cuándo y cuánto hay que apretar a su interlocutor, qué armas utilizar, dónde y cómo hacerlo, a qué precio y, si fuera preciso, sin temor a que los métodos empleados puedan apartarlo de su objetivo. Por complejo, costoso o disparatado que resulte. Con el paso del tiempo ha aprendido que todo el mundo es maleable. «La débil condición humana». Solo es cuestión de tiempo, del modo de proceder y, en ocasiones, no siempre, de dinero. ¿Pero qué importa el dinero cuando resulta tan fácil de conseguir? Y se ha conjurado, además, para que no haya nada, ni nadie, que pueda perturbar su buen ánimo. Don Álvaro tiene una gran opinión de sí mismo. Como encantador de serpientes no tiene precio y como enemigo, tampoco.

Y sabe, eso también lo sabe, que rara vez la vida tiene un final justo y feliz.

MADRID: HACE TIEMPO AMENAZARON CON PONER UNA BOMBA

UN INCENDIO DESTRUYE LA SALA DE FIESTAS ALAZÁN

Solo los daños causados al instrumental de la orquesta ascienden a millón y medio de pesetas

ABC. **DOMINGO, 1 DE AGOSTO DE 1976. PÁG. 38**

Madrid. (De nuestra Redacción.) Alrededor de las cinco de la mañana de ayer se produjo un incendio en la sala de fiestas Alazán, del Paseo de la Castellana, 24. El local ha quedado completamente destruido. De momento se desconocen las causas, pero, según hemos sabido, no se produjo por cortocircuito, ya que cuando llegaron los bomberos la nevera, que se alimenta de energía eléctrica, seguía funcionando.

Las características del incendio parecen indicar que se produjo en la misma puerta de entrada y que desde ahí se propagó hacia adentro. Según hemos podido comprobar personalmente, la parte del salón más alejada de la puerta se halla menos afectada.

Por otro lado hemos sabido que, al parecer, hace algún tiempo se recibió en esta misma sala de fiestas una llamada anónima amenazando con poner una bomba.

El fuego no ha afectado a los pisos superiores del inmueble ni se han registrado desgracias personales, ya que el establecimiento suele cerrar a las cuatro de la madrugada y el incendio se produjo una hora después. La siniestrada sala pertenece a la cadena propietaria de Lido, La Riviera y Biombo Chino y otras, y se hallaba a punto de cerrar por vacaciones durante todo el mes de agosto.

Aún no se ha calculado a cuánto ascienden los daños ocasionados por el fuego, que alcanzó al bar, a la sala de baile y el vestuario de la orquesta y del personal. Según nos comunicaron los músicos que trabajan en esta sala de fiestas, los daños causados al instrumental de la orquesta, que quedó totalmente destruido, ascienden a millón y medio de pesetas.

—Gracias, en primer lugar —comienza ceremonioso don Álvaro—, por

aceptar mi invitación. Me ha costado Dios y ayuda convencerle, es cierto, pero suelo ser muy persistente cuando trato de conseguir algo. Espero, Santiago, no haberle incomodado pidiéndole que se reuniera conmigo.

—No, no, en absoluto, no se preocupe por eso. Simplemente, pensaba, y pienso, que no puedo resultarle de mucha ayuda y por eso me resistí —matiza de forma amable, pero enérgica, Santiago Salgado.

—Y cómo dice que le va en la joyería…

—Bueno, como a todos, he conocido épocas mejores. Claro que tampoco es cuestión de quejarse, estando el país como está, hecho unos zorros. A ver si el presidente Adolfo Suárez nos saca del atolladero, aunque fíjese cómo se las gastan los terroristas esos. Por un lado los de la ETA, y luego, por si no tuviéramos suficiente, los del Grapo… No sé yo, a este paso, dónde vamos a ir a parar. Malo con Franco, pero tengo mis dudas de que este país está preparado para aguantar tanta tensión. Y a ver qué hace el Ejército, si es capaz de permanecer cruzado de brazos en los cuarteles. Que esa es otra… Me da a mí que no se fían mucho del rey. En fin…

—Sí, en eso tiene razón, Santiago, la incertidumbre no es buena compañera de viaje para los negocios. Por no hablar del miedo que tiene la gente, por qué no decirlo, después de lo que pasó en el 36. Ahora, que si a mí me dejaran, créame, yo esto lo arreglaba en cuestión de días. Lo solucionaba rápido. ¿Que cómo? Pues mandando a la Legión al País Vasco. Ya vería usted como se acababa el problema. ¡Es que ya está bien, cojones!

—No estoy yo muy seguro de que esa fuera la solución, don Álvaro. Yo es que, de política, ni entiendo ni quiero entender —tercia incómodo el joyero mirando hacia uno y otro lado como queriendo pasar el trago cuanto antes y conocer el motivo para el que ha sido convocado.

—Espero que le guste el sitio. Había pensado en Zalacaín, o tal vez en Jockey, pero al final me he decidido por este otro, tan clásico, diríamos, que espero resulte de su agrado. ¿Conocía ya Horcher, había estado aquí alguna vez?

—No, no, lamentablemente, no. Es más, no suelo frecuentar este tipo de restaurantes —replica Santiago con una forzada sonrisa.

—Pues no se prive, amigo, la vida es corta y hay que aprovecharla. Ya sabe, además, que solo existe la buena vida porque la otra ni siquiera merece la pena considerarla como tal —fanfarronea don Álvaro.

—Sí, claro, me parece bien para quien se lo pueda permitir. Aunque, como es obvio, no es mi caso.

—Pero no se queje, Santiago, en su negocio es muy fácil dar el salto a un nivel, diríamos, superior. Es cuestión, si me lo permite, de tener buenos amigos que le vayan desbrozando el camino.

—Ya —repone bruscamente el joyero arrepentido de haber elegido un atuendo tan apretado.

—La vida, ya lo sabe, querido amigo, es una lucha constante. Es lo que nos mantiene vivos. Fíjese, yo mismo, sin necesidad de ello, porque con mis antigüedades en la tienda del Rastro tengo más que de sobra, me estoy planteando embarcarme en dos nuevos negocios. Uno relacionado, digamos, con la hostelería y el otro que tiene que ver, luego le cuento, con las piedras preciosas. No sé si se enteró de que hace unos meses le prendieron fuego al cabaré Alazán y tengo unos amigos que me están animando para que dé el paso y adquiera el local. Con un aire nuevo, naturalmente. Buena compañía, chicas guapas y esas cosas —sonríe don Álvaro con picardía.

—Sí, algo he leído en *ABC,* parece que ha sido un fuego intencionado.

—Sí, a principios de agosto, creo.

—Parece un sitio bien situado. En la Castellana, cerca del barrio de Salamanca, de Serrano y de toda la zona comercial, en pleno centro, sí.

—Alazán, «noches-de-encanto-y-belleza-con-las-más-explosivas-y-fabulosas-*vedettes*», según la publicidad de antes, un *night club* de postín a partir de ahora al que, naturalmente, estará invitado, si es que se anima.

—No sé yo, no sé —titubea Santiago con una mirada que pretende ser elusiva.

—Se avecinan nuevos tiempos en España, Santiago, y hay que estar preparados. Si vamos a una democracia, como dicen, y queremos ser europeos habrá que democratizar también el acceso a los placeres de la carne, ¡digo yo!

—¡Qué cosas dice, don Álvaro!

—Pero no crea que lo hago solo por mí, que ya no tengo más aspiraciones en la vida. Debo ir pensando en el futuro de mi hijo, de Alvarito, que es todavía un mocoso de quince años y al que quiero ir preparándole el terreno. Tengo pendiente una cita con el director del Instituto, que nos ha llamado a mi mujer y a mí, seguro que para felicitarnos por lo bien que va. Bueno, es la obligación que tengo como padre. A usted le ocurrirá lo mismo con sus hijos, si es que los tiene.

—Sí, tengo una hija que ya es mayor. Adela tiene veintisiete. Y también

pienso en su futuro, claro, aunque ella lo tiene bastante claro. Las gemas le apasionan, como a mí, pero en plan más profesional. Da clases en la Universidad y tiene también su trabajo en el Instituto Gemológico, además de echarme una mano en la joyería, siempre que puede, porque lo suyo es el diseño. Comenzamos con el negocio en la calle San Bernardo, no sé si lo sabe, allí empezó mi abuelo, y luego mi padre, que me enseñó el oficio. Y desde hace unos años estamos en Lagasca, muy contentos, la verdad. Pienso que ella es muy buena en lo suyo y yo, naturalmente, estoy muy orgulloso. No tanto por la tienda, que es un engorro, además de resultar poco rentable, sino por la especialización que está adquiriendo en ese mundo donde no es oro todo lo que reluce.

—No, desde luego que no. ¡Cuánta razón tiene! No es oro todo lo que reluce, ya lo creo —sale rápidamente al paso don Álvaro enseñando los dientes como un lobo.

De forma inconsciente, Santiago Salgado no para de hurgarse con el dedo por el cuello de la camisa en un vano intento por buscar la comodidad que no acaba de encontrar. Y, para colmo de males, transpira como un cerdo. O eso piensa. No suele usar chaqueta y corbata y fue Adela la que, previsora como siempre, le recordó, cuando supo de la cita, que las normas para entrar en ese restaurante no habían cambiado desde que Otto Horcher lo abriera en Madrid allá por 1943. En la calle Alfonso XII, junto al Retiro y la Puerta de Alcalá. El dueño llegó a Madrid procedente de Berlín, donde ya había dirigido el primer restaurante Horcher fundado por su padre, Gustav, en la Martin Lutherstrasse. Otto estaba magníficamente relacionado con los jerarcas nazis y él mismo, como tantos otros con ganas de medrar en el nuevo régimen, se había afiliado al nacionalsocialismo. Albert Speer, arquitecto jefe de Hitler y ministro de Armamento con el Tercer Reich, y el mariscal Hermann Goring, comandante supremo de la Luftwaffe, eran clientes habituales. El local berlinés, destruido por la aviación aliada tras los numerosos bombardeos que sufrió la ciudad, estaba cerca de la Bayerischer Platz, distrito de Schöneberg, en el barrio de la «Suiza judía», cuyos vecinos fueron los primeros en sufrir las represalias antisemitas. Otto recala finalmente en Madrid tras haber adquirido también el no menos afamado Maxim's de París mientras duró la ocupación alemana. Durante la Segunda Guerra Mundial el Horcher de la capital de España fue uno de los nidos predilectos de los espías alemanes, además de centro de reunión de los falangistas españoles y de los nuevos potentados surgidos tras la victoria de Franco. Álvaro Dueñas desea contarle a Santiago Salgado la historia que rodea al restaurante elegido, pero se la reserva por si, llegado el caso, no consigue encandilar a su invitado y tiene que recurrir a ella en otro momento.

—¿Y qué le parece, Santiago, si dejamos de tratarnos de usted? Le voy a seguir teniendo el mismo respeto —inquiere retóricamente don Álvaro con una gran risotada que atrae la atención de los otros comensales que ya ocupan las quince mesas de este templo sagrado de la hostelería.

—Estupendo, me parece muy acertado. De hecho, se lo iba a proponer yo mismo de un momento a otro —miente el joyero.

—Bueno, aquí en Horcher todo es bueno, como podrá imaginar. Pero permítame…, permíteme, Santiago —se corrige a sí mismo don Álvaro—, recomendarte algún plato de caza… No sé, tal vez, el lomo de corzo asado, o un *carpaccio* de venado con higos agridulces o la perdiz a la prensa… No quiero agobiarte, pero suelen tener también un ragú de ciervo con manzana y lombarda, o un *goulasch* con chucrut… ¡Ah! Y no olvides dejar hueco para el postre. Tienen un *baumkuchen,* un pastel de árbol, sencillamente delicioso. Si te atreves con el chocolate caliente y el *chantilly* con el que va acompañado, no dudes en pedirlo. Doce horas, según me contaron, tarda el repostero de Horcher en elaborar este tradicional pastel que cortan en finas láminas. Los entrantes, mientras tomamos el aperitivo, los dejaremos en manos del *maître* y que nos traiga él lo que quiera, además de alguna ensaladita.

—Pues no se hable más, el lomo de corzo… Y lo del pastel, me lo pienso.

—¿Seguro? Bien, magnífica elección, Santiago, ya verás como te gusta esta carne de sabor tan intenso —añade don Álvaro tocando amigablemente el antebrazo del joyero, al que nota tenso.

En el fondo, hubiera preferido que su invitado se hubiera inclinado por la perdiz. El trinchado del ave con el jugo obtenido de prensar la carcasa, que luego se reduce y napa la carne, es un espectáculo difícilmente repetible para un amante de la buena mesa. Álvaro Dueñas dobla la carta, la deposita con delicadeza junto al centro plateado de flores que engalana la mesa, flores rojas como el entelado de las paredes, y mira a su alrededor en busca del jefe de comedor que debe tomar nota de la comanda. Lomo de corzo para el invitado, *steak tartar* con patatas *soufflé* para el anfitrión, como platos principales, y, de primero, ensalada de lentejas y bogavante para compartir. Santiago Salgado, entretanto, acaricia suavemente el inmaculado mantel de hilo, en el que nota un suave apresto, mientras el *maître* apunta las indicaciones manteniendo una cierta distancia. Con cortesía, sí, con una amabilidad calculada pero con firmeza y sin envaramiento. Este camarero no es santo de la devoción de don Álvaro, más acostumbrado a las genuflexiones del personal y a la

obsecuencia. Pero tampoco es cuestión de hacerlo notar. Si acaso, la propina será mucho menos espléndida de lo que es habitual en él. Mientras aguardan los aperitivos, Dry Martini para don Álvaro y manzanilla La Guita para Santiago, el joyero trata de relajarse repasando, casi a hurtadillas, el escenario de su extraña e incómoda cita. Las paredes tapizadas con tela de Damasco, el techo artesonado, las cortinas de terciopelo, la moqueta, los escudos de varias casas reales europeas, los grabados, las piezas de porcelana, los apliques forrados de seda, los grabados antiguos... Y la prensa de carne, y el carro caliente, por supuesto de plata. Sin conocer siquiera el precio, aunque lo puede imaginar viendo el resto de la carta, el joyero ha descartado la botella de Louis Roederer Cristal que proponía como aperitivo su anfitrión. «¿*Champagne* de aperitivo?», se pregunta Santiago sin atreverse a decírselo en voz alta. Sabe que le hará bien empezar a dar buena cuenta del rico vino de Sanlúcar que le acaban de servir y bebe ese primer trago con mayor fruición de lo que aconsejan las normas en un sitio frecuentado por personajes de tanta prosapia. «Un poco decadente este Horcher», piensa Santiago cuando el aroma seco y punzante de la pálida manzanilla comienza a animarle el semblante.

—Había pensado en un Imperial Gran Reserva para regar, como corresponde, esta suculenta y entrañable comida. Si a usted, perdón, si te parece bien, Santiago —asegura divertido don Álvaro mientras levanta levemente la mano derecha para llamar la atención del sumiller. ¿O prefieres Marqués de Riscal?

—Bien, bien, seguro que el Imperial de Cune será una magnífica elección.

—¡Ah! Veo que entiendes de vinos y que conoce las bodegas…

—No, no crea, es que casualmente mi hija me regaló un reserva, que no era Imperial, ¡eh!, y a partir de ahí me tomé la molestia de documentarme.

—Yo, por mi parte, aprecio mucho el mundo de los vinos. No sé si lo sabes, pero, y permíteme que haga alusión a un tema personal, familiar, diríamos… Procedo de La Mancha y hasta no hace muchos años tuvimos una bodega, dedicada más bien al vino a granel que al embotellado, o sea, que se puede decir que sí, que conozco este mundo. Incluso tuvimos una tiendecita aquí en Madrid en la calle del Prado, justo donde luego comencé con los cachivaches, los trastos viejos… Bueno, lo que comúnmente conocemos como chamarilería y que, a Dios gracias, me permitió luego abrir la tienda del Rastro e ir metiéndome en el mundo de las antigüedades. Y, bueno, ya sabe cómo son estas cosas, a mis casi sesenta años, hay que joderse cómo pasa el tiempo —sube el tono don Álvaro, remarcando cada palabra— no puedo dejar

de ser un culo inquieto siempre dispuesto a buscar nuevos horizontes. Renovarse o morir, dicen, ¿no te parece?

—Sí, sí, claro –asiente Santiago no demasiado convencido.

El sumiller pregunta quién probará el vino, «mi invitado, por supuesto», afirma categórico don Álvaro. El mismo camarero lo degusta primero. Y lo hace con una exagerada delectación, tras escanciarse una pequeña cantidad en la tacita de plata que lleva colgada al cuello cual medalla obtenida en el campo de batalla. A don Álvaro, aficionado desde niño a los soldaditos de plomo, el sumiller se le asemeja a un mariscal de campo del antiguo Ejército alemán. A continuación, ceremonioso y seguro de lo que hace, deposita el caldo con mimo en el decantador para acelerar el proceso de oxigenación antes de servir.

—Una magnífica elección, don Álvaro, como siempre —aduce el sumiller tras hacer una leve inclinación, que repite mecánicamente en cada una de las mesas, si bien en la número 12 permanece más tiempo que en las otras. El camarero sabe cuándo está delante de un buen cliente y este es de los mejores. Por eso se permite recordarles cuál es el tipo de caldo que van a degustar. Y se lo hace notar: «Color rojo burdeos, brillante, potente y de aroma elegante, con recuerdos a bosque otoñal, donde sobresalen las notas frutales y el aroma a regaliz de palo sin olvidar sus matices especiados». Servido en una fina y delicada copa Riedel, estandarte de la gran dinastía austriaca de productores de vidrio, y a una temperatura de 18-20 grados, el Imperial puede ser música celestial.

—Un vino con personalidad, elegante, fino… Rojo burdeos, decía yo antes, aunque tal vez debiera haber dicho rubí intenso —añade el sumiller, cuyas aclaraciones dejan de interesar de pronto a don Álvaro.

El camarero acaba de mencionar la palabra rubí y don Álvaro se evade en sus pensamientos, aunque rápidamente se recompone.

—Un vino de puta madre, aunque no sea manchego. Ja, ja, ja, ja —se atreve don Álvaro sabiendo que el comentario divertirá tanto al joyero como al sumiller, aunque solo sea por compromiso.

—Magnífico, sí, señor —añade, complaciente, Santiago.

—Si yo le contara a usted la cantidad de vino a granel que mandamos de La Mancha hasta La Rioja, para que ellos puedan llevarse la gloria luego... En

fin, ya sabe, como suele decirse, que unos se llevan la fama y otros cardamos la lana.

—Cría fama y échate a dormir, siguiendo con el refranero.

—Así es, amigo, así es. Tal cual.

El almuerzo transcurre sin mayores sobresaltos hasta que con la llegada del postre, que el joyero aguarda como buen aficionado al dulce, se acerca el momento de ir entrando en materia. No tendría sentido que don Álvaro hubiera cometido la indelicadeza de plantear el asunto al principio, ya que de esa forma hubiera arruinado una comida que pretendía ser inolvidable. El baile de camareros, con su bien ensayada liturgia, la calidad de las viandas y el inevitable efecto que empieza a desatar el vino hacen que Santiago se vea envuelto en un carrusel de sensaciones difícilmente descriptible.

Y sabe, porque es zorro viejo, que la comida no le saldrá gratis.

Aunque no sea él quien pague la cuenta.

—Me gustaría hablarle de mi pasión por Flandes –se arranca de pronto don Álvaro mientras comienza a dar buena cuenta del *strudel* de manzana a la vienesa al que, por deferencia, el jefe de sala ha añadido una lámina del afamado *baumkuchen.*

—A su disposición, puede empezar cuando quiera. No tenemos ninguna prisa. Yo, al menos, no.

—Seguro que le suena lo de la «furia española» o esa expresión tan habitual de «poner una pica en Flandes». Pues no se preocupe —añade don Álvaro ante la cara de estupor de Santiago—, que yo se lo voy a explicar, no con tantos pelos y señales como me gustaría, pero sí con el suficiente detalle como para que se haga una idea. No, no, tranquilo. Era una forma de hablar. Algo le contaré, pero no de forma muy exhaustiva.

Y puestos a fabular parece llegado el momento de que don Álvaro cambie de tercio y pase al ataque. Es el momento de hablarle de Amberes y de sus amigos belgas. Y del dinero, claro, que podrían ganar por el simple hecho, apenas un mero trámite, de dar por buenas unas piedras sintéticas. Al fin y al cabo, tienen la misma composición química que las auténticas, la misma

estructura cristalina y a nadie debería importarle que, en lugar de formarse durante siglos en la agreste naturaleza, hayan sido creadas en un aséptico laboratorio. Los tiempos cambian y, si las propiedades físicas y ópticas de las piedras sintetizadas por el hombre son iguales que las naturales, incluso su belleza y durabilidad, por qué no intentarlo. Por qué no convertir en realidad el sueño de Verne. Y si esto no fuera factible, siempre cabe la posibilidad de adulterar un certificado o un informe gemológico.

Cualquier opción es buena.

—Pues no sabría decirle… Mi hija también ha estado en Amberes y es diplomada, de hecho, en el HRD, el «Hogee Raad voor Diamant», así es como creo que se llama el Consejo Superior del Diamante, que representa a todo el sector en Bélgica… Lo consultaré con ella, que es realmente la que sabe. Una historia fantástica, claro que sí, pero inverosímil desde mi punto de vista. Al menos en lo que tiene que ver con el asunto de los diamantes. Ahí tengo mis dudas, primero porque, hasta donde yo sé, no sería factible la fabricación de gemas tal y como lo plantea, y en segundo lugar porque a estas alturas de la vida no creo, sinceramente no lo creo, que ese tipo de producto, por llamarlo de alguna forma, pudiera pasar los estrictos controles legalmente establecidos. Tenga en cuenta… ten en cuenta, Álvaro, que este negocio está muy trillado, hay muchos intereses en juego y, naturalmente, nadie consentiría que cualquier aficionado, perdone… perdona que utilice una expresión tan cruda, pueda venir a joderles el chiringuito.

—¿Y si yo te dijera que puedo conseguir los diamantes sintéticos, o de imitación, o como demonios queramos llamarlos, con sus correspondientes certificados? Tú solo tendrías que avalar la operación aportando alguna documentación complementaria para que podamos disfrutar de un negocio redondo y con un escaso riesgo —apostilla don Álvaro golpeando la mesa con el puño cerrado de su mano derecha.

—Lo de que hayas conseguido las piedras, o puedas conseguirlas, para intentar hacerlas pasar por diamantes auténticos, no tengo ninguna duda. No me extraña en absoluto, es más, lo imaginaba… En cuanto a la calidad, permíteme que lo dude.

—Tú mismo lo puedes comprobar —sostiene retador don Álvaro tras depositar sobre el mantel una piedrecita del tamaño de una avellana que le han enviado desde Flandes.

—Te agradezco la confianza, pero no deseo inmiscuirme en esta historia. Yo solo trabajo con profesionales. Por mi parte, me olvido del asunto y como

si no hubiéramos hablado del tema. No puedo aceptar el encargo —objeta Santiago Salgado despreciando el ofrecimiento y retándolo con la mirada.

—Creo que no me has entendido. Te estoy pidiendo ayuda como amigo. No como especialista, no como profesional al frente de un laboratorio independiente, no como miembro del Instituto Gemológico… Como amigo te estoy pidiendo que examines la piedra de los cojones y me des tu opinión. Como amigo, sin compromisos, sin complicaciones. Y, por supuesto, al precio que quieras poner —repite furioso.

—No —rezonga Santiago, con gesto de gravedad, moviendo pausadamente su cabeza hacia un lado y hacia el otro.

—El diamante, como bien sabes, no es más que carbono puro cristalizado y yo tengo la fórmula para democratizar el mercado, ahora que esa palabra empieza a estar tan de moda.

—Lo siento, Álvaro. Me sabe mal decírtelo, pero no puedo hacerte ese favor. Estoy a punto de jubilarme, me ha costado mucho llegar hasta aquí y no quiero amargarme lo que me queda de existencia por… por no sé qué aventura que ni me va ni me viene. Lo siento de veras. Hay otros, seguro que en el propio Instituto, que tal vez estarían dispuestos. Yo, no. De ninguna de las maneras.

—¿Y tu hija? ¿No trabaja ella en el Laboratorio de Análisis y Certificados del IGE?

—Deja a mi hija en paz. Ella lleva su camino y yo el mío. Déjala en paz —le avisa el joyero apoyándose con las dos manos sobre la mesa y repitiendo cada una de las sílabas—. Olvídate de ella.

—Me han dicho que Adela es muy guapa, además de una magnífica gemóloga. ¿Veintisiete años decías que tiene? Ya no es ninguna niña.

—Creo que vas por mal camino, Álvaro. No te equivoques.

—Voy por donde me sale… voy por donde quiero y no vas a ser tú quien me diga a mí lo que tengo que hacer —replica a voz en cuello.

—No tengo nada más que añadir.

—Me han dicho también que estás teniendo algunos problemas para sacar adelante la joyería y que no levantas cabeza desde que te atracaron. Tu empleada, la pobre, fue la que peor lo pasó. De hecho, creo que no ha vuelto a trabajar. No debe de ser fácil recuperarse cuando te ponen un pistolón en la sien.

—¿Y cómo hostias sabes tú tanto de mi vida? ¿A cuento de qué? —levanta la voz Santiago sin que a esa hora quede ya nadie en el restaurante. Los clientes se han marchado y el servicio se ha retirado discretamente.

—Tranquilízate, Santiago, que no es la cosa para tanto. Y para que veas que no soy tan mala persona como te han ido contando por ahí, te voy a conceder una segunda oportunidad. Una semana. Siete días tienes de plazo para darme una respuesta positiva. Te quiero a mi lado. A ti o a tu hija. Conmigo o contra mí.

—Creo que no tenemos nada más que hablar —afirma Santiago, apretando los dientes hasta hacerse daño y en un tono casi inaudible.

Lo que no puede evitar es que al levantarse tan bruscamente derrame su copa de vino sobre el mantel. El rojo burdeos, rubí intenso, del Imperial mancha la cubierta de hilo almidonado hasta casi alcanzar la piedra, o lo que demonios sea, que ha traído don Álvaro en una bolsita negra de terciopelo. Tras salir, como quien dice huyendo, Santiago Salgado necesita el aire fresco del cercano Retiro. Para sosegarse y ordenar sus ideas. Lamenta con gran pesar haber aceptado la cita, pero, como hombre práctico que es, trata de analizar la situación y buscar alguna solución al lío en el que se ha metido.

«Tenemos un problema y gordo», masculla para sus adentros. «Ese tío está loco y, si puede, me buscará las vueltas». «Y me aplastará como a una mosca», balbucea entre dientes.

«¡Joder!».

No sabe qué hacer ni por dónde seguir, así es que decide volver a casa con la angustia del derrotado. A Ángela, a su mujer, no le dirá nada y, de esta forma, le evitará un disgusto. Bastante ha sido «con el puto atraco de los cojones».

Hablará con su hija cuando sepa cómo planteárselo, comenzará ofreciéndole una versión edulcorada del encuentro y ella, que es «más lista que el hambre», encontrará la solución. «¿Pero qué solución con alguien así, tan despreciable y peligroso?».

Lástima no haber conocido Horcher en otras circunstancias.

Un sitio magnífico «al que, sin duda, volveré».

«Si es que tengo algo que celebrar», se consuela con una media y amarga sonrisa mientras pasea por el parque.

Don Álvaro siempre supo que la estancia de Aurora al cuidado de las monjas de Chamberí solo podía ser una solución temporal. Algo que, andando el tiempo, tendría que resolver. No sabía en qué momento, ni cómo ni con quién, ni en qué nuevo lugar de acogimiento. «Ya se me ocurrirá algo», se viene repitiendo desde hace años, aun a sabiendas de que no es «algo» que pueda seguir demorando. Solo sabe que tiene como una especie de obligación con esa chiquilla, sangre de su propia sangre, al fin y al cabo, por muy difusa, inconcreta o lejana que, a su entender, estuviera su responsabilidad como progenitor. ¿O es que no había olvidado la amenaza de Eladio? El caso es que tarde o temprano debía encontrar una solución. Con frecuencia piensa en ella y, sin llegar a conmoverse, eso no, se esfuerza inútilmente en tratar de comprender qué es lo que siente por Aurora.

Y como las cosas casi nunca suelen ser como uno las imagina, la oportunidad le llegó cuando menos lo esperaba. La tenía bien cerca, en manos de uno de sus colegas anticuarios de las Galerías Piquer, aunque lógicamente él no pudiera atisbarla.

Sin descendencia, y no porque no hubieran tratado de remediarlo, Adolfo Bargues vivía junto a su esposa, Margarita Pombo, en uno de los pisos de la torre de diez alturas bajo la que se encuentra el acceso principal a las Galerías. Los primeros Bargues ya estaban allí, en el 29 de la Ribera de Curtidores, cuando las precarias instalaciones del Corralón del Francés fueron demolidas para levantar el espacio comercial que debe su nombre a la popular tonadillera. Con una tienda tan bien situada, tanto como la de don Álvaro, justo en la entrada a la derecha, los Bargues, como eran conocidos, no tenían una especialidad determinada. Hacían un poco a todo: chimeneas antiguas, lámparas, muebles, esculturas, objetos decorativos, arqueología, cerámica, grabados, monedas, dibujos, emblemas militares, teléfonos, planchas, sifones, armas blancas, instrumental médico… Un poco de todo, pero siempre varios escalones por debajo de don Álvaro, que con el paso del tiempo se había ido decantando por objetos más caros y exclusivos. Aun así, Bargues representaba a la aristocracia de los anticuarios, lo llevaba en la sangre, y don Álvaro no era más que un advenedizo. Con suerte y arrojo, pero un advenedizo al fin y al cabo. Ambos lo sabían y, aunque no quería pensar demasiado en ello, Álvaro Dueñas tenía celos de Adolfo Bargues. Este detalle, no precisamente menor, no evitaba que su relación, sin llegar a ser cordial, fuera razonablemente buena. Distante pero buena. Y lo era hasta el punto de haber intercambiado piezas en función de los intereses de cada uno. En sus escasos momentos para las confidencias, Dueñas había sacado algunas conclusiones bastante definitorias. Los Bargues formaban un matrimonio de profundas creencias

religiosas, y solo en su misa diaria habían encontrado un cierto consuelo para el castigo que, ni siquiera con su cristiana resignación, estaban dispuestos a aceptar. El Dios al que imploraban a cada instante se había negado a bendecirlos con la llegada de un hijo. Y ese sufrimiento les había nublado la vida, conscientes de que el negocio fundado por sus ancestros, aquellos ropavejeros y quincalleros venidos de algún punto de la Auvernia francesa, estaba a punto de naufragar.

Y, además, por si fuera poco, estaban delicados de salud.

El legado de los Bargues, su apellido, su historia, sus costumbres, sus objetos…

No habría continuidad

Todo se extinguiría.

—Le noto decaído, amigo Adolfo. ¿Acaso no le va bien el negocio? ¿Necesita algo? Oiga, se lo digo en confianza. Aunque no nos hayamos tratado mucho, ni que decir tiene que entre colegas estamos para ayudarnos. Ya sabe, hoy por ti…

—Muchas gracias, don Álvaro. Gracias por su interés.

—¿Y su esposa? Hace días que no la veo.

—Sí, todo bien. Bueno, ella está bastante pachucha… Un poco apenados, si me permite la confidencia, y le ruego que este pequeño secreto familiar pueda quedar entre nosotros, porque el tiempo pasa sin que hayamos conseguido tener un hijo. En su momento hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance, incluso poniéndonos en manos de los mejores especialistas, aunque mi señora no era muy partidaria, pero no hubo manera. Y créame, yo lo llevo más o menos bien, pero Margarita se angustia y se deprime. No conseguimos acostumbrarnos. Nuestras oraciones no surten efecto y ella, como le digo, está bastante floja.

—¿Y no han pensado en la adopción? Si me permite que se lo pregunte…

—Pues sí, claro que lo hemos pensado, pero el sistema no nos acaba de convencer y, además, nosotros no estamos ya para cuidar un bebé. Necesitaríamos un niño algo mayor.

—Un niño.

—Preferiblemente sí, aunque, gracias a Dios, los tiempos han cambiado mucho y una mujer también podría ponerse al frente de nuestro negocio cuando llegara el momento.

—Pues fíjese, Adolfo, que creo que tengo la solución a su problema.

—¿Ah, sí? ¿No me diga?

—Casualmente conozco a unas monjitas en la plaza de Chamberí que, bajo cuerda, tienen acogidas en el convento a varias niñas, algunas adolescentes ya, cuyos padres fallecieron o las dejaron allí por diversos avatares de la vida. Niñas sanas y bien educadas, deseosas de cambiar aquellas paredes por una familia de verdad. Me lo dijo la madre superiora y, como tengo confianza con ella, me voy a tomar la libertad de hablarle de su caso. Estoy seguro de que vamos a llegar a un acuerdo.

Instituto Fortuny, calle Fortuny 24, distrito de Chamberí. Despacho del director. Las voces pueden escucharse por todo el pasillo.

—No le consiento ni a usted ni a nadie que diga que mi hijo es un psicópata.

—Pues tenemos, entonces, un problema. Porque si no lo es se le parece mucho.

—Cosas de niños, créame. No confundamos los términos.

—Mire, en este centro hay cientos de niños, por aquí han pasado miles de ellos y, hasta donde nos alcanza la memoria, no hemos tenido ningún caso como el de Alvarito.

—¡Pero qué está diciendo!

—Lo que yo le diga.

—¡Venga ya! ¡Exagerado!

—¿O es normal, cosas de niños, como dice usted, entregarle al profesor de Naturales un gatito, todavía vivo, encerrado en una caja sin ventilación y con el pobre animal cosido a alfilerazos?

—(…)

—¿O ve bien que untara pegamento en la silla de la profesora de Matemáticas para que no se pudiera levantar?

—No. No lo sabía. Y mi mujer, aquí presente, tampoco.

—¿O acaso es medio normal prender fuego a las cortinas del salón de actos?

—No. Pero no le permito que le insulte de esa manera.

—No es un insulto, créame, le estoy hablando del perfil que ha elaborado nuestro psicólogo del centro, pruebas que naturalmente hemos cotejado con algún otro especialista.

—No me lo creo.

—Mire, su hijo es muy inteligente, sí, pero es un mentiroso redomado. Un ser antisocial, que actúa de forma descontrolada e imprevista, de manera compulsiva, que no tiene remordimientos y yo diría que carece de sentimientos.

—No me lo puedo creer. Debe de estar hablándome de otra persona.

—No, puede estar seguro. Le estoy hablando de Álvaro Dueñas Menéndez, de quince años. De su hijo, su único hijo, don Álvaro.

—Desconfío de lo que me dice, pero, si es así, trataré de que no vuelva a pasar. Como comprenderá, el primer interesado soy yo. Los primeros interesados somos nosotros. Mi mujer y yo. ¿Verdad que sí, Isabel? Deja de llorar, por favor.

—La próxima vez, me veré obligado a expulsarlo.

—No tiene usted cojones de echar a mi hijo del instituto.

—Tengo cojones para eso y para mucho más. Que él me ponga a prueba, que vuelva a desautorizar, ridiculizar o atemorizar a alguno de los profesores, y verá de lo que soy capaz. A los profesores o a sus compañeros de clase, a los que tiene asustados. Especialmente a las chicas. Estamos hartos, ¡hartos!, de aguantar a este niño mimado, asocial y pervertido. Si usted no toma sus medidas y hace lo que tiene que hacer como padre, no nos dejará más remedio que actuar. Se lo digo por última una vez, don Álvaro, y no lo volveré a repetir. A la próxima, a la mínima que haga, se va a la puta calle.

—¿Pervertido? ¿Qué quiere decir?

—No, no debería habérselo dicho, tengo que ser muy cuidadoso. Ese aspecto, no lo tenemos confirmado, pero les ruego también que estén vigilantes con ese asunto. Su actitud hacia las chicas deja mucho que desear.

Dentro y fuera del centro. Pero este no es ya un problema escolar, sino de otra índole. Yo que ustedes no lo dejaría pasar. Antes de que sea demasiado tarde.

Atardece. Recostada en la *chaise longue,* ve cómo la lluvia azota el gran ventanal del salón de su casa. Fuera, las gotitas de agua se escurren veloces por el vidrio hasta desembocar en la pequeña terraza de su buhardilla, en el número 12 de la calle Amnistía. Otras, caprichosamente, percuten en los cristales. El agua salpica con furia en las macetas, cobijadas al incierto resguardo de las paredes. Y le devuelve, como amortiguado y lejano, el clonc, clonc que resuena al golpear la mesa metálica, demasiado expuesta a la intemperie. «Debería haberla protegido, se oxidará, seguro», piensa. Es un día triste, de esos para dejarse llevar por la melancolía. Una pausa para ensimismarse. Para recogerse en su intimidad. Para abstraerse y sumergirse en sus desbocados pensamientos. Es un día gris, de otoño en primavera. La luz, mortecina. Adela cubre sus piernas con una mantita. En su regazo tiene un libro que ha rescatado de la mesilla. Lee cien páginas de un tirón. Aguarda a que den las ocho. Está sola, cómoda en sus cavilaciones. Nada turba su paz. Si acaso, lejanamente, pasa por su mente alguna imagen inconexa. No sabe estar quieta. Suspira. Se distrae. A ratos, contempla ensimismada la lenta combustión de las velas que, sin ningún tipo de orden, tiene repartidas por toda la casa. El aroma sutil y exótico de la cera ardiente enciende su ánimo como un destello, por más que la luz que emiten sea tan débil e insegura como un suspiro, apenas un parpadeo. Mira por el ventanal y disfruta viendo la lluvia caer, dejándose acariciar por la nostalgia de este regalo imprevisto. Tendría que ir a la ducha y pensar en la cena. Tendría que preparar la ropa que se pondrá mañana. Tendría… Sacude la cabeza con suavidad, se toca la garganta. Y, como ausente, se asegura de que la fina diadema de su pelo está en su sitio. Un inoportuno catarro la mantiene postrada y se abandona en sus reflexiones. Debería sacar fuerzas para hacer algo, pero se deja acariciar por la pereza. Debería tomarse ya la pastillita para su tratamiento, que tiene pendiente. Le duele el malestar que la acompaña desde hace días y solo se siente aliviada tras comprobar que, como siempre, el inhalador para su asma está al alcance de la mano. Una desazón que viene y va. En ocasiones se siente como si un tren le hubiera pasado por encima. Debería… Hay días que le gustaría cerrar los ojos y desaparecer, pero no puede. Sabe que tiene que ser fuerte y reponerse. Siempre lo hace, es fuerte y entusiasta, en su aparente fragilidad. Hay días… Nota su voz nasal, carraspea. Piensa que tiene voz de niña y que no le conviene. Y que está un poco pálida. Y que… Piensa. No sabe estar parada. El catarro aún no ha desaparecido. Teme que el ataque de asma la asalte de madrugada… Aun así, tiene todo el tiempo para ella. Es feliz. Pese al pasajero malestar, que a veces nubla su ánimo. Se estremece, pero su don innato para la felicidad la deja a salvo de cualquier preocupación duradera. Toda angustia puede ser derrotada, basta con tener una actitud como

la suya, resuelta, siempre disponible, apasionada. Aunque, como ocurre a veces, vengan mal dadas.

Y no para de llover, con ese húmedo rumor que a ella tanto la reconforta.

No hay espectáculo comparable —observa guarecida tras la ventana— al de las calles charoladas por la lluvia.

Anochece ya.

Adela Salgado quiere mucho a su madre, pero por quien profesa auténtica veneración es por su padre. Y si a veces tiene dudas, porque las tiene, de que pueda encontrar una relación estable, más estable aún de la que tiene ahora con Diego, es porque no hay hombre en el mundo que la pueda querer, cuidar, entender, soportar, perdonar como su padre, como Santiago. Y eso que Adela le ha dado tantos disgustos. «Tienes la cabeza llena de pájaros», solía decirle. «¿Pájaros en la cabeza?». «No, papá, mi cabeza está poblada de sueños, nada más», le gustaba escribir en su diario de adolescente. Sueños que trocaron en fastidio y pesadumbre familiar como cuando se negó a estudiar Derecho y prefirió seguir sus pasos en el mundo de las gemas. Como cuando se fue de casa y estuvo dos meses sin dar señales de vida. Como cuando, sin proponérselo, se encoñó con aquel bailarín gitano por el que aún bebe los vientos. Como cuando le comentó a sus padres que quería tener un hijo sin pasar por el altar. Como cuando… Y, aun así, todo ha sido perdonado, ningún rencor ensombrece la relación familiar. Anochece ya y aún no se ha tomado la pastilla que necesita para mantener a raya el asma, su más fiel compañía desde que era pequeña.

Si viene el ataque, tendrá que levantarse, porque incorporada respira mejor que tumbada.

Y ver cómo se adueña de ella, primero el jadeo; luego el sonido ronco y profundo que encierra su pecho, agarrada a un hilito de aire tan débil como un suspiro.

Menos que el ronroneo de un gato.

Y tratará de sosegarse, para no despertar al monstruo.

Y tendrá que quedarse despierta hasta que la luz del alba tiña de rosa los edificios de la ciudad.

La maldita enfermedad que nunca la abandona.

Deslenguada a conciencia, cuando conviene, y con un gran magnetismo, sin pretenderlo, Adela necesita sentirse bien, verse bien y gustar a los demás.

Pese a todo. Pura coquetería sin mayor recorrido. «Cosas de mujeres», piensa malévola. Rara vez se maquilla y no necesita más que un leve retoque con su lápiz de ojos para encontrarse a gusto y encandilar a los demás. Sin más joyas que el brillo de su mirada y una sonrisa capaz de afrontar un imprevisto, suavizar un disgusto, acabar con cualquier resistencia o ablandar una negativa. Y si eres hombre estás muerto porque no hay forma de salir indemne una vez que te alcanza la ráfaga de su alegría, el movimiento de su boca, el imán de su semblante. Una mirada limpia, confortable y agradecida. Una expresión en los ojos imposible de olvidar. Con una mirada así, en su presencia, casi cualquier palabra sobra. Tiene el orgullo inflexible de quien se sabe especial, porque lo es, invulnerable al rechazo, en cualquiera de sus modalidades y, llegado el caso, sabrá cómo manejar los sentimientos para salir a flote. Aunque duela. Es de las que piensan que el amor, cuando es verdadero, no tiene cura, y que no hay energía más titánica y estéril que aquella empleada en restañar las cicatrices del mal de amores. «Hay enfermedades que no tienen cura y lo que comúnmente conocemos como amor bien pudiera ser una de ellas». Uno no vuelve a ser el mismo cuando tiene un costurón de ese tipo en el alma. Esos desgarros siempre estarán ahí. Ocultos y enmascarados, aunque no los mires. Presentes, aunque pretendas olvidarlos. Dolorosos, aunque oses entretener tu vida con tantas cosas accesorias. Meras distracciones. Rescoldos del pasado, crepitar de emociones, pensamientos peores que el dolor físico. «Eres muy joven aún, tienes toda la vida por delante, suele decirle su padre». Pero su mente no descansa… «¿Qué estará haciendo Diego? ¿A quién iluminará con su sonrisa, a quién rozará distraídamente con su mano, a quién acariciará con su voz, a quién engatusará con su forma de moverse, de hacer, de estar, de ser? De bailar. ¿Habrá alguna zorra que quiera llevárselo a la cama? ¿O será él quien tome la iniciativa? ¿Será capaz?».

En todo esto piensa Adela, recostada en su *chaise longue,* mientras ve cómo la lluvia, inclemente, sigue azotando el gran ventanal de su buhardilla en el barrio de Ópera.

Fuera, la noche cae a plomo.

Una noche silente y gris, indiferente al quedo bullicio, no siempre, de los hogares. Un tiempo de oscuridad, ajeno a las intimidades, en soledad o en familia, tras los muros y puertas, celosías y ventanas, de tantas vidas dispares. En ocasiones, la lluvia, solo la lluvia, puede lavar el pesado y pegajoso aroma de cualquier incierta y azarosa existencia.

Tendría que llover más.

Sobre mojado y a calderadas.

Para limpiar la mugre de una ciudad tan grasienta.

5

1977. Madrid

Don Álvaro no era una persona fácilmente impresionable. No lo era hasta que Adolfo Bargues consiguió deslumbrarlo con el secreto que confidencialmente quiso compartir con él. Perpleja y confundida, entretanto, por el inesperado giro que había dado su vida desde hacía un año, Aurora trataba de adaptarse a su nueva realidad, sumida en un estado natural de rebeldía. A punto de alcanzar la mayoría de edad, le costaba mostrarse afectuosa con su nueva familia, la primera en realidad que había conocido. La relación, de hecho, con Margarita, que apenas se levantaba de la cama, era casi inexistente. Ella tenía otra idea de lo que debía ser una madre. Las monjas no habían dejado en su memoria ningún recuerdo digno de mención o eso es, al menos, lo que trataba de aparentar. Aurora Bargues Pombo tenía unos apellidos, al fin, tenía unos padres a los que adaptarse y pasaba las horas muertas en la tienda del Rastro que secretamente tanto odiaba. No se veía allí el resto de su vida y tampoco acertaba a entender las zalamerías y cumplidos de Álvaro Dueñas, su vecino de tienda, por el que sentía una extraña mezcla de atracción y repulsión. Su cara le resultaba familiar, como de haberlo visto antes de que, de un día para otro, sus padres adoptivos la sacaran del convento de Chamberí. «Pero es extraño», piensa, porque ella no salía habitualmente a la calle sin la compañía de una monja, ni tampoco recordaba que hubiera visitado a alguna de las religiosas. Aun así, no dejaba de darle vueltas al asunto.

—Me gustaría mostrarle algo, don Álvaro —le comenta Adolfo Bargues a su colega anticuario, aprovechando que Aurora se encontraba fuera de la tienda.

—Usted dirá —contesta intrigado.

—Como ya le he comentado en alguna ocasión, las raíces de mi familia se hunden en la noche de los tiempos, como suele decirse. Mis antepasados proceden de la Auvernia francesa, en el interior del país… De la capital, de

Clermont-Ferrand… Ya sabe, Vercingetórix y la invasión romana, la derrota de Julio César… Vichy, sede del Gobierno en la zona libre durante la ocupación de la Alemania nazi… El fabricante de neumáticos Michelin… Bueno, discúlpeme, que me voy por las ramas. Lo que quería decirle es que desde hace siglos, y no sé cuántos, créame, mi familia atesora una piedra preciosa muy especial, y no solamente por su tamaño, que también. No es una piedra cualquiera, es un rubí suelto sencillamente impresionante. Mágico, diría yo. Mis padres se lo trajeron a Madrid cuando se establecieron aquí a principios de siglo, ya sabe, lo del Corralón del Francés y todo eso. La cuestión es que ellos vinieron huyendo de allí por una serie de circunstancias que no le voy a relatar ahora pero que, resumidamente, diríamos que tiene que ver con la maldición, la supuesta maldición, que… ¿Le aburro?

—No, no, por Dios, siga. Al contrario, me mantiene en ascuas…

—Pues sí, como un ascua… ¡Eso es! Creo que no hay forma mejor de definir este rubí, lo más parecido a un pedazo de materia sólida en permanente combustión e incandescente, aunque no despida una llama propiamente dicha —continúa relatando Adolfo Bargues concentrado en no perder el hilo de la historia que le abrasa desde hace años—. Créame si le digo que nunca me he dejado embaucar por este tipo de cuestiones cuasi esotéricas. Es más, desconfío de ellas. Ni por la carga simbólica de las gemas que, como bien conoce, tiene bastantes adeptos. Y la prueba es que tanto mi mujer como yo nunca hemos tenido el más mínimo percance, más allá de nuestro delicado estado de salud, sobre todo el de ella. Mis propios padres, que sí creían en la maldición del rubí, murieron tranquilamente en su cama. Los dos juntos al mismo tiempo, es cierto, pero en su cama y sin ningún signo de violencia o algo parecido y nosotros nunca hemos tenido el más mínimo temor de que esta gema pudiera causarnos complicaciones. No le oculto que en alguna ocasión, pero muy de pasada, llegamos a pensar que la falta de descendencia pudiera tener algo que ver con esta piedra, cuestión que, como bien sabe, quedó magníficamente resuelta cuando usted hizo posible, y nunca se lo agradeceremos lo suficiente, que Aurora colmara nuestras vidas. La cuestión es que nuestra hija, gracias de nuevo, don Álvaro, se acerca a la mayoría de edad y nosotros, mal que nos pese, estamos delicados y nos vamos haciendo mayores. He notado, y perdone que mezcle varias cosas al mismo tiempo, que a Aurora no le entusiasma nuestro negocio de antigüedades. Para estas cosas, ya lo sabe, hay que nacer. Y no se lo reprocho, créame. Los jóvenes ya se sabe cómo son, qué le voy a contar a usted que, según me ha confiado en alguna ocasión, tampoco ve en Alvarito al digno sucesor de su negocio. Bueno, como él es un par de años más joven que Aurora, seguro que está usted a tiempo de inculcarle las bondades de este negocio que, en nuestro caso, y no hace falta que se lo diga, se ha convertido en una pasión. En fin… Lo que quería proponerle, abusando de su generosidad, es el traspaso de todo el negocio. Que busquemos alguna fórmula que no resulte onerosa para ninguna de las

partes, de manera que usted pueda adquirir nuestra tienda con todos sus objetos a cambio de que los beneficios de la transacción vayan a parar íntegramente a Aurora. Como le digo, desconozco en este momento la fórmula legal, pero este es el sentido de mi propuesta, tal y como he decidido con Margarita. Creo que es una oferta muy ventajosa para usted y en este momento, más allá de la valoración que se pueda hacer del inventario, lo único que necesito conocer es su impresión sobre este ofrecimiento con el que, naturalmente, no le quiero incomodar. Ya habrá tiempo de ir al notario y de que nuestros abogados se pongan de acuerdo… Incluso, se me ocurre, que usted, dada la especial relación que mantenemos y las muestras de confianza que nos ha dado, llegado el caso pudiera quedarse como tutor legal o testaferro, si nos ocurriera algo, ya que vamos siendo muy mayores, mientras Aurora decide qué hacer con su vida… No sé…, me gustaría que me dijera cómo lo ve.

—¿Y el rubí?

—Ah, sí, disculpe, se me ha ido el santo al cielo... Casi me olvido comentarle que desde hace siglos se le conoce como el Rubí del Amanecer y que será el regalo de Aurora cuando en breve cumpla los 18 años. Excuso decirle que es un auténtico corindón, que no es una espinela roja o una *rubelita.* Que es mi posesión más preciada, y naturalmente su valor excede con mucho al resto de mis pertenencias, incluida esta tienda, el piso de arriba o mis propiedades en Francia. Haría falta mucho dinero, o que alguien tuviera un capricho muy grande, para poder pagarlo. Ya sabe, seguro que sí, que el rubí es símbolo de fortaleza y valentía y que encarna el amor y la pasión.

—Sí, algo había oído.

—Permítame que se lo muestre —dijo Adolfo Bargues buscando en el bolsillo interior de su chaqueta la pequeña cajita de marquetería, con diminutas incrustaciones de nácar, marfil y otras maderas, que escondía en el bolsillo interior de su chaqueta.

La primera imagen que brotó en la mente de don Álvaro fue la de un destello. Pero no un resplandor efímero, no una ráfaga que se apaga al instante, no un brillo que languidece.

No.

El fogonazo que estalló de su interior venía acompañado de una fuerza indescriptible. Una energía teñida de rojo. Una imagen suspendida en el tiempo que habría de acompañarlo, hasta la obsesión, el resto de su existencia.

Por un momento, fue solo un instante, Álvaro Dueñas se imaginó en los días de la infancia, en su Herencia natal, cogiendo una de las encarnadas y encendidas granadas que, con pasmosa facilidad, se le presentaban ante sí en la huerta familiar.

Un rubí, cual granada abierta mostrando impúdica sus granates semillas celosamente separadas en celdas. Granos de color rojo profundo, casi marrón por momentos, con su indescriptible belleza tornasolada.

Y fue entonces, solo entonces, cuando tuvo la certeza de que el Rubí del Amanecer que le estaba mostrando Adolfo Bargues en su temblorosa mano sería suyo más pronto que tarde. Suyo y de nadie más porque solo a él podría estar destinada esa maravilla de la naturaleza que, de momento, no se atrevió a tocar. Le bastó con su hechizo.

«La única mala fortuna de esta piedra es no poder disfrutar de su belleza y poseerla para siempre», piensa con una inquietante determinación.

A don Álvaro no le extrañó que el cierre metálico de la tienda de Adolfo estuviera echado. Ni que sendos vehículos de la Policía Municipal mantuvieran cortado el tráfico entre la Plaza de Cascorro y la Ronda de Toledo. Ni tampoco que cuatro zetas de la Policía Nacional, un coche fúnebre y una ambulancia se mantuvieran apostados frente a las Galerías Piquer. Algunos vecinos remoloneaban por la zona para conocer los detalles de un despliegue que no permitía aventurar nada bueno, mientras otros miraban a hurtadillas entre los visillos de sus ventanas, escondidos en el anonimato que da la seguridad del hogar.

—Buenos días, agente. Soy Álvaro Dueñas, tengo un negocio de antigüedades ahí enfrente y quería saber si puedo acceder para abrir la tienda.

—No, no puede. De momento, no.

—¿Y podría explicarme el motivo, si es tan amable?

—No, no puedo. Se trata de un suceso grave y no estoy autorizado a informar. Si aguarda detrás de esta cinta, de este cordón policial, le daremos información tan pronto como sea posible.

—¿Ni siquiera podría decirme si es un suceso relacionado con mi amigo Adolfo Bargues, o con alguien de su familia? He llamado por teléfono, tanto a su casa como a la tienda y, como no he obtenido respuesta, pues me he

preocupado. ¿Podría hacer el favor de hablar con el inspector que esté al mando de la investigación y hacerle saber que tengo interés en hablar con él? ¿O prefiere que llame al jefe superior de Policía, que es amigo mío, para que le diga a usted qué es lo que tiene que hacer?

La investigación estaba a cargo de Manuel Olivares, responsable de la Brigada de Homicidios, un sujeto mal encarado, con más pinta de vendedor de seguros o de jefe de planta de El Corte Inglés que de policía. Bajó acompañado de un joven imberbe, melenudo por más señas, que, de no ser porque llevaba unos guantes asépticos y un misterioso maletín metálico, podría haber pasado por un vulgar indigente o toxicómano, o ambas cosas. El acentuado contraste entre ambos distrajo por un instante al anticuario. «Santo cielo, si esta es la Policía de España, que Dios nos coja confesados», masculla con desprecio. Olivares anotó los datos personales de don Álvaro, le formuló un par de preguntas rutinarias y le pidió que estuviera localizable. Además de citarlo para que a media tarde se pasara por las dependencias de la plaza de Pontejos para tomarle declaración. Al anticuario le dio por pensar entonces que aquel sujeto era algo más que un vulgar policía y que iba a ser un hueso duro de roer.

Como así fue.

—Gracias por venir, señor Dueñas.

—No hay de qué, inspector. ¿Acaso tenía alguna otra opción?

—No, en realidad, no. Pero le agradezco que haya venido.

—No me quedaba otra.

—Comencemos, pues. ¿Cuántos años tiene?

—Cincuenta y ocho. Tengo cincuenta y ocho años.

—¿Y a qué se dedica? ¿Cómo se gana la vida?

—Soy anticuario. Me dedico al mundo de las antigüedades y, digamos que recientemente, me he hecho cargo también de algún negocio de hostelería.

—No tenía suficiente con las antigüedades y ha decidido embarcarse en otro proyecto empresarial.

—Más o menos, así es.

—Cuando habla de negocios de hostelería entiendo que se refiere al club de alterne Alazán.

—Entre otros, sí. Pero fundamentalmente Alazán. Sala de fiestas, bar…, un poco de todo. Le veo bien informado.

—Es mi obligación estar bien informado. Si no tengo los datos, los busco, y ya le advierto de que siempre, tarde o temprano, los encuentro. Siempre consigo lo que quiero.

«Ni vendedor de seguros ni jefe de planta de El Corte Inglés. Joder con el puto madero».

—No tengo la menor duda. Si ha llegado tan lejos en la policía, seguro que se lo ha ganado a pulso.

—Este club… Alazán…

—Bueno, en realidad es más bien una sala de fiestas, un lugar para tomar una copa tranquilamente, donde hay camareras y un servicio de primera calidad. Le animo a que si algún día tiene tiempo nos haga el honor de hacernos alguna visita junto a sus hombres.

«Seguro que no traga».

—Gracias, pero no.

—Usted se lo pierde. Sus compañeros policías, los que han ido por allí, suelen repetir.

—No lo dudo, pero no es un tipo de negocio que yo suela frecuentar.

—Como quiera.

—¿Y las habitaciones de arriba?

—Nada del otro mundo, créame. Nada nuevo. Son como una especie de ambigú… Cómo le diría yo…, unos reservados, eso es, para que los clientes que quieren algo más de intimidad puedan estar más cómodos charlando con las chicas.

—Charlando.

—Sí, sí, por supuesto, empezamos a vivir en un país más o menos libre, con más libertades de las que a algunos nos gustaría; fíjese, ahora nos encontramos con que Suárez legaliza el Partido Comunista de España, no sé, Dios mío, dónde vamos a llegar a este paso. Y ahora elecciones generales

libres por primera vez en 40 años, en fin…, creo que tenemos Adolfo Suárez para rato. Le decía, perdone que me vaya por las ramas, que cada uno hace lo que quiere con su cuerpo y con su dinero. En todo caso, si tiene alguna duda, no tiene más que pasarse por allí y comprobarlo.

—¿Y qué le hace suponer que no hayamos estado ya?

—¡Ah! No sabía. Alguna visita rutinaria, supongo.

—Sí, sí, claro.

—Nada oficial, entiendo.

—Nada oficial, por supuesto, entiende usted bien.

—Porque de haber sido así tendría que habérmelo hecho saber. A mis abogados les encantará saberlo. Y seguramente a sus jefes, también. Porque yo tengo amigos en la Policía, no sé si lo sabe.

—No lo sabía, pero podía imaginarlo.

—Creo que, por muy democrático que vaya a ser este país, la policía siempre será necesaria.

—No tenga usted la menor duda.

—¿Y qué piensa usted de la democracia?

—Lo que yo piense o deje de pensar no es asunto suyo, punto primero. Punto segundo, está usted en una dependencia policial respondiendo a mis preguntas libre y voluntariamente. Punto tercero, esto no es la tertulia de un bar.

«Basta de contemplaciones. Será cuestión de ir sacando la artillería pesada».

—Punto primero y único. Conozco mis derechos, si quiere algo de mí, dígamelo de una vez o, como le digo, me veré obligado a llamar a mi abogado o a hablar con sus jefes para que le bajen los humos.

—Si quiere puede marcharse ahora mismo. Es libre de hacerlo. Ahora bien, déjeme que le diga que tan pronto como ponga un pie en la puta calle le vuelvo a echar el guante y me lo llevo al calabozo detenido.

—¿Y con qué cargos? Si puede saberse… ¿Bajo qué acusación?

—Por eso no se preocupe, ya se me ocurrirá algo. Por mucho menos

duermen aquí cada día muchas personas. Torres más altas han caído.

—¿Por qué será que no me impresiona?

—¿Por qué será que usted tampoco a mí?

—Pues nada, ya somos dos.

—La única diferencia, si me permite recordárselo, es que aquí el que manda soy yo y como se me acabe la paciencia lo lleva usted claro. Por muy Álvaro Dueñas de Mora que sea, por muchos amigos que tenga. ¿Quiere que sigamos como hemos empezado, o prefiere que cambiemos de escenario y de táctica?

—(…)

—No le he entendido.

—Siga, por favor, y acabe cuanto antes, que tengo muchas cosas que hacer.

—Bien. Está casado con doña Isabel Menéndez desde 1961. Desde hace 16 años, que son los que tiene ahora su hijo Álvaro.

—Exactamente. Así es.

—Veo aquí que este negocio suyo, Alazán, que apenas lleva unos meses reabierto, sufrió un extraño incendio en agosto del año pasado, cuando usted no era aún el propietario.

—Sí, es cierto, aunque no sé qué me quiere decir con eso de extraño incendio. Si me lo permite, y no se vuelve a enojar, me gustaría recordarle, salvo que usted me diga lo contrario, que estoy aquí declarando voluntariamente a raíz de la muerte de mis amigos, los Bargues... No sé a dónde quiere llegar o qué es lo que pretende.

—Simplemente estoy tratando de conocerle mejor. Nada más. No se impaciente, don Álvaro, que, cuando quiera decirle algo claramente, lo haré sin lugar a dudas. En todo caso, el interrogatorio lo dirijo yo. Y si tiene algún inconveniente o algún reproche que hacerme, no tiene más que acudir con su abogado y se lo planteo de otra forma. ¿Entendido?

—Sí, ahora lo tengo más claro. Pero déjeme que le diga que ni he nacido ayer ni me he caído de un guindo. Insisto en que conozco mis derechos. E insisto en que tengo mis buenos contactos como para que si se extralimita en sus funciones alguien le pueda llamar al orden. Tal vez desconozca que la

llegada de la democracia a España no presupone que el Cuerpo Nacional de Policía vaya a ser democrático de un día para otro. Ya se lo he dicho, algunos de sus jefes son viejos amigos, además de clientes. No sé si me explico.

«Chúpate esa».

—Me aburre tanta insistencia suya.

—Y a mí me aburre y me exaspera usted.

—Le entiendo perfectamente, pero le recuerdo que está usted ante un funcionario público, ante el jefe de la Brigada de Homicidios, y que su actitud no me intimida nada. Otros, antes que usted, también lo han intentado y les ha salido el tiro por la culata. Así es que, ¿qué le parece si contesta a mis preguntas, a las que yo quiera, y deja de hacerse el gallito? Es la última vez que se lo digo.

—Siga, por favor.

—Veo que nos vamos entendiendo.

—(…)

—Me estaba diciendo que el incendio de Alazán no tenía nada que ver con el cambio de propiedad…

—Eso es.

—Bien. Mi único interés hoy en usted tiene que ver con la muerte de este matrimonio, los Bargues. Para tranquilidad suya, no porque tenga ningún motivo para pensar que pudiera estar implicado, no. La investigación es todavía muy preliminar y, de momento, lo único que sabemos es que no murieron de forma natural.

—¿Y cómo murieron entonces?

—Eso es algo que no estoy en condiciones de poder decirle en este momento. Porque estamos trabajando en ello, solo han pasado doce horas desde que aparecieron los cadáveres y, sobre todo, porque las pesquisas forman parte del trabajo de la policía y no podemos compartirlas con nadie.

—Es normal.

—Me alegro de que lo entienda. Dígame, ¿cuál era su relación con los Bargues?

—Pues una relación de hace algunos años, una relación de colegas en el

negocio de las antigüedades, y diría que incluso de amigos. Me apena mucho su muerte y no concibo que nadie pudiera hacerles daño.

—Colegas, amigos y además socios.

—Sí, sí. También socios, se lo iba a comentar ahora.

—Qué raro que no me lo haya dicho antes porque, según veo en algunos documentos que la víctima tenía en su domicilio, y hemos cotejado luego con el notario, es una relación comercial bastante reciente.

—Sí, sí. Como comprenderá estoy muy afectado y se me ha pasado comentárselo.

«Listillo».

—Ya.

—Bueno, si tiene los papeles, y el notario además se lo ha corroborado, sabrá que recientemente don Adolfo Bargues, que en paz descanse, me cedió todo su negocio, a cambio de una importante suma de dinero, que fue a parar a su única heredera, su hija Aurora. Y se da la circunstancia, además, de que por expreso deseo suyo soy el testaferro de esa notable herencia, además de tutor legal, habida cuenta de que la hija acaba de alcanzar la mayoría de edad y digamos que no está muy ducha en las antigüedades. Ni en el mundo de los negocios, en general, tampoco.

—Lo que no acabo de entender es a cuenta de qué el señor Bargues vendió todas sus propiedades dejándole a usted como gran beneficiario…

—Bueno, a cambio de una importante suma de dinero, ya se lo he dicho, que naturalmente irá destinada ahora a esa nueva sociedad Bargues y Dueñas…

—Que casualmente gestiona usted.

—Así es, inspector, por la voluntad expresa de mi amigo, sin que yo tuviera nada que ver en esa decisión. Diríamos que ganamos, ganábamos, los dos. Él porque conseguía desprenderse del negocio de una forma muy ventajosa, cuando estaba a punto de la jubilación, y yo porque podía ensanchar mi campo de operaciones y situarme en una situación muy privilegiada en un sector muy competitivo.

—Tampoco entiendo que los Bargues confiaran en usted, que había sido su rival durante años. Ni que, de la noche a la mañana, se haya convertido en el administrador de un inmenso capital. Alguien podría pensar que estos

asesinatos, estas inoportunas muertes, le allanan el camino para quedarse con todo el pastel.

«Sabiondo, enterado, gilipollas».

—Bueno, es una forma de verlo, pero tenga en cuenta que cuando firmamos el acuerdo nadie, ni de lejos, podía pensar en este fatal desenlace. Y, sobre todo, que Aurora necesitará una protección que solo yo estoy en condiciones de darle en razón a la sincera amistad que me unía con Adolfo y con Margarita.

—Permítame que lo dude.

«Hijo de la gran puta».

—Dudar es algo muy humano. Y, además en su caso, está obligado a ello.

—¿Y qué me dice de Aurora?

—Bueno, pues que es una chica encantadora. Algo rebelde, como corresponde a su edad, pero muy noble y con un gran corazón. Y que, si ella así lo desea, estaremos encantados de acogerla en el seno de nuestra humilde familia. O de velar por su integridad y su buen desarrollo personal y laboral si decide seguir en el piso de la Ribera de Curtidores una vez que, naturalmente, se reponga del enorme impacto que ha supuesto la muerte de sus padres.

—Sin embargo, yo la he visto muy entera… Como si para ella no hubiera supuesto una gran pérdida. Me ha dado esa impresión.

«Este tío no pierde comba, no se le pasa una. La madre que lo parió».

—No sabría decirle. No conozco a nadie que no sienta la muerte de sus padres y más si es de esta manera tan violenta.

—Yo no he dicho que hubiera violencia.

—Bueno, me dijo que…

—Que no había sido una muerte natural, nada más. Lo de la violencia lo ha dicho usted.

—Es que cae por su propio peso. Si no han fallecido de forma natural, debe haber mediado algún tipo de violencia. Creo yo.

—¿Y no será que Aurora no lo ha sentido porque había sido adoptada recientemente? ¿Que no eran sus padres biológicos?

—Pues no sabría decirle. Algo había oído, pero, como comprenderá, este tipo de asuntos tan personales no eran nuestro tema de conversación habitual.

—¿Quién es Milton Flores?

—Es mi chófer.

«Esta no te la esperabas».

—Dígame algo más. ¿Tiene usted conocimientos químicos?

—Pues no.

—¿Seguro?

—Eeeee… No. No más allá de saber cómo se elabora un vino y cuál es la química que se utiliza. En mi pueblo…

—No necesito ninguna clase de enología. Le estoy hablando de otra cosa.

—Ya le he dicho que no, señor Olivares. Soy hombre de una sola palabra.

—Y yo soy hombre de muchas preguntas. ¿Está familiarizado con el mundo de los venenos?

«Lo que me faltaba».

—No, obviamente no.

—¿Seguro?

—Completamente. No sé dónde quiere llegar, pero esa especie no la trabajo.

—¿Pero tiene amigos que la trabajen?

—Pues tampoco. ¡Qué quiere que le diga! Muy a su pesar, el premio Nobel de Química tampoco me lo darán este año.

—Ya. Le ruego, por favor, que siga localizable y que bajo ningún concepto cuente nada a nadie de la amigable conversación que hemos mantenido. Gracias, de nuevo, por venir.

«Ya te daré yo a ti. Cabronazo».

Aurora no sabía bien quién era, ni dónde estaba, ni cuál era exactamente

su papel en la vida. Nunca lo había sabido. Su largo periodo de crianza en las monjas, con la actitud esquiva y la falta de respuestas por parte de sor Blanca de Jesús; su adopción por los Bargues, a los que nunca sintió como verdaderos padres, ya que no lo eran… Y, para colmo de males, su extraña muerte cuando empezaba a acostumbrarse a convivir, que no a encariñarse, con ellos… Todo esto, por no hablar de los elusivos recuerdos de su borroso pasado, del que nadie sabía darle ni cuenta ni razón, la mantenía en una situación de perplejidad permanente. De ensimismamiento. De introspección, hasta el punto de ser incapaz de saber qué hacer, por dónde tirar, a quien encomendarse. Aturdida, desvalida al fin y al cabo, tampoco descartaba volver al convento, aunque fuera como hermana lega. Porque eso sí lo tenía claro, no creía que Dios la hubiera llamado a su seno para profesar cumpliendo los votos y haciendo suyas las sagradas órdenes y la entrega a los demás mediante la oración y la atención a los enfermos. Ser lega tampoco estaba tan mal. Si a don Álvaro le parecía bien, «seguro que sí», podría donar sus bienes al convento para que los administraran como creyeran más conveniente. Y, por supuesto, para hacer el bien con los enfermos, sobre todo con los más necesitados, ya que por culpa de la enfermedad habían fallecido sus padres, dueños de esa colosal fortuna. No tendría que enfrentarse a la vida ni preocuparse de nada. Solo de estar al servicio de una comunidad a la que ya conocía después de tantos años de convivencia.

La idea no podía ser mejor.

Pero lo desconocía todo de sí misma. Y no podía dejar de pensar en ello. De dónde venía, cómo era su auténtica familia, qué había pasado con ellos, por qué la habían aparcado en aquel convento, «como si fuera un mueble», quiénes la habían amado… Y para responder a todas estas preguntas, y a otras muchas que se le ocurrían, especialmente por las noches cuando a duras penas conseguía conciliar el sueño, intuyó que, muy a su pesar, no debería alejarse demasiado de don Álvaro. Y eso era igualmente extraño porque ese hombre le provocaba repulsión y atracción al mismo tiempo. «Es usted un encantador de serpientes», le dijo en alguna ocasión, cuando la confianza dejó atrás los recelos iniciales. Por eso, cuando el mundo, su reducido y extraño mundo, se le vino abajo, no pudo hacer otra cosa que dejarse embaucar cayendo en las garras de su encantador socio. Le bastó una sola semana al frente de la tienda del Rastro para saber que no permanecería allí, ni en la vivienda de arriba, por muy cómoda y espaciosa que resultara, el resto de su incierta vida. Y no era por el temor de que Adolfo y Margarita hubieran fallecido en la casa, «Dios sabe cómo», le da por pensar a veces.

No era eso.

A ella solo le daban miedo los vivos, no los muertos.

Una mañana despertó en medio de una angustia indescriptible. Empapada en sudor tras haber soñado que una enorme muñeca antigua, de las que tenían a la venta, se las había ingeniado para maniatarla en el suelo y la había ocultado enrollándola en una alfombra a través de la cual apenas podía respirar. La muñeca, de nombre Linda, según pudo comprobar más tarde en la ficha que contenía sus datos, la sacaba de vez en cuando de su escondite y no paraba de saltar sobre ella, propinándole de vez en cuando alguna patada en la cabeza. Y así, con el desgarro propio de un dolor insufrible, despertó temblando y mucho más pálida que de costumbre.

Para cuando a duras penas pudo recuperarse ya había tomado dos decisiones. Buscó en el archivador la ficha de Linda (Ernst Heubach, Köppelsdorf, Germany, 1910) e hizo trizas la cartulina. A continuación, cogió un martillo y destrozó aquella horrible y cruel muñeca que la había torturado durante horas. Primero le arrancó sus enormes e impasibles ojos azules, luego la dejó calva desgarrando su peluca de *mohair,* pisoteando antes su coronita de flores. Finalmente, machacó, con una saña desconocida, su cabecita de porcelana *biscuit* policromada, su boquita abierta, sus dos dientecillos… No sin antes hacer trizas la enagua de algodón, el pololo, el faldón ribeteado en encaje, el babero bordado y la capotita a juego. Linda no volvería a molestarla nunca más.

La segunda decisión, mucho más fácil, fue no volver a poner los pies en la tienda del Rastro. Si don Álvaro quería ese local, era todo suyo. Tan solo debía seguir las pautas que, según le había sugerido, ya había dejado marcadas Adolfo Bargues. Ella no tenía el más mínimo interés. Es más, si hubiera tenido valor, si no fuera tan arriesgado, le habría prendido fuego. Las llamas todo lo purifican. Incluso los malos pensamientos.

Una nueva Aurora acababa de nacer.

Pero tampoco quería vivir de las rentas. Aunque pudiera permitírselo. Para ella el dinero no tenía ningún valor. No lo había manejado, no sabía cuánto costaba conseguirlo ni qué hacer para incrementarlo. Para eso estaba el señor Dueñas, que sí parecía estar dotado de una especial habilidad. Las dudas sobre su futuro inmediato quedaron resueltas prácticamente al instante, cuando el anticuario, el desinteresado amigo de los Bargues —ella misma era una Bargues por derecho propio—, le hizo una oferta laboral con la que no contaba. Trabajar de camarera en un lujoso bar de la Castellana del que era propietario.

Alazán.

Ni siquiera necesitó tomar la decisión. Brotó en ella con pasmosa naturalidad. Y entonces, solo entonces, sintió el alivio y la paz interior que tanto anhelaba.

Camarera.

Sonaba raro, sí, pero no sonaba del todo mal.

Don Álvaro le dijo que estaría bien acompañada, que todas las camareras eran chicas, salvo el barman y un ayudante, que la clientela era muy distinguida y selecta, que conocería a personas muy interesantes, que el local había sido decorado con mucho gusto, que no perdía nada por probar, que tendría un buen sueldo, al margen de todo lo que ya poseía, que además del salario podría ganarse un buen complemento con la venta de unos diamantes muy especiales y asequibles de precio —la concesión de cuya patente esperaba conseguir en Bélgica—, que las esposas de los clientes estarían encantadas con lucir esas piedras preciosas, que él velaría personalmente por ella, que su propio hijo —dos años menor que ella— se iniciaría también allí en el mundo de la hostelería, que el portero, Milton, era muy bueno y atento, que habría un pianista, que dispondría de una especie de reservado en la parte de arriba para que pudiera descansar, que no estaba obligada a nada, que las otras chicas tal vez sí, pero que estaban allí de forma voluntaria, que si quería se podía ir a vivir con ellas en el hostal que había adquirido para que estuvieran más cómodas, que eran unas compañeras muy cultas, que habían venido de otros países para labrarse un futuro en nuestro país, que esto y lo otro y que…

«Don Álvaro, encantador de serpientes».

«Solo te pongo una condición. Nadie, nunca, debe saber de nuestra relación de amistad. Nadie, nunca, bajo ningún concepto, repito, debe conocer que mantenemos negocios en común. Ni la historia de tus padres ni, por supuesto, la existencia del Rubí del Amanecer, que, dadas las circunstancias, estaría mejor bajo mi custodia», le dijo don Álvaro con una delectación que era imposible de ocultar. Aurora aceptó las condiciones.

Sin rechistar.

Todas las condiciones, menos una.

El rubí seguiría en sus manos.

Aunque le quemara.

Aunque fuera su perdición.

Rubí se llamaba así porque don Álvaro lo quiso. No era ni muy alta ni explosivamente guapa. No, al menos, como Esmeralda y Zafiro, las más espectaculares de todas. De buen ver y agradable de cara, sí. No destacaba por nada en especial, aunque los clientes se desvivían por estar con ella. Parecía ingenua, pero era muy avispada y aprendía rápido. Alegre, simpática, buena conversadora, comprensiva y cariñosa. Las otras chicas de Alazán están dispuestas a sacarle los ojos con tal de descubrir el misterio de su encanto. «Esta mosquita muerta —dicen con despecho— se cree la reina de Saba y no es más que una vulgar puta como las demás». Pero Rubí vive ajena a los dimes y diretes de sus compañeras. No le interesan. Siente afecto, sin saber muy bien el motivo, por Esmeralda, pese a su altivez y, en ocasiones, su calculado desprecio. En realidad, bien, lo que se dice bien, solo se lleva con Zafiro, «la rubita de ojos azules color zafiro», «ucraniana o rusa», no sabía bien. Y especialmente con Carmelo, el viejo pianista, que ya trabajaba allí antes del incendio del año anterior y del cambio de dirección del local, y que se desvive por ella. Llegado el caso, Rubí saca el genio, si hace falta, para que no le pisen el terreno. Enseña los dientes y espanta el peligro y sigue a lo suyo, como si tal cosa. Sin olfatear el riesgo, sin advertirlo en ocasiones, fruto de su ingenuidad. No hace demasiado que alcanzó la mayoría de edad y don Álvaro la protege, aunque no siempre podrá hacerlo. Y tampoco es una puta. Es la única, de hecho, a la que el dueño del club permite dejar con un palmo de narices a los clientes. Puede decir que no y todo el mundo lo sabe. O debería saberlo. Las demás hacen lo que quieren los clientes y cuando ellos quieren. Están para satisfacer sus deseos, por muy turbios que sean. Por dinero, lo que sea. Dentro del local o, muy excepcionalmente, en el hotel que hay a la vuelta de la esquina, en la calle Marqués de Villamejor, al que se puede llegar directamente, sin necesidad de salir a la calle, a través del sótano, gracias un pasadizo secreto construido durante la Guerra Civil, «Dios sabe para qué». No es infrecuente que algunos ilustres clientes, aquellos que no se atreven a entrar en Alazán para evitar ser reconocidos, permanezcan en el hotel y sean las chicas del club las que sigilosamente se cuelen en sus habitaciones. O, si el parroquiano es de los que no reparan a la hora de gastar, siempre pueden cruzar Ortega y Gasset y acercarse en un santiamén al lujoso Villamagna, inaugurado en 1972 sobre el solar del antiguo Palacio de Anglada, como bien conoce don Álvaro. De aquella notable mansión solo quedan, cual testigos mudos, los cedros y plátanos orientales de gran porte que hay frente al hotel. El anticuario lo sabe bien porque, como experto que es, conoce que, andando el tiempo, el armazón engoznado de hierro de aquel majestuoso jardín, sobre el que ahora se levanta el Villamagna, acabó instalado en el Retiro, en la Puerta de O'Donnell, esquina con Menéndez Pelayo.

Don Álvaro está feliz con su nuevo negocio en la Castellana. Lamenta tener algo abandonadas sus antigüedades, no dedicarles todo el tiempo que merecen, pero «no se puede estar a todo». La inversión, tras el incendio del año anterior, fue cuantiosa aunque la dio por bien empleada. Lo que más le costó fue conseguir a las chicas. Rubí, aunque por otros motivos, fue de las primeras y, a partir de ahí, las otras. Las mejores de Madrid, las más exóticas debido a su procedencia, para la mejor de las clientelas: la explosiva Esmeralda, con sus «ojazos verdes» y que con diferencia era superior a las demás; Zafiro, que parece una «gatita eslava». Y luego, las demás: Ágata, Jade, Amatista, Coral, Iris, Aguamarina, Topacio, Gema, Turquesa, Turmalina... Un capricho, otro más, de don Álvaro, encantado con la idea de los alias, no en vano, en Alazán se daban cita las dos grandes pasiones de su vida: las mujeres y los diamantes. Y no sabía bien por qué orden. «Sus chicas», porque son sus chicas, no tienen pasado y nadie necesita saber nada de ellas. Las trece bellezas cuyos nombres figuran en los reservados de la planta de arriba, donde prosiguen con su actividad cuando los clientes desean algo más de comodidad y confianza, fuera del alcance de la vista del resto.

Todas, menos Rubí, que tiene permiso del jefe para negarse.

Para llegar donde quiera.

Con quien le plazca.

Primero fueron compartimentos, a uno y otro lado del pasillo, a los que, llegado el caso, se les podía dotar de una gran intimidad con tan solo correr las cortinas. Pero como algunos clientes se quejaron, porque no les gustaban los «ruiditos ajenos», don Álvaro no dudó en transformar los reservados en habitaciones —una obra fácil y rápida—, como si de un hotel se tratara. Sin camas, pero con todas las comodidades imaginables. Con un gran y mullido sofá con asientos extraíbles, pegado a la pared, un velador con una lámpara y una mesita en el centro para dejar las bebidas. Las del lado más próximo a la calle disponían de luz natural, gracias a los balcones que dan al Paseo de la Castellana. En cada uno de los compartimentos había un timbre para llamar al camarero, o a Angelines, la cerillera, señora de la limpieza si hace falta. O para avisar al portero, Milton Flores, chulo, chófer y chico para todo, en caso de que el cliente se pusiera demasiado pesado o tratara de conseguir por la fuerza lo que no estaba dispuesto a pagar. La todavía imponente figura del negro Milton, no tanto como cuando boxeaba, solía resultar lo suficientemente disuasoria. Como para no verse en la necesidad de tener que utilizar sus puños tal y como hacía cuando trabajaba en el prostíbulo La Luna, en la playa de

Boca Chica, cerca de su Santo Domingo natal. O después, incluso, manejando todo un harén, en Colombia. Primero en Barranquilla, luego en Cartagena, más tarde en Medellín y, finalmente, en Bogotá. Hasta que lo perdió todo, víctima de los más variados vicios. En todo caso, sus conocimientos en la materia resultaron muy valiosos para que Alazán brillara con luz propia en el puterío madrileño. Cuando don Álvaro lo sacó de la calle sabía bien lo que hacía.

En la planta de arriba también estaba el despacho de don Álvaro, siempre cerrado, que ocupaba todo el fondo a la izquierda. La oficina del dueño de Alazán, en la esquina del edificio, contaba con dos balcones a la Castellana y uno más que asomaba a la calle Ortega y Gasset, que él seguía llamando Lista, según su antigua denominación. Pegado a la oficina, pared con pared, estaba el reservado de Rubí. En dirección contraria, hacia la derecha de la escalera de acceso, al fondo del otro pasillo, había un pequeño guardarropa. Y dos aseos, a uno y otro lado, para hombres y mujeres, con bidés en ambos casos. Encarnados cortinones, no tan pesados como los de abajo, colgaban de las ventanas en todos los reservados. Cortinas de un rojo apagado, como el pelo de Rubí.

Los rubíes de color «sangre de paloma» son los más valiosos.

Y los más caros.

Así la bautizó don Álvaro, y era la segunda vez que lo hacía, porque es el mineral más duro después del diamante.

Siete veces más que el topacio.

La planta de arriba se comunicaba con la de abajo por una escalera central. Con su balaustrada de madera y su alfombra de nudo, de no demasiado espesor, manufacturada en la Real Fábrica de Tapices. El dueño aprovechó algunos de los mejores muebles de su almoneda para darle al local un aire distinguido, muy del agrado de su no menos refinada clientela. «Mis clientes —solía presumir don Álvaro— están muy acostumbrados a pisar las alfombras del poder». Del poder político, financiero, judicial e, incluso, eclesiástico. Desde ese punto de vista, Alazán no era más que la cara amable para el lucimiento, sin pudor, «el dinero se tiene que notar», de quienes habían llegado a ser algo en la vida. O aspiraban a serlo.

Kentias, aspidistras, ficus, benjamina y de hoja grande, yucas, *sansevieras* y alguna costilla de Adán sobrevivían como podían en medio de un gran trasiego de personas, de copas y de humo. Entre las bebidas que algunas de las chicas vertían con disimulo en las macetas, para poder pedirse otra copa a

cuenta del cliente, y el genuino aroma del tabacazo. Y luego estaba el altar mayor: la barra, donde oficiaba el barman Ildefonso Criado, asistido por el camarero Delfín Pitalúa, demasiado viejo ya como para contonearse con soltura entre las mesas y clientes. La barra se encontraba enfrente de la única puerta por la que se accedía al local, a cuya derecha estaba el guardarropa, el territorio natural de Angelines, cerca también de los aseos. Justo al otro lado del local había un pequeño escenario, vestigio del pasado, a medio metro del suelo, con su telón siempre descorrido y su piano. Carmelo Miranda, que ya trabajaba allí mucho antes del incendio, seguía tocando las mismas canciones. «Pianista de oreja», como le gustaba decir, ya que nunca había aprendido solfeo. A veces, incluso, cuando la nostalgia se lo permitía, se animaba a cantar recordando tiempos mejores. Como cuando María Dolores Pradera debutó en 1952 y Alazán era un café-salón, una *boîte,* como se decía entonces. Ahora, en cambio, era el paraíso de los trasnochadores, de los necesitados de compañía o, directamente, de los que deseaban aliviar con urgencia el fuego que abrasaba su entrepierna. Si es que podían pagar por ello, claro.

De nuevo en la sala de abajo, la misma escalera central se estrechaba algo en otro tramo, no tan suntuoso, que descendía hasta el sótano, no ya de noble madera torneada, sino de ladrillo y cemento. Para descender al almacén tampoco había alfombra. Una discreta y robusta puerta metálica, tras una cortina, evitaba que los más despistados pudieran bajar creyendo que era allí donde estaban los servicios. Y allí no había nada más que una vieja y renqueante caldera de hierro fundido para leña y carbón. «Compañía Roca Radiadores» podía leerse en letras circulares bajo las innumerables capas de pintura gris perla que le daban una apariencia menos desvencijada de la que correspondía a sus años de uso. Costaba acostumbrarse a la oscuridad del sótano, pero, si uno aguantaba un poco, la luz que entraba por el ventanuco era más que suficiente para iluminar el hueco que hacía las veces de leñera, con restos de tablas y maderas finas para encender la calefacción.

Y, además de la caldera, en el lado opuesto, bajo una gran plancha metálica solada con el mismo terrazo que el resto del sótano, había una aparatosa plataforma que solo podía moverse mediante un complejo sistema hidráulico. Como si fuera la puerta de un buque, convenientemente oculta en el suelo. Un pesado generador de corriente eléctrica, marca Pegaso —que nadie sabía qué hacía allí ni desde cuándo estaba—, imposible de mover a mano, y una cámara frigorífica con el exterior de madera, igualmente abandonada, además de innumerables cajas de bebidas y otros enseres, se apilaban allí, abandonados a su suerte, desde antes del incendio. Una vez abierta la puerta, cuyo mecanismo se podía accionar desde el propio sótano, había una pequeña escalera a cuyo término serpenteaba el pasillo subterráneo que conducía al hotel de Marqués de Villamejor, junto a la calle Serrano. Rara

vez era utilizado ese pasadizo secreto, salvo cuando algún poderoso —diplomático, juez, político o banquero— deseaba contar fuera de allí con los servicios, de Esmeralda sobre todo, sin ser escrutado por alguna inoportuna mirada. La falta de tránsito y de mantenimiento, la humedad y el polvo acumulado habían hecho que el túnel cayera en desuso. Aun así, el ingeniero que lo diseñó cuarenta años antes sabía muy bien lo que se traía entre manos. Casi nadie ajeno a Alazán sabía de su existencia, nadie conocía el uso que se le dio durante la Guerra Civil, pero el caso es que ahí estaba como testigo mudo de un pasado inescrutable.

En 1963, catorce años atrás, los que tiene ya Celia, Santos Senabre cometió el error de pensar que el nacimiento de su hija serviría para enderezar el torcido rumbo de un matrimonio condenado al fracaso. Antes y después de haber pasado por la Academia de Policía, Santos tonteó con varias chicas, pero nada serio. Nada hasta que durante su primer destino en la Comisaría de Puente de Vallecas conoció a Pilar Enciso, una funcionaria administrativa, muy mona, a la que acabó llevando ante el altar. Algo mayor que él, Pilar tenía entonces los treinta y tres mejores y más hermosos años que uno pudiera imaginar. Varios de sus compañeros también lo intentaron, con más insistencia que acierto, pero solo él tuvo la fortuna de poder llevarse a la cama a la rubia de los tirabuzones dorados que todos deseaban. La fortuna, y por qué no decirlo, la íntima y masculina satisfacción de haber conseguido el premio gordo, el trofeo por el que todos suspiraban. Solo para él y para siempre. O eso creía el muy tonto. Pilar era una buena chica, siempre lo pensó, pero todavía hoy le duele admitir que ni sus ojazos azules, ni sus largas piernas, «largas como una noche de luna llena», ni sus grandes y firmes pechos, ni su torneado y «precioso culo» le sirvieron para retener el amor y que perdurara. Para eso —por lo que se ve— no hay una fórmula mágica. Cualquiera pagaría su precio en oro por conseguir la receta de la pasión continua y de la unión permanente con la persona amada. Pero no. En el momento de echar la vista atrás piensa que, así como hay personas capaces de atraer la felicidad, hay otras, como era su caso, incapaces de amar y ser amadas. «Tengo alergia al amor». Uno no elige su destino, como no es capaz de gobernar los designios de su corazón ni sus sentimientos. Porque no puede hacerlo. Porque la vida no va de eso. Todo el mundo desea ser dichoso el resto de su existencia, pero nadie conoce aún el misterio que a tantos conduce por el despeñadero de la desdicha y la angustia. Santos tampoco supo nunca en qué momento se le jodió la vida. No lo recuerda. No acierta a saberlo, por más que se empeñe. No ocurrió nada un día especial, a partir del cual se le nubló el afecto. No es consciente, y no será porque no lo haya pensado, de que hiciera algo malo, o incorrecto. No es consciente de que haya podido «enfadar tanto a Dios, si es que existe», piensa, como para que su desventura pueda ser atribuida a un castigo divino. No es consciente, en todo caso, de que nadie merezca la

angustia y el sufrimiento que a él lo atenazan. Siempre, salvo cuando tuvo el alcohol a mano. Desde el mismo día que Pilar lo dejó y se llevó a la niña no tuvo más remedio que darse a la bebida para poder soportarlo. No es que estuviera orgulloso, ni mucho menos, pero es que «a veces la vida no te deja otra opción», pensaba, y sigue pensando. Desengancharse del alcohol no le resultó fácil, si es que alguna vez alguien deja de estarlo del todo. Ni sencillo, ni tampoco rápido. Saber que Pilar le estaba poniendo los cuernos con un compañero de la comisaría lo dejó en un estado catatónico del que solo pudo salir gracias al *whisky.* Solo tenía dos opciones: descerrajarle un par de tiros al oficial Carlos Izquierdo, que se estaba tirando a su mujer, y dispararse luego él, o cambiar de destino, para evitar que la fama de cornudo lo precediera. Eso y darse a la bebida. Porque lo de hacerle daño a ella nunca se lo planteó. Y no lo hizo, entre otras cosas, porque siempre creyó que se lo tenía bien merecido. Le jodió, claro que sí, pero desde el primer momento tuvo claro que solo él tenía la culpa. «Cuando uno es joven, o sin serlo, y tiene una mujer así, o de cualquier otra manera, resulta imperdonable desatenderla y no desvivirse por ella». Por eso ya no sabe qué es exactamente lo que más le dolió, si que su compañero se la follara o que él no tuviera los santos cojones de conservarla a su lado. A Izquierdo no le pegó un tiro, no. Tan solo tuvo tiempo de darle un par de puñetazos —¡zas, zas!—, en su cara de merluzo, y tumbarlo en el suelo antes de que sus compañeros se abalanzaran sobre él.

Han pasado muchos años ya y no hay un solo día que no se haya levantado y acostado con esa misma imagen.

La misma cantinela de siempre.

La de haber sido abandonado.

La de no haber sabido hacerlo bien con Pilar.

Un día y otro día.

Un año y otro año.

Y así desde hace ya tanto tiempo que ha perdido la cuenta. Y prefiere no calcularlo por pura comodidad.

Por supervivencia.

Porque nadie puede aguantar un pesar así durante tantos años sin que algo en tu interior se rompa para siempre. «En tu corazón, en cambio, nada se ha roto, porque nada hubo nunca más que el puto órgano que bombea la sangre y, en ocasiones, se te atraviesa en la garganta impidiéndote respirar», piensa.

«Si pudiera me arrancaría el corazón».

Con todo y con eso, lo peor no fue la marcha de Pilar, no. Lo peor fue que se llevara a Celia y que, prácticamente, no le dejara verla. Por eso, solo por eso, sí le hubiera hecho daño. O quizá no, pero «no hay derecho, no hay derecho», cavila todavía hoy, a cada instante. Y toda esa desgracia, toda esa tristeza solo tiene cura al lado de un *whisky.*

«Siempre en vaso bajo, siempre con tres piedras hielo y un poco de agua».

Pero Santos ha conseguido levantar cabeza. Siempre lo hace. No muy alto, pero la ha levantado. Se esforzó, luchó, dejó el alcohol, más o menos, comenzó una nueva vida policial en la Comisaría de Carabanchel, estudió, opositó, superó las pruebas, también las físicas, se formó, hizo prácticas para su nuevo puesto como inspector, estuvo destinado durante un tiempo en el País Vasco —donde en un intercambio de disparos con unos «legales» de ETA no perdió la vida de milagro—, recibió un balazo en la clavícula, permaneció ingresado durante casi un mes en el Hospital Universitario de San Sebastián, fue condecorado y, finalmente, recaló de nuevo en Madrid. Como inspector de primera, jefe del Grupo Antiatracos número 1 de la Policía Judicial. A sus cuarenta y cuatro años y, como suele decirse, con toda una vida por delante. ¿Pero una vida para qué, si apenas sabe nada de Celia? Su madre casi no se la deja ver, y tampoco peleó en los tribunales para conseguir estar con ella más frecuentemente. La niña tiene ya catorce años y, como siempre ha vivido sin la figura paterna, él tiene la más que fundada sospecha, está seguro, de que «a ella tampoco le apetece mucho estar con un señor tan serio, sin horarios y con un trabajo tan cabrón». «Para tener un padre así, casi un desconocido, mejor no tenerlo». «Desde luego, razón no le falta», piensa. Y eso que su situación económica es ahora mucho más desahogada. Con el ascenso ha incrementado su nómina de forma considerable y, prácticamente, por primera vez en su vida, consigue vivir de forma muy holgada. Come poco y mal —en eso tampoco ha cambiado—, no tiene grandes vicios, ni nadie a quien mantener —muy a su pesar—, y ha dejado de pagar la pensión en la que vivía en Atocha para hacerse con un piso de su propiedad. Una vivienda impresionante en la calle Espalter, junto al Museo del Prado, y cuya hipoteca ha podido negociar de forma muy ventajosa. Una ganga de piso, a un precio casi irrisorio, gracias a la generosidad del banco que lo premió así, un poco bajo cuerda, tras haber conseguido desarticular una banda de subasteros. Santos tuvo sus dudas, pero, como en Asuntos Internos no le pusieron impedimento alguno, siguió adelante como si tal cosa.

Este servicio fue uno de sus primeros éxitos como inspector en Madrid. El caso le cayó de rebote, pero supo actuar rápido, conseguir las pruebas para que el juez pudiera dejar fuera de la circulación durante una larga temporada a estos licitadores de profesión. Subasteros curtidos en miles de pujas, compinchados con un par de agentes judiciales para acaparar, con apariencia de legalidad, cientos de pisos licitados en los juzgados de Plaza de Castilla.

Subastas judiciales, teóricamente de acceso público y gratuito, que solo ellos controlaban y amañaban con grave quebranto para las entidades bancarias. El director de Negocio y Clientes del banco más afectado no dudó en llamarlo a su despacho de la plaza de Celenque, a escasos metros de su oficina en Pontejos, para ofrecerle el piso. Tuvo sus dudas, pero en cuanto fue a visitarlo y se asomó a la terraza, con vistas al Botánico y al Prado, supo que alguien que pudiera vivir en un sitio así no podía por menos que ser feliz.

Sería, sencillamente, imperdonable.

Pocos días después de la desarticulación de la banda de subasteros, Santos Senabre queda a tomar un café con una periodista a la que no conoce. Dice llamarse Marina Monforte y, si no hubiera sido porque se lo han pedido de arriba, no se habría reunido con ella. Voluntariamente, no. Al inspector no le gustan los periodistas. «Carroñeros hay en todas partes». No sabría decir por qué. No le han hecho nada malo, simplemente no le gustan. Trata de estar al día con lo que cuentan, más o menos comprende su trabajo, pero considera que pecan de entrometidos, fabuladores e inexactos, cuando no de engreídos y arrogantes.

«Si tengo que ver a esta chica, pues la veo, le doy largas o le cuento alguna milonga y puerta», piensa el inspector, sentado ya en la planta de arriba de La Mallorquina.

Justo en la esquina que da a la Puerta del Sol y a la calle Mayor, de frente y controlando los espejos, porque él nunca se sienta de espaldas a la entrada en un sitio que no conoce, según aprendió en el País Vasco. La reconoce nada más llegar. No sabe si recibirla con dos besos, pero como ella tampoco hace el ademán de acercarse, le tiende la mano.

«Unas manos finas y heladas». «Manos frías, corazón caliente», piensa absurdamente el inspector.

Parece desenvuelta. Y no es de las que se dejan impresionar fácilmente, por mucho policía o mucho hombre que tenga delante.

«Qué cojones querrá esta tía».

—Gracias por recibirme.

—No hay de qué.

—Ya conoce mi nombre. Trabajo en la radio y me gano la vida contando noticias.

—Buenas noticias, imagino.

—Por supuesto, no las conozco de otro tipo. —Lo desafía con la mirada utilizando un cierto tono burlón.

—Y a qué se refiere con buenas noticias, si puede saberse.

—Muchas son sucesos, que no son precisamente agradables, qué le voy a contar que usted no sepa.

—Sí, algo me suena.

—Y luego hay otras historias, de esas que al poder no le gustan y que los que mandan en este tinglado, si pueden, las evitan. ¡Y vaya si lo intentan! Noticias. no siempre gratas, que, si puedo, me gusta contar antes que la competencia. Poco más.

—Ya. Es un mundo desconocido para mí.

—Seguro que no tanto.

—Es cierto que en esta época no se puede vivir sin estar informado. Fíjese el año que llevamos. El asesinato de los abogados laboralistas de Atocha a manos de unos pistoleros de la extrema derecha, la manifestación posterior, que fue ejemplar aunque nos temimos le peor… La legalización del Partido Comunista de España, las primeras elecciones democráticas en cuarenta años, la victoria de Adolfo Suárez, el éxito de Felipe González…

—La derogación de la censura de prensa, la renuncia de Juan de Borbón a los derechos dinásticos de la Corona en favor de Juan Carlos I, el accidente aéreo de Los Rodeos con casi 600 muertos, la muerte de Anais Nin…

—Y fuera de nuestro país, la muerte de María Callas…

—La de Elvis Presley, la de Groucho Marx… Pero esto siempre es así, la actualidad nunca descansa. Es imprevisible y siempre nos sorprende. —Se remueve en su silla mientras trata de familiarizarse con el escenario del encuentro.

Pasados unos minutos se acerca sigiloso el camarero —pantalón negro, camisa blanca, chaleco rojo, zapatos salpicados de harina—. El salón está casi lleno, pero no parece demasiado agobiado. Tiene el pelo engominado y, cuando dice «qué tomarán los señores», retrae los labios aparentando una sonrisa fácil largamente ensayada. No es ni alto ni bajo, ni guapo ni feo, ni especialmente amable ni tampoco adusto, ni cercano ni distante, ni rápido ni lento. Lo único seguro es que en cuestión de segundos tanto Santos como

Marina han trazado mentalmente su perfil psicológico que, por cortesía, evitan comentar. Policías y periodistas necesitan tener, por pura prevención, esa especie de sexto sentido.

—La señorita tomará…

—Un té con una gota de leche fría y una napolitana. Solo una gota de leche, por favor.

—Y un cortado para mí. Gracias.

—Me estaba diciendo que no te gustan los periodistas.

—Eso es.

—Me siento más cómoda si nos tuteamos.

—Me parece bien.

—Y qué tal si te digo que, en ocasiones, también podemos ser de ayuda. Que podemos echar una mano.

—Sí, como no sea al cuello...

—Hablo en serio.

—Yo también estoy hablando en serio.

—Sé que estás muy ocupado, y yo también, así es que iré al grano.

—Dispara cuando quieras, estoy preparado para todo.

—Antes de nada…, si no hubiera sido porque te han animado desde la Dirección General, ¿habrías venido?

—No, obviamente, no.

—O sea, que estás aquí obligado, a la fuerza.

—Más o menos.

—Y a disgusto, entiendo.

—No, eso lo has dicho tú.

—Quería que me contaras algo sobre la desarticulación de los subasteros.

—¿Y tú cómo coño sabes eso?

—Yo sé muchas cosas.

—No te lo puedo desmentir, pero tampoco confirmar. Aún no. Tendrías que llamar primero a nuestro gabinete de prensa. Es el conducto habitual, ya lo sabes.

—Desmentirlo no puedes y no necesito tu confirmación. Para eso ya tengo a otros.

—¿Entonces?

—Quiero que me cuentes los detalles.

—¿Y por qué yo?

—Porque eres el jefe del Grupo Antiatracos y porque fuiste tú el que directamente hizo el trabajo.

—Bueno, lo hice, quiero decir, lo hicimos nosotros porque varios de ellos habían participado en algunos golpes a entidades bancarias y en trapicheos con el Monte de Piedad. Esto es *off the record,* no lo puedes utilizar.

—Me parece a mí que has visto tú muchas películas. Si estás con un periodista y no quieres que algo se sepa, no se lo digas de ninguna manera. Ni siquiera lo pienses porque la has cagado. No debería decírtelo, pero esto es así como funciona.

—¿Por qué será que no me sorprende? En todo caso, gracias. De ahora en adelante seguiré tu consejo a rajatabla.

—Espero que no. Siempre hay excepciones.

—Ya veremos.

—Y, además, ya lo sabía. Lo de que los subasteros no eran trigo limpio y hacían a todo. Y lo de los agentes judiciales que estaban en el ajo.

—¡Joder, qué tía tan lista! Entonces, no sé qué cojones hacemos aquí.

—Quiero más detalles.

—Y yo quiero comprar un décimo en la Doña Manolita y que me toque el gordo.

—Pero ya te ha tocado.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Con el pisazo ese que te ha regalado el banco cerca del Prado.

—Vamos a ver, señorita… Primero, el piso del que hablas no me lo ha regalado el banco, lo estoy pagando religiosamente todos los meses, tal y como puedo demostrar. Y segundo, si fueras un hombre, te hubiera dado ya una hostia y te habría estampado contra la pared. ¿No sé si me explico?

—Perfectamente, inspector.

—Creo que no tenemos nada más que hablar.

—Sí.

—No.

—Escúchame, Santos. Por favor, seré muy breve. Déjame que te diga, al menos, una cosa. Necesito que sepas que, a pesar de todo, quiero que seamos amigos y que colaboremos. Sé perfectamente que lo del piso no es exactamente así, y que es una intoxicación por parte de alguien de dentro, de algún compañero tuyo que no te quiere bien. Repito, de alguien de dentro, que lo va contando por ahí. No puedo decirte más. Comprendo tu cautela, pero quiero que sepas que no debes tener ningún temor conmigo. Soy periodista, sí, eso no lo puedo evitar, pero también sé guardar un secreto, aunque no lo creas, y, sobre todo, soy muy leal con mis amigos. Ya lo verás. Nunca te dejaré con el culo al aire. Y no tengo el más mínimo interés en hacerme eco de esa información, entre otras cosas, porque no me gusta que me utilicen. Allá cada uno con sus problemas. No necesito que me des grandes exclusivas todos los días, con una vez a la semana es suficiente. Es broma, ¡eh! Solo pretendo que confíes en mi, que yo pueda confiar en ti, que tengamos hilo directo y que cuando haya algo que quieras filtrar no pienses en nadie más que en mí. Sé que por tus manos pasa mucha de la información que maneja la Policía y que, si tú no lo haces, otro lo hará por ti. Para pagar sus favores, para colgarse una medalla o para joder a un compañero. Esto funciona así. Podrá gustarte más o menos, podrás estar de acuerdo o no, pero este negocio es así. No te pido mucho, prometo tratarte bien siempre que hagas lo correcto. No es por presumir, pero mi programa lo escucha mucha gente y siempre está bien tener una amiga periodista.

—Nunca olvidaré este día.

—Ni yo tampoco.

—Gracias, Marina.

—Gracias a ti, inspector. ¿Me cogerás el teléfono a partir de ahora? ¿Volveremos a vernos?

—Es posible.

—¿Amigos?

—Tal vez.

Hasta que sus rodillas dijeron ¡basta!, Diego Montoya hizo del baile su forma de vida. Y cuando no pudo, también. Comenzó como bailarín, siguió como coreógrafo y finalmente acabó como representante de la compañía en la que dio sus primeros pasos. Con tanta tarea y en sitios tan diversos, apenas tiene tiempo para estar en Madrid. Pasa largas temporadas fuera de España, de viaje en viaje, como coreógrafo o conferenciante, sin olvidar su arte, sus estrenos, sus experimentos escénicos, sus bienales de flamenco o sus clases como profesor invitado en la Universidad de Nueva York. No responde al perfil clásico del gitano, no al menos al estereotipado retrato que con frecuencia sale en los medios de comunicación. Coqueto, de buen ver —«de muy buen ver», pensó Adela la primera vez que se cruzó en su vida—, ilustrado, con amigos en el mundo del arte y de la cultura…, Diego consigue todo lo que se propone, gracias a su espontaneidad, su simpatía natural y su don de gentes. Un embaucador, podrían pensar aquellos que no lo conocen. Pero no, es afable, divertido, adora los relojes caros y tiene un gran éxito entre las mujeres. Adela no concibe su vida sin él. Lo supo desde el primer momento, cuando lo vio entrar en la joyería de su padre, en la calle Lagasca, muy despistado, en busca de un broche o un colgante para su madre. «Algo bonito e inolvidable, sin que importe el precio», dijo. Adela coqueteó todo lo que pudo y más con él, hasta sonsacarle que estaba actuando en el Teatro Real. A continuación todo fue muy rápido. Como la pieza de encargo que le hizo necesitaba algunos remates en el taller y él no tenía tiempo de volver por la joyería, Adela, solícita, se ofreció a llevársela «donde hiciera falta». «Lo hacemos con todos los clientes», precisó de forma innecesaria. Diego la invitó a ver su actuación en un palco del Real y, a partir de ahí, quedaron de forma asidua, si es que él, «¡oh!, milagro», pensaba Adela, podía estar en Madrid. Tan frecuentemente que, de los besos y arrumacos iniciales, pasaron a mantener una relación estable con una gran naturalidad. Era la consecuencia, lógica, de tantas y tantas noches de vino y pasión. Pero Diego Montoya, el Guapo, como aún lo conocían los miembros de su compañía, se debía por completo a su compañía. A su baile, a su arte y a sus viajes. Demasiado prolongados, según el gusto de Adela, que a sus veintiocho años se pasaba las horas muertas, sin importarle, esperándolo en la buhardilla a la que se fue a vivir en la calle Amnistía. Suspirando por él, «es que ¡es tan guapo!», piensa

cada día. Siempre soñando con acariciar sus rizos, con poder tocarlo, con poder tenerlo, con poder poseerlo. Siempre esperándolo. Pero era lo que había. Y el caso es que acabó acostumbrándose. No a su ausencia, a eso nunca, sino a la forma en la que habían establecido la relación. Ella sabía que, tan pronto como tuviera el más mínimo hueco, él volaría a Madrid, por muy lejos que estuviera; y él sabía que la tendría para siempre porque «hay cosas que una mujer no necesita decir». No era la relación ideal en cuanto a la frecuencia de sus encuentros, pero sí lo era por la pasión con la que ambos alimentaban su amor. Eso no quita para que, durante sus largas ausencias, Diego no necesitara otros brazos de mujer rodeando su cuello y para que ella, intuyéndolo, hiciera como que no le importaba. Adela, en cambio, no necesitaba a nadie más. Su sentido de la fidelidad era muy firme, aunque fuera en un solo sentido. De ella hacia él. Pero era lo que había y ambos eran conscientes de que el éxito de su relación se cimentaba también en esta «peculiar» forma de amarse. Adela sabía que cuando Diego estaba en España era solo para ella, eso es cierto, y en cuanto al resto, tampoco era cuestión de amargarse, sabiendo, como sabía, que ese fue el pacto tácito que ambos aceptaron desde el primer momento. Sin reproches, sin preguntas. Sin malos rollos. Desde aquella noche en la que por primera vez, tras comérsela con los ojos, la cogió en volandas, la besó, la subió en sus brazos hasta la buhardilla y le hizo tocar el cielo de Madrid, como aún ocurre cada vez que se produce el deseado reencuentro. Si aquella primera vez no hubiera sido tan especial, tal vez podría haberlo olvidado. Tal vez. Tatuado en su recuerdo lleva siempre hasta el más pequeño de los detalles. Y se le eriza la piel al recordar cómo, con la chimenea encendida y al amor de la lumbre, hicieron lo propio sobre la alfombra del pequeño salón, sin esperar a la comodidad de su lecho. Hasta quedarse dormidos. Y luego, cuando el abrazo de sus cuerpos no fue suficiente para mantener el calor del amor, con el fuego consumido ya, Diego volvió a levantarla con sus brazos para depositarla en la cama, donde volvieron a empezar.

El Guapo se hizo bailarín sin pretenderlo, como algo natural. Sin buscarlo. Desde niño, que es cuando dio sus primeros pasos de baile, lo vieron como un pequeño prodigio y él se dejó llevar. Con actuaciones primero en cafés y tablaos de Madrid, más tarde dando tumbos por media España y, finalmente, en una compañía estable viajando por todo el mundo con su repertorio de flamenco y baile clásico español. Aprendiendo de los maestros, sí, pero dando rienda suelta también a su propio estilo. Con sobriedad, con sutileza, con elegancia, desde el interior y, con frecuencia, sin más accesorios que la armonía de sus pies, de sus brazos, de su cadera, de su cabeza. Gitano y muy varonil. Fiel a la pureza, sí, leal con la tradición, pero sin renunciar a su personal y transgresora visión del arte. Un bailaor de los pies a la cabeza. Dedicado en cuerpo y alma al baile, al duende del baile, como director de

montajes, como representante y también como teórico de la danza. Adela estuvo a punto de dejarlo todo por él. Por su hombre. De abandonar su trabajo en el Laboratorio de Análisis y Certificados del Instituto Gemológico Español, de renunciar a sus clases como profesora en la Escuela de Gemología de la Universidad Autónoma, de no ayudar a su padre en la joyería de Lagasca, de iniciar una nueva vida junto a su amado. Pero, al final, en el último instante, ella misma llegó a la conclusión de que, más allá de ese lógico impulso inicial, tal vez no fuera una buena idea. Sobre todo porque Diego tampoco había demostrado un interés desmedido. Y no se lo reprochaba. Lo entendía. A duras penas y no siempre, pero lo entendía. La vida está cargada de contradicciones y la suya pasaba por su deseo de estar pegada siempre al bailarín y, al mismo tiempo, en el mismo plano, su sensación de que Diego anhelaba seguir siendo un espíritu libre. El caso es que el artista y representante siguió a lo suyo y ella también; es decir, a esperarlo toda la vida sabiendo, como sabía, que sus encuentros con él eran lo más parecido a vivir en una nube.

—Jefe, atraco con rehenes en la joyería Grassy de la Gran Vía.

—¿Cuántos?

—Cinco rehenes y aún no sabemos cuántos atracadores.

—¿Cuándo?

—Lo hemos sabido hace unos minutos.

—¿Quién ha avisado?

—La dueña. Alexandra Grassy. Ha llamado al 091.

—¿Medidas de seguridad?

—Mucho mejor de lo que es habitual. Puerta blindada, la principal en Gran Vía 1, e incluso la que da al pasaje, en el portal a modo de vestíbulo, con acceso también por la calle de atrás, por Caballero de Gracia. Dispositivos electrónicos de todo tipo, alarma directa con la policía, luna blindada de 24 milímetros, cortina metálica de guillotina en las ventanas, pulsadores antiatraco, protección antialunizaje, cámara acorazada… Todo lo que hay en el mercado y más. Lo mejor.

—¿Cuándo han entrado?

—Creemos que esta madrugada. O durante el fin de semana.

—No entiendo, Ángel. Pensaba que habían aprovechado el momento de la apertura por la mañana. Como otras veces.

—Parece que no. Estos iban a por todas. Algo grande.

—¿Y cómo lo han hecho, con tantas medidas de seguridad?

—Por el techo. Un butrón en el techo aprovechando que están de obras en el salón de té y restaurante Sicilia Molinero que hay encima de la joyería. Eso sí lo han podido comprobar ya dos de nuestros hombres, Chamorro y Martínez, que están allí. Han hablado con el dueño de Don Paco y les ha dicho que el sábado vio a dos sujetos, vestidos con monos de trabajo «muy limpitos ellos», que le infundieron sospechas al tratarse de un festivo. Él conoce a los obreros, porque suelen ir allí a comer, y no le sonaba ninguno de ellos.

—O sea, que no son unos aficionados.

—Pues eso creo, sobre todo por la facilidad con la que han anulado todos los dispositivos. Se nota que no era la primera vez que desconectaban una alarma. No sabemos cómo lo han hecho, pero lo cierto es que han podido entrar ellos solitos, cuando les ha dado la gana, sin necesidad de esperar a los empleados y amenazarlos para que abrieran el negocio desde el rellano, que es lo que ocurrió en otra ocasión.

—¿Los tenemos fichados?

—Vamos a ver, estamos en ello, aunque me temo que hasta que no lleguemos allí no sabremos de quién se trata. Pero fíjate, por la pinta, no sé por qué me da a mí en la nariz que esto es cosa de los Galvanes. Recuerda que uno de ellos se escapó del Gregorio Marañón hace un par de semanas. Lo comentamos.

—¿Y qué les ha fallado? ¿Por qué no han salido antes?

—No lo sé, Santos,

—Dile a los nuestros que se estén quietecitos hasta que lleguemos porque estos no son de los que se andan con contemplaciones. ¿Han pedido algo?

—De momento ni idea, aunque creo que enseguida saldremos de dudas.

—Prepáralo todo, que nos vamos. Quiero a toda la Brigada allí echando leches antes de que los de la Jefatura nos pisen el terreno. Y los que están fuera de servicio, también. ¡Ya!

—Como tú digas.

—¿A quiénes tenemos operativos?

—Pues ya sabes, además de estos dos, a Velarde y a Solís, que ya están advertidos y espero que de camino.

—Creo que será suficiente. Sobre la marcha lo vamos viendo. Avisa también a Olivares, de Homicidios. Solo para que lo sepa y estén preparados, por si acaso. De él podemos fiarnos. Es nuestro primer gran servicio y no quiero cagarla.

—Habrá que ir con cuidado, jefe. Estarán muy nerviosos. Lo normal, si les hemos jodido la fiesta.

—¿Quiénes son los rehenes?

—El encargado, Fernando Ledesma; una de las empleadas, Irene Jiménez; el ordenanza, Alfonso Canales; el vigilante de seguridad, Saturnino García, y la señora de la limpieza.

—¡Vamos, vamos! que estamos perdiendo el tiempo. Lo primero llama a la Policía Municipal y que corten la Gran Vía entre la Red de San Luis y Alcalá. Y quiero dos tiradores con arma larga. Uno en la terraza de la Gran Peña y otro en la parte de atrás, en Caballero de Gracia, en el edificio del restaurante Don Paco.

—¡Ah! Y una cosa más, Ángel… De puta madre lo de Chamorro y Martínez. Muy rápidos, así me gusta. Que tengan cuidado.

Los empleados de Grassy encargados de abrir nunca accedían a la joyería por la puerta principal. Demasiado riesgo. Siempre por portal-pasadizo que da a las dos calles. Siempre dos de ellos, al menos, en el momento de entrar y siempre unos cuarenta y cinco minutos antes de la apertura del negocio. Los que tenían el encargo de abrir siempre quedaban a tomar un café en Don Paco. Una vez dentro, solo abrían ya por esa puerta al resto de empleados, una docena en total, que se iban incorporando poco a poco. Hasta que, a las 10 de la mañana en punto, el ordenanza salía al exterior con la barra de subir los cierres. Ni antes ni después. Sería imperdonable en un establecimiento donde abundan tantas maquinarias precisas. Justo cuando lo indicaba el reloj que hay en la redondeada esquina del edificio, bajo las letras A y la primera S de GRASSY. Unas muy básicas medidas de autoprotección, tal y como les había recomendado la empresa de seguridad que tenían contratada, recomendaciones que, tal y como estaban las cosas, seguían al pie de la letra,

pero que, como era obvio, no habían bastado para evitarles varios sustos. «La seguridad completa no existe —recalcaron en su día el director de Operaciones y el responsable de la División Tecnológica de la empresa—, pero con el plan de seguridad que hemos diseñado será muy difícil, por no decir imposible, que alguien consiga entrar en su joyería para robar».

Parece evidente que estaban muy lejos de acertar.

Aquel castillo no era inexpugnable.

De no haber sido por Santos Senabre, y por una cuestión de azar, los Galvanes les hubieran dejado, a todos, con un palmo de narices.

Los Galvanes, es decir, los Hermanos Malasombra, esto es, Daniel y Jorge, los Gemelos, eran dos tipos de mucho cuidado. Uno pasaba por listo y educado, y el otro no. Uno era comedido y sensato, y el otro, justo lo contrario. Uno estaba matriculado en la Facultad de Psicología, y al otro se le había atragantado el curso cuando trató de obtener el título de Secundaria en prisión. Uno estaba limpio y el otro tenía las manos tan manchadas de sangre que no hubo desinfectante suficiente en las viejas cárceles de Alcalá de Henares y de Carabanchel para lavar sus delitos. Eran físicamente parecidos, casi idénticos; aunque cada vez menos, dada la mala vida y el aspecto más desaliñado de Jorge, debilitado tras caer en las redes de la droga. A esta familia no le faltaba ni un solo perejil. Eran uña y carne, hasta el punto de que Daniel, que tampoco hacía ascos al dinero y a la buena vida, se había conjurado para hacerse cargo de por vida de su hermano menor. Por muy torcido y tenebroso que fuera el camino que siguiera. Menor, por cuestión de minutos, pero más pequeño, al fin y al cabo. Tan parecidos eran Daniel y Jorge Galván Latorre que, cuando eran sorprendidos actuando en solitario, la policía no sabía a quién cargar el mochuelo. Compartían el 100 % de los genes, tenían el mismo tipo sanguíneo, pero sus huellas dactilares eran distintas. Y la policía lo sabía.

El viernes antes del atraco —que tendría lugar durante la noche del domingo al lunes—, Daniel Galván acudió a Grassy para ir tanteando el terreno. Bien trajeado, con perilla, naturalmente falsa, y un portafolios Loewe de piel negra —robado con gran profesionalidad en un golpe anterior—, se hizo pasar por gerente de la empresa constructora que estaba rehabilitando el restaurante de la planta de arriba. Minutos antes había estado en la obra, donde se presentó como jefe de seguridad de la joyería. Para ir familiarizándose, porque él no dejaba nunca ningún cabo suelto. Y más, si iban a pasar allí, en ese escenario, el fin de semana. En ambos casos, haciendo siempre gala de sus buenas maneras, que era lo que menos le costaba. En

Grassy obtuvo garantías de que los sensores sísmicos del techo serían desactivados el domingo de madrugada, para que las alarmas no saltaran innecesariamente cuando, «a primera hora de la mañana, los obreros empezaran a taladrar en el suelo para cambiar el viejo forjado del restaurante». Un certificado del Servicio de Conservación y Edificación Deficiente del Ayuntamiento de Madrid, tan simulado como su perilla, acabó por vencer la escasa resistencia del encargado de la joyería, que no pudo consultar con la dueña. La jefa se había tomado la jornada libre aprovechando que el día siguiente, sábado, era festivo. Les dejó su tarjeta por si necesitaban llamar para pedir alguna aclaración, pero nadie llamó. Dotado de una gran facilidad para el embeleco y el enredo, actividades con las que disfrutaba casi tanto como con el «trabajo de campo», no se marchó del 1 de la Gran Vía hasta completar la primera parte de la faena.

Y eso también incluía hablar con el portero de la finca, «encantado, aquí tiene mi tarjeta para lo que precise». Necesitaba conocer el lugar donde vivía, sus horarios y costumbres, y comprobar, de paso, si todos los pisos estaban destinados a oficinas o había algún propietario o inquilino que fuera a pasar el fin de semana en la finca. Sorprendentemente, el edificio estuvo completamente vacío entre las 20:00 horas del viernes hasta el lunes a las 09:15, que fue cuando acudieron a abrir dos de los empleados de Grassy.

Los hermanos Galván Latorre, los Malasombra, según el alias con el que jocosamente los había bautizado la Policía, tenían todo el fin de semana para ir subiendo el material, gracias al pequeño andamio que tan gentilmente les habían colocado los operarios de la obra. Todo un detalle por su parte. Los obreros para bajar el escombro y hacer acopio de los materiales necesarios en la reforma; y los Galvanes para las tareas que les eran propias. En esta ocasión debían actuar con especial cuidado. Primero, porque entrar en Grassy era como jugar en la primera división de una liga plagada de estrellas foráneas. Segundo, porque Jorge, experto en fugas, se había escapado del Gregorio Marañón, adonde había sido llevado dos semanas antes tras haberse autolesionado clavándose unas tijeras en el vientre. No tuvo mejor ocurrencia. «Tanta droga no puede ser buena». Había escapado con la ayuda, claro, de su inseparable hermano, quien, disfrazado con una bata blanca y sin disparar un solo tiro, lo sacó de allí. En silla de ruedas y de madrugada, tras cortar con una cizalla los férreos grilletes Hiatts con los que estaba amarrado a la cama. Daniel sabía que, por motivos de seguridad, el policía nacional que lo custodiaba no disponía de la llave. Pero el hecho de que se hubiera quedado traspuesto viendo en la tele el programa de variedades *300 millones* le facilitó mucho el trabajo. El agente pasó a ocupar el lugar de la cama hospitalaria destinado a su hermano y, en lugar de grilletes, bastaron unas simples bridas de plástico. Transcurrió más de una hora hasta que la enfermera se percató de la huida, ya que el policía no pudo alertar a nadie. Los Hermanos Malasombra le habían metido la corbata en la boca y se la habían cerrado con un

esparadrapo para que no pudiera rechistar.

Al tratarse de un golpe tan enjundioso, y en un lugar tan exclusivo, los Galvanes, muy considerados ellos, acudieron a Grassy con sus mejores galas. Y con todo su «material de oficina»: detectores de cámaras ocultas, inhibidores de frecuencia, herramientas de oxicorte, lanzas térmicas, radiales, botellas de oxígeno y acetileno, mazas, linternas, sopletes, taladros, percutores, extractores de bombines y, para que no les faltara de nada, hasta un manual técnico de ganzúas. Unos *walkie-talkies,* una escalera extensible, cuerdas, sacos, dos chalecos antibalas, una escopeta de cañones recortados «para impresionar, un par de pistolas simuladas «por si acaso» y dos revólveres de los que sí hacen pupa. Todo este arsenal completaba el kit de trabajo para el animado fin de semana que se disponían a pasar en Gran Vía 1. Como tenían tiempo de sobra, emplearon el sábado en ir subiendo los aparatos y utensilios. Ataviados con los monos de trabajo de la empresa Obras y Reformas Habitalia, Daniel y Jorge subieron la furgoneta a la acera y aprovecharon que Madrid era una ciudad casi desierta durante aquellos días para depositar el material en la primera planta. Tranquilamente y sin agobios. Como los auténticos profesionales que eran. Y el domingo, a media tarde, entraron con la determinación de no salir de allí hasta que no hubieran cargado los sacos con las joyas, alhajas y relojes.

Sería el golpe del siglo.

Lo de Loewe, en la misma Gran Vía, casi enfrente, fue un juego de niños.

Y ellos no eran ya ningunos aficionados.

Hicieron el agujero en el techo, con más ruido del previsto, pero sin mayores consecuencias, y bajaron a la tienda tras haberse asegurado de que los sensores volumétricos quedaban inactivos e inutilizadas las conexiones de las alarmas. Tantos años de trabajo, estudio y especialización estaban dando sus frutos. Con una extraña y pasmosa facilidad. El mayor problema, para el que Daniel no tenía solución técnica, eran los sensores sísmicos. Pero como tampoco era cuestión de fichar a alguien ajeno, ese inconveniente ya había quedado resuelto, a plena satisfacción, gracias a su labia e ingenio. Despejado el camino y abiertas las vitrinas y mostradores, solo faltaba ya lo más fácil y gratificante: bajar al sótano, donde estaba la cámara acorazada, fundir la puerta como si fuera mantequilla, e ir envasando el material en los sacos. Primero todo lo de abajo, los relojes del museo incluidos, y, si no hubiera suficiente, la pedrería suelta, bateas, mantas, cajas y los escaparates de arriba. Tampoco demasiado porque esta gente de Grassy había tenido la indelicadeza de depositar todo lo bueno en la zona acorazada. Se acercaba, pues, el momento de reunir la carga en la planta principal, subirla a la primera, a través del butrón, y, mediante una de las ventanas del restaurante en obras, bajar por el andamio hasta la furgoneta.

No había que demorarse mucho porque el tiempo apremiaba.

La cosa empezó a torcerse cuando a Jorge comenzó a notarse mareado. Sabía lo que podía pasarle, pero prefería no imaginarlo. Y lo que le había pasado es que con el esfuerzo de las últimas horas se le había abierto la herida que se hizo en la cárcel. El enorme costurón que aún no se le había cerrado en el hospital cuando tan precipitadamente escapó junto a su hermano. Jorge no dijo nada, hasta que no pudo más y se desvaneció. Faltaban tres horas para que llegaran los primeros empleados de Grassy, y tan solo una para que los operarios de Obras y Reformas Habitalia reanudaran la tarea. Como Daniel no se atrevió a mover a su hermano, desplomado en la cámara acorazada, su primer impulso fue escapar de allí, irse al hospital para secuestrar un médico, volver a la joyería y tratar de que el doctor reanimara a su hermano, le taponara la herida, se la volviera a coser, lo sacaran de allí… En fin, demasiado complicado. No lo veía claro. Para entonces, Jorge había perdido ya mucha sangre y no le quedaba otra que esperar.

Necesitaba pensar.

Ya se le ocurriría algo.

Pero aquel lunes los obreros no acudieron a su puesto de trabajo. Daniel no tenía por qué saber que en el convenio colectivo del sector de la Construcción aquel día figuraba como uno de esos «ajustes de jornada», que se podían sumar a un festivo o, como era el caso, a un puente. La ausencia de los operarios lo trastornó un poco —no contaba con ello—, llegó a pensar incluso que el asalto de la policía sería inminente, pero ese pensamiento no se conciliaba con el hecho de que la actividad en la calle fuera la de un día cualquiera. Los coches seguían circulando por Alcalá y Gran Vía y los más madrugadores acudían a sus trabajos y ocupaciones como si no pasara nada. Vio luz en el bar restaurante Don Paco, en Caballero de Gracia y, lejos de inquietarse, pasó al plan B: esperar a que llegaran los empleados de Grassy, tomarlos como rehenes, y pedir una ambulancia para que atendieran a su hermano. Y allí se quedaría, con ellos retenidos, fuera el tiempo que fuera, hasta asegurarse de que Jorge estaba a salvo.

Engrilletado, en el peor de los casos, pero vivito y coleando.

Ya encontrarían la forma de volver a escapar.

A las 9:15, como era habitual, 45 minutos antes de la apertura del cierre, oyó cómo alguien entraba en la joyería por la puerta del pasadizo entre Gran Vía y Caballero de Gracia.

«Pasad, pasad todos. Os estaba esperando», les dijo, tras encañonar al vigilante de seguridad y asegurarse de que nadie más que aquel grupito iba a

entrar de momento. Encargado, ordenanza, empleada, vigilante y señora de limpieza apenas necesitaron unos segundos para comprender lo que pasaba: un agujero en el techo, las joyas amontonadas en sacos, las vitrinas y estantes abiertos de mala manera, espectáculo que —según imaginaban— se había repetido en el sótano, dada la cantidad de alhajas y piezas que permanecían esparcidas a los pies de una escalera extensible, bajo el butrón.

Como ya habían sufrido varios atracos tras ser abordados en el rellano, «¡la plata, la plata!, ¿dónde está la plata?», y como habían sido objeto de muchas intentonas más, «siempre a través del puto pasadizo», a uno de los empleados, que no parecía precisamente el más avispado, se le había ocurrido un sistema para evitarlos. O, al menos, para impedir que se salieran con la suya. Porque en el caso de Grassy la experiencia les decía que casi todo el peligro se concentraba entre la entrada de los primeros empleados y el momento de abrir el negocio. «El momento crítico». Cuando aún no había pisado la tienda ningún cliente. Luego era más arriesgado. Y ellos iban a lo fácil, un golpe rápido y limpio. El método les pareció pueril en un principio, pero efectivo, tal y como podrían comprobar a no mucho tardar. Un sistema para utilizar en caso de que los medios electrónicos, los pulsadores antiatraco y las conexiones telefónicas fallaran, como sería el caso, por algún motivo durante «el momento crítico». En el siglo en que despegaron las telecomunicaciones y en el que el desarrollo de las nuevas tecnologías se hizo imparable, algo tan trivial como el «botón de frenado», un simple pulsador que detenía el gran reloj de la fachada principal, visible desde el exterior, servía para avisar de que algo no iba bien dentro de la tienda. Así de simple. Si los primeros empleados en llegar eran obligados a entrar a la fuerza en la joyería para facilitar el trabajo de los desvalijadores, siempre podían avisar a sus compañeros para impedir que se metieran en la boca del lobo. Y poder avisar cuanto antes a la policía y cazar a aquellos desalmados que les estaban amargando la vida.

Burdo, pero «por probar no pasa nada».

Y funcionó.

El día de autos, el Edificio Grassy se había quedado clavado en las 9:15, pese a que ya pasaban diez minutos de esa hora. Alexandra, que como cada jornada subía caminando por Alcalá hasta alcanzar la joyería, se dio cuenta de lo que ocurría. Apenas fue un instante, lo que tardó en mirar el reloj para cerciorarse. Respiró profundamente en busca del sosiego que necesitaba y consultó el Piaget de oro blanco que le regaló su abuelo. Lo siguiente que hizo

fue marcar el 091. Incluso a ella misma le sorprendió la determinación con la que actuó. «Mejor equivocarse que lamentarlo».

—Ángel, voy a entrar.

—No me jodas, Santos. ¿Pero qué pretendes, te has vuelto loco? Aguarda un momento. Es muy arriesgado. Aún no sabemos qué es lo que quieren.

—Pues no hay nada como preguntar. Cúbreme, por lo que pueda pasar.

Y entró. Santos Senabre accedió al pasadizo, llamó a la puerta, «buenas, soy el director de la joyería, estoy solo y vengo a entregarme a cambio de que soltéis a los rehenes». Revólver en mano, protegiendo su cuerpo con el del vigilante, al que mantenía atado y agarrado por el cuello, Daniel Galván echó un vistazo por la mirilla. Luego, entreabrió ligeramente la puerta tras colocar la doble cadena que impedía una brusca irrupción desde fuera.

—Si me engañas, si me huelo que está la pasma…, si veo a un puto madero por aquí, te juro que me cargo a este y luego al resto. No tengo nada que perder.

—Tranquilo. Dime qué quieres y lo tendrás tan pronto como sea posible.

—De momento, así para empezar, una ambulancia. Mi hermano está herido y necesita ayuda urgente.

—Bien, bien, no creo que eso vaya a ser un problema. Pero antes déjame pasar y suelta a mis empleados. Ellos no pueden serte útiles. Son demasiados. Yo sí.

—No te hagas el listillo y pide la puta ambulancia. ¡Ya! ¡Joder!

—Creo que no me has entendido. Todavía estás a tiempo, antes de que venga la policía. Suelta a esos cinco, déjame entrar y todo será más fácil.

Y en efecto, todo fue sorprendentemente rápido y fácil. No hay nada como mentir con una profunda convicción. El riesgo era grande, pero la jugada le salió redonda. Daniel permitió la entrada de Santos, tras mirar a uno y otro lado del pasadizo, y dejó salir a los rehenes sin dejar de encañonar al vigilante. Con las manos levantadas, despavoridos, cuatro de ellos huyeron en tropel: el encargado, el ordenanza, la empleada y la señora de la limpieza. Nuevo error del mayor, por unos minutos, de los gemelos Galván Latorre. No

recordaba, porque estaba demasiado cansado, que no había director en Grassy, sino directora. Se lo había dicho el viernes el encargado de la joyería, pero con tanta faena lo había olvidado. Lamentable error. Nunca había estado tan agotado, ni en un aprieto mayor, y ya no podía pensar con la frescura y el ingenio habituales.

En el último instante, cambió de opinión y no permitió que Saturnino saliera. No se fiaba de él. De un empellón, hizo que se sentara en una de las sillas de cuero de color beis. Estaba maniatado, con los brazos hacia la espalda y, de momento, no tendría por qué preocuparse de él. Pero Saturnino García ya se había dado cuenta del pastel. Quien había entrado en la joyería no era el director, porque no había tal. El dueño de la tienda era una mujer, se llamaba Alexandra, y aquel tipo del bigote solo podía ser un policía. «Señor director, usted tranquilo, que todo va a ir bien», dijo para darle a entender que estaba dispuesto a echar una mano. Animado por su descubrimiento, el vigilante se lanzó raudo contra Daniel Galván, aun a riesgo de recibir un par de balazos en su oronda barriga. El atracador, que lo vio venir, dio varias zancadas hacia atrás, se desentendió de Santos y comenzó a golpear la cabeza del vigilante con la culata del revólver. «Ahora o nunca», dijo el inspector, que se fue a por Daniel.

Los Malasombra, que se las prometían tan felices, no estaban teniendo su mejor día.

Definitivamente, no.

Sin dejar de apuntarle, y cuando lo tuvo a medio metro, Galván disparó dos veces.

Sonaron dos chasquidos.

Clic, clic.

Pero, con tanto jaleo, el tambor del revólver se abrió y ningún proyectil percutió.

Y así acabó, al menos durante una buena temporada, la meteórica carrera de Daniel Galván Latorre. Enfundado en un mono blanco limpísimo de Obras y Reformas Habitalia y «con cara de gilipollas», que es como lo encontraron los hombres de Santos, después de que el inspector lo hubiera reducido.

«Oye tú, listillo, que la ambulancia ya no va a hacer falta. Tu hermano la ha palmado».

—Inspector, muchísimas gracias por todo. No encuentro palabras para agradecerle lo que ha hecho por nosotros.

—Bueno, es nuestro trabajo… Ya sabe, impedir que los malos se salgan con la suya.

—Ya, pero tengo la impresión de que en esta ocasión se ha arriesgado más de la cuenta.

—Sí, es cierto. No lo había previsto. De pronto he sentido como un impulso y me ha parecido que podíamos hacerlo.

—Como le digo, mi familia y yo le estamos infinitamente agradecidos y, si me lo permite, querríamos premiar su trabajo de alguna manera.

—¿Y en qué había pensado, exactamente?

—Pues en alguna joya, o tal vez en un Rolex de oro… No sé, lo que usted desee.

—¿Y qué tal una de esas valiosísimas piezas que tienen en el Museo de Relojes que tienen abajo?

—Bueno, eso son palabras mayores. Tendría que consultarlo con mi familia… Pero, como le digo, estamos muy agradecidos y estoy segura de que no habrá ningún problema.

—No, no, en absoluto. Disculpe el atrevimiento, señora Grassy, por supuesto que estaba bromeando. En ningún caso admitiría un regalo de ese tipo y mucho menos alguno de sus históricos relojes. Tenga en cuenta que soy un servidor público y que, bajo ningún concepto, podría aceptar algo tan valioso. Si algún día quiere pagarme un café, estaré encantado de poder aceptar su invitación. Eso sí.

—Me había extrañado, la verdad, lo del reloj. Tenga en cuenta que las joyas están aseguradas por un valor de más de 200 millones de pesetas y que del atraco, con ser un desastre para nosotros, entre el seguro y tal podríamos habernos recuperado. Ahora bien, lo que habría sido una tragedia, créame, es que hubieran arramblado con el Museo de Relojes Antiguos. Son piezas de manufactura francesa, alemana, inglesa, japonesa e incluso china… El más antiguo data de 1555 y tenemos más de 200, con valiosísimos ejemplares del siglo xvi al xix. En fin, eso sí nos hubiera destrozado. Y mi abuelo, como fundador de la saga, nunca, nunca, nos lo hubiera perdonado.

—Entiendo. Imaginaba que eran valiosos, pero no tanto.

—Pues sí. Y luego hay algunas antigüedades, como un armario del siglo xvi, que nadie se llevaría a cuestas, pero que en un envite de estos podría sufrir daños irreparables. Tenga en cuenta, y esto lo sabe usted mejor que yo, que los atracadores cada vez son más violentos y emplean unas armas más potentes y sofisticadas. Hace unos meses, utilizaron un todoterreno para intentar romper el blindaje de la joyería. Y a plena luz del día. Menos mal que no lo consiguieron porque el vehículo se quedó aquí con el eje roto mientras los atracadores salían huyendo, cada uno en una dirección. El vigilante llegó a perseguir a uno de ellos hasta la boca del metro de Banco de España, pero nada… Que no se andan con rodeos, vamos. No sé qué demonios está pasando en este país para que las joyerías se hayan convertido en la barra libre de estos malnacidos. Por eso, como le digo, nuestra deuda de gratitud es eterna. Pídame lo que quiera.

—Gracias de nuevo, Alexandra, pero no puedo.

—En todo caso, si me permite insistir, me gustaría arrancarle el compromiso de que si en otro momento, tal vez cuando pase un tiempo, necesita algo de nosotros, no dudará en llamar a nuestra puerta. Lo que sea, cuando sea.

—Veo que es usted muy persistente. Y eso me gusta. Pero como tampoco quiero parecer un ingrato, déjeme que le diga que si algún día se me ocurre la forma de pedirle algo no dudaré en hacerlo.

—No lo olvide, inspector Senabre, lo que sea, cuando sea.

Al término del atraco, cuando todo terminó, la policía fue largamente aplaudida por el público de la Gran Vía. Santos sabía que estaba para eso. Para jugarse el tipo cuando fuera preciso, pero no pudo evitar que ese reconocimiento público y espontáneo por parte de aquellos ciudadanos anónimos lo reconciliara con una profesión cuyos mandos, los políticos y los otros, no siempre sabían apreciar y valorar el mérito de tan abnegados servidores.

Los primeros periodistas, fotógrafos y unidades móviles ya estaban desplegados en la esquina de Gran Vía con Alcalá, pero Santos bajó la cabeza e hizo mutis por el foro.

Que fueran otros, si querían, los que se llevaran la gloria de una foto o de unos segundos en televisión.

Él ya no tenía nada más que hacer allí.

—Jefe, acaba de llamar una periodista de la radio para preguntar sobre el atraco. Le estoy dando largas, pero es muy pesada. Le he dicho que pregunte en Jefatura, como es su obligación, pero insiste en hablar contigo. ¡Putos periodistas, lo que nos faltaba! La próxima vez la mando a tomar por el culo.

—¿Cómo se llama?

—Creo que Marina, o algo así.

—Llámala ahora mismo y dile que tan pronto como lleguemos a Pontejos estaré encantado de hablar con ella. Es amiga. Por cierto, avisa a los chicos para que no hagan planes hoy porque esta noche invito yo. Me han hablado de un club en la Castellana que merece la pena conocer.

La Brigada Antiatracos irrumpe casi al completo en Alazán. Con cuarenta y nueve años, el oficial de policía Ángel Bueno es el mayor de todos. Rudo y expeditivo, no se anda con contemplaciones a la hora de actuar. Le gustaría estar al mando, pero profesa un gran respeto y admiración hacia su jefe. El resto, Chamorro, Martínez, Velarde, Solís, García y Corrochano, son tan «insultantemente jóvenes» que Santos no puede evitar la sensación de sentirse como un vejestorio al lado de ellos. El inspector está feliz por la forma en la que se ha resuelto el atraco. Su plan era muy arriesgado —aún no sabe de dónde sacó el valor—, pero le ha salido bien y no es de extrañar que todos sus jefes lo hayan llamado para felicitarlo. Incluso el gobernador civil de Madrid, Juan José Rosón, lo ha citado en su despacho para trasladarle la enhorabuena del ministro de Gobernación, Rodolfo Martín Villa, y del presidente del Gobierno, Adolfo Suárez. Además de proponerlo para la concesión de una medalla, cuya categoría no consigue recordar. Lo han llamado sus jefes, todos menos uno. Ha sido de los últimos en ascender y no le hubiera cogido el teléfono. «Al cabrón, perdigón». Tampoco contaba desde luego con que Carlos Izquierdo tuviera la osadía de llamarlo después de haberle partido la cara en Vallecas por haberle robado a su mujer. «Tendría que haberle dado más fuerte, para que supiera lo que es bueno. Cabronazo».

Alazán era como había imaginado: buen ambiente, chicas guapas, algunas sencillamente preciosas, y gente de buen vivir con la cartera repleta de billetes. Atraídas por las risotadas de los policías —sin saber que eran tales, porque no tenían pinta—, varias de ellas se acercaron solícitas para ir encargando las consumiciones. A Santos, «fuera del mercado desde que pasó lo de Pilar, salvo el clásico tonteo con alguna compañera», le gustan todas, pero sabe que solo ha ido allí a tomar un par de copas y que cuando acabe se

irá su casa a seguir cavilando. A darle vueltas a la cabeza, que es, sin pretenderlo, a lo único que se dedica al margen de su trabajo. «Debería tratar de pasar más tiempo con Celia. No todo está perdido con ella», se reconcome por dentro. De pronto, como ajeno al ambiente de camaradería de sus hombres, y después de que las chicas hayan comprendido que nada más sacarían del señor del bigote, se fija en una de ellas. Parece muy joven, «demasiado joven». No es la más guapa del lugar ni tiene el mejor cuerpo, pero parece jovial y desenvuelta. «Rubí, en la mesa 7 te reclaman», oye que le dicen. «Rubí». «Parece interesante esta pelirroja».

—Santos…

—Dime.

—Has entrado allí sin que te temblara un pelo. No sé cómo lo haces. Yo no me hubiera atrevido. Así, a las bravas... A eso se le llama tener un par de huevos.

—No, no te creas, Ángel, tampoco es la cosa para tanto. De verdad que no.

—Ya, pero solo tú eres capaz de jugártela de esa manera. No lo entiendo. Como mucho te darán una medalla.

—Ya sabes. Somos funcionarios, estamos en contra del delito, para defender al ciudadano y siempre a su servicio. ¿O es que lo has olvidado ya?

—Santos, no me jodas, que estás hablando conmigo. ¿Qué servicio ni qué leches? ¿Es que te van a subir el sueldo? ¿Es que, acaso, alguien te lo va a agradecer o a reconocer? Dime la verdad, te podrían haber metido un tiro entre ceja y ceja. ¿Por qué lo has hecho? Si el revólver no llega a fallar…

—¿Quieres saber la verdad?

—Claro que quiero.

—Pues es muy sencillo. Más de lo que imaginas. No le des vueltas, tú en mis mismas circunstancias hubieras entrado igual. Lo he hecho porque no tengo nada que perder. Porque solo quien no tiene aprecio por su propia vida es capaz de vencer el miedo. Porque nadie me espera en casa. Nadie, salvo, de vez en cuando, mi botella de *whisky.* Por eso me he atrevido, y no porque sea un héroe, que no lo soy.

—Oye… Entre todos te hemos comprado algo…

—Pero no entiendo, no teníais por qué haberlo hecho. Somos un equipo, esto es un trabajo de todos.

—Sí, pero tú eres el que le has echado más huevos. Y todos te estamos muy agradecidos.

Lo primero que hace Santos, nada más llegar a casa, es examinar el maletín con el regalo que le han hecho sus hombres. Sentado en su sillón preferido, lo deposita cuidadosamente encima de sus piernas, lo abre, y, como intuía, se encuentra con una pistola. «*Pietro Beretta. Mod. 92 Cal. 9 Parabellum. Made in Italy. Patented*», lee en el cañón. Deja el maletín en el suelo, coge el arma, juega con el seguro y también con el percutor, acaricia la mira con el dedo pulgar, saca el cargador con diez balas y lo deposita en la caja junto al otro que viene de repuesto, acciona varias veces la corredera, amartilla el arma, apunta hacia el techo y aprieta suavemente el gatillo hasta cerciorarse de que es una gran pistola. Le gusta su tacto, lo ligera que es, la firmeza del gatillo, lo suave que está el retroceso y el chasquido metálico, pero la vuelve a encajar en el maletín y, levantándose, la oculta bajo al sillón, con intención de olvidarse de ella hasta mejor ocasión. Él ya tiene su arma reglamentaria y tampoco necesita una segunda pistola. «Aunque nunca se sabe». «En todo caso, es un gran regalo, que nunca olvidaré. Ya buscaré la forma de compensar a mis hombres», corrobora en un hilo de voz mientras se dirige al mueble bar para prepararse el último trago de la noche. «Hay cosas que en soledad saben mejor».

«Hija, papá ha muerto». «Hija, papá ha muerto». «Hija, papá ha muerto». Las palabras de Ángela, su madre, percuten atronadoras en la cabeza de Adela. Y habrán de resonar aún durante meses y años.

«Hija, papá ha muerto».

Como si se tratara de un martillo que no parara de golpearla. Sobre todo en la cabeza, y en la boca del estómago. En los huesos también. ¿Pero cómo? Así, sin avisar. Sin una despedida. Sin un último, «papá, te quiero». «No es posible, no puede ser verdad». «No, no y no». Y los recuerdos de Santiago se le amontonan entonces regados con el sabor amargo de las primeras lágrimas. «Me lo he encontrado así al despertar, creo que no ha sufrido nada, yo no he oído nada raro, no sé, tal vez un ataque al corazón».

«Maldito día 9», exclama de pronto Adela, haciendo trizas y lanzando con furia los restos del calendario de mano que ha cogido de la mesa de su escritorio, en su buhardilla de Ópera, para comprobar la fecha de su desgracia.

Y así, hasta que un día se cansó de llorar.

No por falta de ganas, no.

Las lágrimas se le habían secado.

«Maldito día 9».

6

1977. Amberes. Bruselas. Madrid

Don Álvaro adora esta floreciente ciudad bañada por el caudaloso y apacible Escalda, no lejos del mar del Norte y de la frontera de Holanda. Ama y admira, a partes iguales, su rica historia y en pocos lugares es tan feliz como en la orgullosa capital de Flandes. No reniega de Madrid —nunca lo hará— ni tampoco de la extensa llanura manchega que lo vio nacer, pero es este el único sitio al que siempre añora volver. Pese a las gélidas temperaturas invernales y a pesar también de la lluvia, casi siempre presente. Y extraña tanto —paradojas de la vida— la fuente del soldado y héroe local Silvius Brabo, símbolo de libertad para los amberinos desde la época romana, como su Herencia natal. Amberes, suele repetir con una gran sonrisa de satisfacción, «es lo más parecido al paraíso en la tierra: destila arte a raudales, tiene una magnífica cerveza y su chocolate es una tentación irresistible». Lo sabe desde su primera visita, en 1961, cuando solo era un humilde anticuario con ganas, demasiadas ganas, de comerse el mundo.

Le gusta todo de Amberes, por no hablar de su «grandioso corazón histórico o de su inmenso puerto fluvial, uno de los más grandes del mundo, pese a encontrarse a unos 100 kilómetros del mar». Por el Escalda salieron, entre 1873 y 1934, más de dos millones de europeos con un pasaje para Estados Unidos o Canadá. Buscadores de fortuna y acaudalados viajeros escaparon a bordo de los transatlánticos fletados por la naviera Red Star Line con destino a la Isla de Ellis, antesala de aquel nuevo mundo. A cambio, por el Escalda también llegaron algunas de las ideas más innovadoras de Europa. Con su aspecto industrial, sus puentes levadizos, sus grúas, su olor a aceite y a hierro, sus edificios abandonados, testigos de un pasado sin duda esplendoroso. El Escalda, «una pistola dirigida al corazón de Inglaterra», a decir de Napoleón, recuerda don Álvaro.

La ciudad donde se formó y trabajó el omnipresente Rubens lo mantiene

subyugado. Además de ser, claro, el centro mundial de la elaboración y el comercio de diamantes en bruto, tallados o destinados al uso industrial. Porque las gemas son su otra pasión, acaso la única que atesora y a cuyo influjo no quiere renunciar. «La culpa es de Julio Verne», piensa divertido, al recordar cómo empezó su fervor por ese mundo que tanto le fascina. Los joyeros más importantes adquieren sus diamantes a un paso de la bulliciosa y gigantesca Estación Central y es allí donde nuestro personaje inicia siempre su periplo por la ciudad. Cada vez que llega, siempre en tren desde Bruselas, tiene la impresión de estar asistiendo a un oficio religioso. Una catedral ferroviaria de hierro y vidrio a la que acude con el debido fervor y recogimiento. La luz natural, tan escasa casi siempre, se filtra por su cúpula, baña la sala de espera, rara vez vacía, y alcanza incluso la suntuosa escalera de mármol. Una joya arquitectónica de estilo neobarroco por la que don Álvaro deambula sin rumbo fijo y durante un buen rato hasta que, ensimismado, decide subir al Café Brasserie Royal en busca de su primera *bolleke,* una De Koninck, la típica cerveza local de color ámbar.

Como siempre, rehúsa subirse al coche que le han enviado desde el céntrico Hilton, en la popular plaza de Groenplaats, donde tiene reservada una *suite* con vistas a la Catedral de Nuestra Señora. Un templo católico, con obras de Rubens, el más grande y fastuoso de Bélgica. La Plaza Mayor y el vistoso Ayuntamiento se encuentran también al lado. En ocasiones, cuando se cansa del Hilton y del bullicio del centro, no duda en buscar sosiego en el recoleto De Witte Lelie, en la calle Keizer, próximo a la Real Academia de Bellas Artes. Una deliciosa y exclusiva casa de huéspedes, elegante pero sin pretensiones, que data del siglo xvii, reconvertida en hotel de lujo. Un refugio de tan solo 10 habitaciones en cuya suntuosa *suite* presidencial se aloja don Álvaro cuando quiere impresionar a sus jóvenes compañías femeninas. Le gusta disfrutar del caro cortejo previo al disfrute de los placeres carnales. Un goce cada vez más menguado y exiguo por culpa del inexorable paso del tiempo, que a nadie perdona. Está lejos de casa, nadie lo conoce allí, pero no se sentiría cómodo subiendo a una chica, «cuanto más joven mejor», a la habitación del Hilton. Y tampoco sabe si se lo permitirían. En alguna ocasión alguien le contó que hay hoteles «demasiado rancios, como el Ritz de Madrid» cuyos recepcionistas y conserjes han desarrollado un olfato especial para detectar y evitar la presencia de «señoritas». O sea, de putas.

En Amberes, él prefiere dejar el equipaje en manos del uniformado chófer del Hilton y bajar caminando lentamente por el elegante bulevar De Keyserlei hasta desembocar en la concurrida y muy comercial calle Meir. Pero antes resulta inexcusable una visita a la Milla del Diamante, en el barrio judío. Por

el mero placer de ver cómo el pujante negocio de las gemas no para de engordar. Un colosal crecimiento, entre medidas de seguridad cada vez más imponentes, que contrasta con el sencillo, incluso feo, aspecto exterior del triángulo de calles donde los judíos ortodoxos han establecido un feudo inexpugnable. Sobrios diamantistas de origen indio, jainistas por más señas, también comienzan a dejarse notar en la ciudad. En poco más de tres callecitas, Schupstraat, Hoverniersstraat y Rijfstraat, apenas un kilómetro cuadrado, se concentra el comercio del brillante. Allí se habla en neerlandés y francés, o en inglés, pero también en *yiddish* o en hindú *gujarati,* además de ruso o afrikáans. De momento, como viene haciendo desde hace demasiados años, don Álvaro pasa de largo. Está familiarizándose con la zona y ya tendrá tiempo de buscar el contacto que le ha facilitado uno de sus amigos anticuarios de Bruselas. Un buen socio, con tienda en la plaza del Sablon, que vale su peso en oro, y al que acude cada vez que no encuentra lo que busca por su cuenta para su tienda del Rastro, en Madrid.

En la capital de los belgas frecuenta el mercadillo de la Place du Jeu de Balle y los comercios de *brocantes,* en las calles Blaes y Haute, en el barrio de Marolles, a espaldas del Palacio de Justicia. Baratijas y quincallería que rara vez satisfacen a don Álvaro, pero cuyos locales frecuenta porque le recuerdan los trapicheos de sus inicios en Madrid. No es de extrañar que, con su entrenado buen gusto, se desquite luego con algunos caprichos a precios imposibles en el cercano y refinado Sablon. Pecados veniales que expía convenientemente en la iglesia de Notre-Dame, una de las maravillas, sin duda, de la siempre lluviosa capital belga.

—Mi querido amigo español, cuánto tiempo sin tener noticias suyas, no sabe cómo me alegra poder recibirle en mi humilde tienda —saluda ceremonioso el anticuario Adrien Vanderbeken estrechando con fuerza la mano de don Álvaro

—No, no, por Dios, ya sabe que el placer es siempre mío —responde el español con la misma cortesía.

—Nos vimos por primera vez, ayúdeme a recordarlo, hará unos diez o doce años…

—Dieciséis años, Adrien —precisa don Álvaro—. No sé si lo recuerda, pero fue en 1961 cuando coincidimos en la feria de antigüedades, Brafa. Fue mi primera visita a Bruselas.

—Deduzco que, como entonces, se aloja en el Metropol…

—Sí, sí, un hotel magnífico, ya lo creo. El mejor, me dijeron, que tienen en Bruselas.

—Me encanta el Metropol. Para los negocios y también, por qué no, para esas citas, diríamos, ocasionales e inconfesables que todos solemos tener –sonríe con picardía el belga, guiñándole un ojo.

—Ah, sí, naturalmente, es un hotel que se presta a todo tipo de encuentros –añade forzado don Álvaro sin saber muy bien qué decir.

—Veo, además, que no pasa el tiempo por usted.

—Le agradezco el cumplido, pero ya va sufriendo uno los achaques propios de la edad. Estoy cerca de los 60 y, si quiere que le diga la verdad, me da auténtico vértigo mirar hacia atrás porque se me han pasado volando.

—¡Ay, si yo le contara! No se me queje, don Álvaro, que tiene usted un aspecto envidiable. ¡Ya quisiera yo!

—Pues yo le veo estupendamente —apostilla el español sin titubear.

—¿Y le sigue gustando Bruselas?

—Bueno, sí, naturalmente. Una gran ciudad, sin duda. Aunque yo siento especial predilección por Amberes.

—Yo también, por supuesto. Ya sabe que Bruselas será la capital de la Unión Europea, pero donde está el capital de verdad es Amberes. Un diamante en bruto…

—Efectivamente. Amberes, capital de los diamantes —añade don Álvaro, impaciente por abordar el tema lo ha conducido hasta allí—. No es de extrañar que en este negocio todo el mundo sepa además lo que es la «calidad Amberes» o el «corte Amberes»…

—Así es, amigo, bellos diamantes sin defectos de ningún tipo, perfectamente cortados y tallados…

—Quilates, color, pureza y talla.

—Sí, ahora llegaremos a eso —lo interrumpe Vanderbeken, que aún no desea entrar en materia.

—Estupendo.

—En esta ocasión, sabía de su presencia aquí por un amigo común, un diplomático de su embajada, con el que mantengo una magnífica relación. Y

algún pequeño negocio, si me permite la confidencia.

—Es cierto y no sabe cómo le agradezco que haya tenido la deferencia de poder recibirme sin haber concertado una cita. Me hago cargo —concede don Álvaro— de que es usted una persona muy ocupada, que viaja constantemente y por eso valoro más su gesto de cortesía.

—Bueno, basta ya de galanterías, y déjeme que le ofrezca alguna bebida. Que con este tiempecito que tenemos aquí siempre, nunca está de más calentar primero el cuerpo para ir entonando el espíritu…

—Pues no sabría qué decirle…

—Permítame, entonces, que le sugiera alguna de nuestras afamadas cervezas. ¿Una trapense, tal vez?

—Perfecto. No se hable más –acepta aliviado don Álvaro por la recomendación del anticuario.

Como tarda en llegar, don Álvaro entretiene la espera curioseando por la tienda. Una sala rectangular con una ventana en forma de arco por donde se cuela la luz de la plaza del Sablon. Un breve paseo que no hace sino aumentar su admiración por lo que tiene delante de sus ojos. Repara primero en el artesonado de madera, se entretiene luego con algunas pinturas de los primitivos flamencos, repasa libros, acaricia tapices y muebles antiguos… Objetos raros, piezas únicas, la historia y el arte al alcance de la mano. Relojes, objetos religiosos, gramófonos, máquinas de escribir o de coser, herramientas y útiles, lámparas, muebles, porcelanas, bargueños, libros raros, escritorios, monedas, esculturas, bronces, soldaditos de plomo, juguetes, mesas, sillas, librerías. Piezas finas, tesoros escondidos que la pátina del tiempo ha revalorizado hasta límites insospechados. Y todo, sin una mota de polvo. Cuidado, ordenado, clasificado y tasado por alguien que, como él, se ha entregado en cuerpo y alma a esta singular afición. O que ha hecho de ella su forma de vida. Una historia en la que don Álvaro se siente cómodo, reconocible y feliz. Amortiguado, se cuela desde fuera el débil murmullo de algunos vehículos, pocos a esa hora, mientras el reino de las sombras comienza a ganar su diaria batalla. Llueve, como siempre, en Bruselas, pero a quién puede importarle si en la tienda del señor Vanderbeken el tiempo se ha detenido por momentos.

—Me sorprende que tenga tantas piezas y tan valiosas procedentes de España.

—Pues no debería extrañarle, don Álvaro. Como bien sabe usted, tenemos un pasado en común y es lógico que, pese a las absurdas rencillas históricas, también aquí sepamos apreciar lo bueno.

—Le agradezco su buen tacto, desde luego que sí. Y, sobre todo, que no me haya recordado lo de la leyenda negra y el imperialismo español, la «furia española», las disputas entre protestantes y católicos, al duque de Alba como bestia negra de los flamencos, la invasión de Amberes a cargo del duque de Parma, de Alejandro Farnesio y sus Tercios… En fin, qué le voy a contar que usted no sepa.

—O al emperador Carlos V, Carlos I para ustedes, nacido en Flandes…

—Sí, en Gante –lo interrumpe don Álvaro.

—La huella española en Flandes…

—Sí, 200 años unidos bajo una misma Corona, la más poderosa del mundo, dan para mucho. Para lo bueno y para lo malo…

—Para lo mejor y lo peor…

—Ya lo creo. Siempre se ha dicho que Amberes es, sin duda, la más española de todas las ciudades del norte de Europa.

—Si usted lo dice…

—Como bien sabe, Adrien, incluso en la fachada del Ayuntamiento luce el escudo de armas de Felipe II, rey de España y soberano de los Países Bajos.

—Un tema interesante, sin duda, pero inapropiado, si me lo permite, en este momento.

—Estoy de acuerdo, disculpe, era una forma de hablar.

—No, no se preocupe. Dejémoslo, si le parece, para otro día, no porque no me parezca un asunto apasionante —explica Vanderbeken en tono conciliador —, sino porque podría distraernos, diríamos, del propósito de su visita.

—Estoy completamente de acuerdo. No era mi intención, ni mucho menos, como tampoco será incidir en la eterna pugna entre francófonos y neerlandófonos, entre valones y flamencos —masculla don Álvaro a modo de excusa.

—*¡Voilà!,* entonces, mi buen amigo español. Permítame que le ofrezca una cerveza artesanal muy especial que religiosamente, nunca mejor dicho, me envían los monjes trapenses del monasterio de Malle, cerca de Amberes.

Una bebida excepcional para un momento excepcional —se regodea Vanderbeken, obligado a hacer equilibrio para no derramar las dos botellas, con sus dos elegantes copas con cristal de Baccarat, que porta en una pesada bandeja de plata *art decó.*

—Muy bien. Me encantará visitar ese lugar cuando en los próximos días viaje hasta Amberes. ¿Necesita ayuda? —se ofrece solícito don Álvaro cuando ve trastabillar a Vanderbeken, no sabe si por uno de los pliegues de la alfombra o porque el inexorable paso del tiempo ha hecho que sus pasos sean vacilantes e inseguros.

—No, no, muchas gracias, debería iluminar mejor la tienda —se excusa el belga.

—De nada. Por mí no se moleste, de verdad.

—Será un placer.

—Gracias, es usted muy amable, Adrien.

—Comenzaremos con una Westmalle oscurita, una *dubbel* con 7 grados de alcohol y luego, si se anima, pasaremos a una *tripel,* engañosamente dorada, ya que tiene 9,5 grados.

—Perfecto.

—Y luego acabaremos, si es que aún seguimos en pie —bromea con una gran carcajada el anticuario— con una extra. Como le veo interesado, le diré que únicamente se elabora dos veces al año y tan solo se sirve a los monjes, y a sus invitados en contadas ocasiones. En almuerzos especiales, aunque el abad ha tenido la gentileza de enviarme algunas botellas.

—Fantástica, de verdad, muy buena –añade don Álvaro tras probar la *dubbel,* chasqueando la lengua con más ruido del que hubiera deseado.

—¿Y bien? ¿Le gusta, en serio?

—Me encanta. Es cierto que yo soy más de vino, pero admito que está deliciosa.

—Nunca es tarde para adquirir un buen hábito. Y no lo digo por los monjes –precisa con una larga risotada Adrien, cuando se da cuenta de su involuntaria ocurrencia, que también divierte a don Álvaro.

—Sí, muy ingenioso. Y la cerveza, fantástica.

—Me gustaría proponerle un brindis.

—¡Claro que sí, por supuesto!

—Por usted, por nosotros, y por nuestra vieja amistad, dieciséis años ya, para que se consolide y acreciente —propone, solemne, Vanderbeken, aproximando su copa de fino cristal hasta la de don Álvaro.

—Brindo por eso y por nuestra salud —añade el español, volviendo a levantar su copa junto a la de Adrien.

—Un gran invento, sí señor.

—Sin duda.

—Tome asiento aquí en este sillón, si le parece; yo me sentaré a su lado —le indica Vanderbeken renunciando a ocupar la silla detrás de la mesa de escritorio, con su escribanía de plata *punzonada,* en la que trabaja.

—¿Sabe cuál es el secreto de estas cervezas? —afirma, una vez que se han acomodado.

—No, dígame —dice don Álvaro mientras se arrellana en un sillón de cuero Chesterfield, con su tapizado capitoné, cuya belleza y calidad pasa inadvertida para él.

—¿Está cómodo?

—Sí, sí, mucho, ya lo creo. Muchas gracias.

—Pues muy sencillo —presume Adrien Vanderbeken, retomando el hilo de la conversación con un tono algo engolado—. Que los monjes no han cambiado la receta en los más de cien años que llevan elaborándola. Sin trampa ni cartón, ¿no es así como dicen ustedes en España?

—Perfectamente. Siga, por favor.

—¿Y sabe, mi querido amigo, cuál es la receta de esta cerveza? ¿La auténtica fórmula que la hace inimitable?

—Pues no sé, imagino que básicamente como todas —trata de resolver el enigma don Álvaro—. Agua, levadura…

—En efecto. Agua pura no tratada, una levadura propia, malta, lúpulo, azúcar… Y el producto más caro y difícil de conseguir, la confianza.

—¿Confianza? —inquiere intrigado don Álvaro.

—Así es, mi querido amigo español. Es como un pacto no escrito según el

cual el cliente sabe que los monjes no lo van a engañar cuando ponen a la venta una cerveza. Su cerveza.

—No entiendo —se atreve a cuestionar don Álvaro con perplejidad.

—Lo que estoy queriendo decirle es que la confianza es fundamental en todos los órdenes de la vida —afirma tajante Vanderbeken desafiando la mirada todavía confusa del español.

—Sí, sí…, estoy de acuerdo. Me parece bien. La confianza…

—La confianza es imprescindible en las relaciones personales, en la política, en las finanzas y, cómo no, en los negocios. Hasta el amor, fíjese. ¿Qué sería de la relación de dos amantes sin la confianza? Un calvario. Ya sé que es obvio, don Álvaro, pero me gustaría saber si estamos hablando el mismo lenguaje.

—Naturalmente que sí. Es cierto que no hemos mantenido una gran relación personal, aparte de la comercial, muy fructífera para ambos, pero nos conocemos desde hace mucho tiempo… No sé dónde quiere ir a parar, porque lo que usted dice forma parte de la cultura universal.

—Entonces, antes de proseguir, no me queda más remedio que formularle una única pregunta, mi querido amigo.

—Usted dirá.

—¿Puedo confiar en usted? —inquiere Vanderbeken endureciendo el tono de su voz.

—Naturalmente que sí y lo sabe perfectamente. —Se remueve incómodo don Álvaro.

—No, no se ofenda. Se lo digo porque, llegado el caso, debe saber que tengo amigos, o puedo tenerlos, en todas partes. Incluso en Madrid, y no estaría bien que, y no se ofenda con esta mera hipótesis, osara quebrantar el pacto de confianza al que nos estamos obligando si decidimos seguir hablando del asunto que nos ocupa.

—Puede confiar en mí, incluso sin necesidad de amenazarme, por muy sutilmente que lo haga —añade don Álvaro con una forzada e incómoda sonrisa.

—No, no, por Dios, no se enoje ni me malinterprete, solo quería estar seguro de que nos entendemos. Me tengo por amigo de mis amigos, pero no perdonaría una infidencia.

—Le he entendido perfectamente. Se explica usted muy bien –responde con la soltura de quien se ha quitado un peso de encima.

—Dicho lo cual, permítame que pasemos a la *tripel* dorada para brindar por nuestra amistad. Y no se me ocurre mejor forma que con una cerveza como esta, que, como le digo, tan amorosamente ha sido elaborada por los monjes trapenses.

—No se hable más entonces, amigo Adrien –responde aliviado el español tras comprobar cómo el anticuario se aleja hacia el fondo de la tienda en busca de la segunda Westmalle y de sus correspondientes copas, que se dispone a cambiar.

—Me dijo nuestro común amigo diplomático que estaba usted interesado en el mundo de los diamantes. ¿Es así? –vuelve a la carga el belga.

—Tal cual. Así es —responde asintiendo con la cabeza.

—¿Y qué sabe usted de piedras preciosas?

—No gran cosa. Lo fundamental.

—Es decir…

—Bueno, pues que son el mejor amigo de las chicas, según decía Marilyn Monroe, y que, bromas aparte —se revuelve incómodo don Álvaro—, son carbono en estado puro. Carbono cristalizado…, que son bellos y muy valiosos, que hay gente que mata y muere por ellos y que, lo que para algunos no es más que el brillo de la miseria en Angola o el Congo, puede ser un lucrativo negocio para otros. Que en su precio influyen no solo el tamaño, sino también el color, la pureza, el peso, la forma y la perfección de la talla… Que son escasos, que solo un 20 por ciento de todos los que hay en el mundo tienen calidad gema y que el resto va destinado a usos industriales, que los hay naturales, sintéticos y artificiales o de imitación… Que las gemas sintéticas también pueden tener una alta calidad… Que aquí en Bélgica está el mayor mercado mundial de diamantes y más concretamente en Amberes. Y no sé qué más decirle, así, de forma resumida.

—Quilates, pureza, color y talla… Bien, bien, estupendo. Enhorabuena, veo que no es un simple aficionado y que conoce lo importante. Se lo digo porque en este mundo hay mucho advenedizo. Mucho diletante, creo que se dice así, cuyo único interés radica en el negocio puro y duro, nunca mejor dicho —sonríe Vanderbeken, divertido con su ocurrencia.

—Pensaba que me iba a someter a un examen.

—No, no, por Dios. Solo que a los diamantes, como a las mujeres, permítame que se lo diga así, hay que saber amarlos.

—Dicen que son el símbolo del amor eterno y de la fidelidad. ¡Ah!, y que para que puedan desplegar todo su poder es necesario que estén continuamente en contacto con la piel de quien los lleve.

—El diamante, como rey de las gemas que es —tercia el belga, ajeno a la última explicación de don Álvaro—, es imperecedero y no hay dureza que se le pueda comparar. Una piedra dura, transparente y extraña, por qué no, a la que desde la antigüedad se le atribuyen propiedades mágicas y esotéricas. Que llegó a utilizarse como talismán o amuleto y que, paradojas de la vida, fue empleada como medicamento o como veneno en forma de polvo. Déjeme que le diga que Agnès Sorel, la primera amante reconocida de manera oficial por la historia, que tuvo tres hijas con el rey Carlos VII de Francia, fue, que sepamos, la primera mujer en lucir un diamante en la corte francesa. Una bendita costumbre que rápidamente se propagó en el resto de las cortes europeas. Luego vinieron los anillos de compromiso con diamantes, a partir del siglo xv, y, a partir de ahí, un floreciente negocio amasado con los ingredientes de su escasez y su alto precio. Ya en el siglo xvii, los diamantes comenzaron a llegar con regularidad a Europa, procedentes de la India, después de que Tavernier, el aventurero y comerciante francés Jean-Baptiste Tavernier, osara visitar algunas de las legendarias minas de Agra, famosa por el mausoleo del Taj Mahal, donde visitó la corte del Gran Mogol. Tavernier, cuyo padre y su tío ejercían como grabadores y geógrafos en Amberes, es posiblemente el culpable, o uno de los culpables, de la imparable afición por las piedras preciosas después de que en 1668 vendiera el Hope o Diamante Azul a Luis XIV de Francia. Un diamante maldito, que también portó María Antonieta, obtenido en una mina de la ciudad fortaleza de Golconda, en la India, que solo trajo muerte y desgracias a sus sucesivos poseedores. Tras su venta, ni el propio Tavernier se libró de la maldición. Huyó a Rusia, donde murió de frío y su cadáver fue encontrado junto a un río devorado por las alimañas. No es de extrañar que el último experto que lo adquirió, el joyero estadounidense Harry Winston, se lo regalara al Smithsonian Institute de Washington, a su Museo de Historia Natural, donde una urna de cristal ha evitado que su maleficio se extienda. Por no hablar del diamante Culligan, el más grande de todos; o del hermoso e igualmente maldito Sancy; o del Koh-I-Noor, La Montaña de Luz, el más antiguo; o el Vargas brasileño; o el Gran Mogol, hallado también por Tavernier; o el Orlov, que el príncipe ruso regaló a Catalina la Grande antes de morir loco en un manicomio después de perder el favor de la soberana; o el Florentino, otro de los históricos; o el Regente, que se puede ver en el Louvre; o la Estrella del Sur, el mayor diamante hallado en Brasil… En fin, querido amigo español, como ve, una historia larga y accidentada que nos mantendría ocupados durante horas y horas. Diamantes, malditos diamantes…

—Hablaba usted, perdone que le interrumpa, de La Estrella del Sur —mete baza don Álvaro—, que es precisamente el motivo de mi afición por las gemas, si me permite que le cuente una pequeña historia personal.

—Adelante, adelante, será un placer.

—Bien, tal vez no sepa que no soy natural de Madrid, sino de Herencia, un pueblo de Ciudad Real, en La Mancha, universalmente conocida por ser la tierra del Quijote. Bueno, pues en esa población manchega donde nací, que es donde estaba la casa de mi familia, cayó en mis manos un libro de Julio Verne, entonces yo no conocía al autor, titulado precisamente *La Estrella del Sur.* Tenga en cuenta que yo debía tener unos quince o dieciséis años, calculo que sería sobre esa edad cuando, sin saberlo, comencé a amar los diamantes.

Como cada día, Álvaro busca la oscuridad y el frescor de la bodega familiar para consagrarse al solitario vicio de la lectura. Sentado sobre una estera para evitar la humedad del suelo, recostado siempre sobre la misma tinaja, el joven solo varía de posición para que los únicos rayos de luz capaces de penetrar en el jaraíz iluminen el libro que con tanto mimo guarda envuelto en una arpillera. Basta estopa, deshilachada en los extremos, que de tanto usarla ha perdido rigidez y ganado suavidad. Una vez desplegada la tela, Álvaro comienza a degustar, casi con devoción, la historia que, de la mano de Verne, lo ha de trasladar a los campos de diamantes de Griqualand, al norte de la colonia británica de El Cabo, en el centro del África austral. Allí, en ese remoto lugar del planeta, tan caluroso tal vez como Herencia durante el estío, imagina, Cyprien Méré, un ingeniero de minas ajeno al valor comercial de las piedras, trata de conquistar a Alice Watkins, con la que comparte una mirada desdeñosa hacia los diamantes, unos «guijarros miserables». Ni ella ni el joven ingeniero francés creen «que la finalidad única de la vida fuese buscar, tallar y vender aquellas piedrecillas tan ardorosamente codiciadas en todos los países del mundo». El diamante, concluyen, «es simplemente carbono puro, un fragmento de carbón cristalizado, no otra cosa…». Aun así, para tratar de contentar al acaudalado y estricto padre de Alice, reacio a entregarle la mano de su hija, el joven ingeniero se ve obligado a comprar parte de la tierra para encontrar el preciado tesoro. A cavar, como el resto, para encontrar el diamante que lo haga rico y, de paso, poder convencer a John Watkins, propietario de una de las más ricas minas de diamantes, de que solo él puede desposarla. Tras fracasar en su intento, Alice anima a Cyprien a que reanude sus experimentos y el ingeniero descubre al fin, o cree descubrir, el procedimiento para crear artificialmente el gran diamante, La Estrella del Sur, la gema prodigiosa que le permitirá doblegar el férreo rechazo de Mr. Atkins y conseguir, al fin, el amor de la bella Alice. Una joya de excepcional dimensión y pureza sobre la que gira la historia. El relato de Verne,

disparatado y divertido en muchos momentos, germina en el joven Álvaro conjurado a entregarse enardecidamente a las habilidades físicas o químicas que le permitan crear el diamante más grande del mundo.

—Interesante, ya lo creo, la historia que me cuenta del visionario Verne, que anticipó si duda con asombrosa exactitud muchos de los grandes logros científicos del siglo xx —añade Vanderbeken—. Ahora bien, tengo entendido que aquella historia del diamante no fue más que una mera fantasía.

—Cierto, eso parece. Pero fíjese —prosigue don Álvaro— que lo realmente importante, con independencia de que en aquella época hubiera capacidad técnica para sintetizar diamantes, es que el fecundo e imaginativo Julio Verne fue capaz de anticiparse a su tiempo con una teoría que si luego no cristalizó, nunca mejor dicho, fue por los brutales intereses de un sector que durante años ha sido gobernado prácticamente como un monopolio.

—Y lo que me está queriendo decir, intuyo, mi querido amigo, es que usted se ha propuesto canalizar aquella pasión, diríamos juvenil, en el boyante y limpio negocio de las gemas sintéticas.

—Más o menos.

—Y que esas gemas, convenientemente tratadas, o bien de imitación, y dotadas de su correspondiente certificado, falsificado por supuesto, podrían ser introducidas en el mercado como si fueran auténticas y de muy buena calidad.

—Veo que nos vamos entendiendo —sostiene don Álvaro con remilgada satisfacción.

—Ya. —Se remueve inquieto Vanderbeken—. La cuestión es que hay un pequeño inconveniente. Y es que el más mínimo error podría costarle muy caro.

—Me hago cargo perfectamente.

—En Amberes, por ejemplo, sería imposible una impostura como la que usted pretende. Imposible.

—Lo sé.

—Ahora bien, eso no quiere decir que no haya gente dispuesta a exportar sus conocimientos y ponerlos al servicio del mejor postor. En Amberes no, por supuesto que no, pero tal vez sí en Madrid.

—No sabe cómo le agradezco, Adrien, que sea capaz de interpretar mis deseos con tanta precisión —replica don Álvaro.

—Es más, creo que conozco en Amberes a una persona deseosa de colaborar con usted, siempre y cuando, claro, fuéramos capaces de alcanzar un acuerdo satisfactorio para todos.

—Estoy seguro, no tengo la menor duda de que así será —concluye don Álvaro, impaciente ya por concluir la reunión.

—Por su amable visita de hoy deduzco que la piedra que le hice llegar a Madrid ha sido de su agrado, es evidente, pero que está encontrando, cómo diría yo... —se entretiene el belga deleitándose en su argumento—, algunas dificultades, tal vez insuperables, para conseguir otras similares.

—Así es. Muy perspicaz, señor Vanderbeken.

—Y, sobre todo, que no encuentra la forma de que algún joyero o gemólogo español certifique la artimaña.

—Más o menos.

—Bueno, no se preocupe, para eso estamos los amigos —lo tranquiliza.

—No esperaba menos. No hay nada como saber llamar a la puerta adecuada.

—En el bien entendido de que mi recomendación no es vinculante. Quiero decir que usted la acepta libremente y sin compromiso. Es más, me permito decirle, aunque lo puede imaginar, que la operación tiene sus riesgos y que la persona que yo podría recomendarle no es del todo trigo limpio, como dicen ustedes en España.

—Entiendo lo que dice.

—Si por algún motivo, Dios no lo quiera, las cosas vienen mal dadas, este sujeto del que le hablo tiene poderes, personas y recursos como para hacer valer sus compromisos. Espero que sepa lo que hace. Como confío en usted, me permito hacerle esta recomendación que solo le haría a un amigo.

—Y que yo le agradezco no sabe de qué manera. Es más, ojalá que algún día pueda devolverle el favor y corresponderle como merece.

—Antes de marcharse, mi querido amigo, y como prueba de mi confianza, ¿recuerda lo que le dije antes?...

—Sí, sí, claro, por supuesto.

—Me va a permitir que le entregue un pequeño obsequio —afirma Vanderbeken incorporándose con sorprendente agilidad del sillón.

—Como usted considere —exclama don Álvaro sin poder disimular su asombro.

—Tengo entendido, además —añade el belga sin abandonar aún la sala—, que es usted un culo inquieto, ¿se dice así en español?, y que se ha embarcado en otro proyecto.

—No sé bien a qué se refiere —sostiene, haciéndose el interesante.

—Un negocio de hostelería, un viejo club o algo así.

—¡Ah!, sí. Alazán.

—Bonito nombre, sin duda. El complemento perfecto para este otro asunto que se trae entre manos.

Intrigado, don Álvaro vuelve a levantarse para estirar las piernas. A través de uno de los ventanales que da a la plaza del Gran Sablon comprueba que ha dejado de llover. «Los belgas nos comportamos como si viviéramos en un país donde siempre hace buen tiempo», recuerda que le dijo el conserje del hotel cuando mostró su desagrado por la aparición de la lluvia. Las nubes vuelan veloces acompasadas por el limpio aroma que trae el viento del norte. Desafiantes con sus sombras, los castaños de indias danzan a su aire, caprichosamente, sin orden ni concierto. La plaza está desierta, mientras cae la noche, centellean tímidas estrellas y refulgen los viejos adoquines.

—*Voilà*…, ya estoy aquí, amigo. Perdone el retraso. —Reaparece teatralmente Adrien interrumpiendo el ensimismamiento de don Álvaro, al que acompaña en su contemplación de la plaza.

—No, no se preocupe, estaba disfrutando de este bonito anochecer belga. Me encanta esta plaza.

—Mi familia lleva instalada aquí desde la noche de los tiempos y yo, la verdad, no concibo otro lugar mejor en el mundo para mi negocio. Le recomiendo, por cierto, si es que no lo conoce ya, nuestro mercadillo de antigüedades durante los fines de semana.

—Lo tendré en cuenta —concede don Álvaro, impaciente por la jugada final que prepara el anticuario.

—Aquí tengo todo lo que necesito. La iglesia de Notre-Dame, donde he pasado horas y horas escuchando su órgano; el pequeño jardín donde suelo encontrar el sosiego interior que con frecuencia me falta… Aquí está mi vida, mi patrimonio, están también los restaurantes que frecuento y, si me apura, hasta las tiendas de chocolate sin las que ya no puedo vivir. Ya sabe que los viejos somos maniáticos por definición —exclama Vanderbeken soltando una sonora carcajada, posando suavemente su mano izquierda en el hombro de don Álvaro en un gesto que quiere ser de complicidad.

—Pero usted no es tan viejo, Adrien, ya le he dicho que si yo le contara mis achaques vería que lo suyo no es para tanto.

—No, por favor, dejemos ese engorroso tema —zanja el asunto Vanderbeken sin ocultar su incomodidad, mientras se apoya, con las dos manos ya, en un bastón coronado con un bello pomo erótico tallado en marfil. Como si quisiera mantener atrapado el vigor de un pasado que se desvanece.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Tomemos asiento, si le parece, será únicamente un instante —indica el anticuario a don Álvaro señalando los sillones Chester en los que han permanecido sentados.

—Usted dirá.

—Solo un par de cosas. Mi contacto en Amberes me ha confirmado que estará disponible dentro de un par de días. Salvo que usted me indique lo contrario, el señor Gaston Vanhülle se complace en invitarle a comer junto a su secretario, Robert Laclau. Aquí le he puesto los datos del restaurante Het Nieuwe Palinghuis, donde ya hay reservada una mesa para tres —explica Vanderbeken entregándole una tarjeta con el escudo familiar grabado en relieve dorado—. La piedra que le hice llegar a Madrid fue por cortesía del señor Vanhülle.

—La proverbial eficacia belga…

—Flamenca, si no le importa —precisa Adrien.

—Sí, sí, naturalmente, a eso me refería.

—No, no se preocupe. Es normal. Ustedes no están familiarizados con las particularidades de este complejo país, en la cuerda floja siempre por las disputas entre valones y flamencos. Lenguas diferentes, culturas diferentes, en fin…

—Aun así, si me lo permite, un gran país…

—Bueno, si usted lo dice —sostiene Vanderbeken con pocas ganas de proseguir con el viejo y estéril debate.

—Lo que es innegable, y perdone que insista —interviene don Álvaro—, es que flamencos y españoles tenemos un pasado común, el ejército de Flandes, los Tercios en la época de la Casa de Austria…

—Un pasado no siempre glorioso.

—Bueno, si le parece, dejemos la última palabra a los libros de historia, que para eso están.

—Me parece muy bien. Por cierto, hablando de libros, me he permitido hacerle un pequeño regalo que estoy seguro que será de su agrado. De pronto, he recordado algo que estará mejor en sus manos y bajo su cuidado.

Tras unos minutos más de espera, el anticuario belga se presenta ante don Álvaro con un ejemplar de *L'Étoile du sud. Le pays des diamants.* Originalmente está escrita por André Laurie, dato que el español desconoce, aunque revisada, corregida y publicada por el propio Jules Gabriel Verne. Primero salió por entregas en la revista literaria *Magasin d'Education et de Récréation,* inicialmente *Bibliothèque illustrée des Familles*, entre enero y diciembre de 1884. En noviembre de ese mismo año aparecería en formato de libro, como el que ya obra en poder de don Álvaro, y más tarde habrá incluso una edición ilustrada por el prolífico Léon Bennett. Y siempre a cargo del editor Pierre-Jules Hetzel, inseparable de Verne durante las dos décadas en las que fue publicada la serie Viajes Extraordinarios. En ese instante, don Álvaro sabe que ha contraído una deuda de gratitud eterna con Vanderbeken y que, tal vez, está más cerca de lo que nunca haya estado de alcanzar la felicidad.

Parlez, monsieur, je vous écoute.

—Monsieur, j'ai l'honneur de vous demander la main de miss Watkins, votre fille.

—La main d'Alice?...

—Oui, monsieur. Ma demande semble vous surprendre. Vous m'excuserez, pourtant, si j'ai quelque peine à comprendre en quoi elle pourrait vous paraître extraordinaire. J'ai vingt—six ans. Je m'appelle Cyprien Méré. Je suis ingénieur des Mines, sorti avec le numéro deux de l'École polytechnique. Ma famille est honorable et honorée, si elle n'est pas riche. Monsieur le

consul de France au Cap pourra en témoigner, pour peu que vous le désiriez, et mon ami Pharamond Barthès, l'intrépide chasseur que vous connaissez bien, comme tout le monde au Griqualand, pourrait également l'attester. Je suis ici en mission scientifique au nom de l'Académie des sciences et du gouvernement français. J'ai obtenu, l'an dernier, le prix Houdart, à l'Institut, pour mes travaux sur la constitution chimique des roches volcaniques de l'Auvergne. Mon mémoire sur le bassin diamantifère du Vaal, qui est presque terminé, ne peut qu'être bien accueilli du monde savant. En, rentrant de ma mission, je vais être nommé professeur adjoint à l'École des mines de Paris, et j'ai déjà fait retenir mon appartement, rue de l'Université, numéro 104, au troisième étage. Mes appointements s'élèveront le premier janvier prochain à quatre mille huit cents francs. Ce n'est pas le Pérou, je le sais, mais, avec le produit de mes travaux personnels, expertises, prix académiques et collaboration aux revues scientifiques, ce revenu sera presque doublé. J'ajoute que, mes goûts étant modestes, il ne m'en faut pas plus pour être heureux. Monsieur, j'ai l'honneur de vous demander la main de miss Watkins, votre fille.

En Amberes de nuevo después de algún tiempo, cuando don Álvaro se aproxima al Het Nieuwe Palinghuis, en el número 14 de la calle Sint-Jansvliet, Gaston Vanhülle ya ocupa una mesa del fondo. Como el restaurante está cerca del Hilton, prefiere ir dando un rodeo deteniéndose en la imponente iglesia de San Carlos Borromeo y proseguir por Grote Markt, merodeando sin rumbo fijo, hasta desembocar en el paseo junto al Escalda. Por el mero placer de contemplar el río, sí, pero también porque necesita el fresco viento del norte para despejarse. Está algo inquieto sabiendo que cuando vuelva a Madrid nada será igual, pero acude con esa determinación que lo acompaña en las grandes decisiones. Si el negocio marcha bien, como intuye, nadie podrá hacerle sombra, y si fracasa, ya se las arreglará para sacar el cuello. Como ha hecho siempre. Al precio que sea, cueste lo que cueste, caiga quien caiga. Don Álvaro no tiene ninguna duda de que puede confiar en Vanhülle, primero porque se lo ha recomendado Vanderbeken, pero, sobre todo, porque confía en su intuición. En su mundo, es muy importante dejarse llevar por su propio criterio y, en esta ocasión, el instinto le dice que no debe tener ningún temor. Que está a punto de adentrarse en un filón y que todo irá según lo previsto. Es decir, bien. O incluso muy bien, como le ha ido siempre desde que tuvo la feliz idea, ¿o acaso se vio obligado?, de abandonar Herencia y recalar en Madrid. «Conquistar Madrid».

A don Álvaro no le cuesta encontrar el sitio. El edificio es anodino. Dos plantas, con cuatro ventanas por piso a la calle, en una plaza rectangular, junto

a la entrada del túnel peatonal que conecta ambas orillas del Escalda, un río ancho de corriente lenta. Grandes letras en mayúsculas, pintadas de azul oscuro como los marcos de las ventanas y la pequeña terraza cubierta de la entrada, enmarcan la fachada. El sitio parece tranquilo. Al lado, pared con pared, del modesto y muy antiguo hotel Scheldezicht, escenario —imagina don Álvaro— de tantos encuentros amorosos furtivos. En pie desde 1875, cuántos marineros no habrían solucionado allí las urgencias propias del sexo tras semanas o meses de travesía por esos mares y océanos de Dios.

—Pase por aquí, acompáñeme, si es tan amable, le están esperando —se dirige a él, nada más franquear la puerta, el camarero que por su indumentaria parece estar al mando del restaurante.

—Encantado de conocerle, don Álvaro. —Se le acerca Vanhülle estrechándole la mano con una fuerza que considera inapropiada—. Permítame que le presente a mi secretario y amigo, Robert Laclau. —Quien, más ceremonioso que su jefe, y con menor ímpetu en el saludo, repite los gestos de aproximación. A don Álvaro le resulta repugnante la sudorosa mano de Laclau.

Ninguno de los dos llama la atención por nada en particular. Sin aspavientos, Vanhülle se muestra más expansivo, mientras que Laclau da muestras de ser un personaje taimado y comedido. Se nota quién lleva la voz cantante, quién manda, en definitiva, hasta el punto de que el secretario, con su neutro e impasible rictus, parece asistir al almuerzo como un mero espectador. A don Álvaro lo han acomodado en una silla de espaldas a la puerta, sin visión sobre el resto de la sala; Vanhülle y Laclau permanecen sentados en el mullido banco corrido que hay pegado a la pared. Están acostumbrados a controlar todo lo que ocurre a su alrededor y nunca bajan la guardia, ni siquiera en un local de su aparente confianza. El restaurante tiene un encantador estilo, a medio camino entre lo rústico y lo marinero, y en sus paredes cuelgan fotos sobre la historia de Amberes y su puerto. A don Álvaro le gusta el sitio.

—Mientras esperábamos, me he dejado aconsejar por el chef —comienza a romper el hielo Vanhülle.

—Me parece una buena idea.

—Le recomiendo, entonces, la sopa bullabesa, sencillamente deliciosa.

Tiene, además, rodaballo, anguila, mejillones, ostras…; en fin, lo mejor del mar del Norte. O si prefiere carne…

—La bullabesa y la anguila serán, seguro, una magnífica elección.

—No se hable más, pues, bullabesa y anguila para los tres —encarga Vanhülle al atento camarero, que ya se encontraba revoloteando por la mesa —. Y vino de Hageland, de aquí de la zona flamenca, si a nuestro invitado le parece bien.

—Seguro que sí. Desconocía que Flandes también fuera tierra de vinos, pero me encantará probarlo.

«El vino, de una calidad muy mejorable», piensa don Álvaro, acostumbrado a los ricos caldos españoles, comienza a obrar el milagro de animar la conversación amortiguando los recelos iniciales. Vanhülle habla y no para, se le nota cómodo, alegre y confiado. Laclau ni se inmuta, no gesticula, parece un convidado de piedra, piensa don Álvaro deseoso de pasar el trago cuanto antes. Tanta prevención le impide disfrutar del almuerzo como le gustaría. Una comida de negocios, otra más, piensa con desconsuelo, mientras sus pensamientos fluyen imparables hacia Madrid. Lo sabe casi todo, o eso cree, del mercader de diamantes que tiene enfrente. Que perteneció a la Diamond Producers Association y al Antwerp World Diamond Center (AWDC), que estuvo bien relacionado con la Central Selling Organization (CSO), del exclusivo clan De Beers y que operó en la Bolsa de Diamantes de Amberes, en al menos dos de las cuatro que hay. Una para los diamantes en bruto, la única que hay en el mundo, y tres más para los que ya han sido pulidos. Hasta que estrepitosamente cayó en desgracia, si bien don Álvaro desconoce los motivos. Ha oído versiones contrapuestas y tampoco es cuestión, sabiendo cómo se las gasta el flamenco, de preguntarle los motivos de su aparente declive. Debería haberle preguntado a Vanderbeken. Si lo hubiera hecho, tal vez le hubiera contado que el tráfico de mujeres y de drogas tampoco le era ajeno. Una actividad tan boyante como diversificada, que no ha pasado inadvertida para la Gendarmería. De haberse tratado de otro, ya estaría entre rejas.

Aunque sus métodos no siempre fueran ortodoxos, Gaston Vanhülle conoce a todo el mundo en el negocio de las gemas. Sus tentáculos llegan hasta Nueva York, Tel Aviv, Johannesburgo y Bombay, donde llegó a controlar el sector a través de complejos entramados empresariales. Conoce a todo el mundo y todo el mundo lo conoce a él. Incluidos sus rivales

georgianos, rusos o albaneses, deseosos de quitárselo de en medio como sea. Pero Vanhülle conoce el terreno que pisa, nunca camina solo y no es de los que dan pasos en balde. Hasta don Álvaro ha reparado en que los jóvenes rubios que están sentados en la única mesa ocupada de la terraza acristalada están al servicio de su anfitrión. No sabría decir el motivo, pero está seguro. No le parecen especialmente feroces, pero su musculado aspecto y la desconfiada forma con que lo han examinado le han hecho sospechar. «Mejor así, más seguros estaremos», piensa tratando de quitarle hierro al asunto. El español agradece que no sea hasta los postres cuando empiecen a entrar en materia.

—Me han dicho que está usted deseoso de abrir una especie de sucursal de nuestro negocio de piedras preciosas en Madrid. ¿Es así?

—Cierto. Acabo de abrir un viejo club…

—¿Alazán? —lo interrumpe Vanhülle con una forzada sonrisa.

—Eso es, Alazán. Un viejo club —prosigue don Álvaro parsimonioso— al que hemos incorporado unas señoritas de muy buen ver, y he pensado que podría ser, ¿cómo decirlo? —se atasca tratando de encontrar la idea—, el marco adecuado, eso es, para que nuestra distinguida clientela pueda aprovechar para adquirir algún detalle con el que obsequiar a sus mujeres, amantes, empleadas… No sé… Lo habitual, vamos.

—Le supongo al corriente de los riesgos que este tipo de negocios pueden llegar a entrañar.

—Por supuesto. Pero no se preocupe, yo tengo allí mi propia infraestructura, diríamos, para evitar riesgos innecesarios. Estoy preparando el terreno para que mi propio hijo, que aún no ha alcanzado la mayoría de edad, pueda ir aprendiendo y labrándose un futuro.

—Me parece muy acertado, don Álvaro, la familia es muy importante, aunque no estoy seguro de que para este tipo de negocios sea lo más apropiado. Tenga en cuenta que el peligro salta cuando uno menos lo piensa y que necesita rodearse de auténticos profesionales. Entiendo su, diríamos, romanticismo, pero esto es otra cosa.

—Siga, por favor.

—Lo que estoy queriendo decirle es que, si decidimos asociarnos, tendrá que dejarse asesorar y proteger para que tanto la mercancía como el buen nombre de nuestra empresa no sufra ningún menoscabo. ¿No sé si me

explico? —añade con una escalofriante sequedad.

—Sí, sí, le he entendido.

—¿Y bien?

—Que sí, que estoy dispuesto a aceptar sus condiciones siempre y cuando, en caso de necesidad, podamos romper el trato sin ningún tipo de penalización, una vez saldados, naturalmente, todos los gastos y cuentas pendientes.

—Necesitará, imagino, algún tipo de garantías por nuestra parte. Al fin y al cabo, aún no nos conocemos. No lo suficiente.

—Tampoco demasiado. La experiencia me dice que en este tipo de negocios lo más importante es la confianza —añade don Álvaro recordando lo que le dijo Vanderbeken.

—Me gusta eso que dice. Y lo comparto, por supuesto, ¡faltaría más! —corrobora golpeando con sus puños en la mesa.

—Sabía que le agradaría.

—Don Álvaro, sé lo que quiere, exactamente. Lo que busca desde hace tiempo y yo se lo voy a dar.

—Y no sabe cómo se lo agradezco, querido amigo Gaston —responde el español, con una empalagosa desenvoltura de la que enseguida se arrepiente —. Algunas indicaciones sí necesitaré, naturalmente. Al fin y al cabo, tenga en cuenta que, aunque no es un negocio totalmente desconocido para mí, siempre es bueno contar con el asesoramiento del proveedor. Que pasa por ser además un especialista en la materia.

—Por eso no se preocupe —lo corrige Vanhülle tocando con su mano derecha el brazo izquierdo de don Álvaro, en un gesto que pretende ser de confianza—. Mi secretario, que es muy minucioso, lo ha previsto todo y, a modo de recordatorio, le vamos a hacer entrega de los requisitos básicos para que el negocio funcione. ¿No es así, Robert?

Laclau balancea suavemente su cabeza tres veces como único gesto de confirmación.

—Muy bien –asiente don Álvaro.

—No solo está todo preparado, sino que, como muestra de buena voluntad, ni siquiera será necesario que firmemos algún papel. Tan solo que

intercambiemos los datos bancarios para que las transacciones se puedan hacer a su debido tiempo y en las condiciones previstas.

—Estupendo.

—Si a usted le parece bien, el señor Laclau se pasará esta noche por el Hilton para comentarle los engorrosos detalles de los que, con su permiso, me permito prescindir ahora.

—Bien.

—Porque entiendo que estará en el Hilton… ¿O en esta ocasión ha optado por ese otro…, cómo se llama…, De Witte Lelie…, que es donde prefiere refugiarse para disfrutar de sus tiernas compañías femeninas?

—(…)

—Si en alguna ocasión no encuentra lo que busca, mi secretario estará encantado de proporcionárselo. Tenga en cuenta que por Amberes, por nuestro puerto, pasa lo mejor de lo mejor y que estamos aquí para ayudar y servir a nuestros amigos. Pónganos a prueba y verá como no le defraudamos.

Sí, porque a don Álvaro le gustaban jovencitas. Casi niñas. Comenzó con Engracia y, desde entonces, ha sido un no parar. Y Vanhülle lo sabía.

—Estoy en el Hilton —masculla.

Don Álvaro se estira nervioso los puños de la camisa y no sabe hacia dónde dirigir su mirada.

—Estupendo.

—¿Pero entonces no podré ver las piedras hasta esta noche? —se impacienta.

—No, no se preocupe por nada. Antes, mucho antes. En unos minutos estarán a su entera y completa disposición, aunque, al ser una mercancía de gran valor, comprenderá que debamos tomar algunas elementales medidas de seguridad.

—Comprendo.

—Mis contactos en el barrio del Diamante… ¿Ha estado ya por allí? Junto a la estación de tren…

—Sí, sí, por supuesto, lo conozco desde hace años. Y lo que siempre me ha llamado más la atención es la alta protección que hay en la zona. Las

estrictas medidas de seguridad…

—Es lógico.

—No, no, si me parece estupendo. Entiendo, incluso, que es inevitable.

—¿Y aún no ha traído a su hijo al magnífico e histórico zoo que tenemos en la ciudad? Casi 150 años de historia, oiga.

—Pues no, aunque más de una vez lo he pensado. Yo, por mi parte, sí que lo he visitado en alguna ocasión.

—¿Y cuántos años tiene su hijo?

—Alvarito tiene dieciséis años.

—Bueno, me han dicho —vuelve a retomar el hilo Vanhülle— que la policía, que, por cierto, tiene allí su propia comisaría, no sé si ha reparado en ella, entre Lange Herentalse y Schupstraat, está algo inquieta con el tema de las gemas sintéticas y la falsificación de certificados e informes. Nosotros mismos tenemos allí uno de nuestros talleres. ¿Verdad, Robert?

Como un autómata, sin levantar la vista del plato, Laclau cabecea tres veces asintiendo.

—Claro, no es para menos.

—Y no hace falta decirle que, visto lo visto, cualquier precaución es poca. No todo el mundo me quiere bien aquí. Por eso entenderá que necesite expandir mi negocio.

—Entiendo.

—Y no solo la policía. Las empresas diamanteras, y estamos hablando de más de mil negocios, entre productores, talladores… Grupos comerciales como el Antwerp World Diamond Center, que representa al sector joyero local, o la oficina del fiscal municipal, bancos como ABN Amro, con sede en Ámsterdam, o Antwerp Diamond Bank… Por no hablarle de las compañías de seguros, las empresas de seguridad, las de transporte…

—Ya.

—Hay demasiado en juego, en muchos países, y el sector está apretando mucho, no sabe hasta qué punto, con los análisis científicos y la descripción exacta de los diamantes. Ya sabe: quilates, color, claridad y talla –explica Vanhülle con un gesto de cierta gravedad—. Lo que estoy queriendo decirle es que tanto el Consejo Superior del Diamante como la propia policía están

revisando a fondo los informes de identificación y tasación de cualquier piedra que se mueva y, se lo decía antes, toda precaución es poca —repite remarcando cada una de las palabras.

—No quieren que el tinglado, como decimos en España, se les venga abajo.

—Veo que me entiende. Por eso, por su bien y por el nuestro, hay que conocer el terreno que se pisa y actuar de una forma muy profesional. Tenga en cuenta que se encuentra usted en una ciudad que no domina, no tan bien al menos como Madrid, que está solo, y que el peligro acecha por todas partes.

—Ya.

—Y ahora, si me acompaña fuera, creo que podré mostrarle algo que espero que sea de su agrado.

Cuando Vanhülle, Laclau y don Álvaro abandonan el restaurante, los gorilas rubios ya están vigilantes y en sus puestos. Uno a la izquierda y el otro a la derecha de la puerta. Los dos con la misma pose: mirando discretamente a un lado y a otro, con las piernas abiertas y las manos enlazadas y juntas, por delante, como si estuvieran protegiéndose los genitales. La comitiva se pone en marcha, cruza la calle y, ya en la plaza, gira a la izquierda encaminándose —don Álvaro no tiene la menor duda— hacia la entrada del túnel de Santa Ana que enlaza con la otra orilla del Escalda. Un paso subterráneo, para peatones y ciclistas, bajo el río del que ha oído hablar, pero que no ha tenido la curiosidad de visitar. Hasta hoy. En la puerta, otros dos sujetos aguardan expectantes. Son los primeros en entrar al edificio de ladrillo de color beis. El grupo aguarda el ascensor, salvo los dos rubios del restaurante, que deciden bajar por la escalera mecánica revestida de madera. Dentro del túnel, 31 metros bajo el lecho del río, el tráfico de personas y bicis es incesante. Mucha gente, con y sin bicicletas, en un gran pasillo blanco de medio kilómetro. Un túnel en forma de tubo, revestido de azulejos y bien iluminado. Un buen sitio para pasar inadvertido o hacer un intercambio. «O incluso para morir», piensa don Álvaro, que empieza a sentir una cierta sensación, desconocida para él, de claustrofobia.

Vanhülle lo nota inquieto y trata de tranquilizarlo.

—No se preocupe, don Álvaro, no le haremos caminar más. No es necesario que lleguemos hasta el otro lado de la orilla. Nos ahorraremos los diez minutos de trayecto.

—Pues no sabe cómo se lo agradezco, los años pesan y no voy estando ya

para muchos trotes, como decimos en mi país.

En ese instante, uno de los ciclistas se para junto a ellos y hace entrega a Vanhülle de un maletín de cuero negro.

Laclau continúa impasible mientras don Álvaro aguarda nervioso el inminente desenlace de una historia que lo perturba e inquieta.

El español mira a hurtadillas al recién llegado y piensa: «Joder, qué manos».

Recostados en la pared, los dos gorilas rubios permanecen atentos a unos cinco metros.

En la misma posición, los otros dos escoltas se han detenido por delante. Vanhülle apoya el maletín en el sillín de la bici del que se acaba de incorporar al grupo, «dónde demonios habré visto yo esta cara», piensa don Álvaro, y abre los cierres metálicos.

Cloc, cloc.

—Aquí tiene la mercancía, amigo, espero que sea de su entera satisfacción –explica Vanhülle mientras le muestra las gemas, con el maletín abierto durante el suficiente tiempo para que el español pueda tocarlas, acariciarlas.

—Bueno, aparentemente sí —titubea—. Como comprenderá, en estas circunstancias, poco puedo hacer para comprobar la calidad del producto.

—No se preocupe; como le dije, esta noche lo tendrá todo listo en su hotel.

—Lo único… —lo interrumpe don Álvaro.

—Sí, dígame… —se extraña el belga ante las dudas del dueño de Alazán.

—Es que usted me había hablado de trece piedras y, si yo no he contado mal, tan solo veo doce.

—Tiene razón, aunque con un pequeño matiz. Dentro del maletín hay, efectivamente, doce piedras… Muy perspicaz, sí señor. La decimotercera es la persona que las ha traído y que será quien le acompañe a Madrid con la mercancía.

—No, no se moleste. Si no hace falta, en serio —protesta don Álvaro.

—No es ninguna molestia, créame. Y no solo eso, le acompañará y se quedará durante una larga temporada allí hasta comprobar que el negocio funciona según lo previsto.

—Se lo agradezco, de verdad, pero no creo que sea necesario.

—Me parece que no me ha entendido. No se trata de lo que usted crea o deje de creer —agrega amenazante—. Ya se lo he dicho. Nos la jugamos todos, usted allí y yo aquí, y necesito tener la certeza de que todo se hace de forma profesional.

Cegado por la ira, impotente, don Álvaro traga saliva.

Aprieta los dientes, cierra las manos con más fuerza de la deseable, y tensa los puños, sabiendo que se ha metido en una encerrona de la que no puede salir. Justo en ese instante —él, que nunca olvida una cara— ya sabe dónde ha visto al sujeto de la bici.

El de las manazas, que ha traído las gemas.

En Madrid, en Alazán.

Coqueteando con sus chicas, como si fuera un cliente más.

Y siente un escalofrío en todo el cuerpo del que no se va a recuperar con facilidad.

—Por cierto, su acompañante se llama Erik Janssens y es el mejor hombre que tengo. Mi propio jefe de seguridad. Un diamante en bruto, que debería cuidar, como él cuidará de usted.

En Alazán todo estaba en su sitio. Perfectamente pautado, organizado y supervisado por don Álvaro. Dice que no le gusta mandar, y tal vez no le falte razón. Da por hecho que no necesita repetir las cosas varias veces y con lo que de verdad, de verdad, disfruta es teniendo poder sobre la gente. «Ya que no puedo ser amado, no me importa que me teman». Con el paso del tiempo ha desarrollado una especial habilidad para conocer a los demás. Sus costumbres, rarezas, anhelos… «Porque nadie es como dice ser». Y sabe, lo sabe bien, que todo el mundo tiene sus debilidades. O que esconde algún secreto inconfesable. O todo a la vez. Y es al cuello de esa presa a la que se agarra hasta doblegar su voluntad y conseguir lo que convenga. Y si ese plan no funciona siempre podrá arremangarse y descargar toda su ira contra quien ose contradecirlo, contrariarlo o desobedecerlo. El mayor error de muchos de sus enemigos, que los tenía y muy grandes, fue pensar que una persona cultivada,

amante de la buena mesa, de la música clásica, del arte y de las antigüedades, sería incapaz de pisotear un gorrión o retorcerle el cuello a una paloma. Nadie dobla el brazo de don Álvaro Dueñas de Mora, o le levanta la voz, o le tose, sin que acabe lamentándolo… y pagándolo. Tarde o temprano.

Con esta tarjeta de visita no es de extrañar que no le gustara mandar.

No lo necesitaba.

Todos sabían lo que tenían que hacer.

En el día a día don Álvaro se ocupaba de la intendencia de Alazán. Los pedidos, los proveedores, la contabilidad…, tareas todas ellas que, con el paso del tiempo, comenzaría a delegar en Alvarito. Esa era su intención y ya se había iniciado en las tareas de adiestramiento con grave disgusto de Isabel, su esposa, deseosa de un futuro distinto, menos impío y crapuloso del que le aguardaba. Ella sabía que lo que pensara o dijera, sobre este asunto o sobre cualquier otro, no tendría la más mínima importancia o repercusión, así es que su único destino era llorar y llorar. Porque aún le quedaban muchas lágrimas por derramar. «Maldita la hora que lo conocí, maldita, maldita». Su hijo acaba de cumplir los dieciséis y ya muestra maneras para convertirse en digno sucesor de su padre. Más en lo que tiene que ver con la hostelería que con las antigüedades, «lástima», ya que el pequeño psicópata no manifestaba demasiado interés por los trastos viejos y cachivaches de papá. Y eso que, sutilmente, don Álvaro había tratado de despertar su apetito coleccionista regalándole, bueno, prestándole, su más preciado tesoro: los soldaditos de plomo que, junto a sus lecturas juveniles y sus imaginarios diamantes, habían hecho de él lo que era. Comenzaron con la limpieza, reparación y repintado de las series sobre las batallas napoleónicas, los Tercios de Flandes o el Ejército alemán, pero ni por esas. Alvarito mostraba por un sargento de los Tercios o por un aguerrido lancero polaco de la Guardia Imperial o por un abanderado de las SS o de la Wehrmacht el mismo interés que tenía en la vida familiar, o por una tarde de paseo en el Retiro, o una fiesta con sus compañeros del colegio. Ninguno.

Él tenía su propio mundo.

Ignoto. Extraño. Impenetrable.

La contratación y el control de las chicas estaban a cargo de Milton Flores. No así los ingresos por su actividad, las copas y el contacto más directo en los reservados, que eran cosa de don Álvaro. Del dominicano también había sido la idea, no le costó demasiado convencer al jefe, de quedarse con un hostal en la calle Infantas, cuyas dueñas querían traspasar el negocio. Hostal La Perla.

Para tenerlas a todas bajo vigilancia y evitar de esta forma problemas indeseados. La pensión, que ocupaba dos plantas del edificio, no admitía otros clientes que no fueran las camareras de Alazán. Anselmo Contreras, pareja de la cerillera de Alazán, Angelines, hacía las veces de portero. Milton también tenía a su cargo el traslado de las chicas desde el hostal hasta el club. En una furgoneta hacía los viajes que fueran precisos, tanto por la tarde en el momento de abrir como de madrugada tras la hora del cierre. Angelines conocía bien el barrio, no en vano trabajó durante años en la calle Ballesta, donde algún servicio le hizo al joven Dueñas o a sus amigos. Como con el paso del tiempo iba haciendo menos clientes —la competencia de las nigerianas comenzaba a ser insoportable—, y enterado don Álvaro de que estaba medio enferma, no dudó en agradecerle los servicios prestados sacándola de la calle. Ella, que pensaba acabar su vida como una vulgar pajillera, no se reconocía a sí misma. No, vestida con delantal blanco y cofia, vendiendo tabaco a unos señores algunos de los cuales conocía y en algunas de cuyas braguetas había hurgado. Las vueltas que da la vida.

El «sistema contable» impuesto en Alazán era bien sencillo. Cuantas más copas, más beneficios. Para don Álvaro y también para las chicas. Todos ganaban. Especialmente en los reservados. «Hace mucho calor aquí, ¿qué tal si subimos y nos ponemos cómodos?». Lo mismo ocurría con el tabaco. «¿Tienes un cigarrillo?». Y al más mínimo titubeo, en caso de que el cliente no tuviera su cajetilla a mano, se las ingeniaban para avisar a Angelines, que solo necesitaba un leve pestañeo para que se presentara y dejara el tabaco sobre la mesa a cuenta, naturalmente, del cliente. Aunque su primera tarea era convencerlos de que tomaran champán, francés, a ser posible, nunca se daban por vencidas hasta que, como mínimo, consumieran alguna bebida alcohólica, más cara, por supuesto. Anotada la comanda, «¿y qué tal unos canapés?, es que a palo seco no es lo mismo», Ildefonso o Delfín se las ingeniaban para llevar servidas ya las bebidas. O dejar a las chicas que lo hicieran. Muy teatrales, mostraban la botella al cliente, pero al menor descuido el *whisky* para las acompañantes no era más que algún bebedizo manchado de té. Un negocio redondo. De cada copa, don Álvaro se llevaba cuatro de cinco partes, «una para mí, otra para pagar Alazán, otra para la seguridad, el resto del personal y los proveedores, y una más por el hostal». La quinta, para ellas. Eran sus condiciones y ninguna, nunca, había osado contradecirlo. La clave estaba en anotar correctamente el nombre de la chica en la libreta y dejar el recibo en pincho de la barra para que, a final de mes, las chicas pudieran cobrar su parte. Tampoco era infrecuente que si, por algún motivo, alguna no podía trabajar, las demás corrieran en su auxilio anotándole sus copas a ella como si estuviera en activo. Esta corriente de solidaridad no era muy del agrado de don Álvaro, convencido de que, si todas ellas acababan siendo «amiguitas», no sería descartable que acabaran confabulándose contra él

exigiéndole mayores beneficios. Cuando, en ocasiones, las chicas sacaban el tema, el patrón trataba de convencerlas —y es posible que tuviera razón—, de que no había ninguna chica en Madrid que cobrara lo que ellas. «Tenéis un trabajo estable, bien remunerado, estáis recogidas, atendidas, protegidas y no en la calle, como tantas otras, que no paran de abordarme para pedirme que las contrate». La que, con diferencia, más copas vendía era Esmeralda. Tanto abajo como arriba. Especialmente en los reservados, que era donde más beneficios obtenía. Porque era su territorio natural, donde estaba más solicitada y donde, por cada servicio, se quedaba con la mitad del precio de la copa. Una parte para don Álvaro, otra para ellas. No es de extrañar, por tanto, que todas trataran de llevarse a los parroquianos a la zona de los reservados, donde ellos ya sabían, o deberían saber, que las bebidas costaban el doble. El alcohol era el mismo, el servicio idéntico, pero la intimidad tenía un precio.

Y arriba, desde luego, no se iba precisamente a beber.

Y para completar el círculo, todo lo que tenía que ver con la seguridad de Alazán estaba en manos de Janssens. Básicamente, espantar rateros e indeseables, impedir la entrada de determinados sujetos que le infundieran sospechas, desalojar borrachos, obligar a pagar a quien se pusiera gallito negándose a abonar la cuenta, detectar la presencia de la policía, asegurar el traslado de la recaudación… Tareas todas ellas que bien podría hacer Milton, pero que, por indicación expresa de Vanhülle, recaían en el que había sido su jefe de seguridad. Porque la otra y más delicada misión que tenía el rubio, por mucho que su mera presencia incomodara a don Álvaro, era garantizar el buen funcionamiento del negocio de las gemas, sintéticas o de imitación, que nadie más tocaba. Don Álvaro debía confiar en la particular contabilidad del belga debido a que la única forma de saber cuánto y a quién se vendía era lo que le dijeran las chicas. Porque ellas eran, en realidad, las encargadas de ofrecer al público la mercancía. Por mucho que protestaran al principio. Era un trabajo delicado, porque no a todo el mundo podían entrarle con ese tema. La ventaja que tenían, en cambio, es que no necesitaban engatusar a todos, sino a los más incautos, para poder cumplir las exigencias de un negocio que, difícilmente, podría prosperar si no era gracias a sus encantos.

Por si acaso, las manazas y los brazacos de Erik eran el mejor recordatorio para que don Álvaro nunca cometiera el error de olvidar las condiciones del acuerdo que le había impuesto Vanhülle.

Janssens, por mucho que le repateara, estaba allí para garantizar la buena marcha de los dividendos.

«Hasta que los putos flamencos quisieran».

«Cualquier día salimos en los periódicos».

«Maldita la hora».

7

1980. Madrid

Todos deberían saber que el último dueño de un diamante desconoce dónde se encontró la piedra. Lo ignora casi todo de ella. No sabe cuál es su procedencia, de las ocultas cavidades de qué tierra fue arrancada, si fue en una mina a cielo abierto o subterránea, quién la extrajo y en qué condiciones, por qué manos pasó, quién comerció con ella, quién la talló, quién la certificó, quién fijó su precio, quién la puso en el mercado, quién la vendió. O si hubo alguien que la lució primero. Si fue un obsequio fruto del amor o para conseguir influencia, poder, sexo, o todo a la vez. No lo sabe y tal vez no le importe. Y tiene que fiarse del informe gemológico que le aportan, porque el comprador no dispone de los medios, ni tiene los conocimientos tampoco, para saber que lo que le han vendido, casi siempre a un precio exorbitante, es lo que le dan por acreditado que es. Los certificados aportan una descripción exacta de las características de un diamante y de la calidad de su talla, además de dar fe de su autenticidad. Describen el peso, el tamaño, el acabado, el corte, las proporciones, la claridad, el color… En una amplia gama que va desde los perfectamente incoloros a los amarillentos o brunos; de una pureza sin características, limpios a la lupa, hasta con inclusiones e impurezas; en forma de brillante, *marquis,* oval, princesa, esmeralda, pera, corazón, *baguette…* Incluso si son sintéticos, con las mismas propiedades físicas y ópticas, la misma composición química y la misma estructura cristalina que los naturales. Con la única y no pequeña diferencia de que en un laboratorio se pueda fabricar, en cuestión de horas, una piedra que a la naturaleza le llevó, tal vez, millones de años. Solo un gemólogo cualificado, mediante un análisis gemológico, puede diferenciar unas y otras. El problema surge cuando los diamantes naturales, tallados o en bruto, se mezclan con los sintéticos. O cuando son tratados, dándoles color, convirtiéndolos en transparentes o rellenando sus poros, sin informar al incauto comprador. O cuando son una copia, clonados como si fueran genuinos, con la circonita como reina de la imitación. O cuando los certificados son engañosos o directamente falsos. A casi nadie le importa saber que han sido necesarias eras geológicas, durante millones de años y bajo unas condiciones extremas de calor y presión, para que los diamantes emerjan de las entrañas de las tierras areniscas de Botsuana,

Sudáfrica, Namibia, Congo, Lesoto, Zaire, Angola, Liberia, Sierra Leona, Rusia, Australia, Brasil, India, Borneo, Estados Unidos, Canadá… Diamantes para siempre, símbolos también del amor eterno y de la felicidad constante. A los antiguos les gustaba pensar que eran fragmentos de estrellas o, directamente, lágrimas de los dioses. Su dureza y su alta resistencia al desgaste, además de su belleza, han convertido a estas codiciadas y fascinantes piedras en un símbolo del compromiso perpetuo.

Dos veces más duros que el mejor de los aceros.

No hay piedra preciosa que pueda competir con ellos.

Ni ser tan deseada.

Diamantes.

—¿Y cómo dices que te llamas?

—Rubí. Me llamo Rubí, señor.

—¿Y cuántos añitos tienes, preciosidad?

—Tengo 21, señor.

—Y tendrás muchos novios, claro.

—Uy, no me hable de novios, señor.

—¿Y qué tal si dejas de decirme señor y empiezas a tutearme?

—No sé si debería. No estoy acostumbrada a tutear a los clientes que no conozco.

—Bueno, todo es cuestión entonces de que venga a verte más a menudo.

—Como usted quiera, señor.

—¡Y dale!

—Uy, perdone, es que no me acostumbro.

—Ya.

—La falta de confianza, ya sabe.

—¿Y qué tal si dejas de hacerte la inocente conmigo y te comportas de

una forma más natural?

—Lo intentaré. ¿Y usted…? ¿Tú, cómo te llamas?

—Me llamo Santos.

—¿Santos? Nunca lo había oído.

—Alguna vez tenía que ser la primera.

—Sí, eso es cierto. ¿O acaso nos conocemos?

—Bueno, no exactamente, aunque yo he estado aquí en alguna ocasión y diríamos que tu presencia no me ha pasado inadvertida. Pero siempre te he visto muy ocupada.

—Pues lamento no poder corresponderte porque, sinceramente, no te recuerdo de otras veces. Deberías haberme dicho algo. Yo suelo hablar con todo el mundo.

—Es normal, por aquí pasan tantos clientes que no te lo voy a reprochar.

—Aunque, ahora que lo dices, sí creo que me suena tu cara, pero no estoy segura.

—Déjalo, si no pasa nada. Lo lógico es que solo recuerdes a los más habituales y no a los que hemos venido en algunas ocasiones.

—Pero tú sí me recordabas a mí.

—Pero es lógico

—¿Lógico?

—Bueno, sí, quiero decir que estás de buen ver, eres pelirroja, llamativa, y ya sabes cómo somos los hombres.

—¿Y cómo sois los hombres?

—Ja, ja, ja, ja. Uy, no, déjalo, que no he venido aquí a darte ninguna charla. Con una copa será suficiente, sin entrar en profundidades.

—¿Y a qué se dedica, a qué te dedicas, si puede saberse?

—Eso ya es mucho preguntar. Diríamos que me ocupo de mis asuntos. De todo un poco, por aquí, por allá…

—Entiendo. ¡Qué interesante!

—Uf, ¡no lo sabes tú bien!

—¿Te encuentras cómodo?

—Sí, sí, muy cómodo. Muchas gracias. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—No sabría decirte, ahora mismo no me acuerdo. Tengo una memoria horrible. Seguro que querrás tomar algo.

—Claro, para eso estoy aquí. Además de disfrutar de tu compañía, claro.

—Si se aburre… si te aburres conmigo, siempre puedes cambiarme por alguna de mis compañeras. A mí no me importa, de verdad.

—Sabes que no lo voy a hacer.

—Pues no sería el primero.

—Me gusta tu compañía, Rubí.

—De eso se trata, Santos.

—Eres muy cumplida.

—No tanto como tú. ¿Qué tal una botella de *champagne* para celebrar este feliz encuentro?

—¿Y por cuánto me va a salir?

—Seguro que puedes pagarla.

—Ya, pero me gusta saber lo que cuestan las cosas.

—Aquí tiene la carta… Si es del bueno, Moët Chandon o Cristal…

—No, no, prefiero no saberlo.

—Tú te lo pierdes.

—¿Y un coctelito?

—Pues no sé, así de pronto…

—Hay uno muy rico, precisamente se llama Rubí, y lo creó Ildefonso, nuestro barman, pensando en mí.

—¿Y que lleva?

—A ver que me acuerde… Una parte de vodka, otra de zumo de naranja, una más de zumo de granada natural, si es temporada, o granadina el resto del año, y unos golpes de Triple Seco o de Cointreau. Se agita en la coctelera y se sirve en una copa de cóctel adornada con unas espirales de corteza de naranja y una guinda, atravesadas por un palillo. Se lo recomiendo.

—Creo que no, demasiado sofisticado para mí. Yo soy más tradicional, con un *whisky* será suficiente. ¿Y para ti?

—Otro para mí.

—¿Y no eres muy joven para eso?

—No soy demasiado joven para nada.

—¡Qué chica tan enigmática!

—No lo sabes bien.

—Y además de ofrecerle una copa, le puedo vender alguna baratija para su mujer.

—Yo no tengo mujer. La tuve y voló.

—Perdone, no sabía. Lo siento.

—No pasa nada… Pero tengo una hija a la que le estoy buscando un regalo.

—Olvídelo. Quizás otro día…

—Cuando nos conozcamos mejor.

—Sí, cuando tengamos más confianza. Porque… ¿habrá otro día?

—Eso es seguro, no tengas la menor duda. Siempre hay otro día.

—Gracias, Santos.

—No hay de qué.

—¿Y prometes tomarte un cóctel Rubí?

—No, eso no. Yo nunca prometo nada.

—¡Uy, qué señor tan duro!

—Ja, ja, ja, ja. No creas, todo es pura fachada.

—Pues me quitas un peso de encima. Me temía lo peor.

—Me ha encantado estar contigo, Rubí.

—Con cualquiera de mis otras compañeras se lo hubiera pasado mejor. Todos los hombres se desviven por ellas, por Esmeralda sobre todo.

—Las otras no me interesan y tú eres un encanto.

—Gracias.

—Hasta la próxima.

La chimenea del laboratorio de Guillermo Entralgo en la Facultad de Farmacia no había parado de echar humo, cada vez más espeso y negro. La producción había aumentado de forma considerable por exigencias de una clientela cada vez más numerosa y con unas demandas cada vez más alucinantes, en todos los sentidos de la palabra. Seguía como profesor, pero ya no estaba al frente del Departamento de Química Orgánica, debido a la apertura de un expediente tras una denuncia anónima. Ni la Policía ni los peritos judiciales tenían sus conocimientos, de tal forma que, sin base acusatoria, quedó libre de cargos. No de sospechas, que fueron las que llevaron primero al Decanato y luego al Rectorado a quitarle los galones académicos. Si se hubiera empeñado, incluso esa batalla podría haberla ganado, pero no estaba ya en edad de batallar. Su carrera, como quien dice, ya la tenía hecha, y su único interés es que lo dejaran en paz entre sus productos y artilugios. Adoptadas las debidas cautelas, incrementada la red de vigilancia y distribución, y como el mercado era imparable, Willy subarrendó el negocio cuando le vino en gana y, como mucho, solo consentía hacer labores de inspección. Por su seguridad, por la de los alumnos que se habían hecho cargo del cotarro y, como mínimo, por la del propio edificio, cuya estructura podía correr peligro si las mezclas no se hacían con el tino y las proporciones adecuadas. «Puedo delegarlo todo menos la supervisión», le gustaba repetir a sus amigos de siempre. A don Álvaro, sobre todo, que es al que más seguía viendo y al que en alguna ocasión, tampoco demasiadas, lo había alegrado con su visita en Alazán. Pero Willy no se sentía cómodo en el club. No sabía cómo comportarse porque nunca había sabido hacerlo con ninguna mujer. Dueñas conocía ese aspecto y prefería evitarle el engorro de tener que pasar un mal trago. Quedaban en otro sitio, en el Villamagna, en el Café Lion, de la calle Alcalá, o en Balmoral, en Hermosilla 10, casi esquina con Serrano, aunque cada vez iban menos allí porque les incomodaba tener que subir los diez escalones que era preciso sortear para acceder al bar. Un magnífico local, lo más parecido a un club británico, con el humo de sus pitillos y vegueros, con

sus maderas nobles en las paredes, sus cuadros, sus trofeos de caza, sus cómodas butacas y sus dos sillones orejeros junto a la chimenea. Además del placer de ver a Manolo y a Agustín oficiando con ese aire de ceremonia religiosa detrás de una barra tan legendaria. Seguro que un bar así permanecería abierto toda la vida en Madrid y que ninguna tienda de ropa, ni nada parecido, ocuparía un espacio tan venerable. Seguro. Balmoral era, sin duda, el mejor bar de Madrid para que dos viejos amigos pudieran conversar tranquilamente de sus cosas. Y hubieran ido más de no haber sido por el obstáculo de las escaleras, insalvable en el caso de Entralgo, con problemas en una pierna y que no había encontrado aún la pastilla que le ayudara a mejorar su movilidad; no en el de Dueñas, quien a sus sesenta y un años seguía manejándose con esa gran soltura de quienes no han dado nunca un palo al agua. Aun así, el Químico de Dios y el Señorito optaron por Balmoral para trasegar, como los reyes que eran, cada uno en lo suyo, aunque fuera la última vez que lo hacían.

—Willy, necesito ayuda —le dice a su amigo, torturándose el labio inferior.

—Tú dirás, Álvaro. ¿Alguna pastillita para que se te siga levantando? —exclama con una amplia risotada, que atrae la mirada de los otros clientes.

—¡Qué gracioso! No, no se trata de eso, aunque no te oculto que, a partir de cierta edad, cualquier ayuda, cualquier suplemento siempre es bienvenido. Además, aún conservo la mitad del cargamento que me hiciste llegar la última vez. No está uno ya para muchos trotes y cada vez como que me apetece menos.

—Claro, no me extraña, con el material de primerísima calidad que tenéis en Alazán, y siendo tú el jefe, estarás bien servido.

—No me quejo, la verdad, no me quejo. Y tú porque no quieras, ya lo sabes.

—Lo sé, lo sé. Otra cosa distinta es que siga apeteciendo con la frecuencia de antes. Desde luego, sin mis pócimas, ni hablar. ¡Quién nos ha visto y quién nos ve! Ni sombra de lo que fuimos. Aunque, si te digo la verdad, ¿qué sentido tiene ser el muerto con más salud del cementerio? ¡Ninguno, qué coño!

—Mira, en eso estamos de acuerdo.

—Y ahora dime qué se te antoja… A ver qué podemos hacer. Aunque antes necesito que me expliques un poco el contexto para poder situarme y

que el preparado surta su eficacia.

—Sí, el contexto es muy importante en la vida.

—Claro.

—Estoy embarcado en una, diríamos, averiguación que es muy importante para mí. En Alazán alguien tiene algo que me gustaría tener a mí y que, como por las buenas no voy a conseguir nada, necesito alguna poción, algún bebedizo, una pastilla, lo que sea, que vaya, no sé, ablandando su conciencia, anulando su voluntad, para que más pronto que tarde pueda decirme lo que quiero saber. No quiero hacerle daño, eso no, pero necesito a toda costa que me cuente dónde tiene el maldito… dónde esconde… el objeto en cuestión. Y perdona, Willy, que no sea mucho más explícito, pero es que no puedo ser más concreto. No en este momento, porque tampoco te quiero comprometer, salvo que de pronto me digas, que no creo, que necesitas saber con pelos y señales de qué se trata.

—No. Es suficiente. Te entiendo y conozco lo que necesitas. Ahora bien, ya sabes que «no hay veneno, sino dosis» y es muy importante, llámame pesado, pero te lo repetiré una y mil veces, es de vital importancia que respetes, tú o quien sea, la medida que yo te indique. Una proporción menor evitará que consigas tu objetivo; una proporción mayor, o administrada de forma más frecuente, llegaría a causar la muerte de esa persona. ¿Queda claro?

—Perfectamente claro —conviene don Álvaro, levantando su mano derecha para atraer la atención del barman y haciendo un gesto circular, en señal de que desean tomar una ronda más.

Un Valdepeñas para el Señorito; otra cerveza para el Químico de Dios. Dos canapés de salmón ahumado escocés, con pan de centeno integral, nata agria, un triangulito de lima y eneldo fresco sustituyen ahora a las almendras saladas de los primeros tragos. Sin aspavientos, Manolo les hace una reverencia y se retira discretamente, incapaz de levantar la bandeja ya a la altura con la que comenzó a hacerlo cuando se inauguró el bar en 1954.

—Necesito un dato más. La edad y el sexo de quien se vaya a tomar el fármaco.

—¿Es necesario? —pregunta con gesto de súplica, juntando ambas manos.

—Pues sí. Me gustaría no saberlo, pero me temo que esos dos datos son imprescindibles para que haga el efecto deseado.

—Mujer, veintiún años —dice con voz ronca.

—Es suficiente. Ya me hago una idea. Y ahora necesito contarte de qué se trata lo que he pensado y qué efectos produce para que estés familiarizado con los síntomas.

—¿Es imprescindible?

—Es conveniente, sí.

—Adelante —concede, en un susurro, clavándole la mirada.

—El fármaco en cuestión es un sedativo que pertenece al grupo de los barbitúricos.

Guillermo Entralgo hace una pausa para tragar saliva y vuelve a la carga tras un breve silencio que, de no tratarse de dos amigos, alguien podría interpretar como desdén o cierta superioridad. Y prosigue.

—En el mercado había algunos conocidos con el nombre comercial de Veronal o Barbital, que fueron retirados por su falta de seguridad y sus efectos secundarios adversos. Estoy hablando de un somnífero, con propiedades hipnóticas, cuya habituación produce drogodependencia y que, como te decía, en caso de sobredosis puede ser mortal de necesidad. Hay una anécdota sobre el descubridor del Veronal, un médico cuyo nombre no recuerdo ahora, que tomó una dosis de este medicamento en un tren y que despertó al llegar a la ciudad italiana de Verona, de ahí el nombre del fármaco. Quiero decir con ello que no estamos hablando de ninguna broma. La pobre… la infeliz chica de veintiún años a la que administréis esta sustancia, incolora y con un cierto sabor amargo, acabará desarrollando una gran adicción física y psicológica. Con el agravante de que, a diferencia de otras drogas, su uso continuado no presupone que el cuerpo acabe tolerándola mejor. Al contrario. Y muy importante, insisto, una sobredosis, aunque a vosotros os parezca pequeña, puede resultar letal. ¿Estás seguro… estás completamente seguro, Álvaro, de que este sedante es el que quieres utilizar?

—Sí, lo estoy —responde impávido.

—No quiero que pase lo de la otra vez.

—No sé a qué te refieres. —Se remueve incómodo, bajando el tono de voz.

—Lo sabes perfectamente. Hace tres años... Los Bargues… —añade Willy como con pesar.

—Eran amigos míos. Te lo dije.

—¿Amigos?

—Sí, y estaban enfermos. De otra manera no te habría pedido ayuda.

—Ya.

—Y no sufrieron —aduce con suficiencia—. Bastó con una cucharada.

—¿Y cómo lo sabes, cómo puedes saber que no sufrieron?

—Eso me pareció… Quiero decir que hice lo que me dijiste.

—Con el sulfato de talio siempre se sufre, Álvaro. Y la cantidad acordada… la dosis fatídica es de 800 miligramos. Apenas un cuarto de una cucharadita. Eso fue lo que hablamos.

—Estaban muy malitos y...

—Es la última vez que acepto un encargo tuyo de estas características. Por si te interesa el dato —concluye Guillermo Entralgo, levantándose con alguna dificultad de la butaca. Casi a trompicones se encamina hacia la salida.

Baja, renqueante, los diez escalones de Balmoral y se marcha sin decir adiós ni mirar atrás.

Armada de un valor que no creía tener, Adela Salgado decide acudir a la Policía. No para presentar denuncia, porque no tiene nada concreto que denunciar, más allá de una mera conjetura. De momento no. Lo único que necesita es contarle a alguien la sospecha que la corroe desde hace tres años. Sabe que su padre murió de un ataque al corazón, sí —porque se lo dijo el médico y así lo estableció la autopsia—, pero ella intuye que lo que en realidad se lo llevó a la tumba fue el disgusto causado tras la reunión que mantuvo con ese tal don Álvaro. No es que Santiago le contara todos los detalles, pero sí le hizo prometer que nunca se reuniría con él y que nunca aceptaría ningún trato. «Nunca y bajo ningún concepto». Por mucho que insistiera, por muy atractivo que pudiera resultar el proyecto, por mucho dinero que hubiera en juego. «Nunca y bajo ningún concepto». «Si te sientas en una mesa con él, estás perdida, es muy ladino. Muy listo, sí, pero un embaucador, al fin y al cabo. Además de peligroso, creo». Y eso es lo único que aceptó decirle Santiago. Inquieta por naturaleza, Adela se dirigió en primer lugar a la comisaría de la calle Leganitos. Tal y como intuía, el funcionario de turno le dijo que para poder interponer una denuncia tenía que concretar el supuesto delito cometido por el presunto agresor y no basarse en meras conjeturas. El hecho de que el agente encargado de tomar nota de sus

cuitas estuviera recién salido de la Academia de Policía y de que la comisaría permaneciera atestada de gente, muchos de ellos turistas con cara compungida, no le ayudó en su propósito de activar algún mecanismo contra aquel sujeto cuyo nombre ni siquiera se atreve a pronunciar. Paralelamente, también ha venido haciendo algunas averiguaciones por su cuenta para conocer de qué calaña está hecho don Álvaro. Discretas indagaciones, incluso con algún viejo compañero de diplomatura en Amberes, y también en el Instituto Gemológico. Todos coinciden en lo mismo: «No es una persona de fiar, sus compañeros anticuaros lo temen, en el negocio de las joyas es un advenedizo y si la policía aún no le ha echado el guante es por lo bien relacionado que está con el mundo de la política, las finanzas, la diplomacia, las fuerzas de seguridad y también de la judicatura. Con los de antes y con los de ahora».

«Lo que sospechaba».

«¡Menudo pájaro!».

En Alazán, hasta que las chicas irrumpían con su gracia y descaro, obligando a los clientes a olvidarse de sus ocupaciones habituales, muchas de las sesudas conversaciones de aquel 1980 pasaban por otras latitudes. Se habla, por ejemplo, del entierro en El Escorial de los restos mortales de Alfonso XIII, procedentes de Roma; del asalto en Guatemala de la embajada de España a cargo de disidentes políticos, 36 de los cuales fueron quemados vivos por la policía; de la primera visita oficial de los reyes al País Vasco; del inicio del juicio contra los pistoleros de la extrema derecha que asesinaron a los abogados laboralistas de la calle Atocha; de las elecciones en el País Vasco y Cataluña; de la reapertura de la frontera entre Gibraltar y España; de los Juegos Olímpicos de Moscú; del asesinato de los marqueses de Urquijo en su chalé de Somosaguas; de la victoria de Ronald Reagan frente a Jimmy Carter en Estados Unidos. De todo esto se habla en Alazán, hasta que el efecto de las copas y la presencia de las chicas llevan a los clientes por otros derroteros, mientras don Álvaro se pavonea entre la clientela, que accede rumbosa por la distinguida puerta giratoria del local. Un personaje intocable, este Dueñas, el Señorito, admirado y temido a partes iguales, cada vez más volcado en sus inconfesables negocios. Como ese club de alterne de la Castellana con el que se hizo hace tres años y que se ha convertido en su centro de operaciones. Adela lo sabe, como lo sabe medio Madrid. Pero la mera sospecha nunca es delito, ni siquiera cuando se trata de un pez tan gordo y con tantos enemigos. La cuestión es que tiene amigos de mucho tronío y no resulta fácil ponerlo en un aprieto o dejarlo fuera de la circulación. Haría falta alguien que tuviera un par, o que fuera muy inconsciente, o estuviera muy desesperado para acogotarlo.

Adela también es miembro, como antes lo fuera su padre, de la directiva del Gremio de Joyeros, Plateros y Relojeros de Madrid, a cuyo asesor de seguridad conoce desde el atraco que sufrieron en el negocio familiar. Este especialista, homologado por el Ministerio del Interior, mantiene una magnífica relación con la Policía, mucho más frecuente desde que los asaltos se han convertido en noticia habitual de los medios de comunicación. La inseguridad del sector, con una criminalidad imparable, los ha obligado a establecer una comunicación directa y continua, mucho más frecuente de lo que desearían. Adela habla con el asesor sobre sus sospechas acerca de don Álvaro y, de esta forma, consigue una entrevista con el jefe del Grupo Antiatracos, Santos Senabre.

La cosa no empezó bien, no al menos para Adela; el inspector, en cambio, nunca pudo recuperarse de la impresión que le causó aquella mujer. Él, que en vez de corazón creía que tenía una patata, supo que algo bullía en el interior de su pecho.

Nada fue igual en la vida de Santos Senabre desde aquel día.

Nadie puede arrepentirse de lo que no tuvo opción.

—Así es que, según usted, su padre murió como consecuencia del disgusto que le causó don Álvaro.

—Sí, más o menos.

—Ya, pero entenderá que la Policía para poder iniciar una investigación necesita tener no ya alguna prueba, sino el más mínimo indicio de que se pueda haber cometido algún ilícito penal. Algún delito.

—Entiendo lo que me dice, pero es que, según las averiguaciones que he hecho yo misma, este señor es un crápula y alguien tendría que pararle los pies alguna vez, digo yo. Que para eso, entre otras cosas, está la Policía.

—Vamos por partes, señora o señorita, no sé, Salgado. La labor de investigación, efectivamente, corresponde a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado y a los jueces. Esto funciona así, tanto si nos gusta como si no. Quiero decirle que nadie por su cuenta y riesgo puede ir por ahí en plan detective metiendo las narices donde no le corresponde. Porque es un sinsentido y, sobre todo, porque puede ser peligroso. Pero es que, además, como le decía antes, los encargados de conseguir las pruebas y ponerlas a disposición de la Justicia no son los particulares. Esto es así. Y no solo eso; si tuviéramos que encerrar a todos aquellos que infunden sospechas a alguien, créame si le digo que no habría cárceles en España, qué digo en España, en

todo el mundo para encerrar a los sospechosos. Si no hubo ningún testigo de las supuestas amenazas de don Álvaro a su padre, si no existe el testimonio de un médico, o un certificado donde se acredite que su padre murió como consecuencia directa de la acción de este sujeto, por muy…, ¿cómo ha dicho?, ladino o embaucador que sea, me temo que no va a resultar nada fácil cobrarnos esa pieza. Tomo nota, señorita Salgado, de lo que me ha dicho, lo tendré en cuenta, hablaré con mis compañeros del cuerpo para que estén atentos, pero no se haga falsas ilusiones. La atiendo, por ser usted quien es, y lo hago encantado, que lo sepa, pero necesitamos algo con más consistencia que una mera suposición. Imagine, por un momento, que vamos a por él. Sin pruebas, sin cargos, sin acusaciones concretas…, ¿se imagina cuánto duraría yo en esta silla? ¿Imagina cuál sería la reacción de sus abogados, contra la Policía y contra usted misma?

—¿Pues sabe qué le digo?, que no me convence. Y que voy a seguir adelante. Que no pararé hasta poder demostrar lo que digo. Yo sabía que no me resultaría nada fácil, lo que ignoraba es que la Policía estuviera dispuesta a bajar los brazos y a no cumplir con su obligación.

—No he dicho que no vayamos a hacer nada. Lamento si ha deducido eso de mis palabras.

«Joder, qué carácter». Cuando Adela salió de su despacho de Pontejos, Santos no pudo evitar que en su cabeza estallara un pensamiento, con el que no contaba, y que lo alteró. «Daría lo que fuera por ver la cara de esta mujer en un momento de excitación, de placer».

Lo que fuera.

La embestida de esa idea perturbadora no lo abandonaría nunca ya.

Y puesto a fantasear, Santos sonrió con picardía al recrearse en la duda de si Adela llevaba ropa interior de niña buena, como para ir directa al cielo, o, por el contrario, era de las que suspiraban por alcanzar el infierno.

Y como nadie puede taponar un impulso que brota del corazón, de pronto acertó a entender que lo que empezaba a sentir por esa mujer no era algo puro e inmaculado.

Sin avisar, una súbita erección le iluminó el semblante y le mostró el camino del servicio, donde se masturbó con un ímpetu que ya creía olvidado.

En ese instante, volvió a recordar lo que era la felicidad.

«Pasaba por aquí». Con tan pueril excusa, Santos Senabre se acerca hasta la joyería de Adela, en la calle Lagasca. Desde la puerta cristalera, sin haber entrado aún, cree distinguirla detrás del mostrador atendiendo a dos mujeres. Los nervios lo atenazan hasta que, cohibido, confundido, accede con determinación. No sabe si, desde la distancia, bastará con un neutro «buenos días, qué tal», o tendrá que acercarse y darle la mano… Porque besarla ni se le pasa por la cabeza. «¡Con ese carácter, ni se me ocurriría!». Ella, distante, lo saca rápidamente de dudas invitándolo a que se siente en una de las dos butacas que hay junto a los expositores mientras acaba lo que tiene entre manos. En la mesita que hay delante, Santos entretiene la espera hojeando distraído algunas revistas en cuyo contenido no tiene el más mínimo interés. Un rato después, que al inspector se le hace eterno, «se está vengando, seguro», Adela despide a las dos clientas y toma asiento en la butaca que está libre. Sonríe, cruza las piernas, se arregla el pelo y hace un gesto con la palma de la mano abierta como diciendo alguna vaguedad del tipo «qué calor» o «qué sorpresa».

Aunque ni hace calor ni está sorprendida.

El único en sudar tinta allí es el policía.

—¿Y bien, alguna novedad sobre la investigación de lo que comentamos en su despacho? Porque imagino que es este y no otro es el motivo de su visita…

—No, no. Lamento haberle dado esa impresión, simplemente pasaba por aquí, he visto el letrero que pone JOYERÍA SALGADO, de pronto me he acordado de usted y me he tomado la libertad de pasar a saludarla. Nada más.

—Pues qué decepción. Pensaba que se iba a tomar el asunto mucho más en serio.

—Y así es, pero entenderá que, como le dije, no se trata de algo fácil.

—Sí, eso es lo que me dijo. Lo recuerdo perfectamente.

—En realidad, Adela, me he acercado hasta aquí porque necesito un favor.

—¿Un favor usted? ¿Pero no decía que ha sido un encuentro casual? ¿En qué quedamos?, porque ya no sé a qué atenerme.

—Sí, bueno, es algo personal y necesito que me asesore.

—Pues usted dirá.

—Mi hija…

—No sabía que tuviera usted una hija…

—Pues sí. No vive conmigo y la verdad es que tampoco sé mucho de ella, si me permite la confidencia, pero está a punto de cumplir los dieciocho y me gustaría hacerle un regalo especial.

—Entiendo. ¿Y en qué había pensado?

—Ese es el problema, que no estoy acostumbrado a hacer este tipo de regalos y me gustaría, si no es mucho pedirle, que me ayudara a elegir. A los hombres no se nos da muy bien esto de elegir, ya sabe.

—¿Y qué se les da bien a los hombres? Si es que puede saberse…

—Eeeee… Quería decir que, en mi caso, no es el de la joyería un mundo que frecuente demasiado.

—¿Ni siquiera para su mujer?

—Es que da la casualidad de que no tengo mujer.

—Ya. Perdone.

—Por eso necesitaba ayuda.

—Lo siento. Disculpe. No sé, le propongo algún colgante, una gargantilla, tal vez una pulserita o unos pendientes. Tenga en cuenta que, además de las piezas más clásicas, me dedico al diseño, y tengo una colección que podría interesarle. El negocio ya no es lo que era desde que falleció mi padre, y yo cada vez tengo menos tiempo con mi trabajo y mis clases, pero me sigue gustando dejarme caer por aquí.

—Me parece bien. Necesito ideas.

—Por ir acotando un poco el terreno… ¿En qué estilo o en qué material estaba pensando?

—La verdad es que me da un poco igual.

—¿Y cuánto querría gastarse?

—Pues tampoco lo tengo claro, sin que sea, naturalmente, un precio astronómico.

—¿Quiere que le vaya explicando lo que tenemos en los expositores? ¿O prefiere que le saque algún muestrario para que vaya haciéndose una idea? Usted manda.

—Bueno, la verdad es que mi idea…

—¡Ah! Tiene una idea. Eso facilita mucho las cosas, sin duda.

—Había pensado en un colgante relicario, no sé si se llama así, en forma de corazón. Y que se pudiera abrir con el fin de poder meter un par de pequeñas fotos.

—Creo que le entiendo. No es precisamente una de mis piezas de catálogo, pero, tratándose de usted, no le quepa la menor duda de que tendrá el relicario más bonito que pueda imaginar. Yo misma se lo voy a diseñar y si usted me da su visto bueno lo tendrá en breve para que pueda regalárselo a su hija.

—Pues no sabes cómo te lo agradezco, permíteme que te tutee.

Santos estaba preocupado por las prolongadas ausencias de su hija. Muy a su pesar, la veía ya «fuera de control». Pero en todos estos años tampoco había conseguido reunir el suficiente valor como para hablar con Pilar y, entre ambos, reconducir la situación. Tratar de hacerlo. Demasiado tarde. La relación con su exmujer era inexistente y, tras su traumática separación, ninguno de los dos se había atrevido a dar el paso. Ambos sabían, cómo no saberlo, que la educación y el cuidado de su hija debería estar por encima de sus diferencias. Santos no sangraba por la herida que desencadenó la crisis familiar, ya no, y que lo situó al borde del abismo. Pero entre que no se olvidaba de su «incidente» con Carlos Izquierdo —cómo olvidarlo, «cabronazo»—, y que el inexorable paso del tiempo había acabado por engullirlos, Celia vagaba sin rumbo fijo a lomos de un caballo blanco desbocado.

Galopadas camino del despeñadero.

—¿Adela?

—Sí, dime.

—Soy Santos. Nada, solo quería darte las gracias por el relicario. Como me lo hiciste llegar directamente a la oficina, no había tenido oportunidad de

agradecértelo personalmente. Estuve hace unos días con mi hija. No la vi demasiado bien, la verdad, la encontré muy desmejorada, pero el regalo le hizo muchísima ilusión, y como la vi tan feliz, no he podido resistirme a llamarte.

—No sabes cómo me alegro. Lo hice con muchísimo cariño.

—Gracias, de nuevo.

—Dices que tu hija no está bien…

—No, creo que no, he hecho algunas averiguaciones y no me gustan las amistades que frecuenta. He tratado de disuadirla por todos los medios, pero acaba de alcanzar la mayoría de edad y ya sabes cómo son estas cosas.

—¿Y su madre? Si me permites preguntártelo.

—Claro que puedes. No quiere estar con ella. Ya no, antes sí. Discutían mucho, se fue de su casa hace algo más de un año. Estuvo viviendo en plan *hippy* en Ibiza y ahora anda por Madrid, dando tumbos, aunque no me quiere decir ni por dónde ni con quién.

—Ya.

—Naturalmente le he ofrecido que se venga a vivir conmigo a mi casa… Que lo intentara al menos, pero hemos estado separados demasiado tiempo y tengo la impresión de que ni siquiera me ve ya como su padre.

—¡Ay, cómo lo siento! ¿Y no hay nada que se pueda hacer?

—Tengo a dos de mis hombres siguiendo sus pasos, pero creo que ella lo sabe y tampoco quiero espantarla y perderla definitivamente. Me aterran sus malas compañías. Debería encontrar una solución y no sé por dónde tirar. Ni siquiera yo lo sé. Y tendría que saberlo.

—Entiendo.

—Bueno, así es la vida.

—Por cierto, ¿alguna novedad sobre Álvaro Dueñas?

—Había pensado que… Que tal vez podríamos vernos y… No sé, comentar la investigación hasta donde pueda contarte. No sé cómo lo ves…

—Pues es que estoy muy ocupada. Cuéntame, si quieres, si no te importa, por teléfono —responde cortante Adela.

—Es que por teléfono —trata Santos de reconducir el asunto— voy a necesitar mucho tiempo y…

—¡Ah! Por eso no te preocupes. Salvo que haya algo muy concreto o importante y que no pueda esperar.

—No, no. Nada especialmente nuevo, simplemente que no me olvido del asunto. ¿Y qué tal si quedamos a tomar un café, o incluso podemos comer?

—¡Uy! Es que, como estoy tan liada, casi prefiero que me mandes lo que tengas y ya veremos la forma de hablarlo. Lo siento, de verdad, pero es que me pillas fatal. No paro. Entre mi trabajo, la facultad y encima mis tareas familiares es que no doy abasto. Espero que lo entiendas —se excusa Adela que, aun así, no quiere resultar ni antipática ni maleducada.

—Vale, no te preocupes, te envío lo que tengo y lo vamos comentando.

—Muy bien. Así lo haremos.

—Mi experiencia me dice que, a veces, necesitas a alguien que te cambie el paso, que te haga mirar en otra dirección para poder comprender lo que eres incapaz de ver. Aunque lo tengas delante de tus propios ojos. Es cuestión de perspectiva, cambias la forma de mirar y, ¡zas!, encuentras el rumbo adecuado. Y esto sirve, además, en cualquier aspecto de la vida.

—Te veo muy puesto.

—No, no es eso.

—Sí, suele pasar. No sabía que fueras tan rebuscado en tus planteamientos. Ahora entiendo que tengas tan buena fama como madero.

—Policía, si no te importa.

—Ah, sí, perdona, tienes razón.

—Por cierto… –cambia de asunto Santos, rápido de reflejos, para evitar que la conversación acabe llevándolo a un terreno que no desea.

—Dime, dime…

—No, no. Nada. Perdona, se me ha ido el santo al cielo. A veces me pasa, veo que me estoy haciendo mayor.

—Bueno, no te preocupes, nos ocurre a todos. De pronto, vamos a decir algo y se nos olvida. Estoy segura de que pronto lo recordarás.

—Vale, pues cuando me acuerde te volveré a llamar.

—¡Hombre! Tampoco hace falta que me llames por eso.

—No, si no me importa.

—Ya, pero es que resulta que tú tienes, o deberías tener, otras ocupaciones más importantes y yo, como te digo, estoy saturada de trabajo.

—Te entiendo. No quería molestarte.

—No, si no me molestas.

—Y gracias de nuevo por el colgante de Celia.

—No, gracias a ti.

—Hasta pronto, Adela.

—Adiós, cuídate.

Nadie podía saber cómo era el infierno hasta que no entraba en el poblado de Los Focos, en el distrito de San Blas. Lo más inhumano y depravado, lo más sucio y abyecto de Madrid se encontraba en ese reducto, lejos del centro, entre las avenidas de Daroca y Guadalajara y la calle Hermanos García Noblejas. Pasaba por ser el mayor y el más pobre de los núcleos chabolistas y no es de extrañar que muchos lo conocieran como «Guarrerías Preciados». En sus chabolas e infraviviendas, 250 «ilegales» y otras 90 «legales», según el último censo municipal, circulaba la droga con una pasmosa naturalidad. Por más que el Ayuntamiento hubiera rodeado el poblado con zanjas, para evitar su ampliación, y por más que la policía tratara de contener el incontenible mercadeo de estupefacientes. Inútil el esfuerzo de las autoridades municipales, con sus habituales medidas cosméticas para tratar de contener la ira vecinal; inútil el esfuerzo de las «medidas policiales», incapaces no ya de acabar con la venta a gran escala, sino tan siquiera de evitar el trapicheo. Todavía no eran conscientes del alcance de la epidemia, por muy duro que pegara, ni sabían cómo combatirla. Todos están convencidos de que, tarde o temprano, el campamento será desmantelado, toda vez que se asienta sobre miles de metros cuadrados de suelo urbano, muy apetecible para la iniciativa privada. En los despachos del Ministerio de Obras Públicas y también en los de la Casa de la Villa se mueven además los primeros planos de la futura autopista de circunvalación M-40, otro motivo más para acabar con el poblado. Mientras llega ese momento, que llegará, el campamento no para de crecer al calor de ambos proyectos. Ajenos a todo, legiones de yonquis acuden

diariamente a comprar su mercancía. Y también a consumir, a inyectarse sus dosis escondidos como ratas, tirados como perros detrás de un muro, un somier o un colchón, o a la vista de todos, cuando, con frecuencia, la necesidad y la desesperación les impedían huir a lomos de aquel «caballo» imposible de embridar. Muertos en vida, muertos que caminan, cadáveres ambulantes con las venas quemadas de tantos pinchazos y cuyo único afán es pillar una papelina. Cueste lo que cueste, al precio que sea, aunque sea llevándose por delante la vida de una estanquera, o la del dueño de una bodega de Vicálvaro o de San Blas. Con droga de gran pureza, en raras ocasiones; o cortada con quinina, almidón, azúcar, o leche en polvo, cuando no con yeso, tanto da, el caso es tener algo para pincharse. Algo para esnifar, algo para fumar. Tanto da un «pico» de «jaco», como un «chino», el caso es «ponerte» y «ponerte». Y volver a «ponerte». Tampoco sería la primera vez que en Los Focos, en Torregrosa, en el Rancho del Cordobés, en la Rosilla o en la Cañada Real, o en cualquier otro punto de aquellas sucursales del infierno, aparece el cadáver de un toxicómano al que le han pasado un polvo blanco mezclado con estricnina o algún otro veneno. Estos «accidentes» rara vez son noticia; al fin y al cabo, a quién habría de importarle la muerte de un pobre desgraciado cuya única salida es morir mientras se chuta. O por culpa de la hepatitis C, o del sida. O por todo a la vez.

En Los Focos, «Guarrerías Preciados», muchos de los gitanos se ganaban la vida con la compraventa de vehículos desguazados, chatarra, puertas, electrodomésticos o loza sanitaria. Y había también otros dedicados al menudeo de droga. Pero allí quien manda, sobre unos y otros, es el clan de los Gordos, el principal suministrador de heroína de todo Madrid. Siempre en sus quehaceres, será difícil sorprenderlos a todos juntos. Cuando no están en prisión, se encuentran de viaje en Holanda comprando heroína procedente de Pakistán o Afganistán hasta recalar en Los Focos y, en ocasiones, en Portugal.

Sus siete miembros, seis hombres y una mujer, más otros dos temporalmente fuera de la circulación y con residencia en la cárcel de Carabanchel, viven en una chabola que es, en realidad, una parcela-fortaleza. Con sus puertas blindadas y sus potentes focos para iluminar por la noche. Y sus equipos de transmisión para «santear», para «dar el agua», si es que la policía decide husmear. Y su chimenea, siempre encendida, incluso en verano, por si hubiera que arrojar la droga para destruir las pruebas. Y sus vehículos de alta gama, con las placas manipuladas y las cerraduras forzadas; o nuevos a estrenar, recién salidos del concesionario, a cubierto en ambos casos en un improvisado cobertizo. En el chamizo de los Gordos siempre hay apostados varios «machacas» para mantener el orden entre los clientes y, de paso, avisar si detectan la presencia de algún secreta o de algún coche patrulla. Los «machacas» también echan una mano si, llegado el caso, hay una gran

demanda y los Gordos no dan abasto con tanta clientela. Colocan la mercancía en las mesas para la venta, rellenan las bolsitas en dosis individuales, con un gramo de coca o una micra de «jaco», de heroína, y preparan las cucharas y la «chuta» para inyectarse, si es que los toxicómanos no disponen de la suya, y limpian las básculas de precisión, además de supervisar los molinillos eléctricos para realizar las mezclas y las sustancias de corte. Una cadena de montaje muy lucrativa y muy segura. Tanto como para necesitar un pequeño arsenal de escopetas, pistolas y revólveres, e incluso un fusil de asalto AK-47, con su correspondiente munición, para utilizar al momento, o bien para vender si, llegado el caso, alguien necesitara de sus servicios. Lo que viene siendo un supermercado muy bien abastecido. Funciona las 24 horas y nunca descansa. Allí nadie sabe lo que es un domingo o un festivo.

En Los Focos, los Gordos no respetan a nadie. Nadie les infunde temor, la policía por supuesto que no y, si acaso, algunas veces, solo atienden a razones cuando son los patriarcas los que hablan. Como el tío Casiano, que de la noche a la mañana pasó a convertirse en hombre de respeto cuando la droga también se llevó por delante a su hijo mayor. Los gitanos nunca imaginaron que también sus hijos acabarían cayendo, igual que los payos. Entonces entendieron que esa esclavitud también los alcanzaba a ellos, como la peste, y solo entonces alcanzaron a comprender que lo que estaba en juego era su propia supervivencia. Y fue, precisamente, el tío Casiano el que por primera vez en su vida marcó el 091. Para avisar de que, tras apagar el fuego en uno de los chamizos, habían encontrado los cadáveres de dos personas y que «ellos no tenían nada que ver y que querían colaborar en lo que fuera preciso para dejar a salvo su buen nombre». «El buen nombre de su clan y el de la mayoría de los habitantes del poblado».

El inspector Senabre tiene uno de los mejores despachos del cuartel de Zaragoza, en la plaza de Pontejos, en la que habría de ser Real Casa de Postas. El Grupo Antiatracos que dirige tiene allí su base, en la segunda planta, justo encima de la Inspección Central de Guardia, y no lejos de otras muchas dependencias policiales, como las que ocupan los otros miembros de la Brigada de Policía Judicial. A espaldas de la Puerta del Sol, a un paso de los calabozos de la antigua y temida Dirección General de Seguridad. Un despacho amplio y luminoso, en el chaflán entre las calles del Correo y de la Paz, en el que echa muchas horas cuando no está en la calle, que es lo que realmente le gusta. Detesta el trabajo de oficina, con su papeleo y su burocracia, aunque es consciente de que no siempre puede acudir al lugar de los hechos, como cuando era joven. Siempre dispuesto y disponible para empalmar turnos y guardias, lo que hiciera falta. A sus cuarenta y siete años

no le van demasiado mal las cosas, y su única pena, su único lamento, es no haber podido evitar que su hija anduviera con «determinada gentuza», primero, y acabara marchándose de casa poco antes de alcanzar la mayoría de edad. No hay un solo instante que no piense en ella, no hay un solo día que no trate de seguirle la pista. No sabe nada de ella, lo último fue que andaba por Ibiza con un grupo *hippy* y que, «maldita sea», había empezado a coquetear con las drogas. No podía detenerla, no podía castigarla —como cuando era pequeña, si es que su madre le dejaba verla—, no podía retenerla. No, en contra de su voluntad. Durante años se había metido tanto en su trabajo, le había dado tanto a la Policía, que se olvidó de quien de verdad era su única familia. Y cuando quiso recomponer la situación ya era demasiado tarde. Su mujer lo había abandonado tras el «incidente», llevándose a Celia, y a él solo se le ocurrieron dos salidas: meterse un tiro por la boca o abandonarse al dulce olvido del alcohol. Aceptó sin rechistar esta segunda opción, aun a riesgo de que fuera pillado en un renuncio y condenado al oprobio de una expulsión segura del cuerpo. Pero aguantó, nadie sabe cómo. Sin mujer y sin hija y con el *whisky* como única compañía hasta que hace tres años reapareció Celia para volver a esfumarse, quién sabe dónde.

Hasta hoy, maldita la hora.

—Jefe, tengo algo que decirte —lo sorprende en sus cavilaciones el oficial Ángel Bueno, su inseparable compañero de fatigas policiales, y también de algunas correrías nocturnas, desde hace años.

—Dime —responde Santos, temiéndose lo peor.

—No son buenas noticias, jefe.

—Dime lo que tengas que decirme de una puta vez.

—Hemos encontrado a Celia… Muerta… En Los Focos. El juez aún no ha ordenado el levantamiento del cadáver y tardará en hacerlo porque tiene mucha tarea.

—(…)

—Jefe…

—Necesito estar solo. Por favor.

—Sí, jefe, claro, lo entiendo. Estaré aquí al lado, por si me necesitas.

—Espera, no te vayas, ¿cómo ha sido? ¿Cómo sabes que era ella?

—Uno de los patriarcas del poblado ha llamado al 091 y cuando hemos llegado había dos cadáveres casi calcinados. No hemos tocado nada, pero una de las víctimas, la misma que tenía una jeringuilla clavada en el antebrazo, llevaba un colgante de plata al cuello en forma de corazón. Una especie de relicario, algo dañado, como ves, y con estas dos fotos en las que aún se pueden distinguir los rostros —confirma Ángel Bueno.

—Está bien. Y ahora déjame solo.

—Lo siento mucho, Santos.

—Prepara un coche. En cinco minutos nos vamos a Los Focos.

Santi y Celia se habían conocido en Ibiza. No hacía demasiado tiempo, pero desde entonces se habían vuelto inseparables. Y juntos acabarían, carbonizados, en aquel chamizo de los Focos del que ya no pudieron escapar. Como no pudieron huir del jaco. No era el futuro que habían imaginado, pero al menos se fueron juntos, tal y como deseaban. Y lo habían intentado, claro que sí, sobre todo Celia, que sin saber cómo se vio arrollada tratando de ayudar a su amigo. Podría haber pedido ayuda, a su padre, por ejemplo, pero no lo hizo. No creyó que la hubiera entendido. A su madre, tal vez, pero no habían acabado bien, y le sabía mal tragarse su derrota. Por amarga que fuera.

Mediaba un abismo entre el Santiago Álvarez, criado en una familia bien de Zaragoza, y el Santi que un buen día recaló en la playa de Benirràs, atraído por un modo de vida fácil. Un abismo entre la despreocupada vida familiar, con sus cosas, como todas las familias, y aquella cala ibicenca en cuyos pinares, no sabía bien cómo, se había llegado a guarecer en busca de una buena vena para inyectarse. En el pene, incluso, si hiciera falta. Celia intentó apartarlo del mal camino, pero finalmente ella misma trastabilló y ya nunca más pudo levantarse. Creía que podría con todo, pero todo se esfumó al meterse su primera raya de heroína por la nariz. Luego empezó a pincharse y se «enganchó». Tampoco hacían ascos a las «pirulas». Al Rohypnol, sobre todo. Los «reinoles», gracias a los cuales podían calmar el «mono». Y a partir de ahí, cuesta abajo y sin frenos. Con alguna mejoría transitoria, pero tarde. Demasiado tarde. Su último esfuerzo, su último intento, fue convencer a Santi de que estarían mejor en Madrid. Más cerca de todo. También de los coches, radiocasetes, maleteros, supermercados, farmacias, estancos y sucursales bancarias que necesitaron atracar para ir malviviendo y poder pagar su irrefrenable adicción. De esta forma, acabaron en los Focos, donde ya solo se alimentaban con algo dulce y yogures.

Entre jeringas compartidas, moqueando y tiritando, poniéndose picos sin

parar.

Y con el cuerpo pidiéndoles cada vez más.

Hasta que llegó su hora.

Cuando Santos vio el cadáver de su hija, el rato que pudo estar allí, la primera imagen que le vino a la mente fue la de aquellas chicas achicharradas en el incendio de la calle Uceda. Su bautismo de fuego en la policía. No podía creer, se resistía a hacerlo, que aquel cuerpo rígido y carbonizado pudiera ser el de Celia. Dieciocho años. De cuando era pequeña apenas tenía imágenes que recordar. Esa parte de su vida también se la había perdido. Trató de pensar en ella, tal y como la encontró cuando le regaló el relicario. Pero tampoco pudo. «Debería haberla detenido entonces», se reprocha amargamente con los ojos arrasados ya en lágrimas.

«Vámonos, ya hemos visto suficiente. Ángel, por favor, ponme con Pilar Enciso. Prefiero que lo sepa por mí, aunque me joda».

Nueva recaída. Otra vez el «puto alcohol». Una botella de *whisky,* lo que haya a mano. Cualquier cosa vale. Tras la muerte de Celia, Santos Senabre volvió a ser aquel viejo náufrago atado a una botella. El mismo personaje de cuando su crisis matrimonial. Sin futuro, sin consuelo. Sin que su absorbente trabajo lo llenara como antes. Volvió a los peores y tenebrosos días, que creía cosa del pasado, tras el mazazo de la separación de Pilar. Creía estar curado, pero en ocasiones no es cuestión de voluntad. No solo de voluntad. Su compañero y amigo, Ángel Bueno, le tapó todo lo que pudo taparle, y gracias a eso pudo mantenerse en Pontejos.

Y cuando menos lo esperaba, perdido y sin rumbo, cuando nada aguardaba ya de la vida, se encontró con que Adela estaba allí. No se había olvidado de él. Y la llama que había germinado volvió a crepitar.

Nadie puede estar tanto tiempo a la intemperie.

Necesitaba un cobijo. Un refugio en la vida.

Nadie debería.

Una tregua, al menos.

8

1982. Madrid

No supo qué era lo que le pasaba. No en ese instante. «Qué hacer». «Qué camino tomar». «¿Dónde encontrar el necesario consuelo?». «Cómo amortiguar el dolor?». ¿O tal vez era que se estaba resistiendo a aceptar lo inevitable? O que se veía un poco ridículo —patético tal vez— adentrándose en un terreno desconocido, empedrado seguramente de peligros. A Santos, con el corazón roto desde hacía veinte años, incapacitado para el amor, no le gustaba sentirse vulnerable y sabía que por ese camino estaba perdido. Inútil resistencia cuando la tormenta que se avecina será capaz de empaparle algo más que los huesos. Y fue así, «con la guardia baja», desprevenido e inerme tras el fallecimiento de Celia hacía dos años, cuando sintió ese vértigo embriagador que habría de acompañarlo todas las horas de todos los días el resto de su vida. Fue así, de pronto, cuando supo que algo en su interior se había removido definitivamente y que el simple recuerdo de la mirada de Adela Salgado, que ya no se podría arrancar por más que lo intentara, había bastado para alterar su plácida existencia.

Al principio no fue más que un leve cosquilleo.

Un estrépito más tarde.

Luego un remezón.

La locura, al fin, cuando se supo atrapado en un sentimiento del que no podía ni quería escapar.

«No darte por vencido, ni aun vencido». «¿Dónde demonios habré leído yo esto?». «¿Y por qué cojones se me viene a la cabeza ahora?», cavila intranquilo Santos mientras la imagen de Adela se agranda en su interior hasta hacerle exhalar un suspiro que, lejos de apaciguarlo, lo deja preocupado. «Es jodidamente guapa», piensa. «Aunque al principio fuera tan seca y distante conmigo», trata de consolarse. «Tendré que ir olvidándola antes de que sea

tarde», se conjura Santos, sin saber que la lenta combustión de ese sentimiento acabará abrasándole hasta el alma. Quiere sacársela de la cabeza, pero no puede. Y se la imagina, entonces, con su pelo muy negro, con el flequillo al borde siempre de sus ojos, los ojos del color de la miel, la sonrisa siempre dispuesta, los labios dibujados con primor, la picardía de sus pecas, la barbilla perfecta, y esa paz en el rostro de quien tiene un don innato para la felicidad. Una diadema, quizá, como único adorno, «para qué más cuando la luz de su mirada lo inunda todo». Lo envuelve todo, todo lo trastoca.

«Esa mirada es mi punto débil», piensa Santos alelado.

Pero es que, además de todo esto, Adela tenía razón. Y no tuvo más remedio que ir dándosela, poco a poco, en las escasas ocasiones en las que se habían visto tras la muerte de su hija. Su «amiga especial», como él la llamaba, había respetado su dolor, pero no había dejado que la amargura de la soledad prendiera en él. No fue fácil, sobre todo al principio, pero Adela Salgado hizo todo lo que podía hacer para que el inspector no acabara devorado por sus propios fantasmas. Y eso que Santos nunca se había atrevido a explicarle que estaba acorralado por el alcohol. Por vergüenza, es posible; por temor, seguramente, a que aquella confesión acabara separándolo de ella, que era lo último en el mundo que deseaba. Ella tenía su vida, su pareja —Diego—; y él tenía…, bueno, él no tenía mucho. Prácticamente solo a ella. Al menos en su cabeza, que no es mal sitio para tener a una persona cuando no puedes tenerla en otro lado.

Y Adela tenía razón, estaba en lo cierto. El inspector no podía demostrar que el fallecimiento de Santiago Salgado estuviera directamente relacionado con lo ocurrido durante su comida con don Álvaro —como mantenía la joyera y diseñadora—, pero con el paso del tiempo había acabado convencido de que no iba muy desencaminada. Al contrario. El trabajo de averiguación de sus hombres, las indagaciones que él mismo venía realizando y, por si fuera poco, la información facilitada por el jefe de la Brigada de Homicidios, Manuel Olivares, no habían hecho sino completar el sombrío perfil de Álvaro Dueñas de Mora como sujeto sin escrúpulos.

Alguien dispuesto a todo, por mucho barniz de anticuario que se hubiera dado.

«Ya está bien de contemplaciones, habrá que empezar a mover el árbol para que empiecen a caer las nueces», le dijo enigmático a su «número dos», Ángel Bueno.

Y no sería porque Adela no se lo había avisado desde hacía tiempo.

«Comenzaremos por Alazán».

—Santos…

—Dime, Rubí.

—Necesito saber algo.

—Dime.

—¿Te parezco guapa?

—Claro que sí.

—¿Cómo de guapa?

—Mucho

—Sí, ¿pero cómo?

—Bella como un amanecer.

—No suena mal, pero qué tonto eres. Además de mentiroso. Sigue.

—Bella, resplandeciente, delicada y fragante como una flor.

—¿En serio?

—Preciosa como las flores del magnolio que hay en la puerta de Alazán.

—Gracias.

—¿Estás bien? Te noto decaída.

—Sí, estoy algo floja. No sé qué me pasa. Estoy siempre cansada. Todo me sabe amargo.

—Deberías ir al médico.

—Sí, algo tendré que hacer.

—Oye, me aburre un poco este club. ¿Qué tal si algún día quedamos fuera de aquí?

—Uy, no sé si podría, a mi jefe no le gustará. Tenemos prohibido ver a los clientes fuera.

—¿Pero podrías intentarlo, buscarte alguna excusa?

—Sí, intentarlo sí, claro.

—¿Y qué podríamos hacer?

—Pues no sé… Podría invitarte a merendar en Embassy, aquí cerca. ¿Conoces el sitio?

—No he entrado nunca, pero sé dónde está. Y, además, cuando tenemos aquí alguna celebración especial, don Álvaro les encarga la comida a ellos. Está todo muy bueno.

—Sí es un sitio clásico de Madrid. Y tienen un salón de té donde podemos hablar tranquilamente.

—¡Qué bien! ¡Qué buena idea! Me encantará estar contigo fuera de aquí. A ver si es posible.

—Tiene que ser posible.

—Algún día te contaré mi vida y te sorprenderás.

—Hay pocas cosas ya que puedan sorprenderme.

—No soy quien parezco ser.

—Eso ya lo había imaginado. Nadie es quien dice ser. Yo tampoco.

—¿Y tú quién eres?

—¿Me guardarás el secreto?

—Claro.

—Soy policía.

—¿Pero un policía en el que se puede confiar? Porque si yo te contara…

—Un policía en el que puedes confiar.

—¿Y estás aquí por trabajo?

—Yo nunca dejo de trabajar, nunca descanso, pero hoy estoy aquí porque quiero estar contigo. Solo eso.

—¿Y qué quieres de mí, lo que todos?

—No sé qué irán buscando los demás, aunque puedo imaginarlo; yo solo aspiro a pasar un rato agradable contigo y a disfrutar de tu compañía. Ya lo sabes. Nada más.

—Te lo digo porque si vas buscando otra cosa tendrás que llamar a otra chica. Yo soy la única que tiene permiso para rechazar las propuestas subidas de tono.

—¿Y eso?

—Bueno, entré con esa condición y el dueño del local me lo permite.

—El dueño del local…

—Sí, don Álvaro. Bueno, y su hijo, también manda mucho.

—¿Su hijo?

—Sí, Alvarito.

—¿Y el rubio?

—No sé, creo que es belga, o algo así. Me da un poco de miedo.

—No son trigo limpio. Ninguno de los tres. Ten cuidado.

—Lo tengo. O trato de tenerlo. Pero estoy como sin fuerzas. No sé qué me pasa.

—Tenemos que buscar una solución. Déjame pensar. Así no podemos seguir. Voy a actuar, pero no puedo entrar aquí a las bravas. Necesito algo, un motivo, una excusa. ¿Sabes lo de los diamantes?

—Sí, algo he oído. Bueno, nosotras mismas también los vendemos.

—Creemos que este club es, en realidad, una tapadera para ese negocio ilícito.

—Es posible. A mí no me cuentan esas cosas.

—¿Tienen el material aquí?

—No sabría decírtelo, tal vez en el despacho de don Álvaro, en la planta de arriba, junto a los reservados. A nosotras solo nos dan algunas piedras para que se las podamos vender a los clientes.

—Piedras falsas, cobradas a precio de oro.

—Eso creo. El rubio es el que se ocupa de eso. Erik, el belga. Y no sé quién me da más miedo, si Alvarito o él.

—¿Han intentado propasarse contigo?

—No, Alvarito me dice palabras soeces y, en alguna ocasión, ha tratado de acorralarme o intenta sobarme. Es un cerdo despreciable. Y yo creo que le falta algún tornillo.

—¿Y no tienes amigos, alguien en quien confiar, alguna de las chicas?

—Soy amiga de Zafiro y Esmeralda tampoco me cae mal. Pero confiar solo confío en Carmelo.

—¿Y ese quién es?

—El pianista, aquel de allí. Empieza a estar un poco sordo, pero es muy buen hombre. Me entiende sin palabras, sabe cuándo estoy bien y cuándo tengo un mal día. Sabe escuchar, pese a su problema con el oído, y yo le suelo contar mis cosas con bastante naturalidad. Le tengo mucho aprecio y creo que él a mí también.

—Eso está muy bien.

—También el barman, Ildefonso Criado, me parece un tío legal, pero ya no sé qué pensar. No lo tengo claro.

—Te entiendo. Haces bien en comportarte así, toda reserva es poca.

—Me gustaría contarte un secreto, antes de que sea demasiado tarde.

—Tú dirás. Gracias por la confianza.

—La historia es un poco larga, trataré de resumir. Mi familia… Cuando alcancé la mayoría de edad, mis padres me regalaron una piedra auténtica, un rubí del tamaño de una nuez que, al parecer, tiene mucho valor. Y no sé dónde esconderla. Si te la entregara, si te la hiciera llegar de alguna forma, ¿me harías el favor de custodiarla hasta que sepa qué hacer con ella?

—Sí, claro, pero no aquí ahora.

—Lo entiendo. Es como si tuviéramos cientos de ojos observándonos y yo tampoco me atrevo.

—Eso me ha parecido. Lo importante es que confíes en mí. Yo pondré la piedra a buen recaudo hasta que estés segura y decidas recuperarla. Tengo además una amiga que es experta y, si estás de acuerdo, podrá examinarla para

que conozcamos su valor. Te haré un papel, algún tipo de documento para certificar la entrega y acreditar la propiedad.

—No necesito papeles, contigo no. Solo alguien en quien confiar y creo que esa persona eres tú. No tendré otra oportunidad.

—No te preocupes, yo te protegeré.

El pianista no se había atrevido a comentarlo con nadie, salvo alguna vez y de pasada, con el barman. Pero la notaba despistada y apática. Como con falta de vigor y energía. Despojada de su alegría natural, no parecía Rubí. No respondía a sus innumerables bromas. No le guiñaba el ojo con gracia, como hacía siempre cada vez que ella entraba en Alazán y el dejaba de tocar, creando un incómodo silencio en la sala, para interpretar de pronto aquella pieza de Armando Manzanedo que a ella tanto le gustaba. «Esta tarde vi llover, vi gente correr y no estabas tú». Rubí había dejado de ser Rubí. Él se lo dijo, pero la chica solo admitió estar algo enferma, «nada grave», le dijo, «nada preocupante, todo irá bien», palabras vacías que a él no lo convencieron.

«Solo sé que vi llover, vi gente correr y no estabas tú».

Y así transcurrían los días de Carmelo, preso de esa angustia por el sufrimiento de su amiga.

Sumisa con su marido, sumisa también con su propio hijo, Isabel Menéndez había hecho del sometimiento su forma de vida. Por pura supervivencia. No estaba en su forma de ser, ni de pensar, ni fue educada para ello. Nunca lo imaginó. Nunca pensó que la vida fuera eso: anular su propia personalidad y estar supeditada a los deseos y anhelos de sus seres más queridos. «¿Queridos?», se pregunta a veces. Nunca lo pensó, pero tampoco tuvo fuerzas para rebelarse. Se trataba, simplemente, de dejarse llevar. Ver, oír y guardárselo todo. Verlo todo, sin que se notara; oírlo todo, como si nada ocurriera; callarlo todo, sus lágrimas, sus emociones, sus congojas, sin que a su familia tampoco pareciera importarle. La esposa perfecta, la madre perfecta en una España que, aparentemente, empezaba a cambiar. Aunque solo de puertas afuera de su casa. Porque el sufrimiento en soledad acaso sea la más cruel de las soledades.

Don Álvaro tenía sus ocupaciones, sus negocios, sus viajes, sus «cosas», como le gustaba decir. Y Alvarito, bueno, él, todo un hombre ya a sus veintiún años, pero con síntomas, casi desde niño, de que algo en su interior no funcionaba del todo bien. Lo peor es que, cuando en alguna ocasión ella se lo sugirió a su marido, fue peor. Don Álvaro se resistía a admitir que su hijo, su único hijo, el continuador de sus negocios, el heredero de su cada vez más abultada fortuna, no se comportara como cualquier otro joven. Isabel estaba angustiada, sin saber qué hacer ni a quién acudir.

Sola, atrapada y confundida.

Si al menos hubiera tenido una hija...

—Te he dicho en varias ocasiones, y es la última vez que te lo repito, que no toques a Rubí. Olvídate de ella.

—Bueno, en realidad, es una más. Alguna vez le doy una palmadita en el culo…

—Me han dicho que intentas propasarte con ella, que la acosas y que te gusta sorprenderla por detrás para manosearle el pecho o tratar de besarla.

—Habladurías. Tengo veintiún años, por si lo habías olvidado, y ya sabes que en este negocio nuestro tenemos materia prima suficiente como para no aburrirnos. Ni siquiera es la que está más buena de Alazán. Y espero que no me regañes, que no la estés protegiendo de esa manera porque te la estés reservando en exclusiva para ti.

—¡Eres un depravado y un hijo de puta!

—Oye, no te consiento que hables mal de mi madre, que es tu mujer, por cierto.

—Siéntate de una puta vez. Tengo algo importante que decirte.

—Me temo lo peor.

—No, no quiero a Rubí solo para mí. No se trata de eso. Creo que ha llegado el momento de que lo sepas. Rubí se llama Aurora… Aurora Dueñas y es tu hermana.

—¡Venga ya! Y ahora voy yo y me lo creo. ¡Pero qué coño estás diciendo! ¿Acaso piensas que soy estúpido?

—No se trata de lo que tú puedas creer o no. Aurora es mi hija, como lo eres tú, aunque no la haya tratado como tal en los veintitrés años que tiene.

—No es posible. De ninguna de las maneras. En su DNI pone que se llama Aurora Bargues Pombo, hija por tanto de los Bargues… No, no y no. Rubí es una puta como otra cualquiera y tarde o temprano me la voy a follar. Por las buenas o por las malas. Lo juro.

Comoquiera que Alvarito se empecinara en no darse por enterado, el padre se vio obligado a hacerle entrar en razón. Vio clara la ocasión cuando, retador, el joven, ofuscado y fuera de control, se plantó delante de él, muy cerca de su cara, con las dos manos juntas y extendidas sobre el escritorio de caoba que los separaba. Don Álvaro, que desde el inicio de la conversación con su hijo no había parado de juguetear con el puntiagudo abrecartas de marfil que adquirió en uno de sus viajes a Bruselas, lo tuvo claro enseguida. Y ni siquiera le preocupó no sentir remordimiento por lo que iba a hacer. Empuñó el abrecartas, lo asió con tranquilidad y, sin inmutarse, de un certero golpe se lo clavó a su hijo en la mano derecha. Sin que este pudiera retroceder, ya que, fruto de la saña y rapidez con la que su padre hizo el movimiento, el utensilio llegó incluso a perforar el vade de la mesa donde don Álvaro guardaba su papel de escribir y sus sobres.

La atravesada mano de Alvarito apenas sangró.

—Búscate un médico o vete al hospital y que te curen esa herida. Diles…, invéntate cualquier cosa que sea coherente y, por cierto, ¿me estas escuchando?

—Sí, papá, sí. Siempre te escucho… Pero, ¡joder!... ¿Por qué me has hecho esto? Soy tu hijo —implora lastimoso Alvarito, incapaz de contener toda la ira que necesita descargar.

—Déjate de monsergas y atiéndeme —replica don Álvaro ajeno a las lágrimas y lamentos de su hijo.

—Tú dirás… —responde, agarrándose con su mano izquierda la muñeca derecha y apretando la mandíbula hasta hacerse daño.

—Necesito que hables por las buenas con Aurora y que la convenzas de que un rubí auténtico que tiene estará mejor en nuestras manos. Yo no me atrevo a pedírselo. Te he dicho por las buenas —añade don Álvaro remarcando cada una de las palabras, moviendo exageradamente los labios, mientras sigue jugueteando con el abrecartas de marfil teñido en un extremo aún con la sangre de su hijo—. Hazlo tú solo y echa mano del rubio únicamente en caso de extrema necesidad. No hace falta que Erik lo sepa todo, no sé si me entiendes. Quiero esa puta piedra, la quiero pronto y no quiero que toques a la chica. ¿Necesitas que lo vuelva a repetir?

—¿Y por qué es tan importante ese rubí, si nosotros podemos crear o tratar los que hagan falta?

—Es una historia larga, muy larga, que algún día te contaré, pero no hoy.

—Necesito alguna pista más —le indica Alvarito, casi ajeno ya al dolor agudo de la punzada y a la ira que a punto ha estado de desfogar cogiendo a su padre por el cuello, si es que una de sus manos no hubiera estado inutilizada—. Es una chica muy reservada, desconfía de mí, y como comprenderás no me va a resultar fácil convencerla… por las buenas. Otra cosa sería si me dieras carta libre y pudiera apretarle un poco las tuercas, tampoco demasiado, no creo que se me resistiera más de cinco minutos.

—He dicho que no. Por las buenas o me obligarás a llamar a Milton y que sea él quien te explique lo que tienes que hacer y cómo lo tienes que hacer. Te recuerdo, por si no lo sabes, que el negro suele resultar muy convincente cuando yo se lo pido.

—¡Puto negro de mierda! —masculla Alvarito con todo el desprecio de alguien que se cree superior.

—Ten cuidado con lo que dices, chaval.

—¡Qué remedio! Lo tendré, por la cuenta que me tiene.

—Déjame contarte algo más, por si puede facilitarte la tarea. Desde hace un tiempo le estamos dando a la chica un fármaco, elaborado por mi amigo Willy, para que se tranquilice y no sea tan levantisca. Como habrás observado, está bastante apagada y eso es fruto de la medicación que le administra Milton. Si hiciera falta, ocúpate tú del asunto y auméntale algo la dosis, pero muy ligeramente. Esto es importante, porque, si te pasas, la acabaremos cagando y lo perderemos todo. Y cuando digo todo me refiero a Alazán y a todo lo demás. No lo olvides. Si tienes alguna duda, vente a hablar con Guillermo Entralgo, pero no cargues la mano con este tema porque, ya te lo he dicho, se puede ir todo al garete.

—Necesito saber algo más sobre la chica esta. Quiero saberlo todo y de una vez.

—Vamos a ver… Aurora tiene en su poder un rubí de gran valor que recibió cuando cumplió los dieciocho. Fue un regalo… Un regalo de sus padres… Ejem… De sus padres adoptivos… Ejem… De la familia que la acogió antes de que nosotros nos hiciéramos cargo de su negocio y, de alguna manera, de su tutela, aunque legalmente no la necesitara al haber alcanzado la mayoría de edad. Tu hermana, porque es tu hermana, nunca lo olvides, estuvo muchos años viviendo en un convento de monjas y de ahí pasó a esta familia, los Bargues, cuyo patrimonio pasamos a gestionar nosotros de forma desinteresada. Prácticamente lo comido por lo servido, como suele decirse, como bien sabes o deberías saber tú. Eso fue a raíz de que nuestros vecinos en las Galerías Piquer fueran, bueno…, sufrieran el accidente que acabó con sus vidas…

—¿Accidente? —inquiere Alvarito, consciente de que su padre le oculta algo.

—Lo que fuera, eso es cosa de la policía. Lo que te estaba diciendo, y no me vuelvas a interrumpir, es que Aurora habla mucho, no sé con qué intenciones, con ese inspector de policía, Senabre, creo que me dijisteis que se llamaba, y no quiero que tu hermana…

—Hermanastra…

—Tú sigue con eso y ya verás qué hostia te voy a meter. Hazte a la idea, de una puta vez, de que a todos los efectos es y será tu hermana.

—Medio hermana —añade Alvarito retador—. Legalmente es así, si no te importa.

—Mira, chaval, me importa un huevo. La ley aquí son mis santos cojones y si vuelves a interrumpirme, y es la última vez que te lo digo, te estampo contra la pared. ¿Queda claro?

—Sí.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho que sí, papá, que me ha quedado perfectamente claro.

—Bien —trata de retomar el hilo don Álvaro tras una profunda inspiración—. Como te iba diciendo, lo que no quiero bajo ningún concepto es que tu hermana sienta algún tipo de temor, no sé, de inquietud, que la lleve a confiar en ese policía del que me hablasteis. Si el madero vuelve a venir por aquí, no consistáis bajo ningún concepto que hable con la chica. Ni abajo en la sala ni en el reservado. Ni dentro ni fuera de aquí. Ni él ni ninguno de sus hombres. Y ojo con eso, porque cualquiera puede hacerse pasar por cliente. Si se les ocurre venir, cosa que no creo, que baje cualquiera de las otras chicas, no sé, Esmeralda, Topacio, la que sea. Cualquiera menos Rubí. Que ella no salga de aquí. Quiero algo limpio y rápido. Nada de voces, nada de violencia, por supuesto, solo de que la convenzáis de que es una custodia temporal y que, naturalmente, si necesita algún papel, cualquier garantía, pues se la buscamos, ya sabes cómo, y ya está. ¿Me he explicado con la suficiente claridad o necesitas que te lo repita?

—Está claro.

—¿Cómo dices?

—Todo está perfectamente claro, papá.

—Así me gusta. Y ahora búscate un médico para que te cure la mano. Dile que te has clavado una astilla haciendo bricolaje.

ES COPIA SIMPLE

NÚMERO: DOS MIL CIENTO CINCUENTA (2.150)

En Alcázar de San Juan, provincia de Ciudad Real, siendo las trece horas, diez minutos del día dos de diciembre de mil novecientos sesenta.

Ante mí, VICENTE MARTÍN MORALES, Notario del Ilustre Colegio de Albacete, con vecindad y residencia demarcada en el municipio de Alcázar de San Juan, del mismo distrito, y testigos que después se expresarán, COMPARECE: DON ÁLVARO DUEÑAS DE MORA, mayor de edad, nacido el 14 de enero de 1.919, bodeguero, industrial y vecino de Herencia, provisto de documento de identidad número 5.513.605, de 31 de enero de 1.956. Tiene a mi juicio y al de los testigos la capacidad legal necesaria para testar, y en su virtud, dice:

Que, previa protesta de profesar la Religión Católica Apostólica Romana, ordena su testamento en la forma siguiente:

PRIMERO.— Declara ser natural de Herencia, provincia de Ciudad Real, hijo de Amador Dueñas y de Francisca de Mora, y que se halla soltero

SEGUNDO.— Libre y voluntariamente, y a todos los efectos legales que correspondan, el testador se declara padre de una hija natural, de nombre Aurora, concebida fuera del matrimonio, la identidad de cuya madre se resiste a desvelar. La menor, registrada ante la autoridad judicial, según refiere el propio interesado, tendrá garantizada su plena subsistencia y cubiertas todas sus necesidades.

TERCERO.— Por este acto, la menor queda instituida y nombrada heredera universal, de tal manera que, al fallecimiento del testador, su hija Aurora, que así dice llamarla, tendrá acceso a todos sus derechos, acciones y bienes, incluida su bodega, viñedos y terrenos de labranza. A expensas, desea precisar el testador que este documento pueda ser modificado en un futuro, en caso de que hubiera otros posibles herederos.

CUARTO.— Hasta el momento de que la menor alcance su mayoría de edad, don Álvaro Dueñas de Mora adquiere el compromiso de emplear todo el dinero necesario para el sostenimiento, la manutención, cuidados y educación de su hija natural, fondos que serán librados en tiempo y forma

para su administración por aquellas personas o instituciones que reciban el encargo de tutelar a la menor.

QUINTO.— Nombra albaceas contadores, partidores, solidarios, con todas las facultades legales y prórroga del plazo hasta dos años después del fallecimiento del testador, a sus convecinos don Eulalio Martín-Consuegra Villareal y don Pedro Pablo García-Navas Ortiz.

Redactado este testamento con arreglo a las manifestaciones verbales del testador, y leído por mí en alta voz, en su presencia y de los testigos instrumentales, se ratifica aquél en su contenido y dice que es la fiel y exacta expresión de su deliberada voluntad.

Así lo otorga y firma con los testigos instrumentales don Amancio Pérez García-Mascaraque, don Eulogio Martín Martín y don Julián Tembleque Viso, quienes manifiestan conocer al testador, son de la misma vecindad y mayores de edad y sin excepción legal para serlo según aseguran, previa lectura que les hice como queda indicado, después de advertidos de su derecho a hacerlo por sí, que no usaron, quedando extendida esta matriz en el presente pliego de clase decimocuarta.

De todo lo cual, de la capacidad que para testar tiene a mi juicio el otorgante, de su conocimiento, profesión y vecindad y de haberse observado todas las formalidades legales en un solo acto, yo, el Notario, doy fe.

Signado, rubricado y sellado.

Firmas rubricadas, testador y testigos:

—Papá, tengo algo importante.

—Dime.

—¿Te acuerdas del policía ese al que tanto le gusta hablar con Rubí?

—Sí. Ya os dije que no lo perdierais de vista.

—Pues agárrate porque, según me ha dicho Erik, es un puto jefe.

—¿Jefe?

—Sí, pero no uno cualquiera. Creo que está al frente de la Unidad Antiatracos o algo así.

—¡Joder! Yo esperaba que los problemas vinieran por parte de otro, que ya me interrogó cuando lo de los Bargues, un tal Olivares, pero de este no tenía ni idea.

—Es muy raro que venga tanto por aquí. Erik lo ha estado investigando, ha hablado también con las chicas, sobre todo con Esmeralda, que es la que suele estar más informada, y estamos seguros de que no viene a pasar el rato.

—Hay que avisar también a Milton. De momento, sacad todos los diamantes de aquí, díselo al rubio, eliminad cualquier posible pista y, sobre todo, permaneced con los ojos muy abiertos. Y avisadme inmediatamente si vuelve a poner los pies por aquí.

—Papá, hay algo más.

—Dime.

—Erik ha descubierto que el policía, creo que es inspector, es muy amigo de una tal Adela.

—¿Novios?

—Ya se lo he preguntado. No. Cree que no. Apenas se ven. Ella está emparejada con un bailarín, o algo así. Es gemóloga y tiene una joyería en la calle Lagasca.

—¿Adela Salgado?

—Sí, ¿pero cómo lo sabes?

—Conocía a su padre, del gremio también. Estuvo a punto, más o menos, de trabajar con nosotros hasta que desgraciadamente falleció. Un ataque al corazón, o algo así, creo.

—Ya.

—Veo que esto se complica… Porque tú no serás de los que creen en las casualidades. ¿Verdad?

—No, no creo en ellas. Y lo que pienso es que aquí hay gato encerrado. Creo que vienen a por nosotros.

—Eso es. Lo bueno, por decir algo, es que ya sabemos, o podemos intuirlo, de dónde vendrá el peligro. Y habrá que estar preparados. Tendré que hacer también alguna llamada a la Dirección General de la Policía. Conozco a uno de los mandos, Carlos Izquierdo, que me debe algún favor y seguro que algo sabe del tal Senabre.

—Sí, ¿pero cómo? ¿Qué hacemos?

—Tenemos que anticiparnos. Dejadme pensar. Y estad preparados por si tenéis que darle algún susto a alguien. Lo que no vamos a consentir es que un par de hijos de puta destruyan mi trabajo de toda una vida y acaben con tu futuro… Con tu futuro y con el de tu hermana, no lo olvides, si es que algún día deja de ser una oveja descarriada. Si conseguimos meterla en vereda.

—Entiendo.

—¿Alguna novedad con lo del Rubí del Amanecer?

—Nada nuevo, seguimos en ello. Ninguna pista de momento. Esta noche, sin falta, hablaremos con ella. Que enseguida empiezan las vacaciones y tampoco es cuestión de que con el cierre del local en agosto el asunto se nos escape de las manos.

—Me parece bien.

La madrugada anterior, una hora antes de que Milton bajara el cierre de Alazán, Santos aguardó sigiloso en un banco del paseo central de la Castellana. Como estaba algo lejos, entre las chicas no pudo distinguir a Rubí cuando subieron a la furgoneta para ser trasladadas al hostal. Un sabueso, un buen pesquisidor, lo tiene todo controlado y nunca deja nada a la improvisación. Y después de tantos años de oficio, no había ningún caso que le hubiera hecho cambiar de opinión. Uno de los primeros en abandonar el club fue Carmelo Miranda. Le dejó bastantes metros de distancia, sabía hacia dónde se dirigía. Con su aspecto algo desgarbado, el pianista giró a la izquierda en dirección a la plaza de Colón. Santos conocía que su destino era Cibeles. Allí cogería uno de los búhos de la EMT hasta Legazpi, donde vivía junto a su mujer y sus dos hijas. Residía en un piso más bien modesto y con unos tabiques tan endebles que, en la práctica, hacían imposible que sus belicosos vecinos le permitieran ensayar en el piano vertical de su casa, condenado a acumular polvo y silencio. Su única preocupación en la vida era la creciente la pérdida de oído, que lo inquietaba. Bueno, no la única. También

le angustiaban algunas de las cosas que le contaba Rubí, a la que cada vez notaba más débil y desorientada. No sabía cuál era exactamente su mal y nada podía hacer, más allá de animarla a que fuera al médico, o incluso a ofrecerse él mismo para acompañarla. No comprendía el motivo de su debilidad física, «todo me amarga», le dijo, ni tampoco acertaba a entender cómo era posible que se le cayeran las cosas de la mano con tanta facilidad. Enfrascado en sus pensamientos, no reparó en que a la altura de la Biblioteca Nacional, cuando cruzaba por el paso de peatones hacia el tramo central del paseo de Recoletos, alguien se había puesto a su lado y le estaba hablando.

«Soy Santos Senabre, inspector de policía, y soy amigo de Rubí. Sé que ella confía en ti y necesito que le des un recado. Tengo que verla, hablar con ella mañana mismo fuera de Alazán. Lo antes posible. Es urgente y muy importante. Sé que últimamente duerme allí, pero muchas tardes suele salir a dar un paseo, siempre acompañada. Dejan desconectado el teléfono. ¿Podrías volver al club ahora, con cualquier excusa, y darle el recado, aunque sea a través de la ventana? ¿Sí? Gracias. De ti no sospecharán si hubiera alguien de ellos por allí. No me fío. En caso de que no pueda escapar por sus medios entraré a buscarla como sea. Dile que la espero mañana en Embassy. A las cinco».

Pasaron las cinco.

Y las cinco y cuarto.

Dieron las cinco y media.

Pasaron también las seis de la tarde y Santos Senabre tuvo la certeza entonces de que nunca más vería a Rubí.

A su pelirroja preferida.

Ni viva ni muerta.

Cuando el reloj de pared de Embassy dio las seis y media, dobló su periódico y salió del local.

Enfurecido y con ganas de reventarle la cabeza a alguien.

A don Álvaro, por ejemplo, o a alguno de sus esbirros.

¡¡¡Jooodeeerrr!!!

Aturdida y somnolienta por la extraña medicación que le hacen tomar, o por la que sin ella advertirlo le echan en cualquier bebida, Rubí, Aurora Dueñas, se encuentra descansando en su reservado de la planta de arriba. Ya se encargará Erik de llevarla más tarde al hostal. Es domingo, 1 de agosto, su jornada laboral ya ha terminado y se han marchado todos. Un poco antes hoy, porque el club estará cerrado durante cuatro semanas con motivo de las vacaciones de verano. En años anteriores no había sido así, pero el jefe había llegado a la conclusión de que no merecía la pena tener el negocio abierto durante todo ese mes con tan poca clientela. Los proveedores ya estaban avisados de que no necesitarían nada, e incluso las cámaras frigoríficas habían sido desconectadas. Inactividad total durante todo el mes. Para todos, salvo para los albañiles y pintores, tan previsores ellos, que ya habían estado por allí para llevar el material necesario con el que adecentar el local y darle una manita de pintura aprovechando el parón veraniego. El local llevaba ya seis años abierto desde el incendio —también agosto, también fin de semana—, y a don Álvaro se le había ocurrido que podía ser un buen momento para sanear humedades y hacer algunas pequeñas reparaciones. Y ya que estaban puestos, aprovecharían para hacer un pequeño vestuario en el sótano con el fin de que los camareros no tuvieran que cambiarse en los servicios. El lunes, sin falta, empezarían a trabajar. Por lo menos habían tenido la delicadeza de bajar todo el material al sótano.

Es madrugada ya y no queda nadie. Todos se han ido. Menos ella. O eso le gustaría creer. En esta ocasión el cierre no lo ha echado Milton, que, por indicación de don Álvaro, es el que suele acompañarla al hostal. Alvarito y Erik, que nunca esperan hasta el final, se han quedado con el encargo de cerrar tras permanecer remoloneando. Apurando sus últimas bebidas en la barra después de pedirle a Rubí que se mantenga despierta porque desean comentarle un asunto que no puede esperar. A Milton le ha extrañado, pero como Alvarito manda mucho no se atreve a contrariarlo. Y a esas horas, tampoco es cuestión de molestar al patrón. Transcurrido un tiempo prudencial, ambos se encaminan hacia la planta de arriba. En el último reservado que hay a la izquierda, junto al despacho de don Álvaro, Rubí los aguarda pasiva e indiferente. Casi sin fuerzas acierta a intuir lo que ha de venir, aunque está muy lejos aún de poder imaginarlo en toda su crudeza. Alvarito le pide al belga que lo espere fuera porque «primero tiene algo que resolver con la chica». «Tú déjame a mí solo. Es un asunto personal». No era lo previsto, pero tampoco le extraña. Es lo que le dice desabrochándose el cinturón y bajándose la bragueta del pantalón. Y Erik Janssens, que al día siguiente regresará durante un tiempo a Amberes para rendir cuentas a Vanhülle, no necesita saber nada más. Sin mirar atrás, el rubio sale de la habitación, con tiempo aún de escuchar la primera bofetada. No le importa esperar a que Alvarito concluya la faena para entrar él mismo en acción. No le gustan las

mujeres, pero a esta chica le tiene ganas desde hace tiempo y, si no hubiera sido porque era la protegida de don Álvaro, ya le habría dado su merecido. «¿Dónde está la puta piedra, dónde la escondes?». Alvarito la arrastra de los pelos mientras sigue golpeándola y le da un empujón hasta derribarla en el sofá. Le arranca la ropa. La blusa. Su diminuta faldita. Las bragas. Casi sin esfuerzo y sin apenas resistencia. «No me obligues a hacerte daño, zorra». Nada más bajarse el pantalón hasta las rodillas, Rubí vuelve a levantarse. Desnuda ya, trata de escapar, forcejea, y recibe un nuevo golpe. «Te vas a enterar de lo que es bueno, hija de puta». «Seguro que te va a gustar». «Nadie te lo ha hecho nunca así». Alvarito la coge del cuello con las dos manos, la derriba con una zancadilla y la chica cae a plomo desnucándose contra el borde de la mesita. Su mirada perdida y el amplio charco de sangre que empapa ya la alfombra hacen inútil cualquier explicación cuando entra Erik. «No pasa nada, ha sido un accidente, un puto accidente». La cuestión ahora es qué hacer con el cadáver de la indefensa camarera y cómo ocultarle a don Álvaro lo que ha pasado. «Tenemos que pensar algo, rápido». Ambos imaginaron que el desenlace podría ser más o menos ese, pero no contaron con que sucediera de forma tan precipitada. La fecha elegida juega a su favor, ya que, como Alazán permanecerá cerrado hasta el 30 de agosto, tienen tiempo de sobra para desprenderse del cuerpo e ir buscando una coartada. No será fácil engañar a don Álvaro. Ponen patas arriba el escaso mobiliario del reservado, miran y remiran en los sitios más insólitos y tampoco hay nada en su bolso. El rubí sigue sin aparecer.

Veintitrés años.

Apenas veintitrés, vivió Aurora desde que Engracia, su pobre y desconsolada madre, la trajera al mundo en su huerta familiar de Herencia.

Pelo de mazorca.

«Madre, he parido una mazorquita».

Otra vez, la maldición de los Coloraos, a manos en este caso de dos despreciables desalmados.

El maldito Rubí del Amanecer se ha cobrado su última víctima.

—Jefe, han traído algo para usted.

—¿De qué se trata?

—Es una cajita pequeña de madera, como de marquetería. La están revisando los de la Científica por si tiene algo raro. En principio, parece que

no.

—¿Y quién la traído?

—Un tal Carmelo Miranda. Dice que trabaja como pianista en Alazán y que usted lo conoce porque han hablado en alguna ocasión. No ha querido dar más detalles.

—Dile que pase.

—Se ha marchado ya. Parecía bastante abatido. Ha dicho que si lo necesita sabrá cómo encontrarlo, aunque, como el club estará cerrado durante todo este mes, me ha dejado anotada la dirección de su casa y su teléfono. ¿He hecho bien en dejarlo marchar, o prefiere que salgamos a buscarlo?

—No, no. Has hecho bien. ¿Y has podido ver ya el contenido de la caja?

—Sí, sí. Enseguida se la traigo. Contiene una piedra preciosa, más bien grandecita, yo diría que de color rojizo. Y un posavasos de Alazán en cuyo reverso hay como un beso estampado con un pintalabios de color carmín.

—¿Nada más?

—¡Ah, sí! En la parte central de los labios, sobre el fondo blanco del posavasos, pone «Rubí».

—Muy bien. Cuando terminen los de la Científica, y mételes toda la prisa que puedas, me la traes.

—Seguro que tiene que ver con la investigación del club, ¿verdad, jefe?

—Es posible, aunque esto es algo más bien personal. Tiene que ver con una amiga a la que no he podido proteger y a la que, según creo, ya nunca más voy a ver. Ojalá me equivoque. Y a la que seguiré buscando hasta que exhale el último aliento de mi vida.

Santos comprendió enseguida que don Álvaro convertiría Alazán en una fortaleza inexpugnable. Supo que ya sabrían de sobra quién era ese señor de bigote que solo aceptaba estar con Rubí, «el tipo con pinta de madero que siempre toma *whisky* en vaso *on the rocks* con tres piedras de hielo». Y supo, muy a su pesar, que en ningún momento la dejarían sola, y que tendría que entrar a buscarla para sacarla de las afiladas garras de los Dueñas. Como fuera, al precio que fuera. Lo que le pedía el cuerpo era entrar a saco con sus hombres, buscarles las vueltas a los del club imputándoles algún delito,

colocarles algún alijo, algo que los comprometiera, practicar algunos arrestos y llevarse de allí a la chica. Pero antes tendría que saber quién estaba de juez de guardia ese día, ver si le convenía ese magistrado, convencerlo… Eso o ir a las bravas jugándose el tipo, a sabiendas de que don Álvaro estaba magníficamente relacionado con la judicatura y con las fuerzas de seguridad y que cualquier traspié podía resultar mortal de necesidad. No es que le importara demasiado por él, pero sí por la chica. Lo habló con Ángel Bueno y él, fiel a su estilo, estuvo de acuerdo en actuar. Sin más dilación. «No hay nada mejor para un policía que dejarse guiar por la intuición». «Paños calientes, los justos. Tenemos que entrar ya. Echando hostias».

Y entraron.

Con poco éxito, pero entraron.

Dos de sus hombres, García y Corrochano, apostados desde hacía horas en un coche frente al local, los habían puesto sobre aviso. «El local está cerrado por vacaciones desde anoche. Don Álvaro no aparece por allí desde hace días. El puesto de la Guardia Civil de Herencia, en Ciudad Real, certifica que se encuentra en ese municipio, de donde es natural. De madrugada, durante la noche del domingo al lunes, salieron todos, tanto las chicas como los empleados. Milton Flores fue, como casi siempre, el encargado de bajar el cierre. Salieron todos menos tres: el tal Alvarito, el belga y Rubí, a quienes sin lugar a dudas se les vio entrar, tal y como atestiguan también las fotos que les tomamos. Alvarito y el belga ese mismo día y Rubí tres días antes, en los que no la vimos salir para nada». «Si los hemos visto entrar y no han salido, ya que solo hay una única puerta, en la Castellana, y todas las ventanas tiene rejas de forja, incluso las que dan a Ortega y Gasset, parece evidente que deben estar dentro, haciendo Dios sabe qué, o durmiendo la mona», estuvieron todos de acuerdo. «El único movimiento, jefe, ha sido el de una cuadrilla, parecían pintores o albañiles, que han llegado hacia las 8 de la mañana y, como nadie les ha abierto, cansados de esperar, se han marchado».

Dejaron pasar toda la mañana del lunes mientras conseguían la orden judicial, preparaban el operativo y reunían a los hombres. A media tarde, en plena siesta, pasaron a la acción. Armado con una cizalla, Velarde, el más fornido de todos, cortó el cierre como si estuviera utilizando un abrelatas y lo subió. Luego, con una maza, destrozó la cerradura de la puerta, franqueando el paso de sus compañeros, quienes, pistola en mano, se desplegaron con sigilo por todo el local. Lo primero que encontraron fueron varios botes de pintura y diverso material de reparaciones. Algunos de los veladores y mesas ya estaban tapados con plásticos y empapelados algunos objetos y piezas de valor. «Pues parece que no se descuidan los pintores», pensaron. En las

paredes aún no se habían dado los primeros brochazos, pero el olor a pintura era ya apreciable. El mismo panorama en la zona de los reservados y en el sótano. Ángel Bueno y Corrochano inspeccionaron la planta de arriba, sobre todo el despacho de don Álvaro y el reservado de Rubí; Santos y Martínez bajaron al sótano, mientras García y Chamorro permanecían fuera, en el jardincillo de acceso al local. Velarde, entretanto, deambulaba, como absorto, con la maza a cuestas, como con ganas de seguir echando más puertas abajo. Trabajaron a conciencia, removieron todo lo que tenían que remover, abrieron cajones, levantaron alfombras, apartaron muebles, descorrieron cortinas, examinaron suelos y paredes… Y lo mismo hicieron en los aseos, en el *office,* detrás de la barra, en el escenario… Hasta la tapa del piano levantaron. Ni un centímetro dejaron sin escrutar.

Pero nada. Ni rastro de ninguno de los tres. Por más que buscaron y rebuscaron. Todo estaba en su sitio. Nada anormal, salvo el pequeño desorden de los materiales de obra y pintura. Ni en la puerta, ni en las ventanas. Ni en la planta de arriba, ni en el sótano. Ni tampoco en los suelos o en los techos. Solo sabían que había algo que se les escapaba, pero eran incapaces de saber qué. Policías experimentados, curtidos en cientos de casos, atrapados en un callejón sin salida. Y lo que es peor, sin saber por dónde tirar o qué más hacer salvo dar puñetazos en las mesas y maldecir. La desolación se fue apoderando de ellos, con mayor intensidad a medida que se devanaban los sesos incapaces de encontrar explicación a algo sencillamente inexplicable desde el punto de vista policial. Salvo que Erik, Alvarito y Rubí pudieran haber salido de Alazán mientras García y Corrochano daban alguna cabezada en el coche, extremo que ellos negaban de forma bastante convincente. Así las cosas, el inspector, por más que se negara a aceptar la realidad de los hechos, no tuvo más opción que dejar a un hombre de guardia y marcharse con los suyos por donde había venido. Aunque, a decir verdad, la decisión no fue exactamente suya, porque él no estaba ya para dar ninguna orden.

Con el doloroso y amargo regusto de un fracaso inesperado. Con la impotencia y la rabia de no haber sabido proteger a Rubí, Santos, hizo lo único que podía hacer en tales circunstancias. Volver a las andadas. Coger una de las botellas de *whisky,* sentarse en el sitio donde en ocasiones había estado con la chica, y ponerse a beber a morro. Directamente de la botella, como en los viejos malos tiempos, hasta que sus hombres lo sacaron de allí casi a rastras porque prácticamente era incapaz de caminar por sus propios medios. Hacía mucho que no había vuelto a beber. Ángel Bueno le quitó la pistola, lo metió en el coche y lo acompañó a su casa en la calle Espalter. Y allí se quedó con él, hasta que a duras penas se le fueron pasando los efectos de una borrachera tan monumental como estéril.

«El alcohol no arregla nada. Bien. No soluciona nada, no cambia las cosas. Al día siguiente todo seguirá igual. Bien. Pero te permite seguir viviendo sin dolor. Amortigua la angustia, te coloca en una dimensión distinta, como fuera del tiempo, lejos de la aflicción, la impotencia, los fracasos… Y también diluye el pasado, el presente y hasta lo que ha de venir. Le resta gravedad a todo y, por momentos, lo borra. De eso se trata, de aliviar la pena, de soportar la congoja, de poder continuar sin apartarte del camino», musita Santos Senabre con la seguridad de quien, cuando llegan estos trances, tiene la lección bien aprendida».

«Tiempo tendré de mortificarme, arrepentirme, despreciarme, compadecerme, pero de momento… ¡bendito alcohol!».

Hay fracasos de los que uno no acaba de recuperarse nunca. Por más que parezca que la vida sigue. Por más que la maldita esperanza nos atrape y corroa. En lo personal, Santos Senabre tampoco podría olvidar los últimos días de aquel aciago año de 1982. A la victoria en las urnas del socialista Felipe González, con su primera mayoría absoluta, le sucedió la formación de un nuevo Gobierno. José Barrionuevo se puso al frente de la cartera de Interior iniciando una profunda remodelación en la Dirección General de la Policía. Como consecuencia de estos cambios, Carlos Izquierdo, viejo conocido de Santos, se hizo con uno de los puestos de mayor responsabilidad en el escalafón policial. En ese mismo instante, Santos supo que no tenía nada que hacer en el cuerpo y que, a sus casi cincuenta años, su carrera empezaría a languidecer. No recuperado aún de la muerte de su hija dos años antes, el inspector de policía trabaja sin descanso en busca del paradero del Rubí. Se teme lo peor, pero sigue sin tener ninguna prueba. Ha interrogado en varias ocasiones a los dueños y empleados de Alazán, a las chicas, ha rebuscado en el local, ha exprimido a sus hombres hasta el agotamiento, ha apretado al máximo a sus soplones, ha buscado nuevos confidentes, ha extorsionado a delincuentes… y todo ello sin ningún resultado. Casi cinco meses ya de inútil búsqueda que está a punto de terminar, y no precisamente porque la investigación vaya a ofrecer algún resultado. Simplemente, con la llegada de los nuevos mandos policiales, el expediente caerá en el olvido mientras Rubí continúa desaparecida. Pero Senabre no podía permanecer cruzado de brazos. No estaba en su condición de policía hacerlo. Y volvió a empezar por el principio. Sin dar nada por hecho o sabido, que suele ser la mejor forma de solventar un asunto que se resiste. Volvió a examinar el local, palmo a palmo, sin ningún resultado. Volvió a interrogar a las chicas, a los empleados, a don Álvaro y al propio Alvarito, que, según declaró y él pudo corroborar, había pasado unos días en Santander cuando entraron en Alazán. Y a todos ellos les puso una discreta vigilancia por si se veían con quien no debían, por si los pillaba en un renuncio… Con el belga no pudo hablar porque, desde entonces,

no se había dejado caer por Madrid… «Solo los culpables se esconden», pensó. Y volvió a hablar con Isabel Menéndez, bueno, con ella era la primera vez que lo hacía, porque ese interrogatorio lo había dejado en manos de uno de sus hombres.

Al pensar en la esposa de don Álvaro supo que esta vez las tornas podrían cambiar. Tuvo ese presentimiento. Y cuando pulsó el botón del piso en el telefonillo de la calle Apodaca intuyó que la cosa iría bien. El olfato, tan importante para un policía, nunca le había fallado en los más de veinte años que portaba la placa.

En alguna ocasión sí, pero prefería no pensar en ello.

—Gracias por atenderme, doña Isabel.

—No hay de qué. Es su trabajo. Lo que no entiendo es que haya tardado tanto en venir.

—¿Cómo?

—Así es.

—Disculpe, pero no sé qué es lo que quiere decirme…

—Nada, simplemente, que la otra vez no pude hablar directamente con usted, sino que fue otro agente el que me tomó declaración.

—Sí, lo sé.

—Y en presencia de mi marido…

—Es lógico, trabajamos en equipo y, como comprenderá, durante todo este tiempo hemos estado muy ocupados con los testimonios que considerábamos relevantes y enfrascados también en la búsqueda de nuevas pistas y pruebas.

—En presencia de mi marido, repito.

—Bueno, sí, no es una práctica habitual, pero como mi compañero vino a su casa e imagino que él estaba por aquí… Ese aspecto, desde luego, no quedó reflejado en el informe y le agradezco que me lo diga. Es más, me habría resultado de mucha utilidad, y se lo habría agradecido, si me lo hubiera dicho en su momento. Noto un cierto reproche en sus palabras…

—No, no, por Dios, discúlpeme. Nada más lejos de mi intención.

Simplemente, que me parecía extraño. Nadie mejor que usted para saber cómo tiene que hacer su trabajo. Le ruego que me perdone si me he extralimitado.

—No pasa nada. He vuelto a leer su declaración, está firmada por usted, la tengo aquí por si la quiere ver, y quería saber si se ratifica en lo que dijo.

—Bueno, sí, claro. Lo fundamental está ahí… No necesito volver a leerla. Quiero decir que no tengo mucho más que aportar. Respondí a lo que se me preguntó y nunca miento. Ni a la policía ni a nadie.

—A lo que se le preguntó… Entiendo que lo que está tratando de decirme es que hay cosas que no le preguntaron.

—Más o menos.

—¿Es feliz?

—(…)

—Vuelvo a preguntárselo. ¿Es usted feliz, doña Isabel?

—Me sorprende la pregunta, señor Senabre. No la entiendo. Creía que estábamos hablando de la desaparición de esa pobre chica…

—De Rubí…

—Sí, así creo que se llamaba… o se llama.

—Efectivamente. De ella estamos hablando. Y también de su marido. Y de su hijo. Y de usted.

—Pues perdone que insista, pero es que no sé a dónde quiere llegar.

—La pregunta es muy sencilla y fácil de comprender. ¿Es usted feliz?

—(…)

—¿Lo es?

—Bueno, sí, como todo el mundo. Supongo.

—¿Supone?

—Sí.

—La noto incómoda.

—No. No sé.

—Conmigo puede estar tranquila. No quiero complicarle la vida, al contrario. Me gustaría que me ayudara y que confiara en mí. Ya sé que la confianza no es algo fácil de conseguir en estas circunstancias, pero es muy importante que sepa que yo estoy aquí para ayudarla. Que no debe tener ningún temor. Sé que es una mujer sensata e inteligente. Y sé también que el sentimiento conyugal es a veces tan fuerte que impide ver, diríamos, otras realidades. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Perfectamente.

—Bien. Me gustaría, entonces, que me dijera…, y créame que no se lo preguntaría si no fuera de interés para la investigación…, cómo se ha hecho esos moratones que tiene en el cuello.

—(…)

—¿Ha sido su marido?

—(…)

—¿Ha sido don Álvaro?

—No.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Quién entonces?

—(…)

—¿Su hijo? ¿Acaso ha sido Alvarito?

—Sí.

—¿Ha sido él?

—Sí.

—¿Y por qué motivo? ¿Qué es lo que pasó?

—Bueno, no hay ningún motivo…

—¿Ah, no?

—No. Simplemente él es así. No recuerdo cuándo empezó todo. Siempre

ha sido un chico raro, extraño…

—¿Violento?

—Sí, violento… No siempre, pero a veces tiene esos prontos, actúa como por impulsos. Y se vuelve irascible. Con todo el mundo.

—¿Con todos?

—No. Con su padre, no. Lo teme y discuten. Discuten mucho, pero con él no se atreve.

—¿Y desde cuándo?

—Bueno, esto no es algo nuevo, como le digo, le pasa desde que era pequeño.

—Entiendo. Siga, por favor.

—Durante todos estos años lo hemos llevado a los mejores especialistas, le han puesto tratamiento, lo han medicado, pero ni con esas. Cuando le da uno de esos brotes no conoce a nadie…

—¿Ni a su madre?

—Ni siquiera a mí, que soy la única persona que le quiere, o que le ha querido, incondicionalmente…

—¿Y ha pensado en denunciarlo?

—No, ¿de qué serviría? Una madre no denuncia a su propio hijo. O eso pensaba hasta ahora.

—¿Y qué pasó la última vez?

—Prefiero no extenderme en detalles. Simplemente le diré que fue muy desagradable y, como comprenderá, más que los golpes, más que los insultos, lo que más me duele es que ni siquiera es consciente del daño que me hace. Solo puedo decirle que, llegados a este punto, así no puedo seguir. Ni un día más.

—¿Y su marido?

—No le interesa el tema. No le da importancia, porque nunca ocurre cuando él está delante. Dice que bastante tiene con lo que tiene, que no es para tanto y que a un hijo hay que perdonárselo todo.

—Pues yo creo que no, fíjese lo que le digo. Si me autoriza, si usted no tiene inconveniente, voy a tomar cartas en el asunto. Todavía no sé cómo, pero lo voy a hacer.

—No quiero complicaciones, señor Senabre.

—No es ninguna complicación. Esta situación no se puede consentir bajo ningún concepto y muy mal policía sería si mirara para otro lado.

—(…)

—¿Le parece bien?

—(…)

—¿Le parece bien, doña Isabel?

—Lo que usted diga. Si cree que es lo mejor… para todos…

—Muy bien. Tendrá noticias mías en breve. Aquí le dejo mi tarjeta, por si tuviera que llamarme en cualquier momento del día o de la noche. Nadie tiene por qué sufrir esa tortura y menos a manos de un… de un hijo.

—Inspector…

—Sí...

—Tengo algo más que contarle… Por eso he comenzado diciéndole que no entendía que hubiera tardado tanto en hablar conmigo… Tal vez no sea importante, pero…

—Seguro que sí es importante. Lo estaba esperando. Dígame, por favor.

—La noche en la que desapareció la chica esta…, Rubí…, lo de su desaparición lo supe después…, yo me encontraba sola en casa porque mi marido se había ido a pasar unos días a Herencia antes de marcharnos a la playa. Me extrañó que mi hijo no llegara a la hora acostumbrada, aunque tampoco le di mucha importancia porque cuando le venía en gana se presentaba casi al amanecer. Desconozco qué lugares frecuentaba y con qué compañías, aunque, trabajando en el antro ese, me puedo esperar cualquier cosa. Lo que no entiendo es que mi propio marido tenga la… la desvergüenza de meterse en ese tipo de negocios, con lo bien que le va la tienda de antigüedades del Rastro. Pero bueno, esa es otra historia… Como le iba diciendo, Alvarito llegó casi al amanecer y con mayor sigilo de lo que era habitual en él. Eso debió ser un lunes por la mañana, si no recuerdo mal. Se metió directamente en la ducha y no volví a saber nada más de él hasta que

pasaron unos días. Luego me dijo que, como la sala de fiestas esa había cerrado, yo creo que es más bien un puticlub, pues que había quedado con unos amigos para viajar a Santander. Mentira. No digo que no estuviera en Santander, que es donde solemos veranear desde hace años, sino que fuera ese el motivo de su viaje. No tengo ningún dato, simplemente lo sé. Lo que quería decirle es que al día siguiente, cuando busqué en el cesto de la ropa sucia para poner la lavadora, me encontré con una sorpresa. La camisa blanca que llevaba ese día tenía unas extrañas manchas y salpicaduras, como rojizas, casi negruzcas ya, que me inquietaron. Los pantalones vaqueros y los calzoncillos también, pero menos. No sabía qué hacer con la ropa, pero el caso es que no la lavé. Ya tendría tiempo si decidía hacerlo, si es que merecía la pena, porque, como bien sabe, las manchas de sangre son muy difíciles de lavar. Bueno, yo no sé en realidad si aquello era sangre o no, pero me lo pareció. Y el olor…, aquel olor es algo que no se me ha ido. Bueno, el caso es que, aunque estaba temblando, le saqué una muda nueva, le compré una camisa de la misma marca y coloqué la ropa en su armario, como si nada hubiera pasado. Cuando al cabo de varios días volvió, una semana o así, ni él sacó el asunto ni yo tampoco le comenté nada. Dio por hecho que no me había dado cuenta, y una madre se da cuenta de todo, y que las manchas, si es que él reparó en ellas, habían desparecido en la lavadora. Pero no desparecieron, inspector, porque como le digo no la lavé. Y ahora, si me permite, déjeme que vaya a buscar esa camisa y esos calzoncillos. Usted sabrá qué hacer con esa ropa.

—Seguro que sí.

Tras unos minutos, temblorosa, con los músculos de la cara contraídos y apretando con fuerza los labios, Isabel Menéndez le acerca a Santos Senabre la bolsa en la que guardó la ropa. Se miran y guardan silencio durante un largo instante. El inspector nota que tiene los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado.

Y que está más tranquila. Más aliviada y no tan tensa ya.

Como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

—Y me gustaría comentarle algo más.

—Usted dirá.

—Bueno, esto otro admito que es algo un poco más rebuscado. Un cotilleo, por decirlo de alguna manera, que usted sin duda sabrá valorar. Y, naturalmente, investigar si llegado el caso considera de interés.

—Dígame, por favor.

—Hace unos años, ahora no sabría decirle cuántos, alguien llamó por teléfono a casa preguntando por mi marido. No quiso decirme quién era. Le dije que en ese momento no estaba, pero que si tenía mucho interés podía localizarlo en la tienda. Me dio vergüenza confesar que donde seguramente estaría era en el club ese. Me dijo que no, que, en realidad, con quien quería hablar era conmigo. Para soltarme, así de pronto, que don Álvaro tenía una hija no reconocida, concebida antes de que nosotros nos casáramos y que no podía decirme nada más. Nada más, salvo que Aurora, según me dijo que se llamaba, había sido criada en un convento de monjas en Chamberí y trabajaba a las órdenes de mi propio marido en Alazán. ¡Maldito Alazán! No hay un solo día de mi vida que no haya echado maldiciones contra ese maldito antro para puteros y depravados. Perdóneme, señor Senabre, pero es que llevo muchos años conteniéndome. Demasiados años.

—No, no se preocupe, la entiendo. ¿Habló de esto con alguien?

—Pues no. La historia me pareció un poco…, no sé, rebuscada. Increíble, vamos.

—¿Y sabe quién fue? ¿Tiene alguna idea de quién pudo llamarla para contárselo?

—No sabría decirle… Eso es algo que deberían averiguar ustedes. He pensado mucho en ello, no crea. Era una voz de mujer y solo se me ocurren dos personas.

—Siga, por favor.

—La misma chica que desapareció, pobrecilla… O alguna de las monjas que cuidaron de… de Aurora. Como no me atreví a preguntárselo directamente a mi marido, espero que me entienda, y que Dios me perdone… Como con ella, desgraciadamente, no pude hablar, porque nadie sabía darme testimonio de cuál era su paradero, me planté en el convento y, tras identificarme, pedí cita con la superiora. Sor Blanca de Jesús se mostró muy reacia a hablar del asunto. La noté muy esquiva. Me dijo que estaba bajo secreto de confesión, que de determinadas cosas no podía hablar, pero finalmente acabó sincerándose conmigo, hasta donde podía hacerlo. Y lo hizo, por primera y última vez en su vida, aparte del confesor, porque, según me dijo, no podía irse a la tumba con ese tormento. «Su marido nos engañó dos veces el mismo día. La primera, haciéndonos creer que nos regalaba la urna con las reliquias de nuestra santa, que seguramente alguien mandado por él nos había robado un mes antes. La segunda, entregándonos como si fuera original un documento, supuestamente de 1915, con la solicitud que dio lugar a la creación de nuestra orden. Sin entrar en mayores calificativos, déjeme que le diga que si alguien así, capaz de aprovecharse de la inocencia de unas

pobres monjitas, se atreve a hacer algo así, es que es capaz de todo. Y cuando digo todo me refiero a cualquier cosa, incluso a lo más horrible». Y nada más quiso confesarme. Le pregunté abiertamente si Aurora era hija de mi marido y si ellas la habían cuidado, pero solo me dijo «no se lo puedo confirmar, mis labios están sellados, pero no tanto como para negárselo». Usted mismo, señor Senabre, puede sacar sus propias conclusiones. Segura estoy de que no serán muy distintas a las mías. Créame si le digo que tengo el cielo ganado, porque durante todos estos años he estado viviendo con un monstruo. En realidad, he malvivido con un par de monstruos.

Isabel Menéndez no iba desencaminada. Era sangre y era de Rubí. Así lo pudieron certificar, «sin ningún género de dudas», el servicio de Coordinación Analítica de la Policía Científica y el forense Ramón Pimentel, a quien el juez requirió un informe complementario antes de tomar una decisión sobre el caso. Como Alvarito insistió en negarse a declarar y mantuvo una actitud desafiante, «casi chulesca» llegó a publicar un periódico, el magistrado acordó su ingreso en prisión. «Sin cadáver no hay homicidio», comentó la prensa, pero las pruebas biológicas relacionaban al detenido, «de forma inequívoca e irrefutable, al menos, con la desaparición de la chica», aún en paradero desconocido. Santos Senabre sabía perfectamente que no hacía falta contar con el cuerpo del delito para que un juez metiera a Alvarito entre rejas, que es justamente lo que ocurrió. «El cadáver es un elemento de prueba, pero no el único», aprendió el inspector mientras preparaba las oposiciones. Por más que, en una extraña y desesperada maniobra, don Álvaro tratara de despistar a la policía diciendo que había sido él, y no su hijo, el autor de la desaparición de Rubí. Ni la policía ni el juez lo creyeron, entre otras cosas, porque el cuerpo de la chica seguía sin aparecer y el supuesto asesino no estaba dispuesto a cantar.

«Con esa alimaña puesta a buen recaudo, ya solo me falta cazar a esa otra rata rubia que se esconde en las alcantarillas de Madrid o de Amberes», piensa Senabre, algo aliviado por la evolución de los acontecimientos, pero lejos aún de conformarse.

—Jefe, tengo malas noticias. Nos acaban de sacar del caso.

—Pero no puede ser. La Brigada no ha desatendido ningún otro asunto. Podemos con todo, tenemos que seguir buscando a esa pobre chica como sea —se revuelve enfurecido el inspector.

—Y tengo otra pésima noticia, Santos —añade con sincero pesar Ángel Bueno—. Voy a estar al mando de la Brigada, me acaban de proponer para inspector. No he podido negarme. Lo siento, de verdad, pero haberme negado

no habría servido para que tú pudieras mantenerte en el cargo.

—¿De quién ha sido la orden?

—Del director general, claro, pero todo el mundo sabe que el inspirador ha sido, porque va presumiendo de ello, Carlos Izquierdo.

—¡Vaya! Tal y como temía, a mi viejo amigo le ha faltado tiempo para metérmela doblada. Primero se folló a mi mujer y ahora quiere joderme a mí. ¡No sabes cómo me arrepiento de no haberle descerrajado un tiro cuando ocurrió aquello!

—Lo siento, jefe.

—No, no te preocupes, Ángel, de verdad, por encima de todo vamos a seguir siendo amigos. El jefe ahora serás tú, cuando te nombren, y yo estaré encantado de estar a tus órdenes. Son cosas que pasan.

—Santos, no te quieren en Pontejos. Tendrás que buscarte la vida. Lo siento. Ya sabes que trataré de ayudarte en todo lo que pueda, pero no podremos seguir trabajando juntos. Yo lo he aprendido todo de ti y seguiré contando contigo, pero, desgraciadamente, no en este despacho.

—Enhorabuena, Ángel. Son cosas que pasan. Solo te pido, si es que todavía estoy en condiciones de poder hacerlo, que no dejes de buscar a Rubí. Por lo que más quieras —se despide Santos de su amigo, con el que se funde en un prolongado abrazo.

Desmotivado y presa de la burocracia policial, Santos permanece aún durante varias semanas calentando la silla de un oscuro despacho en el Cuartel de Pontejos. Un despacho, por llamarlo de alguna forma, que, a falta de un sitio mejor, le han buscado en los calabozos para detenidos. Una zona contigua a los temidos sótanos de la extinta Dirección General de Seguridad, en la Casa de Correos de la Puerta del Sol, donde la temida Brigada Político Social torturaba sin piedad a los opositores del régimen franquista.

Hasta que, muy a su pesar, descuelga el teléfono para probar suerte con la única salida que le dejan. La única, antes de entregar la placa y la pistola tirando por la borda sus años de policía. Le gustaría pensar que en ese instante sintió nostalgia, o tal vez pena.

Pero no.

Solo el asco, la rabia y el hastío de sentirse derrotado.

Nada más.

Lástima, ninguna.

—¿Alexandra?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Soy Santos Senabre, el inspector de policía que intervino en el atraco de su joyería hace cinco años… No sé si me recuerda.

—Le recuerdo muy bien, señor Senabre, y sé que tengo una deuda permanente de gratitud con usted. Nunca olvido mis promesas.

—¿Tendría trabajo para mí?

—Me sorprende su petición. Si me permite que se lo diga…

—Pues ya ve... Espero no incomodarla. Perdone que haya sido tan directo.

—No, no, en absoluto. Es más, sería un honor para nosotros poder contar con usted.

—Muchas gracias.

—El puesto es suyo. Aunque muy mal tiene que estar la policía en España como para que alguien como usted abandone el barco.

—No se crea. A veces estas cosas pasan.

—No lo entiendo, pero en fin…

—No sabe cómo se lo agradezco.

—No tiene por qué hacerlo. El honor es mío. En Grassy salimos ganando. Tal y como están las cosas, con tanta inseguridad, es, sin duda, la mejor inversión que hemos hecho en mucho tiempo.

—Es usted muy amable, pero no quisiera que mi llegada fuera a suponer el despido de alguien.

—No, no se preocupe. Los vigilantes de la empresa de seguridad que tenemos contratada dejan mucho que desear. No hace falta decirle, porque usted lo sabe bien, cuál es el valor de las piezas y objetos que tenemos aquí, sin contar el Museo de Relojes. Y que el precio del seguro se ha puesto por las

nubes desde que los atracadores, los de aquí y los que vienen de fuera, nos han colocado en su punto de mira, por así decirlo… Necesitamos a un profesional, al mejor de todos. Eso, o cerrar el negocio.

—Se lo agradezco de nuevo… ¿Pero así, sin negociar las condiciones?

—Las condiciones serán las que usted quiera poner.

—¿Y cuándo podría empezar?

—Por mi parte, mañana mismo.

9

1984-1987. Madrid

Con frecuencia le da por pensar que no hay nada más impenetrable que la mente de una persona. Las palabras, las que sean, huecas o impostadas, trascendentes o banales, hasta aquellas proferidas con mayor apariencia de sinceridad, pueden ser invocadas por compromiso. Por conveniencia quizá, sin que necesariamente se correspondan con el verdadero sentir o pensar de quien las pronuncia. Incluso una mirada puede esconder más verdad que una palabra dicha para salir del paso. No hay nada, pues, más íntimo y personal que el pensamiento propio. Un espacio acotado y exclusivo, un reducto secreto, acaso el único, al que nadie podrá nunca acceder. «¿En qué estás pensando?». «No, en nada, cosas mías». «Nada importante, tonterías». Un abismo insondable por el que nadie más puede transitar salvo uno mismo. Tan acostumbrados estamos a tratar de expresar con palabras lo que sentimos que, en ocasiones, no hay lenguaje posible para definir lo que nos pasa. No lo hay porque nadie lo ha inventado aún. Y el problema es que necesitamos, ojalá siempre fuera posible, verbalizar nuestros sentimientos, nuestros estados de ánimo. Nuestras aflicciones, sí, pero también los afectos y las emociones. Decirlo y que nos lo digan. El conflicto surge cuando todo ese esfuerzo resulta estéril y deviene en melancolía. «Amistad. Amor. Celos. Deseo. Sexo». El diccionario recoge todo tipo de vocablos de uso común para hacernos entender y, ojalá, para comprendernos a nosotros mismos. ¿Pero qué ocurre cuando no sabemos expresar lo que nos pasa y el catálogo se nos queda pequeño? Cómo explicar lo que somos cuando no sabemos qué es lo nos que ocurre, por qué a nosotros, por qué ahora. Por qué. Santos recuerda haber leído que en el idioma finés hay cuarenta palabras para definir la nieve. «Y de eso es de lo que jodidamente se trata», de poder encontrar el término preciso en el momento adecuado. Por ejemplo, «cuando la pasión nos abrasa». Porque, mal que nos pese, no hay, porque no puede haberlo, lenguaje en el mundo capaz de expresar determinados sentimientos que, por otra parte, son universales, por muy genuinos y exclusivos que los creamos. Pero no solo las palabras pueden resultar engañosas, incluso los actos lo son. Porque no siempre podemos explicar lo que hacemos. Cómo lo hacemos y por qué.

Sobre todo cuando no necesitamos actuar y no pasaría nada, nadie lo sabría, si no diéramos ese paso. Es como si una fuerza interior nos guiara y condujera. Nos llevara, manejara y obligara a transitar por caminos sembrados de minas antipersona. Y, aun así, el llamado de nuestra voz interior nos va encauzando hasta el borde de un precipicio indeseado. En ocasiones, esa lucha interior se vuelve titánica y permanece en el tiempo. Y deja secuelas. «No voy a hacerlo», pero uno sabe que irremisiblemente acabará haciéndolo. «Mal si actúo, peor si no lo hago». «¿Pero quién nos gobierna entonces?», cavila asiduamente Santos Senabre. Con frecuencia, con demasiada frecuencia, «nos gobiernan los impulsos, las contradicciones, los sentimientos, las emociones y, sobre todo, el amor, o la ausencia de él, como principal causante de nuestro desgobierno interior», concluye. Con esta extraña cantinela trata de conciliar el sueño —imagina que felizmente abrazado a la mujer que ha ensanchado sus insomnios invadiendo hasta el último rincón de su alma—.

«Hay personas que nunca maduran», piensa, sin reprochárselo, pese a ser tan estricto consigo mismo.

Hasta que el sueño le concede, al fin, una pequeña tregua en sus inmanejables y dispares lucubraciones.

Cae la tarde sobre Madrid. Indefectible, parsimoniosa. Jardín del hotel Ritz, plaza de la Lealtad. El aroma de las glicinas —que los más atrevidos confunden con lilas—, esa fragancia, los recibe y envuelve a la llegada. La siguiente imagen es la de los sillones de mimbre pintados de blanco, los almohadones de azul intenso y las sombrillas blanquiazules. En el centro, una fontana de mármol blanco, con su estanque de flores acuáticas, emerge entre los dos tramos de escalera por la que se accede a la terraza y al hotel. Varios árboles, centenarios algunos como el propio establecimiento, conforman un pequeño jardín botánico entre las dos pérgolas, en una de las cuales —la más próxima al Prado— toman asiento.

No veía llegar el momento de reunirme contigo. Pues aquí estamos, nada menos que en el Ritz. Bueno, no es para tanto. Pues yo creo que sí. Es que me pilla cerca de casa, vivo aquí al lado, detrás del Museo. Ya. ¿Qué te apetece tomar? Pues no sé, algún zumo. ¿Estás segura? Sí, claro, ¿por qué? No, por nada, yo tomaré otro. ¿No bebes alcohol? No, diríamos que ya me lo bebí todo en un par de momentos de mi vida. ¿Y eso? Tiempos oscuros, al borde siempre del precipicio y ahogado en una botella de whisky, de los que prefiero no hablar. ¡Lo dices con una solemnidad! No era mi intención. No sabía nada. Otro día te lo cuento. Vale, como quieras. Gracias por entenderlo. De nada. Y por ayudarme. No sé, tampoco creo que haya podido resultarte de mucha ayuda. Más de lo que imaginas. Pues ya me lo contarás algún día,

señor misterioso. Tenía ganas de verte. Y yo. Aunque no hemos perdido el contacto, hemos estado mucho tiempo si vernos. Ya. Demasiado tiempo. Ya. No puedo estar tanto tiempo sin verte. ¿Y qué tal te va fuera de la Policía? Simplemente me va. ¿Y eso? Bueno, uno nunca deja de ser policía, aunque no esté en el cuerpo. Te entiendo. ¿De verdad? Claro que sí. Me alegro. ¿Y en Grassy? Bien, pero a veces me aburro. ¿Y eso? Me gusta más la acción. Te va la marcha. Eso es. Al principio, cuando me dijiste de quedar en un hotel, me puse en lo peor. ¿Por? No sé, nuestra primera cita seria… ¿Seria? Bueno, no relacionada con el tema de la investigación de mi padre, o con tu trabajo actual, y en un hotel sonaba raro. Me expliqué mal, debí decirte en el jardín del hotel. No, si es broma. ¿Tan osado me crees? No sé. ¿Como para proponerte subir a una habitación en nuestro primer encuentro? Oye, no te pases. Perdona, es broma. ¡Es que tienes unas cosas! Perdona otra vez, es que estoy nervioso y no sabía cómo romper el hielo. ¿Nervioso, tú? Pues sí. Y por qué motivo, si puede saberse. Nada, nada, cosas mías. ¡Uy, intrigada me tienes! No es mi intención. Pues ya me puedes ir contando qué era eso tan importante que no podía esperar. Bueno, no te pongas así, no te dije que fuera importante, sino que me apetecía verte con tranquilidad. ¿Y bien? Te noto un poco tensa. Para nada, simplemente he tenido uno de esos días para olvidar, pero seguro que tú me lo arreglas. No seas mala, solo quería que estuviéramos a solas. Ya, pero para eso también está tu despacho en Grassy, si no te importa, o mi joyería. Bueno, no seas tan dura conmigo, si no estás a gusto, nos acabamos las consumiciones y nos vamos, sin más. No, tampoco es eso, habrá que aprovechar el sitio, ya que nos va a salir por un ojo de la cara. No, no te preocupes, yo invito. De eso nada, a medias. No, insisto. Bueno, luego lo decidimos. Pago yo, aun a riesgo de que me llames machista. ¡Machista! Te prometo que la próxima vez pagas tú. ¿Y qué te hace suponer que habrá una nueva ocasión? Pues no sé, aunque solo sea por devolverme el cumplido. Ya. Nunca acepto un «no» como respuesta. A ver, desembucha, que te veo muy enigmático. No, si no es nada importante ni urgente. Vale, no es importante ni urgente, pero aquí me tienes, en ascuas. Bueno, verás, es que yo… no sé cómo decirte. Joder, cómo sois los hombres de complicados. Si te parece, comienzo por el principio. Eso está bien, suele ser lo mejor. No sé si te he contado alguna vez que me ha dado por escribir. Pues como que no te veo. Sí, no es nada importante. Me desconcierta esta nueva faceta tuya. Ahora tengo más tiempo. Pero que escribes qué, un diario, cartas al director de un periódico, novelas, poemas… Poemas. ¡Pero qué me dices! Sí, bueno, llamarlo poemas tal vez resultaría un poco presuntuoso. Sí, porque yo, la verdad, no me imagino a un tipo duro como tú, a uno que fue madero, escribiendo versos, como que no me encaja. Pues, ya ves, creo que he conseguido sorprenderte. ¿Y de qué van esos poemas? Bueno, hablan de todo un poco, de la vida en general. Ya, veo que la temática es muy amplia. Sí, no pretendo ser original. ¿Y lo haces por hobby o pretendes ganarte la vida así? No, no te burles, son poemas para no ser publicados. Pues ahora lo entiendo

menos. Es una cuestión personal, como si fuera una válvula de escape para escribir acerca de mis sentimientos. ¿Sentimientos? Sí, lo que me pasa es tan intenso, tan fuerte, no sé, tan extraño, que necesito plasmarlo en un papel. En un papel… Sí, bueno, en realidad es un cuaderno. Joder, cada vez te entiendo menos. Es mi cuaderno verde. Tu cuaderno verde... Sí, ahí es donde voy recopilando todo lo que siento. Ya, y ahora voy yo y me creo que un poli como tú se ha convertido en una hermanita de la caridad. No, no se trata de eso, se trata de ti. Bueno, esto es lo que me faltaba ya por escuchar. Sí, el motivo…, bueno, la protagonista de esos escritos diríamos que eres tú. ¿Y se puede saber qué pinto yo en todo esto? Bueno, si tú no existieras no habría poemas. ¿Podrías ir concretando? No me resulta fácil porque ya sabes que los hombres nos manejamos mal con esto de los sentimientos. Sí, eso ya lo sabía, y veo además que con el lenguaje tampoco os defendéis mucho mejor. Bueno, voy al grano. Adelante, porque ya va siendo hora. Lo que te quería… lo que te estoy queriendo decir es que la investigación que puse en marcha a raíz de lo de tu padre no me dejó indiferente, me obligó a pensar más en ti y, aunque durante meses me he resistido a admitirlo, he ido desarrollando un sentimiento de… de cariño… de un gran cariño hacia ti que no sé cómo explicar. ¿Cariño? Sí, bueno, no es exactamente cariño, a una de mis compañeras en Grassy, a Irene, le tengo un cariño especial desde lo del atraco, pero creo que en tu caso es algo más. ¿Algo como qué? Pues… Vamos, Santos, desembucha. Es que como ya he perdido la costumbre para estas cosas no sabría cómo definir. Te veo un poco perdido. Es posible. Si no te importa te recuerdo que yo tengo una relación, que estoy muy bien como estoy, feliz y contenta con mi pareja, y me da la impresión de que te estás metiendo en un terreno un poco peligroso. Si te incomoda lo que estoy diciendo, lo podemos dejar aquí. No, si no es cuestión de incomodidad, es que te veo venir y me parece surrealista. ¡Pero si todavía no he empezado! ¡Ah!, ¿pero es que todavía hay más? ¿Cómo que si hay más? Es que, si no vas concretando, me pierdo. No me atosigues, cielo. ¿Cómo que cielo? Bueno, es una forma de hablar, si te molesta lo retiro. No, está bien. Lo que pretendo explicarte, veo que con poco éxito, es que has ido desarrollando en mí un fuerte sentimiento de dependencia. Primero cielo y ahora dependencia. Más o menos. Sí, que no paro de pensar en ti y que eso, por un lado, me gusta, pero por otro me subleva porque yo ya no estoy en edad de tontear con estas cosas. ¿Y cuántos añitos tienes, si puede saberse? Cincuenta y uno. ¡Ah, muy bien!, una edad muy apropiada para eso, si lo haces con la persona adecuada, claro. Es que hay cosas que uno no puede elegir. Pues deberías. Es fácil decirlo. ¿Y a qué cosas te refieres exactamente, cielo? Lo dices con un tonito que me escama un poco. No, si al final, la culpa va a ser mía. Anda, sé buena y no me lo hagas más difícil. No, si quieres me callo. No, no es eso. Entonces… Te decía que has ido entrando en mi vida sin que yo me haya dado cuenta y es como si ya no tuvieras forma de salir. O sea, que me has metido en una mazmorra. No, no te he metido en ningún sitio, entre otras cosas,

porque tú nunca te dejarías. Eso es cierto. De lo que se trata es de que cuando menos lo esperaba me he… Me he… ¿qué? Bueno, pues que te he ido cogiendo tanto cariño que no puedo dejar de pensar en ti, es como si te hubieras incrustado en mi mente. Esto es muy sencillo, tú ya no eres ningún jovencito y yo estoy comprometida, y muy bien comprometida, te lo recuerdo. Eso lo tengo claro. Así es que lo mejor que puedes hacer es irte sacando esa estúpida idea de la cabeza. ¿Y qué crees que trato de hacer desde hace meses? Pues ya eres mayorcito como para hacer lo que corresponde, es decir, comportarte con un poco de cordura, no sé, chico, de sentido común y de poner los pies en la tierra. Si te cuento esto es para que me ayudes y no para que me eches la bronca. Veo que no me conoces, aquí no hay bronca que valga. Si no te importa, termino. Sí, por favor. Lo que estoy tratando de explicarte es que, sin yo pretenderlo, has pasado a ocupar un lugar muy importante en mi vida. ¿Y? Pues nada, que no sé cómo manejarme y que estoy tratando de desintoxicarme de tu presencia. ¡Vaya, no sabía yo que tuviera propiedades tóxicas! Bueno, ya sabes cómo es el mundo de la droga, los estragos que puede llegar a causar y lo difícil que es salir. O sea, que te ves como un toxicómano. Sí, un toxicómano del amor. No digas tonterías, por favor, que a ti no te pega nada ese papel. Pues ya ves, las apariencias engañan. ¿Y qué hacemos ahora? Pues tú nada, soy yo el damnificado. ¿Damnificado? Sí, quiero decir, que sin comerlo ni beberlo, sin yo pretenderlo, como creo que te decía antes, me he visto envuelto en esta, no sé, ¿tormenta? A ver, relájate, que te veo un poco disperso, y dime de una puta vez a dónde quieres llegar. Pues eso, que ya no concibo mi vida sin ti, que todo gira en torno a ti y que, aunque quisiera, no podría desprenderme de ti. Pero eso que me estás diciendo es muy fuerte, tú no tienes ya dieciocho años como para que me cuentes esa película. Es la única que tengo. Venga, Santos, joder, que ya no eres un crío. No, tengo más de medio siglo. Hombre, planteado así… Es que es así como hay que plantearlo. Ya. Más de 50, que se dice pronto. Fíjate, yo tengo casi treinta y cinco y me considero una vieja, o sea que tú… Pues eso, yo, como si fuera un vestigio del pasado. Vamos a ver, lo mejor que puedes hacer es ir desechando esa idea y tratar de comportarte como lo que has sido siempre, un tío sensato. Decirlo es fácil, te repito. Y hacerlo también, no tienes otra opción. Lo intentaré. Y, sobre todo, recuerda que yo no estoy libre. Ya. Ni estoy ni lo quiero estar. Lo sé, ya me lo has dicho. Es por si no te habías enterado. Nunca me olvido de que llevas un anillo en tu dedo anular, seguramente con el nombre de tu amor. Así es, yo misma lo elegí y lo grabé. ¿En tu taller? Así es y nunca, nunca, lo he lamentado, al contrario, me considero muy afortunada. Lo sé perfectamente. No seas tonto, ¡anda! ¿Cuándo volveremos a vernos? ¡Uy, no lo sé! ¿Dentro de una semana, tal vez? Me parece demasiado pronto. ¿Pronto? Sí, y es que además tampoco tenemos ya demasiado de que hablar. Por eso no te preocupes, ya se nos ocurrirá algo. No te prometo nada.

Esmeralda no quería ser mala, pero el resentimiento la vencía. Cargada de odio y sin nada que perder, sufría la cruel condena de carecer de bondad. O eso creía. «Nadie es malo por naturaleza; cualquiera puede serlo en determinadas circunstancias», le habían referido en alguna ocasión, y esa frase se le quedó grabada de una forma tan indeleble como los tatuajes —un feroz jaguar, una mariposa y una flor— que adornaban su espalda. La colombiana tenía la piel del color de la canela y, aunque ya no era ninguna jovencita, disponía de un cutis solo equiparable a la seda. Así podían atestiguarlo aún los hombres —miles, con seguridad—, de todo rango y condición, de todas las edades y latitudes, que alguna vez habían buscado sus servicios. Y no eran pocos los que, una vez que se habían dejado embaucar por la magia de sus irresistibles ojos verdes, de sus piernas interminables, de su culo respingón y bien torneado, de su pecho turgente aún, solo aspiraban a estar con ella y con nadie más. Fue el sino de su vida, muy a su pesar. Porque para Dulce María, que así es como fue bautizada, ser guapa y tener unos ojos que atraían como imanes es lo peor que le pudo pasar. Desde que era apenas una niña, en su Cali natal, su padrastro la obligó a meterse en su cama. Sin que a su madre pareciera importarle. En ocasiones, ella prefiere pensar que ni siquiera ella lo pudo evitar. No es que le dé demasiadas vueltas a la cabeza; prefiere no atormentarse. Lo único que tiene claro en la vida es que odia a los hombres. Odia profundamente a los hombres. No sabe si a todos ni en qué medida, pero los desprecia. En todos ellos ve la figura de su padrastro y, aunque todo parezca normal y actúe con naturalidad, aunque sonría o haga como que se divierte, lo único que en realidad hace es utilizar una máscara para poder subsistir. Por pura supervivencia. Porque Esmeralda tiene motivos para odiar a los hombres. Cuando sus pechos habían dejado de ser dos botoncitos y empezaron a florecer, cuando apenas empezaba a ser una mujercita, su padrastro la vendió a Luis Alberto Pereira, un chulo sin escrúpulos, que huyendo de la justicia se la llevó, como quien dice a rastras, hasta un lóbrego burdel de Leticia, en la impenetrable selva amazónica, entre Perú y Brasil. Un lugar perdido en el mundo, olvidado de la mano de Dios, sobre el Amazonas, en el extremo sur de Colombia, a más de mil kilómetros de Bogotá, al que solo se podía acceder por vía aérea. El mejor lugar posible para alguien que no desea ser encontrado por jueces o policías ante los que rendir cuentas de sus numerosos desmanes y tropelías. Y así fue hasta que los mosquitos y las enfermedades tropicales hicieron más que desaconsejable su presencia allí, porque la vida en Leticia no era fácil para alguien venido de fuera. Y, sobre todo, cuando los rudos y violentos jefes de los garimpeiros y de los caucheros dedicados a la extracción del lechoso látex, de la misma calaña e igualmente voraces, les hicieron la vida imposible. El caso es que un buen día, dos años después, y pese a que los encantos de Esmeralda le estaban procurado una fortuna nada desdeñable, el tal Pereira hizo acopio de todos sus ahorros para

escapar de aquel infierno verde en un avión de Avianca que, de nuevo con la chica, lo devolvió a la capital colombiana. Ya en Bogotá, el proxeneta la vendió al mejor postor, quien, a su vez, la envió a Madrid tras enterarse de que un tal Milton Flores, con el que había coincidido en la cárcel Modelo, buscaba chicas, las mejores chicas, para un nuevo club de lujo. Nada menos que en Madrid. Con la venta, Pereira se quitaba un problema de en medio, «ya buscaré otra como Esmeralda», aunque no fuera tan llamativa. Y Milton, bueno, Milton no se sentía mejor desde que se ganara la vida enfundado en unos guantes de boxeo. Pero eso fue un tiempo después de que las piernas le pesaran como toneles, de que los brazos no le respondieran con la rapidez de siempre, de que sus golpes fueran de mantequilla, de que la niebla enturbiara sus ojos y de que comenzara a besar la lona demasiadas veces. Lo primero fue quedarse sin representante, sin amigos, sin público que lo jaleara. Lo siguiente, buscarse la vida como matón de burdel, hasta que él mismo se convirtió en el chulo de algunas chicas. Pocas y viejas al principio, es cierto; jóvenes de buen ver cuando el negocio empezó a descollar. Al comienzo en su país y más tarde en Colombia. Pero todo volvió a perderlo al final. Todo por culpa del póker, de los dados y de las peleas de gallos. Casi todo, salvo los contactos que hizo en la calle o en prisión y que tan útiles le resultaron cuando, una vez establecido en España, necesitó la ayuda de sus viejos amigos para conseguir las mejores chicas disponibles, según el encargo que recibió de su benefactor en Madrid, Álvaro Dueñas.

En Alazán, Esmeralda tampoco fue libre, pero al menos podía comer tres veces al día, estaba bajo supervisión médica, tenía, más o menos, una jornada laboral y, en general, era bien tratada dentro de la esclavitud que suponía tener su cuerpo siempre disponible y en venta. Esmeralda, que fue el «nombre de guerra» que le puso don Álvaro cuando supo de dónde venía y descubrió el color de sus ojos, fue desde el primer momento la reina de Alazán. La más solicitada, la más cara, por tanto, la más deseada. Ninguna de las chicas podía competir con ella. Ni lo intentaban. Ser la mejor en un negocio así no le granjeó demasiadas amistades. Ella interpretó que todos estaban contra ella y no tuvo más opción que sacar su mal genio y enseñar las uñas para que nadie le pisara el terreno. Iba por libre y no necesitaba a nadie porque ya contaba con el favor y la protección tanto de don Álvaro como de Milton Flores, a los que aun así odiaba profundamente sin que ellos lo supieran. Pero la disimulada repulsión que sentía por ellos era un juego de niños comparada con el hondo asco que sentía por el envarado e imperturbable Erik, quien, a pesar de todo, nunca se había atrevido a ponerle una mano encima. Ni en su culo ni en ninguna otra parte de su apetecible anatomía. No podía decir lo mismo de Milton, cuyo vaivén de caderas no le resultaba desconocido.

Esmeralda había sufrido mucho en la vida y era de la opinión de que nada podía resultar peor ya que los dos años que pasó abierta de piernas en un camastro para complacer a los buscadores de piedras preciosas. Hombres que con frecuencia apestaban, en el mejor de los casos solo a alcohol, con barba de una semana, y cuya falta de tacto parecía genética. Hombres con los ojos inyectados de un deseo que no tardarían en ver satisfecho porque, y eso era lo único bueno, eran incapaces, salvo en contadas ocasiones, de mantener su miembro con la dureza necesaria tanto tiempo como les gustaría. Hombres… Hombres cuyas caras nunca recordaba porque para ella todos eran el mismo hombre. Tumbada, boca arriba o boca abajo, con los ojos cerrados, todos eran Pereira. El mismo asco, la misma necesidad de siempre por que cesaran sus torpes embestidas y poder lavarse, arrancarse parte de la mugre que esos malnacidos habían depositado entre sus piernas, sobre sus pechos, en su vientre. Por eso, sin ser el paraíso, Alazán era lo mejor que le había pasado en la vida. No era ya tan joven como deseaba, pero sabía bien qué era lo que les gustaba a los clientes y ella estaba allí para dárselo. No les saldría precisamente barato, pero era su trabajo y no había nadie que supiera hacerlo de una forma tan eficiente. A veces, incluso, se asombraba del sentido de la astucia que había conseguido desarrollar, pese a la humilde cuna caleña en la que nació. Allá en el lejano y casi olvidado Valle del Cauca, en la capital mundial del baile de salsa, con cuyo regreso aún suspira en tantos días de acompañada soledad.

Huerto de las Monjas. Antiguo monasterio de Bernardas Descalzas. Calles del Rollo y Sacramento, a espaldas de la plaza de la Villa. Un frondoso y escondido jardín público, de propiedad municipal, los acoge hoy. Ningún ruido amortigua sus palabras, salvo el chorro de agua que, incansable, baña una fuente con cuatro amorcillos de bronce. Sonrientes querubines, que alegran el jardín desde un pilón de ladrillo revestido de azulejos. Cuando la ve llegar, Santos piensa que el corazón se le va a salir del pecho y, si pudiera, detendría el tiempo y se quedaría a vivir para siempre en ese instante.

Gracias por venir. Gracias a ti por invitarme. Ha pasado casi un año y eso es mucho tiempo. Ya. Demasiado tiempo sin ti. Bueno, hemos hablado algunas veces por teléfono. Sí, pero no es lo mismo. ¿Ah, no? No. Quiero decir que no hemos perdido el contacto. Pensaba que me querías dar de lado. ¿Y eso? Pues no sé, como me estoy poniendo tan pesado… Sí, un poco pesado sí, la verdad. Trato de evitarlo, pero no lo consigo. Bueno, poco a poco. Eso es, poco a poco. ¿Y cómo dices que te va la vida? Simplemente va. Hombre, lo planteas de una forma que dan ganas de llorar. Tampoco es eso. ¿Entonces cómo es? Mira, hoy está siendo un día maravilloso… ¿Ah, sí? Sí, pero no

porque haya ocurrido algo extraordinario, que no ha ocurrido, sino porque sabía que iba a estar contigo. Pero qué cosas dices... Estoy trastornado y lo sé. Hombre, trastornado no, tampoco es eso. Sí, ese es mi problema, que no sé cómo sacar el cuello de esta historia. ¿Y cómo te puedo ayudar? Te abrazaría todo el día si pudiera. Estás tonto, deja de decir estupideces, por favor. ¿Pero se puede saber qué libros lees tú? ¿Pero por qué? Tanta poesía no puede ser buena. ¿Ah, no? Te está afectando más seriamente de lo que yo pensaba. Lo que quiero contigo no lo quiero con nadie más. Pero bueno, chico, pareces un adolescente ridículo. ¿Te parece ridículo lo que siento por ti? No, si no es eso, pero es que a este paso me vas a montar una escenita que ni en las películas, ¡vamos! Pues es lo que hay, no sé si me explico. Sí, si ya te voy entendiendo, pero yo que tú me iba olvidando del tema. Sí, me lo dijiste la última vez. Veo que tienes buena memoria. ¿Y cómo lo hago? Pues no sé, chico, date una ducha fría, o vete de putas o…, perdona, yo también estoy empezando a perder los papeles. ¿Te parezco ridículo de verdad? No. O patético. No, si no es eso, es que me parece tan increíble lo que me dices…, es que no te pega nada. Seguro que si yo lo viera desde fuera pensaría lo mismo, pero da la casualidad de que aquí el payaso soy yo. Hombre, tampoco se trata de eso. Pues ya me dirás tú de qué se trata entonces. Vamos a ver si nos centramos y nos dejamos de tonterías. ¿Tonterías? Bueno, llámalo como quieras, pero esto es un sinsentido. Sí, en eso estoy de acuerdo. Porque digo yo que, lo mismo que te ha entrado esta cosa tan fuerte, podrás quitártela de la cabeza. Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío, ya lo dijo Cernuda. Vale, déjate de poemitas y ve al grano. Estoy a punto de perder la razón. Seguro que no es para tanto. El hecho de que tú niegues la realidad no puede evitar el curso de las cosas. No me vengas con monsergas, que nos conocemos y ya no eres ningún niño. Hablar de monsergas cuando estoy haciendo una llamada de socorro es de una crueldad que no merezco. Llámalo equis, lo cierto es que estás fatal de lo tuyo. Pues, mira por dónde, me alegro de que al fin lo vayas entendiendo. Lo entendí desde el primer momento. Siempre he pensado que eres una chica lista. Olvídame, de esa forma al menos. ¿Ah, sí? Tienes que hacerlo. No puedo con mi vida. Necesitas ayuda. Necesito tu ayuda. No, ojalá pudiera ayudarte, lo que necesitas es un terapeuta. ¿Tan al borde del precipicio me ves? Pues sí, aunque nadie mejor que tú lo sabe. ¿Crees que soy un desequilibrado? Yo no he dicho eso... Estoy herido de amor y nadie más que tú me puede sanar. Déjalo ya, por favor, ese empecinamiento tuyo no puede ser bueno, va a acabar contigo. ¿Y cómo, cómo coño lo dejo? Ya te lo he dicho, poniéndote en manos de un profesional. O sea, que estoy loco de atar. No es eso, simplemente tienes que entender que hay cosas que son imposibles. Ya lo voy entendiendo, lo mío es un amor imposible. No se trata de eso. ¿Ah, no? ¿Y de qué se trata pues? No hay amores baldíos, si acaso, distintos, poco convencionales, atípicos... Te veo muy puesta. No seas malo. ¿Malo yo? No todos los amores acaban entre sábanas revueltas o en la rutina del paso de

los días. Sorpréndeme. Hay amores que trascienden en el tiempo y el espacio, que sus cenizas siempre esconden rescoldos, aunque las creas apagadas. Me dejas de piedra. Amores secretos, ocultos, invisibles, eternos, inabarcables, inexplicables... Sigue. Amores nunca ilegales. (...) Amores a destiempo, pero no imposibles, si es que son auténticos. O sea, que no hace falta que sean físicos. Veo que lo vas entendiendo. Ya, todo eso que dices es muy interesante, pero... Pero no te convence. No es eso. Mira, la vida es ya lo suficientemente compleja como para que nosotros la hagamos más difícil. No, si al final me tendré que flagelar. No se trata de eso. ¿Ah, no? No, déjame que te diga, confidencia por confidencia, que yo también he vivido uno de esos que tú llamas amores teóricamente imposibles. ¿Cómo? Sí, ocurrió hace algún tiempo y yo también estuve a punto de perder la cabeza. ¿En serio? Claro, por eso te entiendo. ¿Y ahora? Bueno, ahora, ahí estamos. No te entiendo. Pues es muy sencillo, que aquella pasión ha tenido sus altibajos… ¿Quieres decir que se ha transformado? Más o menos. ¿Cómo se llama? Diego, se llama Diego. ¿Y por qué era imposible? Porque me parecía inalcanzable y, sin embargo, resultó todo tan rápido, tan fácil. Entiendo. Él tenía, y tiene, su vida, y yo la mía, en ocasiones la compartimos, y me parece un milagro que podamos coincidir. Es lo que tiene el amor. Sí, eso es cierto. ¿Y aún hay algo? Claro, siempre hay algo; bueno, en mi caso aún hay mucho. No me habías dicho nada. Bueno, son cosas de las que no suelo hablar con todo el mundo. ¿Y no me lo vas a contar? No. Tendrás tus motivos, claro. No, simplemente no me apetece y punto. Ya. Ahora no, tal vez otro día. Como quieras. Te lo he mencionado únicamente para que supieras que te entiendo. Ya. Que sé lo que son las pasiones desaforadas. Pues ya me lo podías haber dicho. No podía. Pues debiste hacerlo, para que no me hiciera ilusiones. Lo siento. ¿Pero me entiendes? Claro que te entiendo, pero te vi tan, tan… ¿Enamorado? Sí, joder. Que preferiste hacerte la dura. No es eso. Pues sí. No. Sí. No. Porque tú eres de las que piensan que todo se desvanece. No es eso. Que nada permanece. No sé, lo planteas de una forma... Es como yo lo veo. ¿Y qué más ves? Pues que hay otra verdad inmutable. ¿Ah sí? Sí. ¿Y cuál es, si puede saberse? Que en este extraño juego del amor siempre suele haber uno que quiere más y otro que se deja querer. Qué sabio eres. No te burles, por favor. No me burlo y lo sabes. Pues no lo parece. No solo no me burlo, sino que yo también estoy convencida de que suele ser así. ¿Y te parece bien? Oye, ni bien ni mal. Y a ti qué te tocó, ¿querer o ser querida? Querer, querer más, sin duda. ¿Y? Pues que es mucho más cómodo que te quieran. ¿Entonces? ¿Entonces, qué? Nada. Es que es ley de vida, no todo es exactamente así, pero se aproxima bastante a la realidad. ¡Pues vaya! Así es como está montado este tinglado. ¿Y tú estás de acuerdo? Es que resulta que lo que yo crea es completamente irrelevante. Ya, pero quiero conocer tu opinión. Que tienes tu parte de razón, ya te lo he dicho. Pues no debería ser así. ¡Pues qué bien! El único consuelo es que puedan cambiar las tornas. No sé en qué sentido lo dices. Pues es muy sencillo, que aquel que más quiere pase a dejarse querer y viceversa. No sé,

lo planteas de una forma que no tengo ni idea de dónde quieres ir a parar. No, tranquila, a ningún sitio. ¿Entonces? Nada, es una forma de hablar. Pensaba que querías cambiar el mundo. No, simplemente, pensaba en voz alta. Deberías escribir un libro. ¿Y eso? El libro de la sabiduría. No te burles de mí. No, es que como te veo tan poeta y a ratos tan filósofo. Anda, déjalo ya. Pero si te lo digo en serio. Deberías publicar algo. Déjalo ya, Adela. Un libro. Pero, en serio, ¿tú ves a un madero como yo, vejestorio por más señas, escribiendo estas cosas? Pues sí, claro que sí. Yo no me veo. ¿Ah, no? Y más a mi edad. ¿Por qué no? Porque es ridículo, además de cursi y patético. Todo es cuestión de proponérselo. ¿Lo dices en serio? Pues claro. ¿Estás segura? Sí. Un libro. ¿Un libro? Sí. Solo tú tienes la mirada que quiero leer.

Esmeralda no sentía especial afecto por las chicas de Alazán. Simples compañeras con las que podía llegar a bromear o a tener una relación más o menos normal, pero con las que nunca, bajo ningún concepto, compartiría sus preocupaciones, alegrías y confidencias. No les contaría su vida, como tampoco lo harían ellas. Eso no quiere decir que no estuviera seriamente preocupada por Rubí cuando notó que había empezado a decaer y enfermar. No podía entender que a ella, sí, por muy protegida que fuera de don Álvaro, se le permitiera seleccionar a la clientela o que pudiera elegir hasta dónde llegar con ellos. Le parecía que era un privilegio intolerable y así se lo dijo al propio Milton Flores en alguna de las numerosas ocasiones en las que el dominicano, que aún la consideraba de su propiedad, se la había llevado primero a cenar y más tarde a su habitación del hostal para moverse en la cama al ritmo frenético de sus embestidas. «Son cosas de don Álvaro, no te puedo decir más», respondía siempre cortante el negro dominicano. Con el tiempo, Esmeralda comprendió que hacia Rubí sentía más curiosidad que celos y empezó a verla con otros ojos. No es que llegaran a ser amigas, eso no, pero su relación se fue haciendo menos tensa. Hasta el punto, incluso, de empezar a sentir un afecto que, sin lugar a dudas, se habría intensificado de no haberse producido la desaparición de la pelirroja. Por eso, en plenas vacaciones, cuando a los pocos días de que todas ellas conocieran la noticia, se puso discretamente en contacto con Santos Senabre, de quien Rubí le había hablado, más para obtener alguna información que para dársela porque ella, más allá de sus sospechas, no disponía de ningún dato que pudiera ayudar en la investigación. Como no la conocía hasta ese punto, el inspector actuó con cautela y apenas pudo revelarle algo, fundamentalmente porque él mismo andaba bastante perdido. Tras la detención de Alvarito volvieron a hablar y a crear un cauce de comunicación algo más fluido, aunque sin llegar a establecer una relación de plena confianza. Esmeralda, además, estaba bien informada dado que, ocasionalmente, alguno de los hombres de Santos se dejaba caer por Alazán. «A título particular y fuera de servicio», solían decir a la defensiva y sin que nadie les preguntara. Para entonces el club ya no era ni

sombra de lo que fue. De forma progresiva, don Álvaro fue perdiendo interés en el negocio. Estaba como desganado e intuía un final cercano áspero y abrupto. «Me estoy haciendo mayor y esto ya no me la pone dura», pensaba con descarnada crudeza. Finalmente, como no encontró comprador, optó por dejar el día a día en manos de Milton Flores. Casi todos sus esfuerzos se centraban ahora en tratar, sin conseguirlo, de sacar a su hijo de la cárcel. Y no obtenía resultados, no con la rapidez que él anhelaba, por más hilos y dinero que estaba moviendo. Notaba que sus poderosos amigos de entonces comenzaban a rehuirlo y, aunque prefería no pensar en ello, sabía que el glorioso tiempo de Alazán se le estaba escapando a chorros por el sumidero. Que su cierre podía ser inminente y que ni a Gaston Vanhülle, ni tampoco a Erik, cuyo paradero desconocía desde la detención de Alvarito, les agradaría saber que su inversión en Madrid estaba a la deriva. Si es que había naufragado ya.

Tras el verano de 1987, a sus sesenta y ocho años, cinco después de la desaparición de Rubí, Álvaro Dueñas decidió que, desde entonces, solo las antigüedades tendrían ya sitio en su vida. Tiraría por la borda todo lo demás y volvería a disfrutar de sus viejos cachivaches y de sus objetos de arte, que últimamente tenía abandonados. La ocasión se la sirvieron en bandeja cuando una inmobiliaria le hizo una oferta económica más que sustanciosa. El Banco Santander quería quedarse con los dos edificios contiguos del paseo de la Castellana 24 y 26 y no se lo pensó. Fiel a su estilo, se despidió con una fiesta por todo lo alto. A lo grande, que era como a él le gustaba hacer las cosas. La noticia también llegó a oídos de Gaston Vanhülle, el mercader de diamantes de Amberes que introdujo a don Álvaro en el negocio de las gemas y que, de alguna manera, no quiso perderse tan señalado acontecimiento. Y lo hizo de la mejor forma que de él se podía imaginar. No acudiendo personalmente, no era tan estúpido, sino enviando a un viejo conocido. Al mismísimo Erik Janssens, que volvió a Madrid con el encargo expreso de «hacer limpieza», liquidar todas las cuentas pendientes, no fuera a ser que con el cierre del local sus amigos españolitos se olvidaran de que desde hacía diez años mantenían un negocio en común. Y tampoco era cuestión de que con las prisas del cierre sus intereses se vieran menoscabados, o se fueran de la lengua contando cosas que a nadie interesaban y mucho menos a la policía. Cinco años después de su precipitada y misteriosa salida en plan Houdini tras la desaparición de Rubí, el rubio volvió a Madrid haciendo las veces de imperturbable recaudador. Por las buenas o por las malas. Sin importar las consecuencias, que es para lo que había sido adiestrado. Ni se inmutó cuando, ya en Madrid tras haber adoptado todas las precauciones posibles, Milton Flores, por indicación de don Álvaro, le dijo que estaban en paz y que la sociedad se deshacía a las bravas sin que nadie debiera nada a nadie. Erik Janssens sabía que esa respuesta no sería del agrado de su jefe. Que se enfadaría y mucho y que tendría que intervenir porque, si el negocio se iba al garete en Madrid, eso podría acabar afectando a sus intereses en Amberes y tampoco era cuestión de que el barco se fuera a pique por una actuación tan poco profesional. Don Álvaro, en todo caso, no acudió al evento. «No tengo el cuerpo para fiestas», se excusó con Milton. «Ten los ojos bien abiertos y llámame si hay el más mínimo problema, sobre todo si aparece tu amiguito el belga», le confió al dominicano, extrañado por las misteriosas advertencias de su jefe.

Esmeralda reparó en él nada más entrar por la puerta giratoria de Alazán. El local estaba lleno, pero, instintivamente, sintió un gran malestar cuando lo vio acercarse. Pura repulsión. Le molestó su chulería, pavoneándose delante de todos, con esa suficiencia de quienes se saben impunes. Como si aún fuera

temido y poderoso. De pronto, Esmeralda recordó a Rubí y supo lo que tenía que hacer: llamar por teléfono a Santos Senabre y advertirle de la presencia del belga en el club. Y que fuera él, aunque ya no tuviera la placa de policía, el que decidiera qué hacer en tales circunstancias.

Se lo debía a sí misma.

Se lo debía a Rubí.

Santos cometió el error de acudir solo, sin avisar siquiera a su amigo Ángel Bueno. Se lo dijo, pero ya cuando era tarde. El exinspector, que ya había terminado su jornada laboral en Grassy, se plantó rápidamente en Alazán. Dudó entre coger el revólver que guardaba en la joyería o enfundarse la vieja Beretta, que siempre era una magnífica opción. Cogió la pistola, comprobó que estaba en buen uso y a punto y se aprovisionó con varios cargadores. «Vamos a por ese hijo de puta de una maldita vez», se dijo. No tardó en llegar. Había mucha gente, pero nada más entrar vio al belga junto a la barra. De espaldas a la escalera y mirando de frente a la puerta. El flamenco no era de esos tipos que se confían y se sitúan en cualquier lugar. Lo habría distinguido al instante entre miles de personas. Cruzaron sus miradas, se retaron con la vista, pero era tal el bullicio que tampoco era cuestión de sacar ya la pistola. Santos tomó aire y se fue a por él con intención de obligarlo a subir a la zona de los reservados. Pero, de pronto, Erik Janssens comprendió la jugada y se precipitó escaleras abajo cerrando a su paso la puerta metálica que daba al almacén. Como pudo, a trompicones, Santos se quitó de en medio a los distraídos clientes que se interponían a su paso y bajó los dos tramos de escalera que conducían al sótano. Furioso, arrambló con la cortina y se lio a patadas, pero no consiguió que aquel armazón engoznado se moviera del quicio. Además de la llave, el belga debió echar el cerrojo. Haría falta una maza.

Para entonces, la fiesta ya se había terminado. Empleados y clientes se dieron cuenta de que algo extraño estaba pasando y optaron por salir al jardincillo exterior tan pronto como sintieron próximo el ulular de las sirenas de la policía. Desesperado, Santos subió a zancadas los escalones en busca de algún extintor con el que golpear la puerta. Y en esas estaba, con la sala ya casi vacía, cuando el inspector Ángel Bueno irrumpió con sus hombres.

—Deberías haberme avisado, Santos. Sabes perfectamente que no puedes ir por la vida en plan justiciero. Cuéntame qué está pasando, por favor. O me veré obligado a detenerte. Y sabes que lo haré.

—No tengo la menor duda.

—¿Y bien?

—Alguien me ha avisado de que estaba por aquí el cabeza cuadrada ese…

—¿El belga?

—Sí, el mismo. Y me he venido a por él. Creía que podría cazarlo, pillarlo por los huevos…

—¿Y?

—Y, bueno, llamarte luego para dejarlo en tus manos.

—¡Venga ya! Eso no se lo cree nadie. Que ya son muchos años y nos conocemos, Santos, que a mí no me la das.

—Es una cuestión personal.

—¡Y una mierda! Vivimos en un Estado de derecho, no lo olvides, y aquí todavía funcionan la ley y el orden. Y tú no eres policía, no lo eres, te lo recuerdo.

—Tienes toda la razón. Aunque, si te parece, podemos dejar la discusión para otro día y acabar esto como corresponde.

—Tú no vas a terminar nada, Santos, que para eso ya estamos nosotros aquí. Dime cuál es la situación y apártate, por favor, no me obligues a ponerte los grilletes.

—Pues la situación es muy sencilla. El sujeto ese se ha escondido en el sótano y ahí debe permanecer, encerrado tras la puerta, a no ser que se haya esfumado. Como nos pasó, por cierto, la otra vez cuando fuimos a por él, pensando que podía estar allí abajo con Alvarito y con Rubí y nos quedamos con un palmo de narices. ¿Te acuerdas?

—Creo que sé lo que pasa —terció en ese momento Esmeralda, que no sabía cómo interrumpir la conversación—. Estoy segura de que Erik ya está bien lejos de aquí, mientras ustedes perdían el tiempo discutiendo. Por lo que acabo de entenderles, ya buscaron ahí. No tenía ni idea, de haberlo sabido les hubiera contado, porque aquí es algo que sabemos algunas chicas, que según bajan al sótano, al fondo a la derecha, hay una escalera debajo del suelo que conduce a una especie de pasadizo que llega hasta el hotel de la calle Marqués de Villamejor. Si me hubieran preguntado…

Con la ayuda de una maza, los policías echaron abajo la puerta metálica que daba al sótano. Luego hicieron algunos disparos intimidatorios al vacío, por si acaso, y cuando comprobaron que nadie respondía al sonido de sus armas, bajaron atropelladamente. El inspector Bueno mandó a la calle a cuatro de sus hombres, dos por la izquierda, dos por la derecha. La idea es que dieran un rodeo hasta confluir en el hotel de la calle Marqués de Villamejor, por si Erik Janssens no hubiera tenido tiempo de escapar. Él mismo, junto a otros dos policías, accedió al pasadizo tras accionar el oculto sistema hidráulico que, como les había revelado Esmeralda, servía para levantar la pesada plancha metálica del suelo sobre la que había diversa maquinaria arrumbada. Nunca pudieron imaginar que fuera tan fácil seguir los pasos de aquella sabandija flamenca que, por segunda vez, se había vuelto a reír de ellos en sus propias narices. Con el camino expedito, bien iluminado ya, descendieron los escalones y, con el rictus del asombro dibujado en sus rostros, se adentraron veloces por el pasadizo secreto hasta que en menos de un minuto alcanzaron el hotel. La cara del alelado conserje fue el primer síntoma de que el esfuerzo había sido baldío. Por el mismo camino, Santos Senabre también llegó al instante, mientras los cuatro policías que habían rodeado la manzana por la calle permanecían igualmente desconcertados con las armas apuntando al suelo. El empleado del hotel solo acertó a decir que desconocía lo del pasadizo secreto y que tampoco sabía de dónde demonios había salido el sujeto rubio que acababa de escapar como alma que lleva el diablo. «Creo que no era cliente del hotel», fue lo único que acertó a decir, sin que ese dato interesara ya a los agentes.

El belga, «hijo de puta, la madre que lo parió» —exclamaron al unísono sus perseguidores—, los había dejado con un palmo de narices.

Erik Janssens se les había vuelto a escapar.

Como una escurridiza anguila.

Otra vez.

Ajeno a la accidentada fiesta por el cierre de Alazán, a la que no quiso asistir, pero de la que recibió rápida y detallada información, don Álvaro tenía un buen motivo para justificar su extraña ausencia. Sabía que la ruptura de su relación comercial con Vanhülle podía resultar traumática, conocía cómo se las gastaba, sus malas pulgas, y se temía lo peor. Y no podía haber nada peor que volver a tener a Erik Janssens en Madrid. Con sus imponentes manazas, sus recios hombros y su vacua mirada. En su fuero interno, nunca se había arrepentido de su aventura con los diamantes o de haber conseguido levantar el negocio de Alazán. Nunca. Lo único que lamentaba es haberse dejado

embaucar —¿o acaso fue miedo?— hasta consentir que los «putos flamencos» mangonearan en sus quehaceres. «Qué lástima no haberles cortado la mano, como hizo Silvio Bravo con el gigante Antigon, y haberla arrojado al Escalda». Hacía tiempo que don Álvaro no sabía nada del anticuario y joyero Adrien Vanderbeken, si bien en esta ocasión tenían un buen motivo para hablar. Aquel aviso, a tiempo, le evitó al menos un disgusto y quién sabe si algo más.

—Mi querido amigo, cuánto tiempo sin tener noticias de usted.

—Es cierto, tiene toda la razón del mundo, y le ruego que me disculpe. En España decimos que el roce hace el cariño, aunque, en este caso, me gustaría hacerle saber que mi relación de afecto hacia usted permanece inalterable.

—Es usted muy amable, como siempre.

—Como habrá comprobado, nuestra relación comercial ha decaído mucho desde que me volqué con Alazán, aunque, ahora que ese negocio toca ya a su fin, me he propuesto volver a emplearme a fondo con nuestros cachivaches, que como bien sabe es en realidad lo que más me satisface.

—¿Cierra Alazán, me dice?

—Sí, sí. Las cosas no han marchado como yo había previsto… Me voy haciendo mayor, qué quiere que le diga… He tenido diversos contratiempos… Y, bueno, ya sabe que una retirada a tiempo es una victoria.

—Pues no sabe cómo lamento que esté teniendo esas complicaciones de las que me habla.

—Muchas gracias, Adrien. No descarto volver algún día por Bruselas y contarle todo con algo más de detenimiento. Tampoco usted nos ha hecho el honor de acercarse a Madrid, ¡con lo bien que se lo hubiera pasado en Alazán!

—No lo dudo, aunque ya sabe que a nuestra edad ese tipo de urgencias, las de la entrepierna me refiero, son menos acuciantes.

—Una lástima, es cierto. ¡Quién nos ha visto y quién nos ve!

—Ja, ja, ja, ja. Bueno, mientras podamos ir contándolo.

—Eso es.

—¿Y los diamantes?

—¡Uy! Esa es otra historia bien interesante, que me reservo igualmente para cuando tengamos ocasión de vernos, espero que muy pronto. Diríamos, por resumir, que la cosa fue bien hasta que comenzó a ir mal. Perdone que por teléfono no sea mucho más explícito.

—Entiendo.

—Y con Vanhülle, ¿cómo han terminado las cosas con él? ¿Está todo en orden?

—No, no lo está.

—Es lo que me temía y ese es también el motivo de mi llamada. Ahora comprenderá por qué, en contra de mi discreción habitual, me he visto obligado a hacerle tantas preguntas.

—Siga, por favor.

—¿Recuerda lo que le dije sobre la confianza cuando me visitó en mi tienda de Bruselas hace unos años?

—Diez años ya, si no me falla la memoria. Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Bien. Me alegra saberlo. Lo que quiero decirle es que todo aquel rollo que le solté continúa vigente para mí y que, como prueba de ello…, como prueba de que mantengo mi confianza, me permito avisarle de que Vanhülle está furioso con usted. Y no solo eso, claro, sino que ya ha ordenado al matón ese que tiene como jefe de seguridad, a Janssens, que viaje a Madrid porque, al parecer, no está nada satisfecho con la forma de liquidar el negocio que tenían ustedes a medias. Es la información que me llega a través de alguien a quien aprecio y que, naturalmente, dada nuestra relación de amistad, me permito hacerle llegar para que tome sus precauciones. Ignoro los motivos del enfado, si son reales o no, pero, conociendo al personaje, mucho me temo que irá a por todas, como es habitual en él.

—Gracias, amigo, por la amistad… y por la confianza.

Jardín del Museo Romántico. Calle San Mateo. Apenas dos árboles de mediano porte: un ciprés y un magnolio centenario al que acompañan arbustos y macetas bien pobladas. La hiedra casi no deja ver las enladrilladas paredes del patio ajardinado. En el centro, un pequeño surtidor de agua escoltado por cuatro bancos acrecienta la sensación de frescor. En uno de los extremos, un pozo, con su centenario brocal de piedra. Varias mesas sobre un suelo alfombrado de guijarros que crujen al paso de los escasos visitantes. Una

pareja, destinada a no serlo, habla mientras cae a plomo la tarde sin que nadie lo pueda remediar. No hay, tal vez, momento más mágico en el día que ese fugaz instante en el que la luz se torna violeta y las sombras, victoriosas, comienzan a inundarlo todo. No hay, porque no puede haberla, felicidad mayor —piensa Santos—, si el momento del ocaso, en el declinar de la jornada, te sorprende junto a la persona adecuada.

Gracias por querer quedar conmigo, Adela. No hay de qué. ¿Te gusta el sitio? No lo conocía, aunque ya veo que es toda una declaración de intenciones por tu parte. ¿Por? Hombre, si citas a alguien en el jardín del Museo Romántico, imagino que no será para rezar el rosario. Muy ingeniosa, además de perspicaz. Muchas gracias. Veo que pillas bien las indirectas. Bueno, esta era directísima. Tampoco es para tanto. He de decir, en tu favor, que siempre me sorprendes con los sitios que eliges. Bueno, solo es cuestión de poner un poco de interés. Lo que me sorprende es que no te haya desaparecido la fiebre esta que te ha dado. Ya ves. Es que no lo entiendo, por más vueltas que doy. Pues es bien sencillo. Pero es que no te pega nada, ya te lo dije. Cosas que pasan. Y lo que menos entiendo es que me hayas idealizado de esa forma. ¿De qué forma? Como si fuera perfecta. Es que lo eres, para mí al menos, sí. Déjate de tonterías, Santos. Eres tú la que has sacado el tema. No soy como crees. ¿Ah, no, y cómo eres? Pues imperfecta, como todas, con mis defectos. Y cuáles son esos defectos. ¡Sí, a ti te lo voy a decir! Para mí eres ideal. Pues no. No sabría encontrar algo negativo. Pero si es que no me conoces. Yo creo que sí. Si ni siquiera me has visto en biquini. Eso es cierto. De momento no, pero podríamos arreglarlo. ¡Qué gracioso! Vamos, desembucha de una vez, estoy esperando a que doña Imperfecta se retrate. Me estoy volviendo muy supersticiosa. No hay problema, me casaré contigo cualquier día menos un martes y 13. Estoy algo pálida. No me importa. Me como las uñas. Eso no es grave. Tengo una horrible personalidad. Seguro que no es para tanto. Digo tacos. Yo también. Pero una chica malhablada… Me encantan las chicas malhabladas… Cuando me enfado puedo ser terrible. ¡Uy, qué miedo! No soy buena cocinera. Podría soportarlo, mis gustos son muy frugales. Me gustaría ser más alta. Tumbados no se notará. Si te ríes de mí, no sigo... Me refería a tumbados uno al lado del otro, no uno encima del otro. Veo que lo tuyo no tiene arreglo. Ya me callo. Soy algo miope. No pasa nada, si no me ves bien te dejaré palpar. Veo que estás hoy graciosillo. Perdona. No siempre soy puntual. Sí, eso es cierto, deberías haber llegado antes a mi vida. ¡Uy, no, que entonces ahora sería más vieja! Eso es cierto. No me gusta ser asmática. Yo también respiro con dificultad cuando pienso en ti. ¡Pero qué tonto eres! Odio las cucarachas. Ningún problema, yo las aplastaré por ti. ¡Ay, no, qué asco!, no digas eso, me parecen unos bichos repugnantes. Bueno, pues entonces, haré como el flautista de Hamelín y las conduciré hasta el Manzanares para que se ahoguen. Eso me parece mejor, lo

otro, solo de pensarlo me pongo mala. Vamos mejorando. ¿Y eso es todo? Bueno, lo más gordo sí. Pues sigo pensando que eres ideal. Pero es que tú me ves con buenos ojos. Son los únicos que tengo. No eres objetivo. Claro que sí, totalmente objetivo. No. Sí. No. Si quieres puedo hacer una encuesta. Déjate de encuestas y háblame ahora de tus defectos. Casi que no. ¿Y eso? Mi única tara es verme tan mayor. ¡Hala, pero si estás hecho un chaval! Sí, un chaval de cincuenta y un años, casi nada. Lo que yo digo. Eres preciosa. Eso se lo dirás a todas. No, solo a ti. ¿Te parezco pesado o empalagoso? No, no lo eres. ¿Significa eso que te importo algo? Claro, pero no te hagas falsas ilusiones. Veo que conservas tu anillo de compromiso, no me olvido. Pues eso. Gracias, en cualquier caso. A ver con qué me sorprendes hoy, que te veo venir. Lo dices de una forma… Perdona, es que no te puedo tomar en serio, totalmente en serio, no. Hoy la cosa va de simbiosis. ¿Simbiosis? Sí. Poeta, filósofo y ahora biólogo, lo que te faltaba. Ya ves. Nunca dejas de sorprenderme. Mi mente nunca descansa. Pues deberías relajarte, que a tu edad no te conviene. ¿Tan mayor me ves? Perdona, era una broma, ya te he dicho que no. No, si tienes razón, el DNI no miente. Te he dicho que lo siento. A ciertas edades, hay flechas que pueden dejarte herido de muerte. Oye, que para eso no hay edad. ¿Ah, no? Pues no. Yo creía que… Sigue, por favor. Te hablo de conexión neuronal, entrega, dependencia, de entenderse sin necesidad de palabras, de almas gemelas. Me dejas a cuadros. Algunas de las mejores historias son sin palabras. Veo que, definitivamente, lo tuyo no tiene arreglo. Ya ves, ¡qué le voy a hacer! Bobo. Ya te lo dije y aun así has querido verme otra vez. Sí, pero tampoco hace falta que te crezcas, ¡eh! No, tranquila. Yo pensaba que me ibas a hablar de… ¿De intercambio de fluidos?… Que es en lo que suelen acabar estas cosas. ¡Pues no, no necesariamente! Pues qué raro, chico. Ya ves. ¿Y qué tiene de malo acabar en la cama, que no digo yo que sea el caso, si puede saberse? Que mata el misterio. No te entiendo, no sabía que fueras tan mojigato. Es sencillo, la pasión física enciende el alma, pero, como todo, se agota. No sabes qué peso me quitas de encima, pensaba que solo querías follar. Bueno, como no me darás esa opción, no tengo más remedio que conformarme. Ya me parecía a mí. Quererte es solo el principio, aunque no pueda hacerlo como a mí me gustaría. ¡Qué cosas dices! ¿Acaso no me crees? Claro que te creo. ¿Entonces? Déjalo ya, por favor, Santos, no te convengo, no soy como crees. Adela, pienso en ti con la misma naturalidad con la que respiro, pero te prometo que no insistiré, no te quiero incomodar. Eres bobo. Estoy de acuerdo y no me importa. Lo decía en broma. Ya lo sé. Deduzco de tus palabras que me das por perdida y que, como no podré entregarme a ti, empezarás a darme de lado. No es eso. ¿Entonces? No sé… Sí lo sabes. Creo que… Suéltalo ya, por favor. Creo que el verdadero amor, acaso el único, es poder envejecer con la persona deseada. Eso es muy bonito, sí. Todo lo demás, Adela, todo, es frustración, cuando no desconsuelo y melancolía. Es muy duro lo que dices. Lo es. Y dicho así, suena triste. Ya lo creo. E injusto. Es posible, no lo sé, la vida es así. ¿Entonces? Lo que creo es

que no hay nada peor que amar a alguien a quien no puedes tener siempre que quieras. No digas eso, por favor. Es lo que pienso.

10

1991. Madrid. Bruselas. Amberes

Gota a gota el agua que mana del surtidor se descuelga perezosa en la taza superior de la fuentecilla. Como con desgana, hasta caer, al fin, en el pilón circular de piedra caliza donde dibuja una órbita de salpicaduras. El tráfico rodado, demasiado denso siempre en ese punto de la ciudad, se amansa ahora y permite que los paseantes puedan apreciar el rumor que hace el agua al manar. Confluencia de la Plaza de Murillo con el Paseo del Prado. Entre el Museo y el Jardín Botánico. Una pareja permanece sentada en uno de los bancos de granito junto a una de las Cuatro Fuentes diseñadas por Ventura Rodríguez. Una gran bóveda vegetal, formada por enormes plátanos orientales y castaños de indias, les impide ver el cielo estrellado de Madrid. El pavimento es de adoquín, tan negro como las acechantes sombras de una noche de principios de julio que debería ser perfecta.

Y tal vez lo fuera de no ser por el sombrío destino que les aguarda.

De momento, la noche los envuelve y abraza, mientras la luna llena bosteza sobre los tejados de Madrid.

Derramando estelas de plata sobre las copas de los árboles, sobre los cuerpos de tantos anónimos amantes que, de par en par, han dejado abiertas las ventanas por las que se cuela el rumor de la vida.

Amores definitivos, apasionados; amores fugaces, furtivos…

Santos piensa entonces que la felicidad debe ser lo más parecido a ese instante. Aunque él se sienta inseguro y esté tan confundido.

«Estar con la mujer que uno desea, acurrucarse en la música de su voz».

«Dejarse acariciar por la luz de su mirada».

Sin que nada más pueda importar ya.

Me moría de ganas de verte. Exagerado. Gracias por querer quedar conmigo, con lo pesado que me pongo... No, gracias a ti, por llamarme. Gracias, de verdad. Llevo un ritmo de vida tan acelerado y estoy siempre tan ocupada que nunca encuentro el momento de quedar contigo. Y por eso te lo agradezco más. ¡Qué bien, hace una noche preciosa! ¿Me dejas decirte algo? Claro, para eso estamos aquí, para hablar. En una ocasión leí que el amor no suele durar más de cinco años, siete como máximo. ¿Ah, sí? Sí. ¿Y? Pues nada, que es mentira. ¿Y cómo has llegado tú a esa conclusión? Es muy sencillo. A ver, dime, aunque ya imagino por dónde vas. Creo que imaginas bien. O sea, que hay amores más longevos. Bueno, teniendo en cuenta que te conozco desde hace más de diez. O sea, que… Que es mentira que el amor no dure más de cinco o siete años. ¿Y cuánto dura, según tú? No lo sé, no tengo ni idea. ¿De verdad? Yo solo sé que los amores definitivos son eternos. Veo que sigues con tu vena poética. Duran toda una vida y más allá incluso. ¡Qué poeta eres! Pero esto no es poesía. ¿Ah, no? No. Pues lo parece. No lo es. Yo creo que sí. No, en todo caso, si fuera así diríamos que me hice poeta para compensar el doloroso vacío de tu ausencia. ¡Hala! Para poder decirte de todas las maneras, con palabras nuevas o inventadas, lo mucho que… Veo que nunca te cansas. No, de momento no. Entreno para no pensar en ti, pero no puedo. ¡Pero si no nos vemos! Será por eso. Ya. Me fascina tu inagotable capacidad para… ¿Para…? Pues no sé, para persistir con ese tema. Bueno, de momento no tengo nada mejor que hacer. Te noto serio. No, solo un poco nervioso, como siempre que te veo. Pues ya te puedes ir relajando, que no es para tanto la cosa. Tienes razón. Te veo más delgado. El amor adelgaza. Ja, ja, ja. Sí, tú ríete. ¡Es que tienes unas cosas! No tengo remedio. Veo que no. Pues eso. Es que no me acostumbro. Deberías, que ya nos conocemos desde hace tiempo y yo soy la misma de siempre. Y estás tan bien como siempre, querrás decir. Pues no. Lo que yo te diga. Los años no pasan en balde, si yo te contara... Cuenta, cuenta. No, mis defectos son un secreto de Estado. ¿Defectos? Sí. Pues yo te veo radiante. Tú siempre me ves bien. No deberías ser tan guapa, Adela. ¡Qué va! Me turba tu belleza. ¡Qué tonto eres! Sí, eso también. ¡Qué bien se está aquí! Contigo siempre se está bien. Gracias. Si quieres podemos subir a mi casa. No, aquí estamos bien. Como quieras. Hace una temperatura magnífica. Es cierto. Estas interminables noches de verano son de lo mejor de la vida. Algo tendrá que ver también la compañía, ¿no? Sí, claro, perdona, a eso me refería también. Me encanta verte. Y a mí. Eres preciosa. No. Y adorable. ¡Qué va! Santos… Dime. Perdona, no quiero cortarte el rollo romántico, pero hay algo que me preocupa y mucho. Cuéntamelo, por favor, no quiero que tengas ningún temor. Creo que me están siguiendo. ¿Siguiendo? Sí. No entiendo. Ni yo. ¿Pero quién? No tengo ni idea. ¿Y por qué motivo habrían de seguirte? Pues no lo sé, pero me temo lo peor. ¿Y cómo lo sabes? Tengo la sensación de que hay alguien que sigue mis

pasos. ¿Pero quién? No lo sé, pero estoy segura de que me vigilan. No te preocupes, ya me ocupo yo. Espero que no sea una de mis paranoias. Haré lo que pueda, lo que sea para quitarte esa angustia de encima. No, no hace falta que hagas nada, creo que avisaré a la policía. Déjame que lo haga yo a mi manera. No, puede ser peligroso. No temas por eso, yo me encargo. No, por favor, esa gente es capaz de todo, ya lo sabes. Hablaré además con mi amigo el inspector Ángel Bueno. Lo que tú consideres. Confía en mí. Es que mi pareja se encuentra fuera, como casi siempre, y no quiero llamar para que no se preocupe. Diego. Sí, Diego. Pero a este hombre, qué coño se le ha perdido con tanto viaje fuera de España. Eso digo yo, ¡qué coño se le habrá perdido fuera! Humos, por lo menos, no te faltan. No, eso nunca. Pues eso. No trates de entenderlo, es su vida. Si estuvieras conmigo mi vida solo serías tú. Santos, por favor. ¿Qué? Nada. ¿Te importa que te mire así? No. ¿Qué te pasa? Tengo miedo. Yo te protegeré. No sé qué hacer ni dónde meterme. Lo primero que vas a hacer será venirte a mi casa hasta que identifiquemos y neutralicemos el peligro. Gracias. Ahora mismo, si quieres. No. Estamos al lado. No. Mira, es ahí, estamos en dos minutos. No, ahora no puede ser. ¿Mañana? Tal vez. Como quieras. Lo antes que pueda, tengo que organizarme. ¿Organizarte? Sí, ya sabes, con la joyería, con la Universidad, con el Laboratorio, con todo. Tú llámame, cuando sea, sin agobios. Gracias. Voy a estar unos días fuera, pero le dejaré las llaves al portero por si las necesitas. ¿Cuánto tiempo estarás fuera? Cuatro o cinco días, no más. Muy bien. Voy a Amberes, es un viaje de trabajo, me lo ha pedido Alexandra y no he podido negarme. Muy bien. Quiere iniciar la expansión internacional de Grassy y ha pensado que Amberes puede ser un buen sitio para empezar. Claro. Luego vendrán París, Londres, Nueva York y tal vez Tokio. Entiendo. Necesita que compruebe si el local que nos proponen para instalar allí el negocio es adecuado o no. Muy bien. Ella sospecha que hay gato encerrado. Ya. No me apetece este viaje. Ten cuidado, Santos. Lo sé. No hace falta que te diga que allí hay algunos sujetos despreciables a los que deberías evitar. Lo sé. Por lo que más quieras, ten cuidado. Lo tendré. Así me gusta. ¿Sabes, en realidad, por qué me repatea este viaje? Pues no lo sé… Odio estar lejos de ti. ¿Y eso? Es una sensación extraña. Explícamela, pues. Siempre que me alejo pienso que podrías necesitarme y no soporto la idea de no estar si tuvieras que llamarme. ¡Qué tonto! Sí, cosas mías, ya sabes. Serán solo unos días y Amberes es una ciudad que merece la pena conocer. Ya, pero es que me subleva la idea, insisto, de que puedas precisar algo de mí y que yo no esté cerca. No te preocupes, todo irá bien. Si notas algo raro, avísame, por favor. Eso haré. Estaré todo el rato pendiente. No hace falta, de verdad. A la más mínima, me llamas y me vuelvo rápidamente. Gracias. Gracias a ti por confiar en mí. No me atrevía a pedírtelo. Pues deberías. No quiero ser un estorbo. Pero cómo vas a ser un estorbo, Adela, ¿acaso no entiendes aún que eres la razón de mi existencia? Gracias. No tienes por qué dármelas, insisto. Claro que sí. Estaba deseando que me necesitaras. No deberías ser tan

guapa. Bobo. Sí. Y perdona que haya menospreciado tus sentimientos, no era mi intención herirte. Yo te protegeré, de momento ahora y, si quieres, el resto de tu vida. Ojalá. ¿No me crees? Claro que te creo. ¿Entonces? Ojalá fuera todo tan sencillo.

—Ángel, necesito un favor. Un par de favores, exactamente.

—Tú dirás. Si está en mi mano…

—Necesito que, de forma discreta, ya sabes, alguno de tus hombres pueda dar protección a mi amiga Adela. Está preocupada, dice que alguien sigue sus pasos y, como voy a estar unos días fuera, no me puedo ocupar yo personalmente del asunto.

—No me digas que todavía sigues pensando en esa mujer. Eres un calzonazos.

—Ya ves, nadie es perfecto.

—¿Pero qué tiene? Yo la veo muy normalita. Y, además, si no me falla la memoria, está casada.

—Sí, tiene pareja desde hace años.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—¿Que a qué aspiras?

—Yo no aspiro a nada, no te confundas, simplemente es mi amiga y me agrada…

—¿Tu amiga?

—Sí, alguien especial. Me gusta todo de ella: cómo es, cómo se mueve, cómo sonríe, lo que habla, cómo lo cuenta…

—Uf, te veo un poco disperso. No te entiendo, la verdad. ¡Con la cantidad de mujeres que hay en el mundo!

—No se trata de eso.

—¿Y de qué se trata entonces? Nada, déjalo, Ángel, es un poco complicado, lo admito.

—No te preocupes, tu amiga estará bien protegida mientras estés fuera.

—Tengo que ir a Amberes por un asunto de la joyería y, de paso, creo que aprovecharé para hacer un trabajo, un trabajito, que tengo pendiente.

—Y por eso has preferido quedar aquí, en La Mallorquina, y no en mi despacho, porque quieres que sea algo no oficial.

—Eso es. Veo que nos entendemos. Como en los viejos buenos tiempos.

—Sí, como en los putos viejos tiempos, esos que ya nunca volverán.

—Tú no te quejes, que no te han ido tan mal las cosas.

—Bueno, es una forma de verlo, si yo te contara…

—No hay cargo sin cargas, ya sabes, y en la Policía, como en todas las organizaciones, el enemigo suele estar dentro y no fuera.

—Cuerpo a tierra, que vienen los nuestros, como suele decirse.

—Ya lo creo.

—Y hablando de todo un poco… ¿Qué cojones te traes entre manos? Si es que puede saberse, porque imagino que no has venido a verme para decirme que te vas de turismo a Flandes. Porque lo del encargo de la joyería no me lo trago, Santos, que nos conocemos.

—Es completamente cierto.

—Ya, pero seguro que hay algo que me ocultas y, por si te habías olvidado, éramos amigos.

—Somos amigos.

—¿Ah, sí? Pues no lo parece. No das señales de vida y cuando nos vemos me cuentas las cosas a medias y tengo que ir sacándotelas con sacacorchos.

—No es eso.

—Pues ya me dirás, que te veo hoy muy enigmático. Primero con Amalia…

—Adela…

—Sí, perdona, primero con Adela y ahora con el viajecito. Vamos, Santos, suéltalo de una puta vez.

—Diríamos que tengo cuentas pendientes que saldar.

—Déjalo estar. Ha pasado mucho tiempo y nada de lo que hagas cambiará lo ocurrido.

—Sí, eso es cierto, tienes razón, aunque así tampoco puedo vivir. Necesito hacer algo. Te juro que casi me había olvidado del tema.

—Pues no lo parece.

—Pero es que da la puta casualidad de que ahora se me plantea esa posibilidad, sin que yo haya hecho nada. Es como si el destino me llevara donde yo no quiero ir. ¿Lo entiendes? No he sido yo. La dueña de la joyería me envía a Amberes, me dice que vaya a aquella madriguera y ya que voy quisiera ir preparado. Solo por si fuera necesario.

—Ya. Si te parece le vas a otro con ese cuento, porque tú a mi no me la das.

—Te juro, Ángel, que yo no elegí ir.

—Vale, lo acepto, te creo. Pero una vez que has tomado la decisión de hacer el viaje, no acabo de ver la conveniencia de que aproveches para resolver tus cosas. No veo que estés obligado. Nadie te ha puesto una pistola en la cabeza.

—Me la he puesto yo, que es peor. Me la puse yo hace mucho tiempo y, por si no lo sabías, no hay peor bala que la que uno se dispara. Esa nunca se puede esquivar y no hay chaleco que la detenga.

—Bueno, déjate de gilipolleces, que no nos llevan a ninguna parte, y dime qué necesitas. Sabes, perfectamente, a ti no hace falta que te lo diga, que me la juego si te ayudo. Si se enteran de que te ayudo.

—Yo nunca te jodería. Nunca pondría en peligro tu carrera. Sabes que no.

—Lo sé, creo que lo sé, pero no está de más que te lo recuerde.

—Lo entiendo, yo haría lo mismo.

—Ya sabes que las cosas no son siempre como uno las imagina.

—A veces son peor.

—O mejor, ¡no te jode!

—Santos, eres mi amigo y te debo mucho. Los dos lo sabemos, lo sabe

todo el mundo aquí, pero no quiero líos. Un patinazo tuyo puede acabar con mi carrera si se huelen que te he echado un cable. Te tienen ganas, muchas ganas aún, y tú lo sabes. O deberías saberlo, al menos. Ya sabes cómo se las gasta Izquierdo. Es como un dóberman, nunca suelta una presa hasta que la destroza. Y no entiendo bien por qué, ya ha pasado demasiado tiempo como para que le dure el rencor. No sé cómo lo hace, pero el caso es que tiene comiendo de su mano tanto al director general como al jefe superior, y hay quien dice que hasta al propio ministro. Desconozco qué es lo que le habrán visto, pero son incapaces de ir a mear sin consultárselo. La Conferencia de Paz de Oriente Próximo les ha salido tan bien con él que ya están pensando en encargarle lo de la inauguración del AVE y la Expo de Sevilla el año que viene. ¡Y no te lo pierdas!, hasta la seguridad de los Juegos Olímpicos de Barcelona. Todo para el niño bonito, ¡los hay que han nacido de pie! No sé qué cojones le verán al tío este. Por eso te digo que tengas cuidado, que vayas con pies de plomo.

—Sí, no lo he olvidado. El enemigo nunca descansa. Comprendo tus recelos, pero no ocurrirá nada. Tienes mi palabra y, aunque no hace falta que te lo diga, si me doy la hostia, me la daré yo solito. Tú quedarás al margen.

—Dime qué necesitas.

—Cobertura con alguien de allí para manejarme en una ciudad que no conozco, alguien que me cubra las espaldas si vienen mal dadas.

—Dime algo más.

—Si es que no hay mucho más...

—Seguro que sí, Santos. Necesito saberlo todo. Cuáles son tus planes y hasta dónde estás dispuesto a llegar.

—Pero es que no tengo ni idea, en serio. Solo sé que quiero hacerlo. Y que necesito tu ayuda. Lo haré con lo que tenga a mano. Y si no me puedes ayudar, pues ya me las arreglaré.

—¿El rubio? ¿El cabeza cuadrada ese?

—Sí, el Erik Janssens de los cojones.

—Nada de armas, nada de sangre. ¿Vale?

—Vale, pero hasta que no esté allí y tantee el terreno…

—Santos, no me vengas con gilipolleces. ¿Aceptas mis condiciones, sí o no?

—Acepto. No es como lo había previsto, pero acepto.

—Ni armas, ni sangre.

—Sí, ya lo he oído y te he dicho que estoy de acuerdo.

—Me alegra saber que nos entendemos.

—Claro, estoy en tus manos y yo nunca te fallaría.

—Así me gusta.

—¿Me vas a poder prestar a alguno de tus hombres?

—No. Tengo algo mejor.

—¿Mejor? Sorpréndeme.

—Creo que dispongo de lo que buscas, o puedo intentarlo al menos. Déjame hacer una llamada y te cuento. Cuando vuelva al despacho hablaré con un viejo amigo que vive en Bruselas… No sé si conoces a Carlos Sierra. Creo que alguna vez te he hablado de él.

—Creo que sí, me suena algo, pero en este momento no recuerdo los detalles.

—Bueno, Carlitos Sierra fue compañero mío de promoción. Preparamos juntos las oposiciones, aunque entonces no éramos amigos, y juntos estuvimos también en la Academia de Ávila, donde compartimos habitación y nos hicimos inseparables. Permanecimos alejados durante el periodo de prácticas, pero volvimos a coincidir en Madrid y nuestra amistad se acrecentó. Desde el primer momento siempre mostró interés por los demás, hasta el punto de que ya en la Academia se hizo delegado y, aunque eso no lo supe hasta más tarde, trabajó clandestinamente en la creación de una asociación policial independiente, contraria al estricto régimen militar que entonces regía en la Policía Armada. Carlitos estuvo muy metido en esas historias y no paró hasta dejar preparado el terreno para que otros pudieran poner en marcha, con la llegada ya de la democracia, el sindicato libre, independiente y progresista por el que tanto había luchado y que tantas sanciones y castigos le costó. Pero no fue la creación de este sindicato lo que lo apartó del cuerpo. Abandonó la policía, después de que Asuntos Internos le abriera un expediente por dejar escapar a una dirigente comunista en la clandestinidad cuando iba a ser detenida durante una operación contra militantes del PCE. Carlitos acabó casándose con esa chica, con la que inició una nueva vida en Bruselas. Desde entonces regentan un bar, muy frecuentado por españoles, junto a la estación de tren Du Midi. ¿Me sigues?

—Te sigo. Tampoco es tan complicado.

—Perdona, solo quería asegurarme de que no te aburro con esta batallita, que te iré resumiendo. Ya termino. La cuestión es que su único hijo, Patrick, y a eso voy, es policía y trabaja en la Sección de Estupefacientes de la Gendarmería. Es tu única baza. Si él no puede ayudarte, nadie más lo hará.

—Entiendo. Me parece bien.

—Son buena gente. Son amigos míos de toda la vida, amigos de verdad. Harían lo que fuera por mí, como yo lo haría por ellos. Como lo hago por ti. Te lo pido por lo que más quieras, Santos, no la cagues.

—No lo haré, descuida.

—Muy bien.

—Solo tantear el terreno. Como mucho, apretarles algo las tuercas para que aquellas alimañas desembuchen y me digan lo que necesito saber: cómo ocurrió todo, quién lo hizo, quién lo ordenó. Nada oficial, como es obvio.

—Tú sabrás lo que haces. Espero que lo sepas.

—Será un golpe rápido, limpio y sin dejar rastro. No te preocupes, Ángel, todo irá bien. Hasta que no lo resuelva no podré descansar. Se lo debo a Rubí. Y, por favor, no te olvides de lo de Adela.

Patrick Sierra, el Españolito, como a sus espaldas lo llamaban sus detractores, dentro y fuera de la policía belga, ni siquiera torció el gesto cuando su padre le trasladó el encargo de «unos buenos amigos de Madrid». Hermético, como solía ser su costumbre, no hizo comentario alguno ni tampoco se inmutó cuando salió a relucir el nombre de Gaston Vanhülle. Simplemente asintió con la cabeza. Pasados unos días, Patrick le confesó a su padre que el nombre del rufián no solo no le resultaba desconocido, sino que, desde hacía meses, tenían alguna cuenta pendiente con él que no conseguían hacerle pagar. Dicho de otra forma, lejos de incomodarle el encargo paterno, incluso hasta podría venirle bien que alguien llegado de fuera, con esas cuitas pendientes cuyo alcance desconocía, los animara a dar el paso que venían postergando por indicación de la más alta superioridad. No por falta de ganas o de interés, sino porque misteriosamente cada vez que se acercaban al territorio de Vanhülle saltaba como una especie de resorte policial o judicial, además de militar, o todo al mismo tiempo, que les impedía completar su trabajo. No era tan ingenuo como para pensar que ese tipo de cosas no pudieran existir —muchos, en todas las esferas del poder, lo sabían—, otra

cosa distinta es que no hubiera nadie con los arrestos suficientes como para impedirlo. Y en ese debate estaba Patrick desde hacía meses, al menos desde que ascendió a suboficial de la Gendarmería, más rápidamente de lo que había previsto. «La vida, a veces, te sorprende y zarandea colocándote de forma inesperada en un lugar que hasta ese momento te parecía inalcanzable», solía repetirle su padre. Y eso es, justamente, lo que le ocurrió al agente Patrick Sierra. A su progenitor, tan orgulloso por los avances profesionales de su hijo, le gustaba pensar que no solo fue por puro azar por lo que le llegó el ascenso, poniéndose al mando de una docena de hombres. El Españolito no era el candidato mejor colocado, pero, contra todo pronóstico, sus jefes decidieron promocionarlo aprovechando la inminente desmilitarización de la Gendarmería y los nuevos vientos que empezaban a soplar en Bruselas tras una serie de escándalos que hicieron tambalear la carcomida estructura del viejo Reino de Bélgica. Aún faltaba una docena de años para que el sistema policial belga fuera reformado de raíz, pero en el horizonte ya empezaba a fraguar la idea de crear una Policía Federal, una fuerza nacional alejada de la tradicional descoordinación entre los cuerpos policiales y entre estos y el sistema judicial. Desde el punto de vista de la seguridad, todo ese contexto se había convertido en un magnífico caldo de cultivo para que algunos de los hampones patrios de turno acabaran convirtiéndose en temidos maleantes y perdonavidas. En cualquier lugar del país, pero en primer lugar y sobre todo en Amberes, gracias fundamentalmente a su puerto y a sus más de cincuenta kilómetros de muelles. Un puerto, ubicado estratégicamente en el norte de Europa, por el que entraban y salían todo tipo de mercancías. Y en medio de ese trasiego, del movimiento incesante de miles de contenedores, no era infrecuente que se colaran productos no declarados o, directamente, ilegales. Cuando no mujeres para la trata de blancas o inmigrantes como mano de obra barata. Todo lo que escaseaba en el vasto mundo y, por tanto, se podía comprar y vender; todo lo que era valioso, u objeto de deseo, todo eso y más era bien recibido en los buques que atracaban en la capital flamenca. Y al frente de ese oculto emporio no había nadie con tanto relumbrón como Vanhülle.

Drogas. Diamantes. Mujeres.

Nada escapaba a su férreo control.

Nadie había reunido aún el valor de comerciar por libre.

Y los que lo habían hecho no estaban ya en condiciones de poder contarlo.

Un año antes de la llegada de Santos Senabre a Bruselas, Patrick Sierra y sus hombres habían recibido el soplo de que un portacontenedores procedente

de San Petersburgo, con escala en Tallin, pretendía arribar en Amberes con intención de introducir una «carga altamente sospechosa». Enarbolando bandera de conveniencia de Chipre, el Viking Express, con 294 metros de eslora y 40 de manga, era capaz de transportar 4600 contenedores con todo tipo de productos, bienes y mercancías. Cualquier servicio de aduanas tendría trabajo, mucho trabajo, si pretendiera hacer una inspección a fondo. Y harían falta también muchos estibadores y mucha pericia para desentrañar los misterios de una carga con apariencia de legalidad. Con el paso del tiempo, las organizaciones satélites que operaban al servicio de Vanhülle habían convertido en un juego de niños el camuflaje de su mercancía. Entre la carga o escondida en los dobles fondos hábilmente practicados en la estructura de los contenedores, cualquier método era bueno para esquivar la actuación de la policía o de los agentes de aduanas, por muy prolijas que fueran sus pesquisas y muy avanzados los métodos de detección. Además de las labores de ocultación, la sospechosa mercancía de Vanhülle podía ser modificada dándole una apariencia completamente distinta a la original, hasta el punto de hacerla indetectable. Salvo que, de pronto, alguien osara meter sus narices donde no lo habían llamado. Y Patrick, que había heredado las buenas napias de su padre, intuía que algo no olía bien en el Viking Express. Sin orden de registro, solo podía seguir de cerca el trabajo de los estibadores, comprobar el destino de la carga una vez en tierra y estar muy atento. Durante los siete días que el buque tenía previsto atracar en los muelles de Amberes, policías y tripulación estuvieron jugando al ratón y al gato, sin que los secuaces de Vanhülle se atrevieran a descargar la mercancía que de forma apremiante les reclamaba su jefe. Al séptimo día, noche cerrada ya, y en medio de una fuerte tormenta, un pequeño barco que aparentemente iba de paso se colocó a estribor del Viking con tiempo tan solo de recibir un único contenedor antes de que los hombres de Patrick se dieran cuenta de la operación. El barco zarpó a toda máquina, pero los policías, por orden del Españolito, no picaron en el anzuelo. La añagaza era demasiado burda. Dio órdenes por radio de que se impidiera su salida del muelle, pero no perdió demasiado tiempo en examinarlo, «ya habría tiempo». Aquella maniobra ilegal le allanó el camino para que el servicio de vigilancia aduanera le permitiera «echar un rápido vistazo» en el buque. Pistola en mano, Patrick Sierra y sus hombres alcanzaron el puente de mando, en la popa del buque, donde no encontraron resistencia. Seis de los tripulantes, que no parecían hablar ningún idioma conocido, permanecían escondidos en la sala de máquinas. En la torre, el capitán del buque podría haberles dado alguna explicación más de no haber sido porque varios disparos atravesaban su cuerpo, antes de haber sido rematado de un disparo a bocajarro en la cabeza. Antes de su huida, el asesino había tenido el detalle de bajarle la gorra como para ocultar el enorme boquete que le había dejado la bala desde la nuca a la frente. De haber podido hablar tal vez les hubiera evitado los treinta y cinco días que necesitaron para revisar hasta el último palmo de los contenedores y poder dar, al fin, con los 465 kilos

de clorhidrato de cocaína que encontraron en el doble fondo de uno de los contenedores. Antes de pesar la droga, en un descuido de los agentes que custodiaban el alijo, Patrick cargó su mochila con varios paquetes por si en un futuro podrían resultarle de utilidad. Para ablandar la resistencia de sus confidentes o, simplemente, para utilizarla en algunas de sus operaciones al margen de los circuitos legales y de la férrea negativa de sus jefes, poco dados a arriesgar, no fuera a ser que sus apoltronados culos peligraran. Al fin y al cabo, tampoco era cuestión de que el capo al que iba destinada la mercancía protestara. Pasados unos meses, la investigación encalló y tanto el asesinato del capitán del buque como el descubrimiento del alijo de coca pasaron a un segundo plano.

Para casi todo el mundo, menos para Patrick Sierra.

Al Españolito le daba en la nariz que Vanhülle no era ajeno.

Nunca lo era del todo a cualquier ilegalidad que se cometiera en Amberes.

Y él, claro, no estaba dispuesto a consentirlo.

Santos y Patrick llegaron casi al mismo tiempo a Amberes, pero por caminos distintos. El exinspector en tren, como le habían recomendado; el policía belga junto a media docena de sus compañeros en la Sección de Estupefacientes de la Gendarmería en tres vehículos camuflados y sin distintivos que pudieran hacerlos reconocibles. Coincidieron en el Century, el modesto hotel que habían reservado en Pelikaanstraat, en pleno barrio del Diamante junto a la Estación Central. A escasos metros, en una calle de atrás, en un anodino edificio de la diminuta Rijfstraat, era donde Vanhülle albergaba la parte más inconfesable de su colosal imperio relacionado con las gemas. Al día siguiente le harían una visita y, como corresponde, le dejarían un regalito que nunca podría olvidar. Santos Senabre aprovechó para merodear por la zona comercial de Meir, uno de cuyos mejores locales permanecía cerrado a la espera de que Alexandra decidiera si era apto para comenzar a expandir su negocio fuera de Madrid. Para eso estaba allí el jefe de seguridad de Grassy, para evaluar la zona y, hasta donde fuera posible dadas las limitaciones del idioma, asegurarse de que todo estaba en orden. Por la tarde se había citado en el propio local con su contacto, un abogado colombiano, que iría acompañado por el representante de la inmobiliaria. Su intuición le decía que todo estaba en orden y que no habría inconveniente en que su jefa pudiera cerrar la operación. La tensión que acumulaba por lo que habría de venir al día siguiente le impidió disfrutar de la ciudad, hasta el punto de que buena parte del tiempo lo pasó tumbado en su cama del hotel a la espera de que Patrick pusiera en marcha el operativo, del que desconocía los detalles, para dar caza

al más importante capo de Amberes. De momento, Patrick solo le había dicho que debía permanecer en su habitación, que sería una actuación rápida, y que bajo ningún concepto podía salir a la calle mientras ellos estuvieran interviniendo. Pero eso era no conocerlo porque, aunque estuviera desarmado, daría una discreta vuelta por el barrio para comprobar que todo marchaba según lo previsto. Patrick Sierra también le había revelado que en ocasiones Erik Janssens, el temido jefe de seguridad de Vanhülle, utilizaba la identidad de un tal Hans Villems, de cuando estuvo en la Legión Extranjera. «Tengo que contárselo a Ángel Bueno cuando llegue a Madrid», pensó.

A la mañana siguiente todo transcurrió con inusitada rapidez. Despierto desde hacía horas, Santos aguardó a que los hombres de Patrick salieran a la calle para seguir sus pasos desde una discreta distancia que no infundiera sospechas ni comprometiera la operación. Antes de adentrarse en el edificio regentado por la organización de Vanhülle, dos de los miembros de la Gendarmería sellaron con sus vehículos los dos únicos accesos, entre Schupstraat y Rijfstraat, por los que era posible entrar en esas calles que ya pasaban por ser unas de las más protegidas del mundo. La plana mayor del grupo delictivo se encontraba en el inmueble desde una hora antes de que los policías se identificaran llamando al telefonillo. La puerta blindada se abrió, al fin, tras varios minutos de tensa espera. Patrick, acompañado por tres agentes con caras de pocos amigos, pidió hablar con Gaston Vanhülle, que salió al instante de su madriguera junto a Robert Laclau, su inseparable y untuoso secretario. Ninguno de los dos había advertido que Patrick se había desprendido de la pesada mochila que portaba a su espalda, que ya había recogido del suelo otro de los agentes al inicio del registro policial. Los miembros de la Sección de Estupefacientes habían visto entrar a Erik Janssens, sobre cuyo paradero nadie sabía dar razón. El ventanuco abierto en el retrete del edificio, desde el que se podía saltar a un patio interior, les dio la pista de que el jefe de seguridad de Vanhülle ya estaba bien lejos. Ante la imposibilidad de dar caza a Janssens, Patrick dio órdenes por radio informando de que había escapado, antes de enseñar su última carta.

No era una jugada muy limpia que digamos, pero qué otra se podía hacer ante sujetos de aquella calaña.

Se la tenía jurada desde hacía un año y ya iba siendo hora de devolverle el golpe.

«Torres más altas han caído», como le dijo su padre dos días antes de viajar a Amberes.

—¿Podría decirme qué es esto? —pregunta a Vanhülle mostrándole la

mochila negra que uno de sus hombres acababa de acercarle, depositándola a sus pies.

—No sé de qué me habla. Usted sabe perfectamente que ese bulto no es mío ni de ninguno de mis empleados. Ahora sorpréndame y dígame qué hay en su interior.

—Pues o mucho me equivoco o esto es cocaína —le suelta tras abrir minuciosamente la mochila y probar el contenido con la punta de su navaja.

—Le repito que no tenemos nada que ver con esto. Nosotros nos dedicamos a los diamantes y a nada más. Y no sé si sabe, permítame que se lo recuerde, ante quién está usted.

—Sé perfectamente quién es, quiénes son sus secuaces y también sus protectores. Lo sé todo y, como ve, no me impresiona nada —masculla, como escupiendo las palabras.

—Tengo la impresión de que, por muy joven y osado que se crea, no sabe el lío en el que se está metiendo —replica sin amilanarse.

—¿Debo entenderlo como una amenaza, señor Vanhülle?

—No, simplemente, como un aviso. Amenazar es de débiles —sostiene con gesto airado—. Yo solo me permito hacerle una advertencia, que le saldrá gratis si ahora mismo me pide disculpas y se marcha por donde ha venido. Todavía está a tiempo y es la última vez que se lo repito. Usted sabrá.

—Antes tendrá que responder ante la Justicia. Con la cantidad de droga que le hemos intervenido aquí, mucho me temo que va a estar una buena temporada fuera de la circulación.

—Le repito que debe tratarse de un error, o de un montaje, porque obviamente no soy tan estúpido como para esconder algo así en este edificio. No me dedico a eso ni me interesa, bastante tengo con los diamantes.

—De eso responderá otro día, porque tengo a algunos compañeros en la Gendarmería muy interesados en esa otra faceta suya… Pero ahora dígame… ¿dónde está Erik Janssens?

—No tengo ni la más remota idea. ¡Ah, sí! Ahora que recuerdo… Se encuentra enfermo. Eso es. Hoy no ha podido venir. ¡Lástima! Una indisposición estomacal, ¿verdad, señor Laclau? —remarca, dirigiéndose a su imperturbable secretario, repitiendo con fruición cada una de las sílabas.

—Ya. Entiendo. ¡Qué coincidencia! ¿Y no conocerá, por casualidad, a

Stavros Karagounis?

—¿Kara… qué? Ni idea. Pero seguro que vuelve a sorprenderme.

—Es… Era el capitán del Viking Express cuyo cadáver apareció acribillado hará un año en un portacontenedores con bandera chipriota. Seguro que lo recuerda.

—¿Y por qué habría de conocerlo? Ni conocía al capitán ni, créame, recuerdo ese suceso del que me habla. No suelo leer la prensa. No me interesa.

—Pues debería hacerlo, aunque solo fuera para comprobar que no hay delito sin castigo. Y ahora, si me permite, acompáñeme —le dice, clavándole la mirada, al tiempo que gesticula con la cabeza para que uno de sus hombres le ponga los grilletes—. El señor Laclau también vendrá con nosotros.

Desde Vestingstraat Santos Senabre contempla atónito la escena. En un primer instante, la del grupo formado por Patrick y sus hombres metiendo en dos de los vehículos camuflados a Gaston Vanhülle y a Robert Laclau. Al primero lo reconoce sin ningún género de dudas tras haberlo visto en las innumerables fotos de los archivos policiales, en Madrid y en Bruselas. Al segundo, al secretario, quién se lo iba a decir, se lo presentaron la tarde anterior durante su reunión con el abogado colombiano para resolver el asunto del local que Alexandra quería utilizar para abrir su primera joyería Grassy fuera de Madrid. El letrado le presentó a ese otro sujeto, cuya identidad desconoce, pero que ahora también camina esposado, como «representante de la inmobiliaria» encargada de comercializar la tienda. «Sorpresas te da la vida», piensa.

Aunque lo peor está aún por venir.

No repuesto aún, y cuando la comitiva policial se ha esfumado veloz, observa a lo lejos a otro elemento saliendo de un garaje que le resulta bien conocido.

Y siente el latigazo de un escalofrío al comprobar que el individuo al que acuden a recoger en un coche es nada menos que Erik Janssens.

«El hijo de puta se ha vuelto a escapar».

De pronto, cruzan sus miradas.

Erik aparta de malas maneras al conductor que ha venido a buscarlo y se

pone a los mandos del vehículo.

Aún desarmado, Santos se cambia de acera y hace ademán de ir a por él.

Un gesto a todas luces arriesgado e innecesario.

El belga acelera en dirección a Santos con intención de atropellarlo, pero no consigue llevárselo por delante, aplastarlo, como pretendía.

El español trastabilla y cae de bruces en el portal de uno de los mayoristas de diamantes.

Ha podido salvar su vida, pero no le habría importado incluso perderla en el empeño de dar caza a la alimaña que desde hace ya demasiado tiempo le corroe las entrañas.

«Si Patrick me hubiera prestado el arma que le pedí, la rata no se hubiera escapado».

«¡Joder!».

Antes de regresar a Madrid, Santos requiere un último favor de Patrick. Que le traduzca la nota que una mano misteriosa ha entregado al conserje del Century en un sobre cerrado a su nombre.

No necesita que la tarjeta vaya firmada porque él ya sabe de quién se trata.

Lo conoce perfectamente.

Aunque le repugne.

Er hangt een prijskaartje aan je bezoek aan Antwerpen. We zien elkaar terug, in Madrid of in de hel.

1

Santos fantasea con la idea de que Adela irrumpirá de pronto en el salón de su casa, en el número 2 de la calle Espalter, junto al Jardín Botánico. Sonreirá como solo ella sabe hacer, «tienes una mirada muy *sexy*», debió decirle en alguna ocasión, aunque no está seguro. Y si no se lo dijo, debería haberlo hecho porque no piensa en otra cosa. Ella se sentará tímidamente en el

borde del sofá y bastará entonces el primer beso, ese que tienen pendiente desde hace ya demasiado tiempo, para que ambos comprendan el fracaso de su inútil resistencia. El amor, cuando llega, es incontenible, inabarcable, y así debería ser siempre. Explosivo, incontrolable, arrebatador, doloroso tal vez. Pero no de un dolor reconocible. Instalada desde hace unas horas en el piso de Santos, Adela trata de conciliar el sueño imaginando que, de un momento a otro, la puerta del dormitorio se abrirá al fin hasta resolver en una cama, que no es la suya y cuyo tacto extraña, tantas dudas estériles. Pero no. Ni una cosa ni otra. Nadie se atreve a dar el paso que ambos necesitan y anhelan. Las paralizantes dudas y los absurdos miedos mantienen a cada uno postrado en la certeza de estar haciendo lo contario de lo que deberían. La entorpecedora corrección, como si hubiera que seguir una norma cuando mandan las tripas y es el corazón el que gobierna. Las malditas vacilaciones que nos desgastan y atontan. El eterno dilema de actuar y, tal vez, arrepentirse o no tener el valor y lamentarlo siempre. Ambos creen estar dispuestos a arriesgarse, pero no será esta noche cuando se atrevan a saltar por el dulce precipicio de las emociones. ¡Qué gran error! Todo es ahora. Ahora o nunca, quizá. Mañana será otro día, piensan, y habrá nuevas oportunidades para volver a intentarlo. Lo que ignoran es que determinados trenes solo circulan una vez, por muy accidentada que sea la vía, por muchos obstáculos e imprevistos que haya, y que cuando los dejas pasar lo que pierdes, en realidad, es una vida que pueda ser considerada como tal. La eterna duda de nuestro incierto caminar: hacer y arrepentirse, quién sabe; o no hacer y lamentarlo. Y vuelta a empezar. Una y otra vez. Así es como transcurre nuestra jodida existencia. Eso no evita que Santos se estremezca pensando en lo que podría venir. Las imágenes tantas veces repetidas con las que se dispone a tratar de dormir. O a dedicarle a ella otro de sus insomnios. Cómo le gustaría reposar de un tirón y, sobre todo, poder levantarse con la sensación de haber descansado. Sin esa angustia que le reconcome hasta el alma. Esa presión en el pecho, ese malestar en la boca del estómago, esa falta de aire, esa insuperable dificultad para conseguir una respiración plena. Porque los fantasmas, por remotos que parezcan, nunca lo soltarán; porque nadie puede elegir cuándo y cómo espantarlos; porque el pasado nunca acaba de pasar, porque, cuando menos lo esperas, te atrapa, te corroe y se queda contigo hasta que, de pronto, inexplicablemente, se desvanece. Otra muesca más en un alma atormentada, zaherida. A Santos esos espantajos lo tienen bien cogido por los testículos, apretándole sin apenas tregua, sin piedad, sin sentido. Por eso le reconforta tanto saber que no hay sueños imposibles. Por eso, como un alivio para sus magulladuras, por supervivencia, nunca se cansa de que su último pensamiento del día sea para ella. Y menos hoy, que la tiene tan cerca que casi le bastaría con alargar su mano para mostrarle toda la ternura que encierra en su pecho. A su edad no puede ser bueno acumular tantos sentimientos desbocados, piensa casi divertido. Aunque crea ser un hombre tan duro de afectos. Pero él ya conoce el camino de su particular tránsito hacia la felicidad. No tiene más que dejarse

guiar por el atolondrado latir de un corazón que creía estéril. Se concentra, primero, en las difuminadas pecas de Adela. Contempla el brillo de sus ojos y esa forma tan suya de mirar, se detiene luego en la frescura de sus labios y la atrae hasta fundirse en un abrazo y besa su pelo con un temblor irreconocible que no puede controlar. Y lentamente roza con suavidad su cara hasta que el dedo pulgar se detiene en sus labios. Y los recorre sin ninguna prisa, el tiempo no importa, circularmente, perfilando sus repliegues carnosos, maduros ya para él, tan apetecibles, hasta notar un leve y húmedo mordisco. Las bocas se juntan entonces para quedar atrapados, de pronto, en una sola saliva, en un solo cuerpo, en un único corazón, en un alma única. Al fin. En este anochecer, que justifica y da sentido a una vida entera. Sin las urgencias juveniles de un pasado lejano, sin rastro de culpa. Con la certeza de saberse inmortales en el paraíso de sus embestidas, Santos y Adela resuelven una y otra vez todo lo que tienen pendiente desde hace demasiado tiempo. A horcajadas, por delante y por detrás, encima o debajo, recostados de uno u otro lado, fundidos y exhaustos por una pasión y un vigor en el que no se reconocen. Tumbados o de pie, sobre la alfombra o en la cama mientras el eco lejano de la tormenta acompaña la sinfonía de sus gemidos. Y los olores, los de dentro y los de fuera. El de la purificadora lluvia que se cuela por la ventana entreabierta que da a la plaza de Murillo y al Botánico; el del sudor acre y salino que perla sus torsos, los recodos de sus piernas y de sus brazos; el de las velas aromáticas, con aceite de vetiver, cedro, lavanda o salvia, jazmín tal vez, que impregnan ya sus cuerpos desnudos. Él imagina, lo sabe, que nunca tendrá nada mejor que hacer que acurrucarse entre los pechos de Adela, trepar por ellos y meter la cabeza entre sus muslos y nalgas. Y quedarse a vivir allí para siempre. Parar el tiempo y mudarse al túnel de su entrepierna, tan dulce, tan apetecible y acogedor, como si no fuera más que una extensión de su propio cuerpo. Mejor aún, entrar en el cuerpo de Adela y quedarse allí en su regazo, al amparo de su cobijo. Con complicidad de dos cuerpos desnudos, sin falsos pudores, sin temor, sin prisa, en el abrazo eterno de unas sábanas revueltas, la única bandera, el único espacio que puede justificar una vida. Entrar en su cuerpo por la puerta de un sublime placer. Fundar un solo cuerpo, acariciar un único sueño. Entrar y salir y entrar y volver a entrar. Como si nada tuviera sentido, o lo cobrara de pronto, como si nada más entonces valiera la pena. El mismo aliento, un olor igual, idéntico sudor. Dos almas, un solo corazón. Entrar y salir y entrar y volver a entrar. No una vez, no un día, sino por siempre y más. Hasta perder el sentido, más allá del tiempo y de la luz y de la vida. Hasta el infinito, para siempre allí, en el sexo de Adela, ese cálido y confortable hogar del que Santos no quiere escapar, no puede escapar. O si acaso, como mucho, salir y entrar tantas veces y tan rápidamente que la ausencia apenas se note. Que su falta dure lo que tarda un suspiro, un guiño, un pestañeo. Siempre cerca, en todo caso. Piel con piel, boca con boca, boca con sexo, sexo con sexo.

Así, Adela, así, sigue así.

Quiero más, no pares.

Una y otra vez.

Unidos, soldados, enganchados, atrapados, engarzados en un solo ser, una sola alma, un único destino.

Y todo lo demás, el pasado y lo que ha de venir, carecerá entonces de importancia.

Todo será irrelevante, pasajero, anecdótico.

Prescindible, en definitiva.

«Solo tú, Adela. Siempre tú, hasta el fin».

De amanecida ya, cuando la luz se resiste a ser el heraldo dispuesto a anunciar el mejor de los días que han de venir, Santos se estremece en un escenario de felicidad indescriptible. Posa con mimo su mano izquierda en la cadera desnuda de Adela, cree hacerlo, y entre las sábanas revueltas contempla su espalda de mujer tantas veces deseada. Luego, hunde los dedos en su oscuro pelo e imagina que nunca será tan dichoso como en ese fugaz instante. Y llora con un desconsuelo incontenible al comprender, tal y como anhelaba, que no queda ya ni un centímetro de la piel de Adela sin recorrer. Conoce, al fin, todos los lunares de su cuerpo y le gusta pensar que esas diminutas manchitas no son más que los puntos suspensivos de una segunda oportunidad en la vida. Una constelación de placer en la que desea quedarse mientras viva. Una vida nueva, distinta y mejor. La única que merece la pena ser vivida… Pero no.

«Ahora es pronto, debo dejarla dormir aún».

«Cuando vuelva de trotar por el Retiro me meteré en la cama con ella».

«Esta vez sí, nada me detendrá», piensa Santos, antes de calzarse las zapatillas de deporte.

«De hoy no pasa, así no podemos seguir».

Necesita salir a correr. Lo viene haciendo desde hace tiempo. Desde que abandonó la bebida, si es que alguna vez lo hizo del todo. Con el paso de los

años, ha comprendido que no hay mejor terapia para curar los males de la vida. Las dolencias propias de la existencia y también las imaginarias, tan letales o más en ocasiones. «No puedo evitarlo, si es que me caigo de la cama y no tengo más opción que ponerme a trotar por el Retiro», le gusta comentar cuando alguien muestra extrañeza por su inesperada afición. Tres días a la semana, salvo en las rachas en las que el puto alcohol pudo más que la vida, se calza sus deportivas y corre para sentirse vivo y ordenar sus ideas. Hoy tampoco lo puede evitar, por más que las ensoñaciones con Adela, que lo han mantenido en duermevela toda la noche, lo hayan alterado. Por más que se haya levantado exhausto después de masturbarse con rabia para apagar el fuego provocado por sus húmedas fantasías. Saldrá a correr y volverá rápido. Y siempre la misma rutina. Sube por la pequeña cuesta de Espalter, tuerce por Alfonso XII, baja por Alberto Bosch y sigue calentando sin rumbo fijo por Casado del Alisal, Academia y Felipe IV hasta alcanzar el Casón. Reaparece por la acera de Horcher y antes de llegar a la Puerta de Alcalá cruza por el paso de peatones hasta la entrada de la Puerta de la Independencia. La misma secuencia de siempre. Dentro del parque, y una vez que ha calentado, aprovecha la verja para hacer sus primeros estiramientos. Con el cuerpo ya a tono, corre por el interior paralelo a la calle Alfonso XII. Y siempre en el sentido contrario a las agujas del reloj. La mayoría de los intrépidos corredores, que también a esa intempestiva hora optan por hacer lo propio, van en la otra dirección. No ha amanecido aún y, en el exterior, el trasiego de coches, con sus luces destellando, comienza a ser considerable. La mañana está fresca, pese a ser principios de septiembre, y el terreno embarrado después de la tormenta de anoche lo obliga a ir dando saltitos o a zigzaguear serpenteando entre los charcos. Un día perfecto para acurrucase con Adela y no salir de la cama hasta que el hambre o el cansancio los obliguen a despegarse.

Cruza la puerta de España, con el paseo de las Estatuas al fondo y, como siempre, antes de alcanzar la puerta de Felipe IV, gira levemente hacia la izquierda para dar un par de vueltas en torno al ahuehuete, que pasa por ser el árbol más antiguo de Madrid. La misma rutina de siempre. Circunda el versallesco parterre y, siempre en dirección sur, vuelve a la senda hasta enlazar con la empinada cuesta donde arranca el asfaltado paseo del Duque de Fernán Núñez. Como es habitual, antes de llegar a la fuente del Ángel Caído gira a la derecha hacia el Huerto del Francés, deja la restaurada noria a su izquierda y atraviesa el pequeño paseo formado por veintidós liquidámbares —dos de los alcorques permanecen vacíos desde hace años— hasta alcanzar los viveros municipales. Es de noche aún, pero, tímidamente hacia el este, comienza a recortarse ya por encima de los árboles la silueta que anticipa el amanecer.

Hoy corre más rápido y con más brío, aun a riesgo de desfondarse.

Tiene un buen motivo y solo piensa ya en el momento de volver a casa.

Falta todavía un poco para que esas primeras luces del día, perezosas y tímidas aún, puedan engullir las sombras. Aun así, Santos cree adivinar a alguien sentado en uno de los bancos de granito junto al muro de los viveros. El desconocido aguarda sigiloso. Embozado, con la cabeza agachada y las manos ocultas en los bolsillos de la sudadera. Faltan algunos metros para que el inspector pueda rebasarlo, pero hay algo que no encaja. Nadie va a al Retiro a esa temprana hora de la mañana para sentarse en un apartado banco. Las alarmas interiores se le disparan al viejo policía, pero ya es demasiado tarde. Cuando Santos se aparta ligeramente de su camino, como para esquivar la incómoda presencia del extraño, observa que por detrás un segundo individuo al que no había visto, y que porta un objeto, tal vez una porra, en su mano derecha, le pone la zancadilla e inevitablemente da de bruces con su cuerpo en el suelo. En cuestión de segundos, los dos sujetos se abalanzan sobre él y comienzan a golpearle con esa lancinante brutalidad que anticipa cualquier desenlace fatal.

Todavía en el suelo, y hecho un ovillo, la obsesión de Santos es protegerse la cabeza. Pero las patadas, puñetazos y golpes le llueven por todos lados y nota cómo su voluntad comienza a flaquear. La sangre inunda ya sus manos, tiene dificultades para respirar y, cuando quiere decir «basta ya, por favor», nota como un mareo, una especie de desvanecimiento redentor. Una dulce angustia, que le nubla el entendimiento mientras se hace el silencio y comienza a flotar en una nube de imágenes inconexas. Ningún ruido, ninguna voz; si acaso, el eco adormecido del débil pulso que aún lo mantiene atado a la vida.

Con Santos Senabre fuera de la circulación, los dos atacantes se dirigen raudos hacia su siguiente objetivo: el piso del expolicía, al que le han arrebatado las llaves tras dejarlo malherido. Acceden al portal de la finca apenas diez minutos después. Escapan, primero a la carrera por el Retiro; a paso rápido, pero sin despertar innecesarias sospechas, al atravesar Alfonso XII y bajar por Espalter hasta el cruce con Moreto. Es pronto, no ha amanecido aún y al portero de la finca le faltan un par de horas para dejarse caer por allí. Disponen del tiempo suficiente para encontrar lo que han ido a buscar. Nada más entrar, uno se gira a la izquierda en dirección a la escalera

de servicio mientras el otro aguarda la llegada del ascensor. Por uno y otro camino confluyen en la sexta planta, a la que llegan prácticamente al mismo tiempo. Entran en la vivienda y, cuando entreabren la puerta del dormitorio y se asoman, no tardan en descubrir una presencia femenina con la que no contaban. Sobresaltada por el estrépito, aterrada al comprobar que no es Santos quien ha encendido las luces, Adela comienza a hacerse una idea de lo que ha de venir. Como no sabe qué hacer solo tiene tiempo de acurrucarse bajo las sábanas confiando en que se apiaden de ella; al fin y al cabo, ni está en su casa ni puede resultar de mucha utilidad para los ladrones. Eso piensa. No ha visto sus caras, no las ha querido ver, en un desesperado intento por evitar lo peor. Empieza a sudar, nota que le falta el aire, los músculos del cuello se le estrechan y sus irritados bronquios anticipan el peor de los episodios asmáticos. Necesita hacer algo, urgentemente o será demasiado tarde, para que la respiración deje de ser sibilante y trabajosa. Pero, cuando ya ha conseguido armarse de valor para extender la mano y coger el medicamento de rescate que dejó en la mesilla de noche, nota un primer manotazo y más tarde una lluvia de golpes en su indefenso y aovillado cuerpo. La lámpara y el inhalador vuelan por los aires hasta caer lejos de su alcance. Uno de los atacantes se lanza sobre la cama y, aprisionándola con sus piernas, trata de asfixiarla con la almohada. Subido a horcajadas encima de ella y fuera de sí solo acierta a gritar «dónde está la piedra, dónde está la puta piedra». Y poco más puede escuchar porque, para entonces, Adela ya ha perdido el conocimiento. El agresor, de hecho, solo desiste de presionar sobre ella cuando deja de patalear y la da por muerta. Pero en ese instante, sin que el sujeto pueda apreciar lo que está ocurriendo, la vida comienza a ganar la partida de una batalla que estaba perdida. El desvanecimiento se torna en angustia, el zumbido de los oídos se aminora y el pulso comienza a rebullir. La respiración de Adela es inapreciable aún, pero el corazón empieza a recuperar su ritmo y el color casi azulado de su rostro vuelve a su palidez habitual.

Suficiente para subirse al carro de la vida.

Una bocanada redentora.

Apenas un hilo de aire.

Suficiente.

Diez menos cuarto. Quince minutos antes de la llegada de los primeros empleados a la joyería, quince minutos antes de que suban los cierres metálicos e inactiven los dispositivos de seguridad y blindajes, Alexandra Grassy comienza a juguetear nerviosa con la gargantilla —oro noble con

turquesas y turmalinas multicolores— que adorna su cuello y que ella misma ha creado.

Diez menos diez. Empieza a impacientarse, a preocuparse, sin que consiga evitarlo. Santos nunca llega tarde y hoy no ha venido. Especialmente hoy, que aguardan la llegada de una valiosa entrega de mercancía y la presencia del jefe de seguridad resulta inexcusable.

Diez menos cinco. La dueña sospecha que algo no va bien cuando Santos tampoco responde a sus insistentes llamadas de teléfono. Angustiada pero resuelta, Alexandra marca el número del inspector Ángel Bueno.

—Su amigo no ha acudido hoy al trabajo y estoy muy preocupada. Fue él, precisamente, quien me recomendó que, en caso de duda o peligro, preguntara por usted.

—Ha hecho bien. ¿Y no es posible que se haya quedado dormido? Que ayer trasnochara, se fuera de copas o ¡vaya usted a saber! Entiendo que se ponga en lo peor, pero él sabe muy bien cómo cuidarse. Siempre lo ha sabido.

—No, no creo que se haya quedado dormido. Me extrañaría, sería la primera vez. Esperamos, además, la visita de un par de representantes con unos catálogos de un valor muy estimable y habíamos quedado en que él vendría primero aquí e iría a buscarlos al punto de seguridad que habíamos convenido, tal y como nos habían exigido ellos. Lo hablamos anoche y me garantizó que, naturalmente, estaría aquí con bastante antelación. Ya sabe que es muy meticuloso en su trabajo. Incluso me dijo que tenía intención de ir a correr al Retiro porque llevaba varios días sin salir. Yo que usted, si me permite la sugerencia, llamaría a los hospitales e iría a buscarlo a su casa.

—Le agradezco la recomendación, pero eso justamente lo que voy a ordenar a mis hombres, sin necesidad de que usted nos diga cómo tenemos que hacer nuestro trabajo.

—Lo siento. Le ruego que me disculpe, es que estoy muy nerviosa y no puedo evitar ponerme en lo peor. Sé que ustedes, además de antiguos compañeros, son muy amigos y yo no soy quién para decirle cómo actuar. Solo era una sugerencia, estoy un poco nerviosa y le pido disculpas de nuevo.

—No, no se preocupe. La entiendo. Y ahora, si me permite, me voy echando leches para el piso de Santos. Mis hombres acaban de llegar y tengo que estar con ellos.

Cuando Ángel Bueno entra en la vivienda de Santos, Chamorro y Martínez ya han avisado a la ambulancia, que está de camino, para trasladar a Adela a la Clínica de la Concepción. El piso está revuelto, pero no demasiado, como si los asaltantes hubieran huido de forma precipitada. Nadie ha visto ni sabe nada. Tampoco el portero de la finca, aterrado ante la posibilidad de que los delincuentes permanezcan escondidos en la terraza o en alguno de los pisos. Justo en el momento en que los camilleros bajan a Adela, el inspector recibe la noticia de que un varón indocumentado, que responde al perfil de su amigo Santos, permanece ingresado en el Clínico San Carlos tras haber recibido una brutal paliza cuando hacía deporte en el Retiro.

«Creemos que podrá contarlo, pero está muy grave y todavía es pronto para garantizar un buen diagnóstico».

«Las secuelas, en todo caso, serán considerables».

Varios días después, Santos comienza a notar los primeros destellos de luz. Al principio muy borrosamente, como si esa súbita luminosidad fuera ajena por completo a él. Le angustia no saber dónde está. Ni qué le ha pasado. Respira de una forma extraña y no puede articular palabra. Tampoco girar la cabeza. Ni abrir el ojo derecho. Muy a duras penas su cerebro da la orden para empezar a mover los dedos. Primero la mano derecha, vendada y como cosida por gomas transparentes de plástico. Luego la izquierda, más tarde las piernas… Y así hasta que es consciente del gran desvalimiento que lo acompaña. Pero está vivo. A duras penas y como en una nube aún, aunque no está seguro de que eso sea lo mejor. Más bien al contrario, si no hubiera conseguido despertar se hubiera ahorrado este lío de cables, sondas y aparatos que le permiten vivir. ¿Vivir? Santos se desespera. Y se angustia con la incertidumbre. Trata de llamar a alguien, pero no sabe cómo. Nota los labios acartonados, seca la garganta, amarga la boca y no puede hablar. Entonces una lágrima brota con rabia de su ojo izquierdo y nota cómo, veloz e imparable, le atraviesa la mejilla hasta detenerse en el cuello. Nota su frescor y se estremece.

Vive.

Vive y le gustaría llorar, pero no tiene ni fuerzas ni ganas de seguir en el camino.

Menos aún cuando conozca lo que ha de venir.

El dulce sopor de esos días, el adormecimiento provocado por la

medicación, la falta de explicaciones por lo ocurrido, junto al lento declinar de las horas, lo llevan a permanecer en una fatigosa duermevela. Muy a su pesar, ni un solo rincón de su vida queda a salvo. Y sueña. Sueña con los días eternos de su infancia, rural y feliz, en Zamora. Sueña con el día en que se convirtió en policía. Sueña con el día de su boda, con Pilar. Sueña con Celia, el día que vino al mundo, con su carita sonrosada, su infancia no compartida. Sueña con la separación, con la pesadilla del alcohol, aquel precipicio por el que se despeñó y del que salió indemne. Aparentemente ileso, aunque tocado para siempre. El doloroso resumen de una vida, a modo de examen, con el que no contaba. Una vida como otras, ni mejor ni peor, se consuela pensando. Y es entonces cuando le vence el desánimo y piensa que es mejor soñar que vivir. Mucho mejor, ¡dónde va a parar! Mejor aquel placentero mareo —aunque la cama por momentos le dé vueltas— que el amargor de una existencia muy lejos de resultar plena, vivida.

Solo Adela puede salvarlo —le gusta pensar—.

Solo ella.

Siempre ella.

Y sonríe.

Cree que ella le sonríe y eso le basta.

Santos comienza a intuir que algo malo le ha ocurrido a Adela. No responde a sus llamadas, todos esquivan sus preguntas o cambian de conversación y nadie acierta a explicarle por qué ella no ha ido aún a verlo al hospital. Pronto saldrá de dudas. Y tampoco puede soportar la idea de no haber sabido protegerla. Durante aquellos interminables días, y una vez que él mismo consiguió abandonar el hospital, Ángel Bueno trató de convencerlo diciéndole que él no tuvo la culpa de nada y que, dada la determinación de los agresores y la astucia y rapidez con la que operaron, hubiera sido del todo imposible prever o parar aquel golpe tan brutal. Pero él no consiguió encontrar consuelo posible. Llegó a pensar incluso que Adela había muerto, que si conseguía vivir sería un milagro y que, en todo caso, los daños causados le impedirían hacer una vida completamente normal. Pero también en esto se equivocó porque su recuperación, sin ser rápida, fue mucho mejor de lo que habían vaticinado los médicos. Aturdida por todo lo ocurrido y debilitada tras su larga estancia en el hospital, Adela se conjuró para seguir enganchada al carro de la necesaria normalidad. Ajena por completo al último puñetazo que habría de propinarle la vida. Ninguno de sus ataques de asma le causaría nunca tanto desasosiego, tanto dolor. Un golpe más duro incluso que

los mamporros que la mantuvieron postrada en el hospital durante semanas.

—Perdone, señor, ¿buscaba a alguien? —trata de ayudarle una enfermera cuando se asoma con sigilo a la habitación donde se recupera Adela.

—Disculpe, creo que me he equivocado de planta —balbucea azorado Santos Senabre tras comprobar que Adela no se encuentra sola. La habitación está en penumbra, no consigue acostumbrase a la oscuridad, son apenas unas décimas de segundo, pero le parece que ella está dormida y que alguien, sentado en una silla tras la cama, mantiene cogida su mano derecha.

—Si me dice el nombre de la persona a la que viene a visitar, tal vez la conozca o pueda comprobarlo en el control —insiste la enfermera.

—No, no se moleste, de verdad. Ya me iba —se excusa Santos, que vuelve a cerrar la puerta con desmedida cautela.

11

1992. Madrid

Tarde o temprano la vida se encarga de conducirte por caminos en los que uno no había previsto transitar. Y no hay determinación que valga cuando el destino se obstina en borrarte la sonrisa. Torcerte, para siempre, los gestos de la cara y hasta los del alma. No recuperado del todo, e imbuido en cavilaciones de este jaez, Santos acude a declarar a los juzgados de Plaza de Castilla un anodino martes de septiembre. El magistrado lo ha citado a testificar con motivo de las diligencias judiciales abiertas a raíz de ser agredido en el Retiro. A sus antiguos compañeros de la policía ya les ha contado, una y mil veces, todo lo que sabe o recuerda sobre la desaparición de Rubí. Sobre la investigación oficial y también sobre sus pesquisas tras dejar el cuerpo. Todo, o casi todo, porque él nunca ha abandonado el caso. Nunca ha perdido la esperanza de poder atrapar a Erik el Belga, aunque no disponga ya de la placa policial. Conserva la vieja Beretta, «ojalá me la hubiera llevado a Amberes», de la que se fía más que de su sombra, y sabe que no descansará hasta cazar a esa alimaña. De momento no ha sido posible, aunque tendría que volver a intentarlo. «Ya se me ocurrirá algo», imagina. Plantarse de nuevo en Flandes, hurgar en la guarida y «darle su merecido a ese hijo de puta». No ha dejado de pensarlo ni un solo día, y sabe que no podrá descansar hasta que lo consiga. De momento, y mientras se restablece, ha quedado en volver a verse con Adela en Plaza de Castilla, donde ella también ha sido citada a declarar. Cuando acaben, le propondrá volver al centro en taxi, o en el metro, si le parece bien. O mejor andando, si se anima, para estirar el tiempo al máximo. Desde lo del día del Retiro nada ha sido igual. Hace mucho, demasiado, que no la ve y, aunque no resulta fácil mantener una relación en la distancia, sabe que nada ha cambiado. No por su parte. Y lo sabe por la impaciencia que siente.

Porque el estómago se le encoge, como cada vez que se dispone a disfrutar de su presencia.

Como siempre.

Plaza de Castilla. Línea azul. «El próximo tren llegará en: 2 minutos». Se abren las puertas... Dos viajeros toman asiento a la derecha, al fondo del vagón. Ella se despoja, decidida, de su chaqueta de lana. Empieza a hilvanar una historia y es como si, de pronto, el mundo se detuviera. No importa la gente, no importa el tiempo. Nada importa. Todo puede esperar, todo es trivial. Ella lo inunda todo.

Valdeacederas. No hay prisa. Sonríe y el mundo se para. Ni rastro de ojeras en su cara. Irresistible fascinación.

Tetuán. Gesticula suavemente con la mano derecha y, como no está sola, evita morderse las uñas.

Estrecho. Sigue con su historia y las difusas pecas de su rostro dibujan una infancia feliz.

Alvarado. El pelo, negro intenso, cae con sus puntas, graciosamente descolocado. La diadema, en su sitio. No lleva pendientes, no lo parece; no va maquillada, pero no ha olvidado utilizar su lápiz de ojos. El secreto, el misterio, de sus ojos…

Cuatro Caminos. Perdida la noción del tiempo, el viaje prosigue interminable, como si fuera eterno.

Ríos Rosas. Pero cómo vencer al tiempo…, cómo frenar su inapelable cadencia.

Iglesia. La voz, todavía nasal, la nariz taponada. La tos se le ha hecho resistente. Secuelas aún de un inoportuno catarro.

Bilbao. Millones de sonrisas en la gran ciudad y solo la suya es capaz de llenar un vacío, de disipar una angustia, de colmarlo todo...

Tribunal. Desasosiego. Se acerca el momento de la inevitable despedida.

Gran Vía. Fin del trayecto. «El metro de Madrid vuela, cuando no tiene que volar». «Ojalá que pueda quedarse a comer conmigo o, al menos, tomarse un café, o que me deje acompañarla hasta su casa, o que podamos pasear un rato», es en lo único que piensa ya Santos Senabre.

Creía que no deseabas verme. No, no es eso. Si quieres podemos quedarnos a comer. No, lo siento, solo tengo tiempo para un café. Te invito a

comer, dime que sí, por favor, por favor. No puedo, de verdad, Santos. Había pensado tomarme la tarde libre, el trabajo en Grassy ya no me motiva como antes. Otro día, de verdad. Como quieras. Espero que lo entiendas. Te noto esquiva. No, de verdad que no. ¿Entonces? He estado muy ocupada y desde que nos pasó aquello no soy la misma. ¿Aquello? Sí, ya sabes a lo que me refiero. Ninguno lo somos, es lógico, fue muy duro. Yo también te he notado raro. ¡Pero si no nos hemos visto! Hemos hablado por teléfono. Es cierto, pero no es lo mismo. Cualquier día de estos, tan pronto como pueda, volveremos a quedar. Sí, por favor. Te lo prometo. Gracias. Diego me espera. Claro. Cada vez viaja menos. Ya. Solo lo imprescindible. Ya. Todo esto nos ha unido aún más. Como tiene que ser. Una enfermera me dijo que un tipo parecido a ti fue a verme al hospital. Sí, fui yo. Lo imaginaba. Pues sí… Lo sabía. No podía estar sin verte. ¿Y por qué no me lo has dicho? Me dio vergüenza. No te entiendo. ¿Vergüenza de qué? Fui de noche, estabas dormida, y al ver a Diego junto a ti no me atreví a pasar. Ya. Era lógico, claro, que él permaneciera allí. Sí, estuvo todo el tiempo conmigo. Normal. Se portó muy bien. Como tiene que ser. Sí. Pero yo no me lo esperaba. Ya. Fui dos o tres veces… ¿De verdad? Tenía la sensación de ser un intruso en tu vida. Pero eso es absurdo. Me siento culpable. ¿Pero culpable de qué? Del daño que te hicieron, de que no supiera protegerte. Tú no tienes la culpa de nada. Sí. Santos, por favor, no digas estupideces. No lo puedo evitar. Pero piensa que estamos aquí, que estamos vivos. Ya, pero me da por pensar que algo de lo nuestro murió con aquellas agresiones. Apenas lo hemos hablado. Difícilmente podemos hablarlo si no nos vemos. Es bueno hablar las cosas. A las mujeres os gusta hablar. Y a vosotros callar. Eso da igual. Solo quería decirte… Dime. Pues que, aunque apenas nos hemos visto, yo te sigo recordando igual. Sabes que yo también. Todos los días. Y yo. Lo sé. No, no te puedes hacer una idea. Lo que pasa es que las circunstancias han cambiado. Es posible que sí, pero hay sentimientos que permanecen. No estoy segura de eso. Pues deberías estarlo. Ya, pero no resulta fácil mantener una… ¿Relación? Sí, una relación de amistad, si no nos vemos. ¿Amistad? Sí, bueno, amistad especial, llámalo como quieras. Da igual. No, a mí no me da igual. Pero es que las cosas no son para siempre. ¿Ah, no? Quiero decir que no son de la misma forma. ¿No? No, ni con los amigos, ni siquiera con la propia pareja. ¿Y tú como lo sabes? Porque esto es así como funciona. ¿Pero cómo? ¡Ay, no lo sé! Perdona. No, si no pasa nada. No quería molestarte. No me molestas. Cuando has dicho que me seguías recordando, ¿significa que alguna vez me echas de menos? Claro que sí, Santos, lo sabes perfectamente. No, no lo sé. Pues deberías saberlo. Ya, pero es que no soy adivino. ¡No digas tonterías, anda! No me apetece discutir contigo. ¡Oye, que no estamos discutiendo! ¿Podemos hablar de otra cosa? ¿De otra cosa? Sí, de ti, por ejemplo. ¡Uy! mi vida es muy aburrida, la misma rutina de siempre. ¿La misma? Sí, ya sabes, el laboratorio, la joyería, mis clases… Será porque tú quieras. Es mi vida. ¡Ojalá pudiera yo formar parte de tu vida! ¡Pero ya eres

parte de mi vida! Sí, pero de otra forma. ¿Nunca te cansas de intentarlo? De intentarlo contigo nunca. Santos, necesito decirte algo. Dime, Adela. Nada, si es una tontería... Conociéndote, seguro que no. ¿Qué día es mañana? Miércoles. No, digo de número. No sé, 9, creo. 9 del 9. Pues sí, si estamos en septiembre, y nadie lo remedia, así será. Me gustaría pedirte, te pido, por favor. ¿Un favor? Sí, un favor muy grande. A ver, sorpréndeme. Que mañana tengas muchísimo cuidado. Cuidado de qué tipo, no te entiendo. No hace falta que me entiendas, con que me hagas caso es suficiente. ¿Y a qué viene tanto misterio, si puede saberse? Nada, ya te lo he dicho, es una tontería. Venga, desembucha, y dime lo que tengas que decirme. Si no es nada, en serio. Vamos. No, déjalo. Vamos. Ya sabes que soy supersticiosa. Sí. ¿Recuerdas cuando nos agredieron? Sí, claro, hay cosas que no se olvidan tan fácilmente. ¿Sabes qué día era? Pues no lo recuerdo, la verdad. ¿En serio? No sé, tendría que pensarlo. Haz memoria. Ayúdame tú. Piensa un poco, por favor. Debió ser un día 7 u 8, o algo así. No. ¿No? No, fue un día 9. ¿Y? Un día 9, como mañana. No te sigo, me he perdido. Estoy un poco obsesionada, con las fechas, con los números... Nunca es tarde para cambiar. Lo que trato de decirte y quiero que entiendas de una puñetera vez es que mañana es, precisamente, 9. ¿Y? Pues que deberías quedarte en casa. No te entiendo. Día 9 del 9, para colmo de males. ¿Y? Pues nada, ya te digo, que estoy un poco obsesionada y no me gustan los días 9. Ya. Y eso que durante mucho tiempo fue mi número favorito. ¿Qué tal si me lo explicas? Es que no hay nada que explicar, simplemente no me gusta ese día. ¿Así, si más? ¡Sí, joder! Perdona. Bueno, digamos que me pasó algo muy negativo un día 9 de hace unos años y, desde entonces, me he fijado en que se ha convertido en un día negro para mí. Me parece una preocupación bastante pueril, si me lo permites. Te dije que no era perfecta. Pero no lo entiendo. No se trata de que me entiendas, con que me hagas caso es suficiente. ¿Y si no lo hago? Es que necesito que lo hagas. Pero es que no te entiendo. Eso ya me lo has dicho. ¿Entonces? Te pido, por favor, que no salgas. No sabía que fueras tan…, tan maniática. No soy maniática. Tan bruja, tan… supersticiosa. ¿Lo ves, ves como no soy perfecta? Ni puñetera falta que hace. ¿Ah, no? No, me gustas así. ¿Tal y como soy? Tal y como eres, real, auténtica, única. ¿Con mis rarezas? Enterita, de los pies a la cabeza, con tu cabecita loca incluida, claro. No se trata de eso. Desconocía esa faceta tuya. ¡Hay tantas cosas mías que desconoces! ¿Ah, sí? Sí, pero ahora no es el momento. ¿Y cuándo es el momento? Ahora no. ¿Mañana, la semana que viene? Tal vez. Me estabas diciendo que no saliera mañana. Eso es. Explícate. Son cosas mías. Tuyas y mías, querrás decir. A eso me refería. ¿Y bien? Por favor, quédate en casa, no te cuesta nada. Sigo sin entenderte. Pero es que no hay nada que entender. ¿Ah, no? Tú solo tienes que hacerme caso, por favor. Lo intentaré. No, lo que quiero es que lo hagas. Lo haré. Que me lo prometas. Que sí. Por favor. Así lo haré. Tú hazme caso. Como siempre. Como siempre. Está bien. Yo, por mi parte, también necesito decirte algo. ¿Decirme? Bueno, es una pregunta, en realidad. Venga, suéltalo. Es que no sé

si es el momento. El momento es ahora. No sé. El momento siempre es ahora, no hay otro, deberías saberlo. ¿Me quieres, aunque sea un poquito? Claro que sí, ya lo sabes. A veces tengo dudas. Pues no deberías tenerlas. Ya, pero es que… Las dudas son incompatibles con una relación tan especial. Gracias. Pero te equivocas en una cosa. ¿Y en qué me equivoco, si puede saberse? En que no es un poquito como te quiero. ¿Ah, no? No. ¿Entonces? Te quiero mucho, Santos. Gracias. Y deja de una vez puñetera vez de darme las gracias, que por eso no se dan las gracias. Debe ser la falta de costumbre. Ya. Pues a mí me gusta. Pues no. Pues sí. Bobo. Y eso también me gusta. Veo que lo tuyo no tiene arreglo. Te dije que era un caso perdido. Estás fatal. Gracias. ¿Pero gracias por qué, si puede saberse? Gracias por dejarme quererte. Bueno, es que eso contigo es muy fácil. Y por regalarme los mejores días de mi vida. ¡Exagerado! Sí, el amor siempre es exagerado. Eso creo yo también. Y por dejarme atisbar el paraíso, aunque solo pueda contemplarlo desde fuera. ¡Y dale, pero qué tonto eres! Gracias.

Miércoles, 9 del 9 de 1992. No sabe por qué, pero no le ha hecho caso a Adela. A punto estuvo de no ir al trabajo, llamar con cualquier excusa, pero no. Debería haberse fiado de Adela, pero ahora que está de vuelta sabe que ella estaba equivocada, no tenía razón, esta vez su intuición le falló. «Mi brujita debería cambiar de actividad», piensa que le dirá. Aunque… Concluida su jornada laboral en Grassy, Santos vuelve a casa con intención de prepararse algo rápido para cenar y ver un rato la tele. Pero nada más entrar intuye que algo no va bien. Una punzada, un presentimiento. No sabría decir lo que es. El problema es que la última vez que tuvo esa misma sensación, en El Retiro, acabó en el hospital y a punto estuvo de no poder contarlo. Siente la presencia de alguien, extraño por supuesto, nota el aroma penetrante, inconfundible, de un perfume ajeno que no consigue identificar. Supone que esa calma, casi podría asegurarlo ya, es el preludio de un incierto peligro. Está tenso, sabe que no puede encender la luz, o tal vez debería hacerlo, y se maldice por no llevar pistola. Qué distinta sería la escena si, al menos, portara el arma, la Beretta, que oculta en su sillón preferido. Pero no se atreve a moverse. «Rápido, rápido», trata de razonar. «Demasiado tarde», piensa, para salir. Está en medio del salón, excesivamente lejos de la puerta, con las llaves aún en la mano, atrapado, paralizado, dispuesto a lo peor. «Rápido, rápido». Pero no. Desde atrás, a muy corta distancia, recibe el fogonazo de un chorro de gas que lo obliga a llevarse las manos a la cara antes de caer desplomado con un dolor insoportable. Las llaves se le caen al suelo y él mismo se desploma casi al instante. Quiere toser, pero no puede; tumbado, trata de lanzar algún puñetazo, soltar alguna patada, pero es inútil. No está inconsciente, pero no puede ver, aunque percibe, ahora sí, que la luz está encendida. Se ve incapaz de coordinar el movimiento de sus brazos y piernas, por más que lo intenta, como si fuera un pelele. Trata de abrir la boca y solo puede notar un sabor metálico, ni siquiera amargo. Respira con dificultad, no puede tragar, la mandíbula tampoco responde, parece acartonada, quebradiza. Puede sentir la fragilidad de sus articulaciones, como si fueran a restallar en mil pedazos. Si al menos pudiera acercarse hasta el sillón… Cada vez tiene mayores dificultades para respirar, le arden los labios, le pican los ojos y también la nariz. Siente el espasmo en su rostro y balbucea, piensa que lo hace, trastocando sílabas y letras inaudibles. Absurdos sonidos guturales en un cuerpo retorcido que no es ya más que un guiñapo. Abatido, envilecido, se siente despreciable y supone que ha llegado su hora. Sabe que es el final, por más que trate de agarrarse al último resquicio de vida. «9 del 9», Adela tenía razón. Como siempre. Pero ya es tarde, demasiado tarde, incluso para lamentarlo. Su último pensamiento es para ella. «Adela». El último hálito es para pronunciar su nombre, entrever su sonrisa apacible y dejarse acariciar por la dulzura de su voz.

El rostro de Santos Senabre denota una gran placidez. Aparente sosiego. Como si estuviera durmiendo. Cualquiera diría que está recostado en su sillón orejero, en el rincón preferido de su casa, donde ha pasado tantas horas cavilando. Su sillón de pensar. Cualquiera diría que en un momento se desperezará, tomará un vaso de agua o dejará transcurrir los minutos en un estado de duermevela. Cualquiera diría… No hay violencia ni tensión en su rostro. Tiene la cabeza ligeramente caída hacia la izquierda y apenas un hilillo sanguinolento se escapa por la comisura de sus labios. En un segundo plano, la voz de María Callas suena inquietante y rotunda. Alguien ha subido el volumen, del disco compacto que ya estaba colocado en el reproductor, como si quisiera acallar otras voces, otros sonidos. La luz del día no consigue traspasar el alféizar del balcón. Si las cortinas estuvieran descorridas se podría ver cómo Santos está amarrado al sillón por la cintura, atados los brazos a la altura de los codos, enlazados los pies con bridas. Nadie puede escapar a su destino y el de Santos ha llegado a su inesperado final. Si hubiera luz, se podría ver, y es lo que verá la policía cuando llegue, la sangre que se esparce impúdica contra la pared trasera. Un grosero y caprichoso estallido, casi negruzco ya. Sobre la alfombra, un cuaderno verde con algunas salpicaduras. Apenas unas gotas, más sonrosadas, no tan oscuras. Y un vaso con licor, tal vez *whisky,* a medio terminar. Su cuaderno verde, hendido como una flor, caprichosamente abierto en cualquier página. Su viejo cuaderno verde, resumen de una vida de anhelos, ilusiones y ardores juveniles a una edad tardía. Y al final, los afectos y las pasiones con nombre y alma de mujer, cuando nada más esperaba de su baldía existencia. Y también la ternura en el crepúsculo de una vida cuyo último pensamiento ha sido para ella.

Santos se abandona en la vaga ilusión de coger sus manos, las manos de Adela, acercándolas a su malherido pecho hasta que los latidos comienzan a ser casi imperceptibles.

Se deja llevar hasta que los colores se desdibujan como si se hubieran desleído, hasta que los sonidos se nublan.

Hasta que la sonrisa de Adela, la hipnótica luz de su mirada, se esfuma en medio de una gélida y espesa niebla.

Sin amargura, sin tristeza, aliviado, al fin.

No envejeceremos cogiditos de la mano, ni nos cuidaremos el uno al otro, ni amueblaremos nuestro hogar, ni tendremos un lecho común donde yacer, ni dormiremos fundidos en un solo cuerpo, ni beberé de tus labios, ni respiraré

tu mismo aire, ni me impregnará cada día el olor de tu cuerpo, ni te acariciaré siempre que pueda.

Embobarme mirándote. Desordenar tu pelo. Quedar en el Ritz. Perdernos por el Retiro. Recitarte a Salinas. O a Cernuda. Escucharte durante horas. Esperarte en algún jardín secreto. Divertirnos viendo fotos de cuando éramos niños. Mirarte sin prisa ni disimulo. Curiosear en alguna librería. Verte bailar. Disfrutar con tu risa incontenible. Pisar tus pasos. Hacer el ganso. Cuidarte. Comerte con los ojos. Robarte un suspiro. Compartir tus silencios. Nunca juzgarte. Decirte «cielo» y que sonrías. Besar tus dedos. Ver cómo utilizas tu lápiz de ojos. Leerte el horóscopo. Sosegarte si el corazón se te desboca. Piropearte. Esperarte. Pasear sin rumbo. Ir al cine o a un concierto. Descubrir un sitio nuevo. Pasear bajo la lluvia. Caminar sin mirar el reloj. Viajar en tren. Entenderte sin palabras. Pasar 24 horas contigo. Esperarte sin saber si vendrás. Ver cómo llegas. Abrazarte y que, entonces, nada importe ya.

«Tú justificas mi existencia: si no te conozco, no he vivido; si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido».

Quererte.

Protegerte.

Proteg…

Uno de los sucesos que más han conmocionado a Madrid

La policía da por resuelto el «crimen del Alazán» y el asesinato del exinspector Santos Senabre

Detenido en la estación ferroviaria de Chamartín un ciudadano belga, presunto asesino del expolicía y jefe de seguridad de la joyería Grassy

MADRID, 11 Sept. (EUROPA PRESS) —

Con la detención en Chamartín del ciudadano belga Erik Janssens, el Cuerpo Nacional de Policía (CNP) ha conseguido esclarecer el conocido como «caso Alazán», cuyo último y trágico episodio fue el asesinato del exinspector Santos Senabre, de 59 años, el pasado 9 de septiembre.

Alertados por la Interpol, agentes de la Brigadas de Policía Judicial, Homicidios y Antiatracos pudieron arrestar a Janssens cuando se disponía a coger un tren con destino a Lisboa, donde tenía previsto embarcarse en un buque hasta Amberes, informa en un comunicado la Delegación del Gobierno en Madrid. El detenido fue arrestado en la estación, cuando estaba a punto de subirse al tren, tras oponer una gran resistencia e intentar darse a la fuga. Los agentes le intervinieron una pistola marca Beretta que, según fuentes policiales, fue el arma utilizada para acabar con la vida del expolicía.

Janssens nació en 1943 en la ciudad flamenca de Amberes (Bélgica), aunque en el momento de su captura la documentación que portaba estaba a nombre de Hans Villems, la otra identidad que solía utilizar para escapar de la acción policial y judicial, añade la nota de la Delegación.

La Policía lo acusa del asesinato del exinspector Senabre en su domicilio de la calle Espalter de Madrid, y también de la muerte y posterior ocultación del cadáver de la joven Aurora Dueñas, cuyos restos mortales fueron encontrados en 1989. En Chamartín, los agentes le han intervenido una piedra preciosa, un valioso rubí «del tamaño de una nuez», cuya procedencia se investiga por si pudiera tener relación con los hechos.

Los restos mortales de Aurora Dueñas fueron hallados hace tres años en Alazán, un antiguo club de alterne, durante unas obras de rehabilitación para convertir el edificio, ubicado en el Paseo de la Castellana 24, en sede del Banco Santander. La joven, conocida como Rubí, trabajaba allí como empleada y se encontraba desaparecida desde agosto de 1982. El exinspector Senabre se ocupó de este caso hasta que abandonó el Cuerpo a finales de ese mismo año.

La identificación del cadáver corrió a cargo del antropólogo forense Ramón Pimentel. Tras una exhaustiva investigación, este especialista

estableció que la muerte de la chica tuvo lugar en el mismo momento en el que se la dio por desaparecida, cuando la víctima tenía 23 años.

Janssens contó con la ayuda de Álvaro Dueñas Menéndez, de 31 años, en prisión desde entonces gracias precisamente a la investigación iniciada en su día por Santos Senabre, máximo responsable del Grupo Antiatracos hasta que pasó a ser jefe de seguridad de la joyería Grassy en la Gran Vía madrileña. Se da la circunstancia además de que Dueñas Menéndez es hijo del propietario de Alazán, Álvaro Dueñas de Mora, de 73 años, y, según declaró él mismo, hermano de la fallecida Aurora Dueñas.

El móvil de ambos crímenes sería, según fuentes policiales y judiciales, las pesquisas obtenidas por Senabre para permitir la desarticulación de una peligrosa banda radicada en Amberes con ramificaciones en Madrid. Este grupo delictivo se había especializado en la falsificación de certificados para acreditar como auténticos los diamantes sintéticos conseguidos por ellos.

Janssens, según ha podido saber Europa Press, también participó en las brutales palizas que sufrieron tanto Santos Senabre, cuando hacía deporte en el Retiro, como la gemóloga Adela Salgado, de 39 años. Senabre y Salgado a punto estuvieron de perder la vida como consecuencia de aquellas agresiones que los mantuvieron hospitalizados durante semanas.

Por estos últimos hechos también ha sido arrestado Milton Flores, un exboxeador dominicano y empleado de Alazán, que trabajó a las órdenes del dueño en labores de seguridad hasta que el local fue cerrado en 1987. La policía continúa reuniendo testimonios y pruebas por si se le pudiera imputar algún delito de proxenetismo y trata de personas, dado que varias de las chicas han declarado que fueron captadas por él, en su mayoría fuera de España.

La Policía investiga igualmente si, tal y como ha declarado Janssens, el encargo de acabar con la vida de Santos Senabre partió de Álvaro Dueñas. El detenido sostiene que el rubí que portaba era el pago que le ofreció el dueño del club Alazán por eliminar al exinspector de policía.

Tras la detención de Janssens en Madrid, Interpol ha girado órdenes de búsqueda contra el también ciudadano belga Gaston Vanhülle, supuesto cabecilla de la trama, actualmente en paradero desconocido tras haber sido arrestado en su país por tráfico de drogas, entre otros delitos. Vanhülle, según los datos facilitados por Interpol a la policía española, ostentó importantes cargos en el negocio internacional de diamantes. Posteriormente se ocupó de actividades ilícitas relacionadas con el tráfico ilegal de piedras preciosas, antigüedades, objetos de arte y drogas, amparado en los bajos fondos del puerto de Amberes, donde tuvo a su servicio a Janssens.

El cadáver de Santos Senabre, cuya investigación ha permitido la desarticulación de esta peligrosa banda, fue incinerado hace dos días en el crematorio del cementerio de La Almudena, donde fue despedido por familiares, amigos y compañeros del CNP. Aunque ya no pertenecía al Cuerpo, los sindicatos policiales han solicitado al Ministerio del Interior, José Luis Corcuera, la celebración de algún acto de homenaje para honrar su memoria y distinguir su trabajo como abnegado servidor público.

11/Sept/1992 12:09:58 CGT.— (EUROPA PRESS MADRID)

Adela fue la primera en conocer la fatídica noticia.

Muy a su pesar, fue la primera en saberlo. No podía conocer los detalles, no en ese instante, pero sí supo antes que nadie que el funesto velo de la tragedia había ocultado para siempre el rostro de Santos Senabre. Y había oscurecido su propia vida. De pronto, dejó de sentir el calor de su recuerdo, brotando en ella una arcada incontenible.

Un zarpazo violento, como si le arrancaran el corazón.

Adela dejó de sentir su presencia.

Simplemente.

Y no necesitó más para saber que lo había perdido.

Cuando una persona está muy unida a alguien, por mucho desdén que haya podido aparentar, es capaz de notar algo así.

A veces pasan estas cosas. Para lo bueno, para lo malo y para lo peor.

Premonición, sexto sentido, ¡qué más da! Nunca lo tuvo como tal vez debiera, nunca pudo entregarse a él, aunque a punto estuvo. «Sabes que te lo habría dado todo si hubiera podido». Pero ya nada importa. No tiene vuelta de hoja porque ahora se había marchado para siempre. Sin un último beso de despedida. Sin un reciente «te quiero» que a Santos podría hacerle más llevadero su tránsito a ese otro destino del que nadie nunca volvió.

Muy a su pesar, no podría recordar todo lo que le había dicho Santos desde que la vio por primera vez —quince años ya—. No podía, lógicamente, recordar las palabras con exactitud —muchas sí, claro—, «es que no puedo tomarte en serio, ¡me dices unas cosas!». Pero lo que nunca podría olvidar es lo que le hizo sentir.

Cruzó entonces sus brazos, como abrazándose, cuando, en realidad, era a Santos Senabre a quien abrazaba. «No deberías ser tan guapa». Adela entornó sus ojos, dio un profundo e interminable suspiro y entonces, solo entonces, sonrió al notar su presencia como si todo volviera a comenzar.

Uno dice siempre y parece que será para toda la vida.

«Te amaré siempre».

«Te cuidaré siempre».

«Te protegeré siempre».

Pero no. Siempre es ahora y poco más. Nadie puede obtener garantías. Nos gusta pensar que el caudal incontenible de la vida puede ser domesticado, ablandado, encauzado. Que podremos controlar nuestros sentimientos y emociones, sin saber que es justamente al contrario: que son los sentimientos y las emociones las que nos guían sin que nada podamos hacer para evitarlo. Uno no elige a quién amar, ni en qué momento, ni siquiera si está bien visto. O si es adecuado. Si es conveniente, o legal. Esto no funciona así, por más que pretendamos introducir algo de racionalidad. Esta locura, esta enajenación, permanente o transitoria, acontece porque sí, más allá de las leyes físicas o químicas; más allá del tiempo y del espacio; más allá de nuestra pueril y humana voluntad. Y es un milagro porque no hay ninguna ley natural que pueda explicarlo. Tal vez un precepto sobrenatural o divino, pero esa es otra historia. Y por eso es inútil cualquier resistencia, incluso la de pensar que podremos con todo. Nos gusta pensar que será de esta forma, por comodidad, por instinto tal vez.

Pero no.

Y, aun así, la única verdad es que todo lo que empieza termina. Que todo principio tiene su final y que, en ocasiones, solo de nosotros depende escribir el postrero renglón. Al fin y al cabo, la vida es algo más que un mero devenir. Las flores se agostan, las nubes se evaporan, el sexo se apaga, los recuerdos se difuminan, el sol sucumbe, el vino se avinagra, el café se enfría, el humo se disipa, la luz se marchita… y solo el amor, entonces, puede salvarnos. Podría redimirnos. Hacernos eternos en nuestro mundo finito. ¡Ay, el amor, esa bendita excepción que solo a unos pocos alcanza!

Por lo demás… «Todo lo que es hermoso tiene su instante y pasa».

Todo fluye, nada es permanente. Nada.

«Hermosa era aquella llama, breve / como todo lo hermoso: luz y ocaso».

Nunca digas siempre.

Todo acaba.

Fin.

Rota de dolor, Marina Monforte se pone delante del micrófono, con los ojos arrasados en lágrimas desde que supo la noticia. Cree que no va a poder acabar el programa. No ha conseguido reunir el ánimo suficiente. Por si acaso, alguien de producción le ha preparado un «enlatado» de *Crónica en negro* con «los mejores momentos» de espacios anteriores. Un balón de oxígeno en caso de que no tenga fuerzas para seguir. Pero ella es una buena periodista, de esas que llaman de raza, y de pronto se planta en la silla con una determinación en la que no se reconoce. Pide que bajen la luz del estudio y entre sus manos enlazadas oculta una foto de su viejo amigo. Una imagen que no necesita mirar. Aprieta los dientes hasta hacerse daño, abre mecánicamente los labios, finge una sonrisa y, como si hubiera activado su particular piloto automático, llega hasta el final del programa. Primero con las otras noticias de la semana, como si no ocurriera nada. Como si no le ardiera en su pecho lo que se ha reservado para despedir el espacio. A trompicones emocionales, pero entera. Jugando, impaciente, con sus manos, más frías que nunca. «Manos frías, corazón caliente», le dijo Santos una vez, a modo de broma, cuando recordaron su primera cita en La Mallorquina. Clavándose las uñas en las piernas o arañándose nerviosa hasta desgarrar su piel. Su voz denota hoy una tristeza infinita.

Hay rasguños en el alma que duran toda una vida.

Profundos costurones que nadie puede restañar.

Estamos terminado ya, pero permítanme que acabe hoy con un recuerdo muy especial para un amigo de este programa, que ya no está entre nosotros. (…) Les hablo de Santos Senabre, inspector de policía durante años…, una vez policía siempre policía, le gustaba decir, aunque ahora estuviera dedicado a labores de seguridad en una conocida joyería... Fue el mejor hasta que pudo, o le permitieron, llevar la placa. Un profesional de los pies a la cabeza, que nos ha dejado para siempre. Se ha ido en silencio, sin que sus malditos verdugos le hayan permitido decir adiós a quienes tanto le quisimos. (…) Se ha marchado en silencio, sin hacer ruido… Como si no quisiera molestar, tras haber estado muy malito en el hospital por culpa, seguramente, de los mismos que ahora han acabado con su vida de una forma tan vil, tan cobarde... Santos… mi amigo Santos… era, antes que nada, un hombre bueno. Bueno en el buen sentido de la palabra, como decía el poeta. Vivió en paz con los hombres y en guerra con sus entrañas, y cito de nuevo a Machado. Sé que le haría ilusión y que se burlaría de mí por ser tan ñoña. Descansa en paz, Santos Senabre, aunque no estoy muy segura de que vayas a hacerlo, no al menos hasta que tus verdugos paguen el mal causado. Quienes gozamos de su cariño también sabemos que allá donde esté velará por nosotros. Y nos protegerá, que es lo que siempre ha hecho. Que la tierra te sea leve. Los que te hemos amado tanto nunca dejaremos de extrañarte. Tu Marinita nunca podrá olvidarte. Gracias desde lo más profundo de mi corazón. Te quiero, inspector.

Durante dos minutos y cuarenta segundos, en las ondas suena *O mio babbino caro* hasta que la voz de María Callas se funde con las señales horarias de las dos de la madrugada.

El magnolio florecido, que aún resiste en la esquina de Alazán, «es uno de los árboles más hermosos del mundo», le gustaría pensar a Rubí en el desconsuelo de su ausencia.

Su delicado aroma, cuando está cuajado de flores, arroja un destello melancólico, que haría estremecer a Santos Senabre.

No hay antídoto mejor para curar los males del alma que «empaparse de su fragancia remota», imagina Adela, incapaz aún de subirse al carro de una vida que no desea vivir.

Así no.

Brotes de magnolio, puras flores, aromas del poema con el que estén tejidos los mejores sueños, mientras «el susurro tibio del aire», siempre Cernuda, extiende sus brazos al cielo de Madrid.

Allá, allá lejos, donde habite el magnolio.

Nota del autor

La flor del magnolio me acompaña desde hace muchos años, demasiados tal vez. Antes incluso de que, ya más en serio, me pusiera manos a la obra nada más acabar, en mayo de 2013, mi anterior libro, *El tamayazo. Crónica de una traición.* Podría decir, sin exagerar, que este proyecto anida en mí desde que tengo uso de razón literaria. Habita en mí desde que siendo un joven camarero del Ritz fui invitado por el *maître* del hotel, junto a varios compañeros, a tomar una copa en Alazán.

Sí, porque Alazán existió, claro que existió. Como Balmoral, selecto miembro también del Madrid desaparecido. No, desde luego, de la forma descrita en este libro, pero fue sin duda un local de prestigio durante el tiempo que permaneció abierto. Con sus «noches de encanto y belleza, con las más explosivas *vedettes*», tal y como rezaba la publicidad de la época. Es más, quien conozca el lugar, o quiera darse una vuelta por Castellana 24, podrá comprobar que el Banco Santander, heredero del cabaré, mantiene allí una de sus sedes principales. En el jardincillo que a modo de pasadizo hay delante de la sede bancaria, en una de las esquinas, se conserva un magnolio, aunque no del porte del que se relata en el libro. Excuso decir que durante las obras de rehabilitación para el cambio de uso del negocio no apareció ningún cadáver emparedado en el sótano.

«Tercer año triunfal, con brillantina, los señoritos cierran Alazán», canta también el maestro Joaquín Sabina. «Para primores Galerías Piquer» —que casualmente también salen en la novela—, prosigue el de Úbeda en su monumental *De purísima y oro* (1999).

Este libro, por tanto, es fruto de la imaginación, salvo alguna cosa. Fruto y consecuencia de agitadas e innumerables noches de insomnio y de, prácticamente, todo mi tiempo libre. Narra, me permito insistir en ello, una historia inventada. Ficticia, si prefiere el lector o lectora que ha tenido la paciencia, y espero que el placer, de acabarla. Una historia, en definitiva, que no es real aunque esté amasada con algunos hechos, situaciones y lugares que sí lo son, pero que pueden haber sido adulterados o modificados por el autor a

su libre conveniencia. Y con algunas noticias verídicas, que me ha resultado imposible soslayar, por más que el propósito inicial era alejarme, huir por completo, de mi tarea habitual como periodista.

Existió Alazán y existe, como es bien sabido, Grassy. Desde 1929 junto a la sociedad Unión Relojera Suiza en el 29 de la Gran Vía y a partir de 1953 en su actual emplazamiento, en el número 1, en esa especie de proa que marca el rumbo de la centenaria avenida. No así el personaje de Alexandra, ya que los herederos de Alejandro Grassy, Yann y Patricia Reznak, auténticos propietarios del negocio, pertenecientes a la tercera generación de un linaje de orfebres, nada tienen que ver con los hechos relatados en este libro más allá, naturalmente, del escenario elegido por el autor. La joyería, por cierto, sufrió un atraco frustrado en 1984. Pudo evitarse gracias a los gritos de un ordenanza y al rápido cerco policial en el que, en esa ocasión, no intervino Santos Senabre. Los dos delincuentes detenidos entonces en nada se parecían a los Hermanos Malasombra. En ese mismo edificio, en el local ocupado por la joyería, estuvo inicialmente el Café Molinero, inaugurado en 1917, y poco más tarde también abrió en el primer piso el salón de té y restaurante Sicilia Molinero, igualmente desaparecido. También permaneció abierto allí, hasta su reconversión actual, un pintoresco y divertido comedor de espectáculos eróticos y *drag queens* —que fue por donde los gemelos Galván Latorre se colaron para «asaltar» Grassy—, espacio ocupado hoy por el restaurante La Primera, de inspiración santanderina.

Las monjitas de Chamberí, obvio es decirlo, nunca albergaron una «casa cuna» o algo parecido, ni tampoco acogieron a menores para darlos después en adopción. Puestos a ser sinceros, he de confesar que el episodio de la monja escapando por la ventana, tras haber lanzado a la calle cientos de rollos de papel higiénico, sí figura en mi archivo personal de noticias curiosas de Madrid. Y no hay más que teclear en Google o acudir a la hemeroteca para comprobarlo.

Existe, igualmente, el restaurante Het Nieuwe Palinghuis de Amberes, aunque no en la fecha descrita en la novela. El local abrió sus puertas en 1983, seis años después de la visita de don Álvaro y de su almuerzo con el mercader de diamantes Gaston Vanhülle. Tampoco estaba abierto en esa época el delicioso hotel De Witte Lelie, una casa del siglo xvii, que el autor descubrió por azar. Muy a su pesar, ni se alojó en ese hotel ni comió tampoco en ese restaurante, aunque, según intuye, no es descartable que pueda hacerlo alguna vez.

En cuanto a los personajes, me importa destacar que casi todos tienen algo de alguien. Es decir, todos se parecen a alguien que conozco, por pura

comodidad a la hora de escribir, si bien no hay ninguno que exista o haya existido realmente. Sus nombres y apellidos fueron elegidos al azar, aunque no siempre. Los de origen flamenco los obtuve en Bruselas y Amberes, en sitios tan dispares como museos o lápidas conmemorativas de diversas guerras en algunas iglesias. Otros, como en el del antropólogo forense Ramón Pimentel, no desmentiré a quien pueda decir que su perfil se parece bastante al del eminente investigador José Manuel Reverte Coma, apasionado del estudio de los huesos, gracias a cuya pericia tantos casos se pudieron resolver.

La existencia de «diamantes malditos» tampoco es algo nuevo. Está suficientemente documentada y hay abundante literatura sobre el asunto. Lo que me resulta llamativo es la feliz coincidencia en cuanto al nombre «Rubí del Amanecer». En mayo de 2015, con el libro ya muy avanzado, y con esa misma denominación ya en mi texto, la sección de Internacional de Europa Press me sorprendió con esta noticia: «¿Cuánto vale el rubí más caro del mundo?». No tanto porque el tema me interesara vivamente por el proyecto de novela que tenía entre manos, que también, sino por el contenido del teletipo. La casa Sotheby's acababa de anunciar la subasta en Ginebra de «un rubí birmano por la exorbitante cifra de 27 millones de euros, convirtiéndose así en la gema de color más cara que no sea un diamante». Y se relataban otros detalles como que la venta había «superado con creces el precio de tasación, que se estableció entre los 11 y los 16 millones de euros». Luego leí que ascendió a 30 millones de euros y que, además de ser el récord mundial en subasta para un rubí, se trataba «de la mayor cantidad pagada hasta la fecha por una joya Cartier». Bien. Lo sorprendente, para mí, de esta noticia, lo que me hizo dar un bote y levantarme del asiento, es lo que venía a continuación: «The Sunrise Ruby o "rubí del amanecer", que así es como se llama esta piedra, pesa 25,59 quilates y está engarzada en un anillo diseñado por el joyero francés Cartier». De pronto fue como si el rubí que el autor había «creado» muchos meses atrás hubiera cobrado vida bajo esa misma denominación. Bien es cierto que me quedé mucho más tranquilo cuando vi que la noticia concluía de esa forma sin que, ni por asomo, se mencionara que estábamos ante una «gema maldita». Mi deseo, naturalmente, es que el anónimo postor que pujó por esa pieza de color «sangre de paloma» —rojo carmesí en función de la dirección de la luz, rojo intenso con algo de púrpura — tenga una larga vida y goce de buena salud.

La flor del magnolio, como escribí al comienzo de esta nota, habita en mí desde hace ya tantos años que tengo la impresión de haber estado conviviendo con ella durante toda mi vida. Desde que siendo un joven camarero del Ritz fui a tomar una copa a Alazán y, cuando salí al jardincillo exterior —no recuerdo con qué motivo—, me vi de pronto conversando junto al magnolio de la puerta con una de las chicas del club que había salido para fumar. Aunque borrosa ya su cara en mi recuerdo, nunca he olvidado aquel instante. Ni la diminuta falda que llevaba, la más corta que había visto en mi vida. Ni

tampoco la dulzura de su voz. Lamento no recordar su nombre, o si era pelirroja.

Algunos días me da por pensar que, en realidad, aquella chica era Rubí. Hubiera estado bien.

Galería de

personajes principales

Santos Senabre. Jefe de seguridad en la joyería Grassy de Madrid. Exinspector del CNP, donde a petición propia, aunque obligado por las circunstancias, pasó a la situación de segunda actividad tras haber sido jefe del Grupo Antiatracos. Atormentado, condenado a la infelicidad, alcohólico ocasional.

Ángel Bueno. Oficial de policía. Rudo y expeditivo, no se anda con las contemplaciones de su jefe a la hora de actuar. Profesa un gran respeto y admiración hacia el inspector Senabre, al que sucede en el cargo.

Marina Monforte. Periodista de investigación y sucesos. Trabaja en una radio donde dirige y presenta *Crónica en negro,* un programa semanal que se emite de madrugada.

Ramón Pimentel. Antropólogo forense.

Adela Salgado. Gemóloga, diplomada en Amberes. Imparte clases en la Escuela de Gemología de la Universidad Autónoma de Madrid, además de dirigir el Laboratorio de Análisis y Certificados del Instituto Gemológico Español.

Don Álvaro Dueñas. Hijo de un potentado agricultor manchego, desertó

de su pueblo tras dejar embarazada a una criada. En Madrid, se hizo anticuario antes de adquirir Alazán tras el extraño incendio del local. Voluptuoso, hedonista, cultivado, amante de la historia y del arte, además de estar muy bien relacionado con banqueros, empresarios, políticos, jueces y policías. Sus ilustres clientes rara vez pagan los servicios obtenidos y pueden contar con las mejores chicas de Madrid en los discretos reservados ubicados en la primera planta. Tras viajar a Amberes dio el salto a un nivel superior dedicándose también a la venta de gemas sintéticas y de imitación, que hace pasar por auténticas gracias a la «franquicia» de Gaston Vanhülle.

Alvarito. Hijo de don Álvaro. Caprichoso, consentido, despótico, chulo. No tiene oficio conocido, salvo el de llevar las cuentas del negocio de su padre, donde actúa de administrador. Lleva una vida disoluta y es un sátiro despreciable. Psicópata desde niño, desprecia a las mujeres.

Aurora Dueñas. Hija no reconocida de don Álvaro, entregada en adopción a unas monjas de Chamberí.

Adolfo Bargues y Margarita Pombo. Matrimonio de anticuarios, vecinos de don Álvaro en el Rastro (Galerías Piquer). No tienen hijos. Don Álvaro les convence para que adopten a Aurora.

Milton Flores. Negro dominicano, portero, chófer y chico para todo de don Álvaro. Antiguo boxeador, proxeneta y presidiario.

Rubí. Camarera y chica de alterne en Alazán.

Esmeralda. Prostituta venezolana. Explosiva, ojos verdes.

Las otras chicas de Alazán. Compañeras de Rubí: Zafiro, Ágata, Jade, Amatista, Coral, Iris, Aguamarina, Topacio, Gema, Turquesa, Turmalina…

Carmelo Miranda. Pianista.

Gaston Vanhülle. Mafioso flamenco y mercader de diamantes. Además de las gemas, sintéticas y de imitación, tiene otros oscuros negocios.

Erik Janssens, el Belga. Hijo y nieto de marineros de Amberes, ingresa en un centro para menores, una especie de correccional, dado que sus padres no pueden ocuparse de él. Por circunstancias, se ve obligado a enrolarse en la Legión Extranjera Francesa, a cuyo regreso trabaja como jefe de seguridad para Vanhülle.

Adrien Vanderbeken. Anticuario y joyero de Bruselas con tienda en la plaza del Sablon. Es el que pone en contacto a don Álvaro con Gaston Vanhülle.

Alexandra Grassy. Dueña de la joyería Grassy, en Gran Vía, número 1.

Agradecimientos

Escribir puede resultar incluso fácil, además de placentero, para quien tiene la fortuna de dedicarse al bendito oficio de juntar y ordenar palabras. Porque no hay gozo equiparable al de poder contar historias, retratar pasiones, alimentar anhelos, recrear sueños y evocar mundos imaginarios o envidiables, con frecuencia mejores o más intensos que los que habitualmente trazan nuestra propia existencia. Más allá, obvio es decirlo, de que el resultado cuente con el plácet del lector, destinatario último de nuestro empeño.

Otra cosa es la aventura de publicar, que no sería posible, al menos en el formato tradicional, si no hubiera detrás un editor comprometido con la obra del autor. Por eso me importa tanto, y es tan de justicia, que mi primer agradecimiento sea para la editora Noemí Trujillo por ayudarme a cruzar el «áspero desierto» hasta alcanzar la soñada Playa de Ákaba.

Gracias también, por auxiliarme en esta travesía, a Ana García D'Atri, Carmen Lozano Ruiz, Pablo Alises Serrano, Gema López García, Aurora Bermúdez Astillero y Paz Martín-Pozuelo Campillos.

Y un agradecimiento muy especial para mi equipo de correctores, ya habitual, que han pulido y mejorado el texto inicial, además de servirme de acicate en los momentos de sequía, zozobra y desaliento:

A Petra Díaz del Campo Fontecha, por hacerme la vida más fácil y mejor.

A Lucía Serrano Díaz del Campo, por su contagioso entusiasmo. Y también, claro, por fabricarme un diamante en papel, tan valioso como los

auténticos, que me ha servido de talismán.

A Ricard Gènova i Maleras, por sus siempre atinadas y certeras observaciones.

A Cristina Gil Tolmo, amiga de verdad, siempre cerca, siempre necesaria.

Y gracias, naturalmente, a los lectores que me han hecho el honor de acompañarme hasta aquí. Gracias, de todo corazón y hasta pronto, espero.

F

BIOGRAFÍA

Felipe Serrano. Periodista de larga trayectoria: Antena 3 de Radio, Onda Madrid (RTVM) y la Cadena SER, donde estuvo 25 años. Premio APM 2013 (Asociación de la Prensa de Madrid) al informador especializado en Madrid. Antena de Plata de Radio (2013 y 2000). En 2020 dio el salto al «lado oscuro» de la comunicación política e institucional: Secretaría de Estado de Comunicación, Delegación del Gobierno en Madrid, consejero de Información en el gabinete de la ministra de Política Territorial y Portavoz del Gobierno y, más tarde, en Vivienda y Agenda Urbana. Bloguero desde 2009 y autor de tres libros: *El tamayazo. Crónica de una traición; Hotel Ritz. Un siglo en la historia de Madrid;* y de la novela *La flor del magnolio.* Desde agosto de 2024 —en la «edad del júbilo» ya—, se dedica por completo a la tarea de escribir y a disfrutar del placer de la lectura y el conocimiento.

Notes

[←1]

La visita a Amberes no te saldrá gratis. Volveremos a vernos, en Madrid o en el infierno.